TIEMPO de HISTORIA

Eduardo de Guzmán

GIL ROBLES

AÑO VI
NUM. 71
125 PESETAS

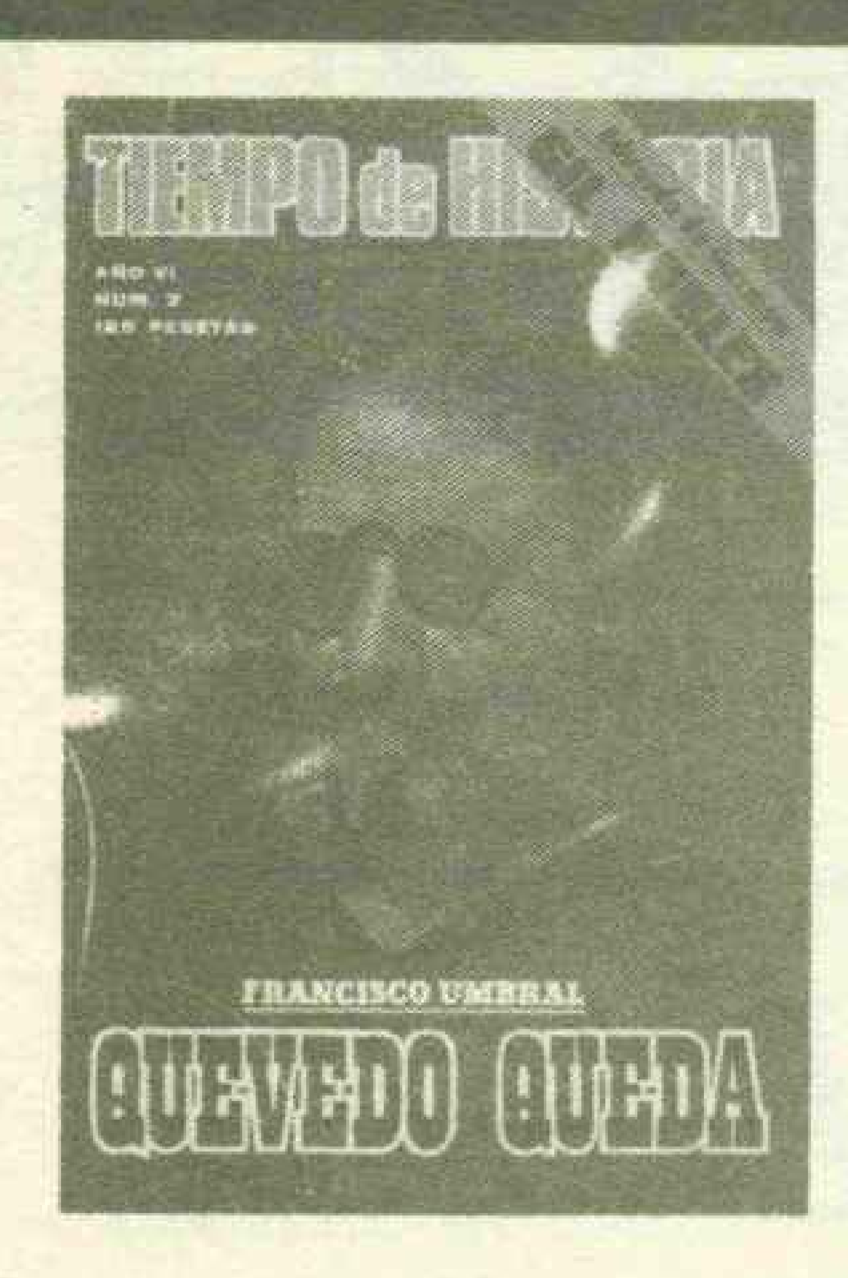
FRANCISCO UMBRAL

QUEVEDO QUEDA

SUMARIO



AÑO VI • NUM. 71 • OCTUBRE 1980 • 125 PESETAS



PORTADA: Una magistral semblanza de Quevedo y su mundo —que en gran medida está latente en el nuestro— al margen de definiciones crípticas y lapidarias. La época, el pensamiento, el humor y el lirismo de un español de excepción que gustaba de «romper al través» de una sociedad yerma y hostil. (D. Francisco de Quevedo. Cuadro atribuido a Velázquez, cortesía del Instituto «Valencia de Don Juan», de Madrid).

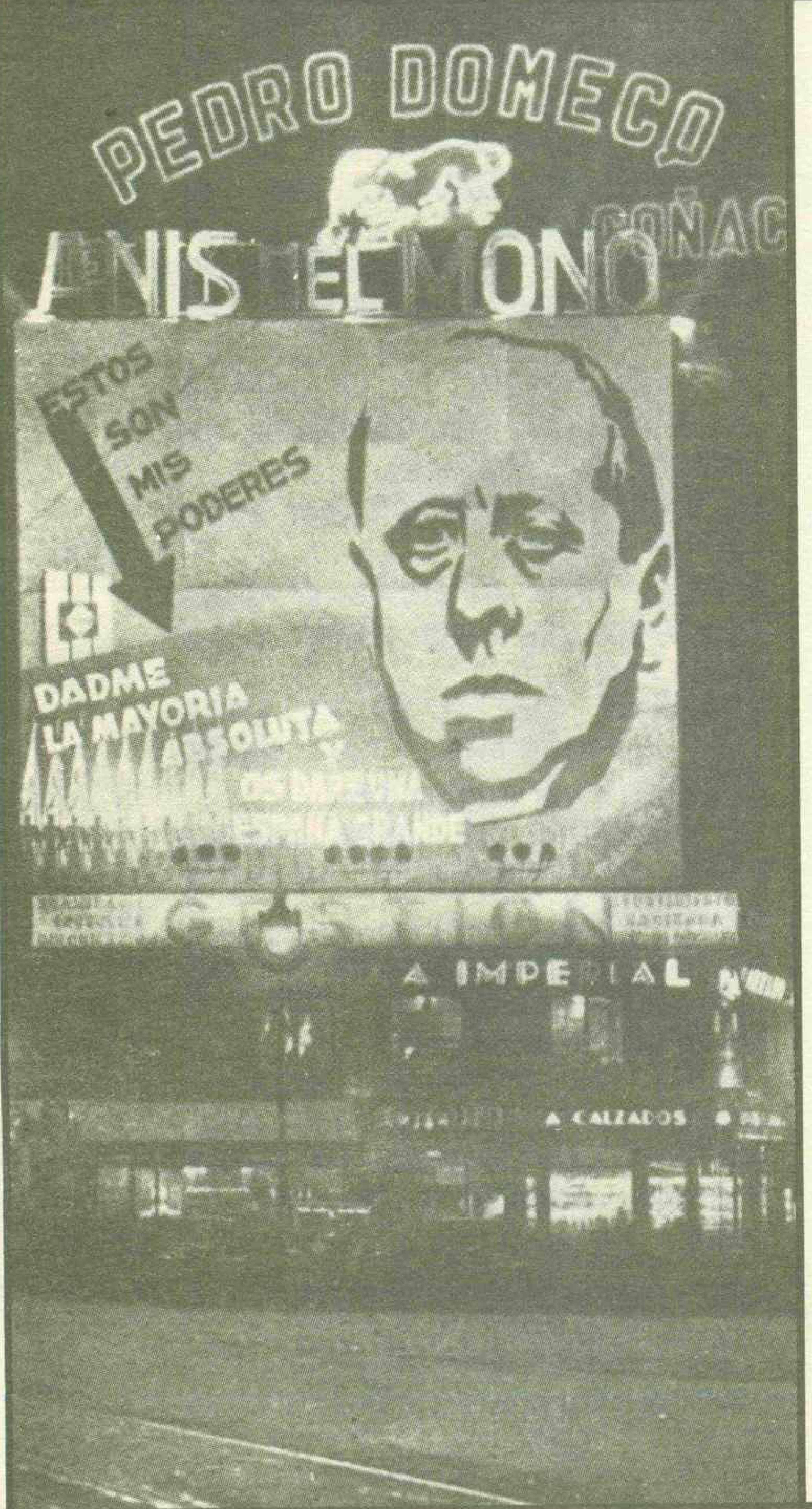


GIL ROBLES, LA TENTACION TOTALITARIA: Reciente aún la noticia del fallecimiento de José M.ª Gil Robles se impone una valoración del mítico «JEFE» de la CEDA, desde sus comienzos, en «El Debate» de Herrera Oria hasta su «defunción» política, en la España de la transición.

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA,** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA,** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchill, 20. Teléfono 447 27 00, MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral, 96. Teléfono 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.º A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69, MADRID-16, y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71, BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,500, MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133-1974. **ISBN** 0210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 125 Ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

Gil Robles, o la tentación totalitaria



Eduardo de Guzmán

La reciente desaparición de don José María Gil Robles, fallecido en Madrid el pasado 14 de septiembre víctima de una trombosis cerebral, ha ocupado un amplio espacio en diarios y revistas, así como en los noticiarios de radio y televisión. Unos y otros han creído cumplir con su deber informativo acompañando la noticia de la muerte del viejo político de los acostumbrados y rutinarios elogios póstumos. Todo, en fin de cuentas, deferente y correcto, pero al mismo tiempo terriblemente frío y distante. Insuficiente a todas luces para que quienes no vivieron los tiempos de la segunda República ni los cinco lustros iniciales del franquismo lleguen a comprender la exacta importancia de una figura en torno a la cual giró la vida pública española en momentos trascendentales de su historia.



«Inteligente, tenaz y ambicioso, José M.ª Gil Robles realiza una rápida carrera en la universidad y el periodismo». (Gil Robles, fotografía de juventud).

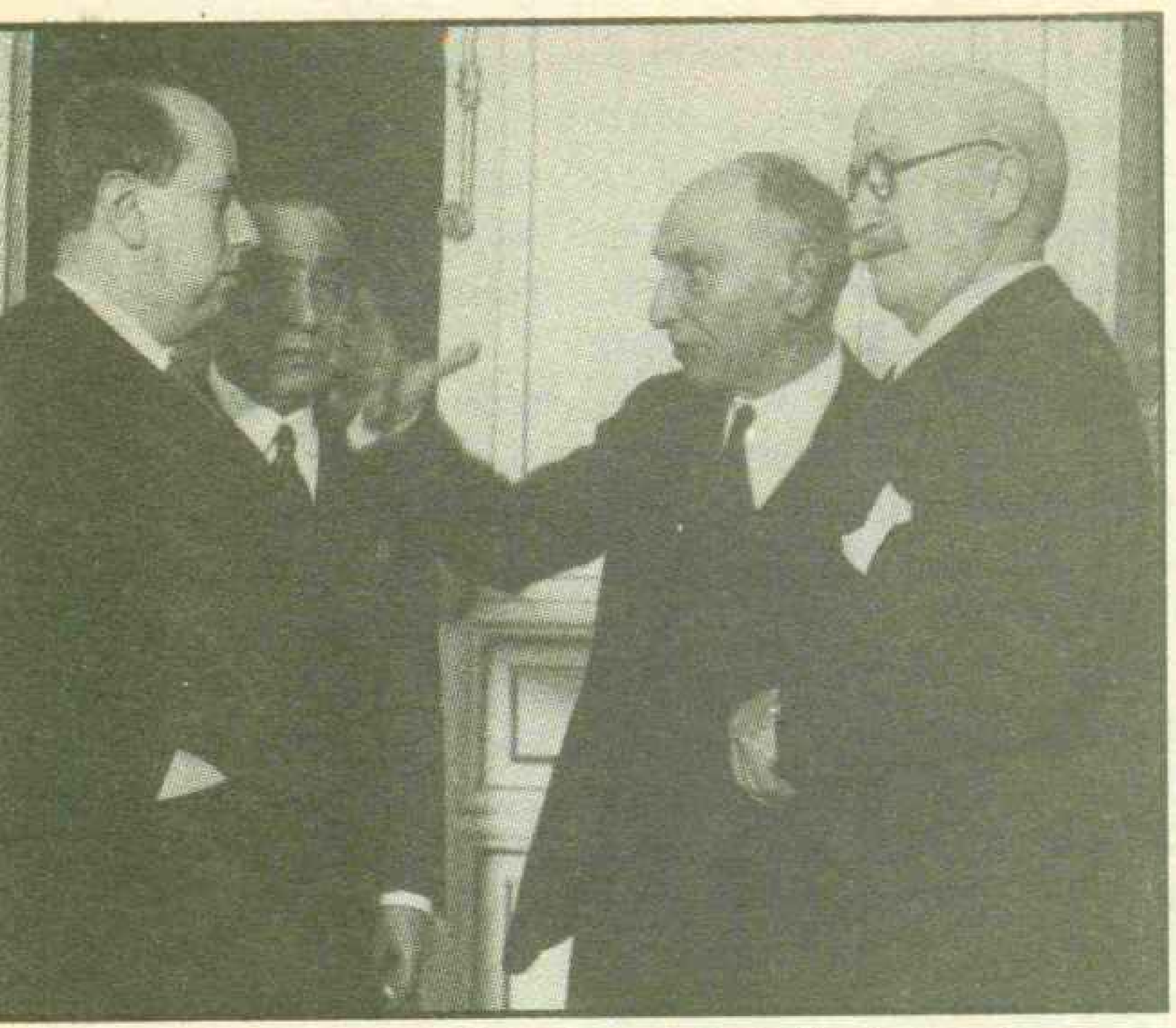
AUNQUE de las notas y comentarios que acompañan a la noticia de su defunción es fácil deducir que Gil Robles fue un hombre que estuvo a punto de triunfar y acabó fracasando en todo, acaso por llegar a todas partes con un ligero retraso, nadie se ha tomado el trabajo de señalar la lección fundamental que a nuestro juicio cabe extraer de su actuación al frente de la democracia cristiana española: que el catolicismo político, por ultramontanos y autoritarios que sean quienes lo encarnan, comete el más imperdonable error cuando espera que una sublevación militar, un golpe de fuerza más o menos fascistizante, le devuelva el poder perdido —o que no ha conseguido alcanzar— en unas elecciones democráticas y libres en que los votos populares no han confirmado sus esperanzas. Confiar en una solución violenta constituye hace cuarenta y tres años la mayor equivocación del entonces jefe de la CEDA y mucho más recientemente del democristiano chileno Eduardo Frei al colaborar, activa o pasivamente, con el golpe de Pinochet que acabó con la presidencia y la vida de Salvador Allende en el Palacio de la Moneda de Santiago el 11 de septiembre de 1973. Tanto uno como otro, convencidos al cabo de su error, pretenden rectificar, pero ya resulta demasiado tarde para que los dictadores respectivos se presten a abandonar los puestos que ocupan.

GIL ROBLES, MINISTRO DE LA GUERRA

Inteligente, tenaz y ambicioso, José María Gil Robles realiza una rápida carrera en la universidad y el periodismo. Nacido en 1898, mucho antes de cumpir los treinta años ya es subdirector de **«El Debate»** —al lado del que unos años después será cardenal Herrera Oria— y catedrático de Salamanca. Católico militante e intransigente, figura destacado en la Asociación Nacional de Propagandistas —de marcada e indiscutida significación jesuítica—, de igual manera que unos años antes ha ostentado el liderazgo de los llamados Luises. Aunque en 1924 colabora con Calvo Sotelo en la redacción del Estatuto Municipal, permanece un tanto al margen de la política activa durante la dictadura primorriverista.

Al anunciarse en 1931 unas elecciones municipales, **«El Debate»** toma decidido partido por la monarquía y hace una intensa campaña en su favor. Sorprendido por el inesperado triunfo republicano, el diario que dirige Angel Herrera reacciona con rapidez y al día siguiente de la caída de Alfonso XIII fija la posición de una parte del catolicismo español al escribir en su editorial del 15 de abril: «La República es la forma de gobierno establecida en España; en consecuencia, nuestro deber es acatarla». La acata, en efecto, sin el menor entusiasmo y con toda clase de reservas. La postura personal de Gil Robles es de total identificación con la del periódico.

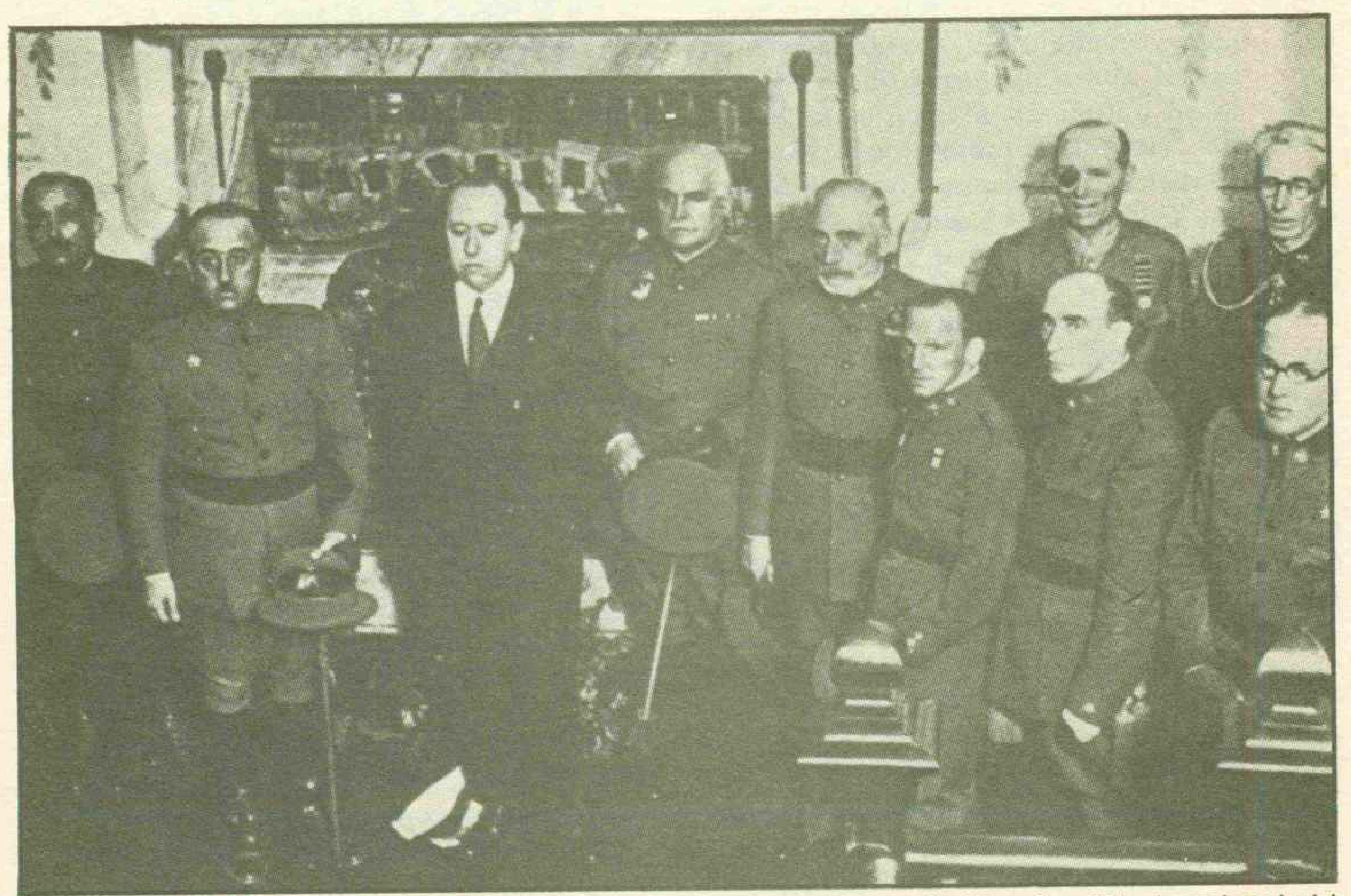
Elegido diputado por Salamanca el 28 de junio de 1931, Gil Robles se da a conocer en las Constituyentes en la defensa de las actas salmantinas, que son objeto de graves impugnaciones. Posteriormente, a todo lo largo del primer bienio republicano, se afianza como la figura parlamentaria más sólida y preparada de las derechas. Su oratoria no tiene la florida grandilocuencia de Alcalá Zamora ni la perfección literaria de Azaña, pero resulta terriblemente eficaz en su habilidosa y combativa agresividad. Aprovecha hasta el límite todas las oportunidades que se le presentan; utiliza astutamente las crecientes discrepancias entre los integrantes de la ya disuelta conjunción electoral de izquierdas y explota en beneficio propio los errores gubernamentales, llegando al extremo de manejar como arma en favor de los terratenientes la dolorosa tragedia de Casas Viejas. Dos años después de llegar al Parlamento, ya aparece como jefe indiscutido de Acción Popular, que aliada con otras organizaciones ultraconservadoras constituye la


Un alto en una sesión parlamentaria: De izquierda a derecha, en la fotografía: Gil Robles, Martínez de Velasco, Melquiades Alvarez y Alejandro Lerroux (octubre de 1934).

Confederación Española de Derechos Autónomas (C.E.D.A.), eje en torno al cual gira la política nacional durante el llamado bienio negro.

Las elecciones del 19 de noviembre de 1933 se celebran en las condiciones más favorables para las derechas: desunión entre republicanos y socialistas, voto femenino, desencanto popular y campaña abstencionista de la CNT. Gil Robles, que capitanea los esfuerzos de los grupos reaccionarios férreamente unidos, espera alcanzar una victoria definitiva. La consigue en parte al conquistar 115 escaños para la CEDA de un total de 217 que logran las derechas. Pero aunque las izquierdas —con el mismo número de votos que sus adversarios— no consiguen más que 99 actas, no alcanza la mayoría absoluta, que son 238 escaños. Arbitros de la situación son los centristas, que aun no habiendo logrado la mitad de votos que los otros dos bloques, tienen 156 diputados. Para gobernar es preciso la alianza circunstancial de dos de los bloques. Los radicales de Lerroux, en cuyas manos está la elección, optan entonces por los cedistas llevados de su hostilidad hacia los socialistas.

Ocurre, sin embargo, que tanto Gil Robles como quienes le siguen tienen un cuidado exquisito en no aceptar de manera pública y solemne el régimen republicano. Lejos de ello, algunos hacen ostentación de sus convicciones monárquicas o su admiración por los regímenes fascistas. Si las Juventudes de Acción Popular se militarizan con uniformes y saludo a la romana, el propio jefe asiste en 1933 al congreso nazi en Nuremberg, y todos por igual se vuelcan en elogios del democristiano Dollfuss, que aplasta en las calles de


En mayo de 1935, Gil Robles ocupa la cartera de Guerra, en el sexto Gobierno Lerroux. La fotografía está hecha en la sede del Ministerio; de izquierda a derecha, entre otros altos cargos del Ejército, pueden distinguirse a Franco, Gil Robles, Rodríguez del Barrio, Fanjul, Goded y, en segundo término, al entonces coronel Millán Astray.

Viena a los socialistas austriacos en un terrible baño de sangre. Resulta lógico y natural que los izquierdistas desconfíen de las convicciones democráticas cedistas y que el presidente de la República se resista a dar entrada en el Gobierno a personas de tan dudoso republicanismo. Consecuencia obligada de esas resistencias son las concentraciones de tipo totalitario y desafiante de El Escorial y Covadonga y que el año 1934 transcurra entre mutuas amenazas y agresiones, en un clima tenso de preguerra civil.
Vencida en octubre la rebelión asturcatalana contra la llegada al poder de tres ministros cedistas, Gil Robles y sus seguidores pueden considerarse dueños de la situación, si bien la intervención de Alcalá Zamora y de algunos ministros radicales les impide llevar la represión a sus últimos extremos.
En el mes de mayo de 1935, en un Gobierno presidido por Lerroux, entran cinco ministros de la CEDA y el propio Gil Robles ocupa la cartera de Guerra, pese a que continúa sin hacer declaración expresa de acatamiento al régimen republicano. Son muchos los que esperan —o temen— que el jefe cedista aproveche la posición que ocupa para atentar contra la República y el hecho de que se rodee inmediatamente por una serie de generales —Fanjul, subsecretario ministerial; Franco, jefe de Estado Mayor; Goded, director de Aeronáutica, y Mola, comandante en jefe de las fuerzas militares en Marruecos— notorios por sus menguados entusiasmos republicanos, parece confirmar todas las sospechas. Sin embargo, y en honor a la verdad, preciso es reconocer y proclamar que el ministro no hace nada que le aparte por poco que sea de la legalidad establecida. (Acaso, como insinúan algunos después, porque está convencido de que nadie le desplazará del Ministerio que ocupa y de que en unas posibles elecciones el triunfo derechista será tan rotundo como aplastante.)

LA DERROTA ELECTORAL DE 1936

A finales de 1935 los escándalos del «straperlo» y Nombela, en los que están complicados algunos ministros radicales, determinan la caída del Gobierno que preside Lerroux y los que a continuación, y por muy breves semanas, dirigen Chapaprieta y Portela. Gil Robles considera llegado el momento oportuno y endurece su postura hasta límites extremos. Como jefe de la minoría más numerosa de la Cámara cree tener perfecto derecho a ocupar la presidencia del Consejo; caso de resistirse Alcalá Zamora, no tendrá más remedio que disolver el Parlamento. Plenamente convencido de su triunfo en las elecciones, la derecha fuerza una nueva consulta electoral en los primeros días de enero de 1936. El 16 de febrero los ciudadanos españoles habrán de concurrir una vez más a las urnas.


Una clásica actitud parlamentaria de José M.ª Gil Robles.

—Es la batalla definitiva a la revolución —dice Gil Robles a sus seguidores días antes de celebrarse los comicios— *toda vez que estas elecciones van a significar al mismo tiempo una contienda con todos aquellos elementos que no nos han permitido el vencimiento total, la liquidación completa de la revolución de octubre.*
La intensa campaña que desarrollan las Juventudes de Acción Popular, vanguardia combativa de la CEDA, es dura, violenta y agresiva. Sus consignas tienen un claro matiz totalitario: «Frente contrarrevolucionario bajo la dirección del Jefe para aniquilar la antipatria y hacer de España en breve una gran nación». «Luchamos contra el liberalismo y la democracia corrompida». «Nuestro lema es: España, una; España, justa; España, Imperio». Un enorme cartel colocado en la Puerta del Sol reproduce en gruesos caracteres unas frases del propio Gil Robles que, tras señalar con el dedo a la multitud congregada para escucharle en uno de los mítines, asegura orgulloso: «Estos son

mis poderes», y añade: «Dadme la mayoría absoluta y os daré una España grande».

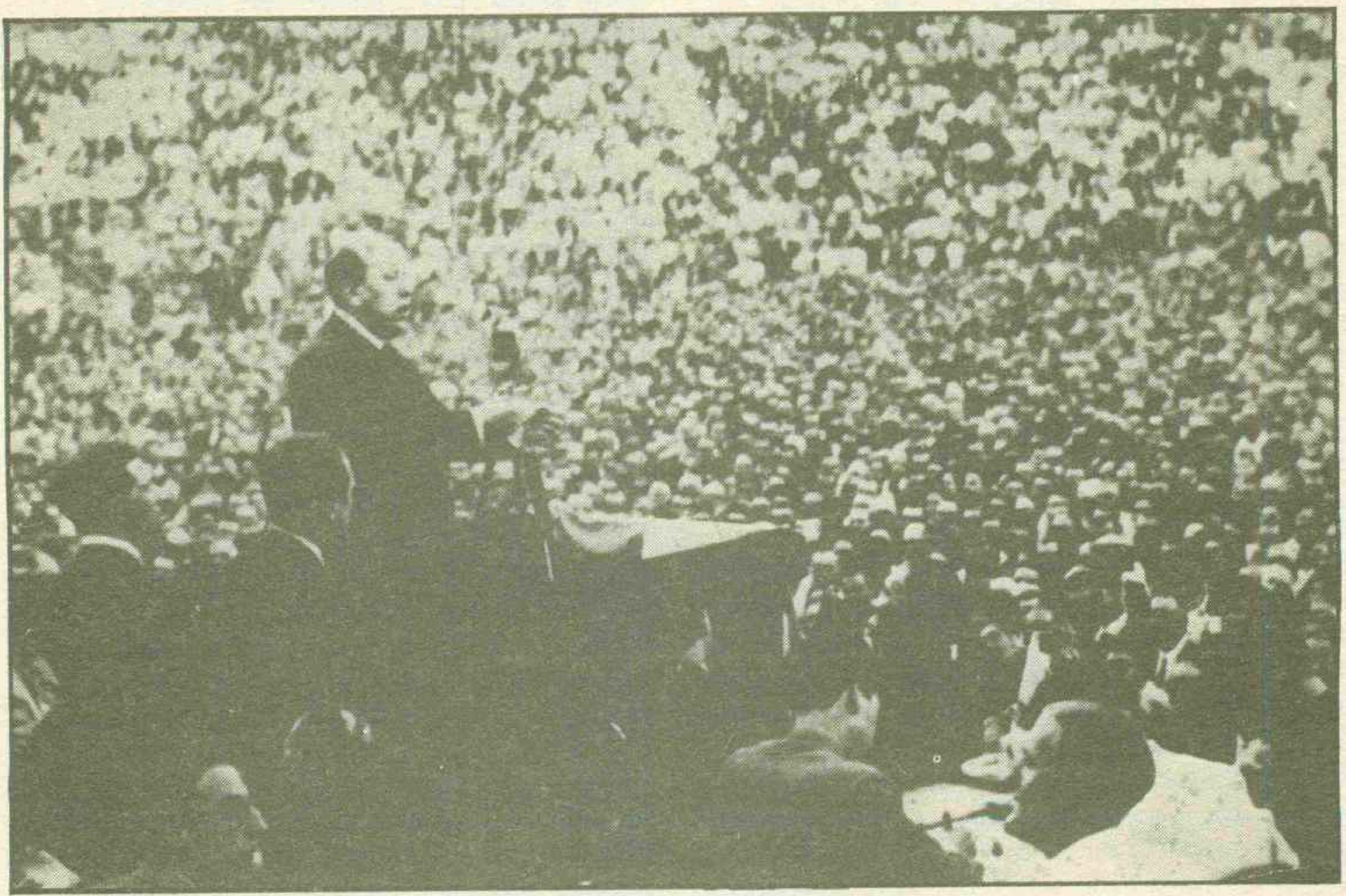
La CEDA realiza durante la campaña electoral el más gigantesco esfuerzo propagandístico que se conoce en nuestro país. Con sobra de medios económicos emplea, según declaración propia, 215 toneladas de papel para confeccionar cincuenta millones de pasquines, tres millones de folletos y dos millones de carteles. Organiza mítines y reuniones en todos los pueblos de España y lanza a sus propagandistas a visitar cientos de miles de hogares para convencer a sus moradores de que deben votar a Gil Robles para salvar a España. **«El Debate»** escribe orgulloso: «¿Quién se atreve, a derecha e izquierda, arriba o abajo, a enfrentarse a Acción Popular, que es enfrentarse a España? Vamos hacia el triunfo arrollador y aplastante». Seguros los capitalistas del éxito ucedista, la Bolsa sube muchos enteros y Gil Robles afirma la víspera de las elecciones:

—Acción Popular no va a tener enemigos ya, porque todos caerán ante ella.

Pero una vez más los hechos destrozan sus ilusiones. Celebrados con toda calma los comicios del día 16, en la madrugada del 17 es aplastante la victoria del Frente Popular, que tiene elegidos ya 257 diputados, por 57 centristas y 139 del Frente Nacional. No hace falta siquiera la segunda vuelta, pues incluso sumando a los conservadores los 20 escaños todavía en litigio, no podrán llegar a los conseguidos por las izquierdas. A las tres de la madrugada del día 17 un Gil Robles menos optimista que unas horas antes se presenta en el Ministerio de la Gobernación para hablar con Portela Valladares, Presidente aún del Consejo. Viene a pedir que impida que el Frente Popular llegue al poder, declarando el estado de guerra. En las cuarenta y ocho horas siguientes hacen la misma gestión, aparte de Calvo Sotelo y otros elementos monárquicos, los generales Franco, Fanjul y



Gil Robles en compañía del Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora.



«Su oratoria no tiene la florida grandilocuencia de Alcalá Zamora ni la perfección literaria de Azaña, pero resulta terriblemente eficaz en su habilidosa y combativa agresividad». (En la foto, Gil Robles durante un mitin en la plaza de toros de Valencia, durante las elecciones de febrero de 1936).

Goded —los mismos que Gil Robles colocó en los puestos claves del Ministerio de la Guerra— ante los generales Pozas, inspector general de la Guardia Civil; Molero, Ministro del Ejército, y el jefe del Gobierno. Cuando no consiguen que Portela dé en su nombre y beneficio un golpe de Estado, comienzan los preparativos para hacerlo por cuenta propia. Aunque la paz es perfectamente posible cuando Azaña ocupa de nuevo la presidencia del Consejo, las derechas españolas encienden, por cuarta vez en menos de un siglo, las llamas espantables de una guerra civil.

LOS QUE HICIERON IMPOSIBLE LA PAZ

Entre febrero y julio de 1936 se ultiman los preparativos para el movimiento que ha de terminar con la vida de la segunda República. Se recurre a todo para crear un clima favorable a la subversión en marcha: paralización de industrias, huida de capitales, siembra de rumores alarmantes, provocaciones y terrorismo. En toda la geografía peninsular se despiden obreros, se suspenden trabajos y se perpetran atentados. A los hechos trágicos sigue una interpretación catastrofista de la situación y una serie de discursos provocadores en los mítines y en el Parlamento. Oficialmente, los líderes derechistas —Goicoechea, Calvo Sotelo, Ventosa o Gil Robles— no tienen participación alguna en los hechos, aunque algunos de ellos —concretamente los dirigentes de la T.Y.R.E.— reciben de Mussolini toda clase de ayudas militares y pecuniarias para encender la guerra desde marzo de 1934. Pero todos se sirven de las Cortes como poderoso altavoz que difunda unos discursos demagógicos e incendiarios que aumenten la angustiosa tensión en que vive el país.

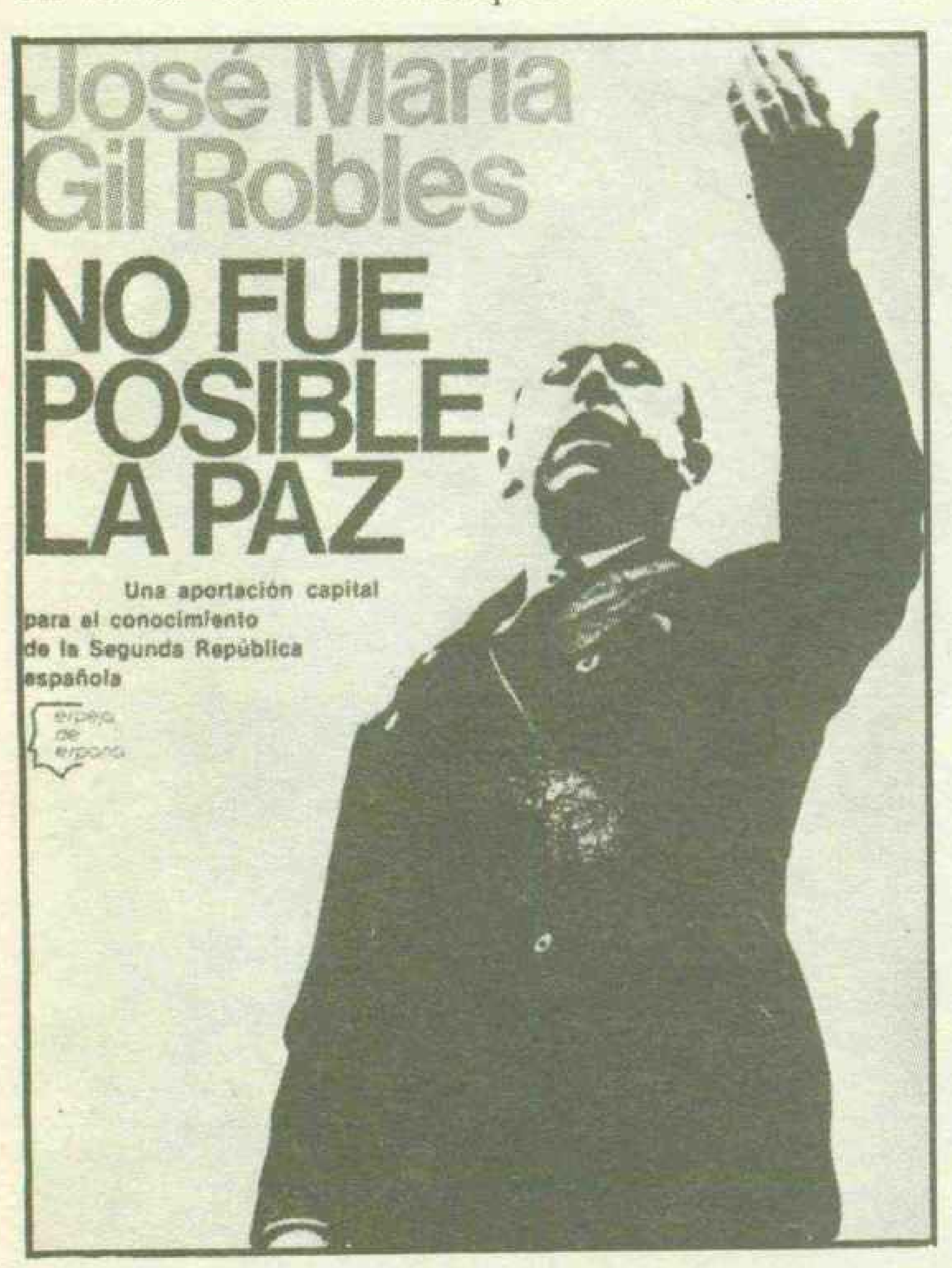
Gil Robles no admite ni antes ni después de la guerra que haya participado en la conspiración ni preparado los trágicos acontecimientos que se desarrollan entre julio de 1936 y abril de 1939. Pero, aun en el caso más favorable para él, la realidad es que no hace absolutamente nada por impedirlos y sí bastante por convertirlos en inevitables. Basta leer para comprenderlo sus discursos de esta época trágica, tanto en los mítines que celebra como en el Parlamento. Particularmente expresivas son sus palabras en la sesión de Cortes de 16 de junio de 1936, cuando ya está incluso señalada la fecha del levantamiento, y del 15 de julio en la reunión de la Comisión Permanente, que equivalen a una declaración de guerra. En cualquier caso



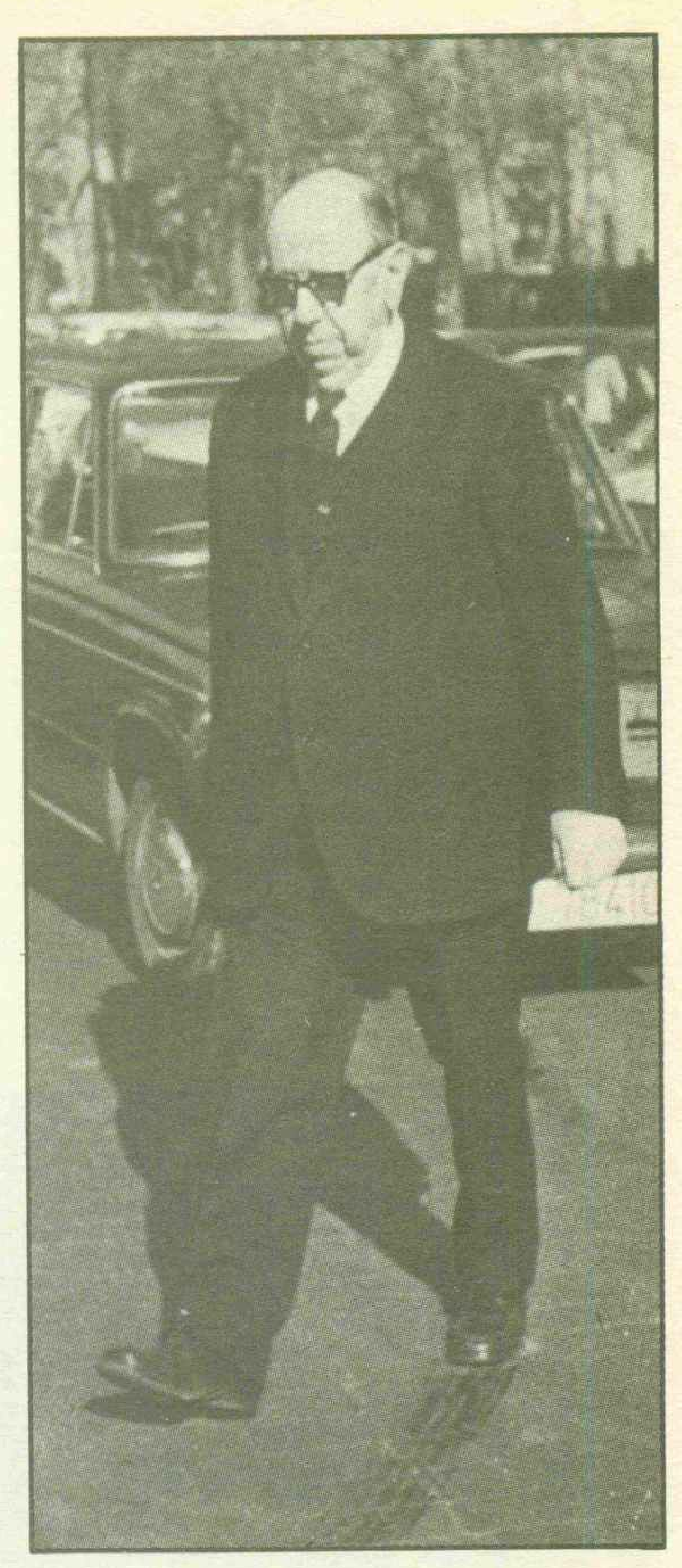
Gil Robles (de pie en el hemiciclo del Congreso, tiene a la espalda, sentado en su escaño parlamentario, a José Calvo Sotelo), durante su célebre intervención del 16 de junio de 1936, en la que se permitió una seria advertencia al Gobierno sobre la posibilidad del estallido de una guerra civil.

es indudable que contribuye con quinientas mil pesetas —que son entregadas en su nombre al general Mola, «director» de la conspiración— a los gastos de preparación del alzamiento. Examinado el panorama con la fría objetividad que nos permiten los cuarenta y cuatro años transcurridos desde entonces, tenemos la clara impresión de que fracasado en sus planes electorales de febrero, apoya una sublevación que si anegará en sangre y lágrimas el territorio nacional, habrá de permitirle alcanzar un poder sin límites ni cortapisas cegado —como Dolltuss en 1934 o Frei en 1973— por la tentación totalitaria.

Tras su discurso en Madrid del 15 de julio, Gil Robles traspasa ese mismo día la frontera francesa para ver tras la barrera de los Pirineos los acontecimientos que se inician dos días después en España. Pero las cosas no suceden en la forma esperada. Transformado en generalísimo, Franco no le llama a su lado; es un oscuro diputado de la CEDA, Serrano Súñer, quien interviene en la creación del nuevo estado fascista. Prohibidos todos los partidos políticos luego de la famosa unificación de 1937, Gil Robles tiene que buscar refugio en Portugal. En Portugal permanece cerca de veinte años trabajando en favor de la monarquía de don Juan de



Portada de la segunda edición del libro capital de Gil Robles «No fue posible la paz». En el que trató de justificar su labor política y su actuación parlamentaria, durante los años cruciales de la II República española.



José M.ª Gil Robles, en abril de 1975, durante su actuación jurídica en el asunto «Matesa», entrando en el Palacio de Justicia.

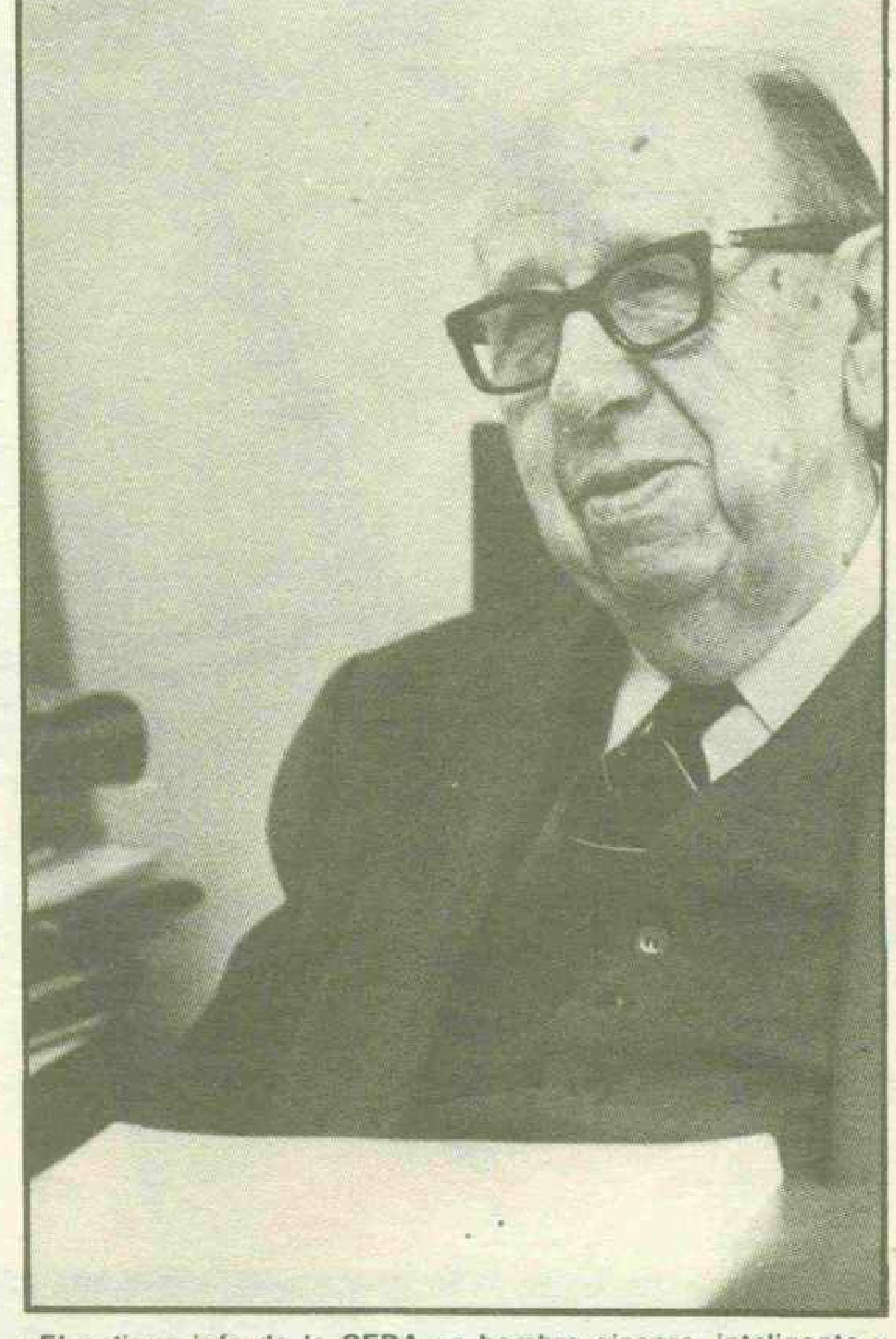
Borbón. En un libro titulado **«La Monarquía por la que yo luché»**, publicado en 1976, reproduce parte de su diario político entre 1941 y 1956. Por ese libro conocemos parte de sus trabajos de esos lustros y de sus fracasos. El antiguo jefe de la CEDA es hombre sincero, inteligente y honesto, que parece llegar a todas partes con unos minutos —o unos años— de retraso. Si parte de sus correligionarios en la democracia cristiana



Gil Robles (el cuarto de derecha a izquierda, en la mesa presidencial) durante una reunión electoral, en las elecciones de junio de 1977, en las que no conseguiría ni siquiera su propia acta para el Congreso.

—Martín Artajo, Sánchez Juliá, etc.— sirven incondicionalmente al dictador, don Juan le decepciona porque es un pretendiente que da muchas veces la sensación de no pretender nada. Aunque inicia unas gestiones para lograr una reconciliación nacional, son otros los que logran poner en práctica parcialmente ese ideal necesario para iniciar la transición. Más tarde proliferan los que a sí mismos se denominan démócratas cristianos y son precisamente quienes más cerca han estado del franquismo los que forman en los gobiernos de la restaurada monarquía de don Juan Carlos. Por último, en las elecciones del 15 de junio de 1977, recibe el terrible mazazo de ser derrotado en Salamanca y quedarse sin acta. Comprende entonces que nada tiene que hacer en la política española. No sólo porque se ha sobrevivido a sí mismo y a su época, sino porque lleva sobre sus espaldas la carga insoportable de haber esperado de un golpe de Estado recuperar el terreno perdido en las urnas el 16 de febrero de 1936.

«No fue posible la paz» titula un libro con el que trata de justificar su actuación en el final de la República. En el fondo debe saber que no lo fue porque la hicieron imposible, entre otros factores, las tentaciones totalitarias de los demócratas cristianos de su época. ■ **E. de G.**


«El antiguo jefe de la CEDA es hombre sincero, inteligente y honesto, que parece llegar a todas partes con unos minutos —o unos años— de retraso». (José M.ª Gil Robles en sus últimos años). (Foto: Ramón Rodríguez).

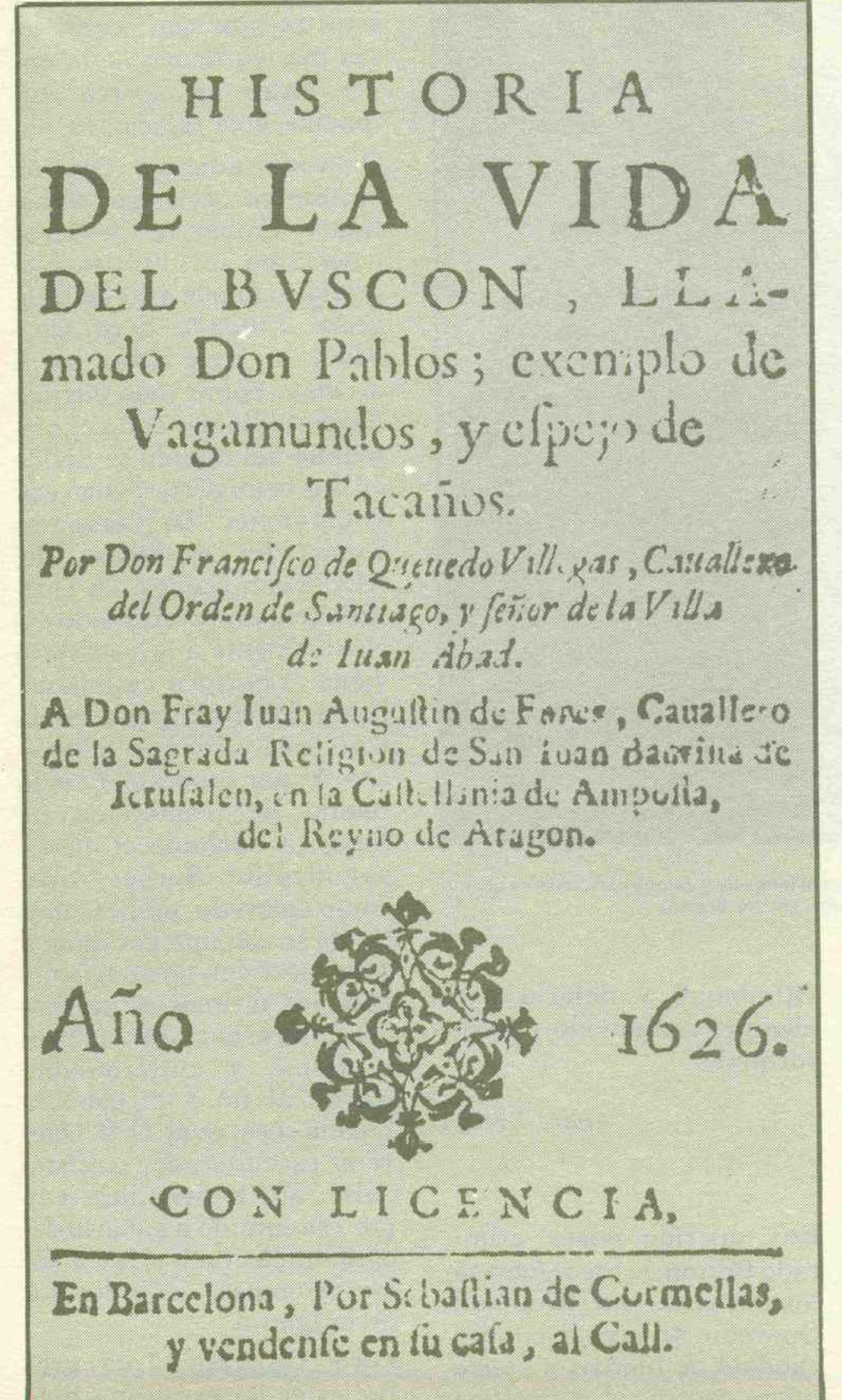
Quevedo queda



Francisco Umbral

QUEVEDO Y EXISTENCIALISMO

Quevedo es uno de los primeros hombres modernos de Europa, un Voltaire, aunque haya quedado políticamente como un conservador, como muy bien dice mi maestro Lázaro Carreter. En principio —obvio— el concepto de conservador era otra cosa en el XVII, o ni siquiera se conocía, y, por supuesto, el concepto del Imperio no había caído en la degeneración imperialista. Los imperios eran los sistemas planetarios naturales de la tierra. Aparte todo esto, lo que hay en el Quevedo intimista —contemporáneo de los metafísicos ingleses sin saberlo, y superior a casi todos ellos—, es una progresiva negación existencial que, si en la primera parte de su vida se queda en negación jocosa, crítica, costumbrista o estética, de médicos, bachilleres, correhonras y eternidades amorosas, en el segundo Quevedo, en el Quevedo tardío es ya negación de todo en todo:


HISTORIA

DE LA VIDA

DEL BVSCON, LLAmado Don Pablos; exemplo de Vagamundos, y eſpejo de Tacaños.

Por Don Franciſco de Quevedo Villegas, Cauallero del Orden de Santiago, y ſeñor de la Villa de Iuan Abad.

A Don Fray Iuan Auguſtin de Funes, Cauallero de la Sagrada Religion de San Iuan bautiſta de Ieruſalen, en la Caſtellania de Amposta, del Reyno de Aragon.

Año 1626.

CON LICENCIA,

En Barcelona, Por Sebaſtian de Cormellas, y vendenſe en ſu caſa, al Call.

Portada del Buscón, Barcelona (1626).

Soy un fui y un será y un es cansado.

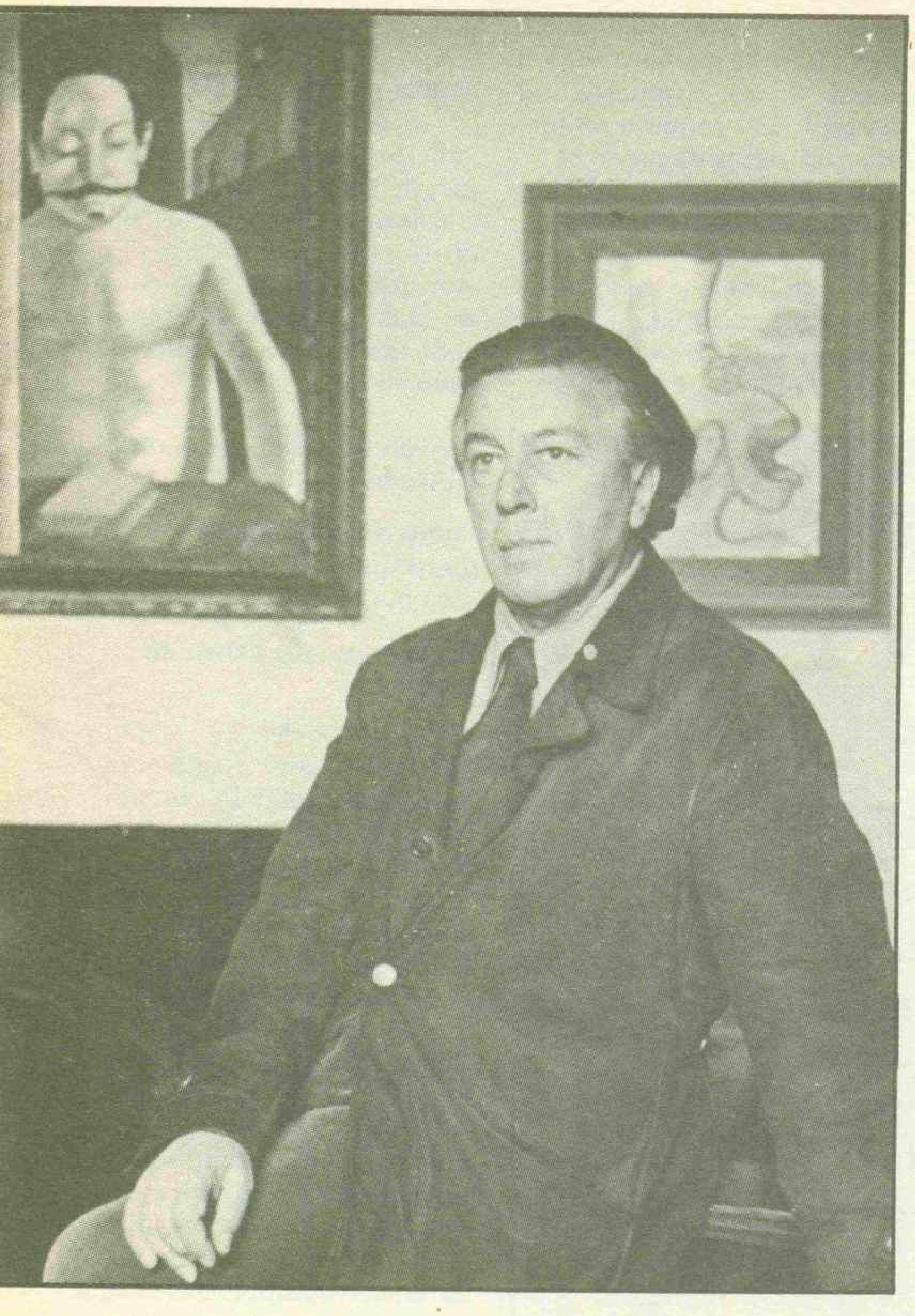
Pablo Neruda, quedevesco y quevediano, lo dice tres siglos más tarde:

Sucede que me canso de ser hombre.

El cansancio del ser y el cansancio de **ser.** Existencialismo. La enmienda a la totalidad del Universo que hace Quevedo en su última época (como lo hace Valle en su anarcoesperpentismo), ya no es crítica de costumbres o políticas. Es el moderno rubor de existir que expresa Cioran cuando dice que «el hombre es impresentable». Impresentable ante sí mismo, hace impresentables a los presentes, se convierte en una acusación que respira, en la herida de todos configurada en hombre: Quevedo.

Haber sentido y expresado eso en el siglo XVII, y en España, supone, no sólo haberse anticipado tres siglos al existencialismo, como diría yo ahora por mera comodidad cultural, sino haber sido el primer hombre moderno de Europa.

Mucho más que Cervantes, por supuesto. Cervantes sueña más o menos con la áurea mediocridad de Horacio. Quevedo —insisto— es Voltaire un siglo antes de Voltaire y sin tener ninguna revolución por delante. Borges se lamenta de la falta de



«Habría que arrojarse de una sola vez contra el lenguaje y dejarlo para siempre conmovido y transformado». (André Bretón).

universalidad de Quevedo en las antologías. Yo, no. Tenemos para eso a Cervantes, mucho más presentable. Quevedo, ciorianamente, gloriosamente, es **impresentable.**

QUEVEDO Y LENGUAJE

Habría que arrojarse de una sola vez contra el lenguaje (Rimbaud) y dejarlo para siempre conmovido y transformado.

André Breton

Eso, querido poeta, admirado Breton, lo hizo Quevedo mucho antes que Rimbaud. Quevedo se arroja con escándalo de hierros y blasfemias contra el castellano imperial —ese latín estropeado— y deja el idioma conmovido y transformado para siempre, goteando todavía frutos, palabras, imágenes, conceptos: Larra, Torres, Valle, Ramón, no son sino goterones de Quevedo.

Hasta Quevedo, la metáfora había sido petrarquista: se compara una cosa con otra. Quevedo crea en castellano la metáfora moderna: compara cosas con sentimientos, sentimientos con cosas, cosas que no tienen nada que ver entre sí, acerca distancias, crea relaciones.

Quevedo adjetiva con un sustantivo: «clérigo cerbatana». Gómez de la Serna acierta en su intuitiva biografía (o lo que sea) de Quevedo: «Adonde llega Quevedo, lo pone todo patas arriba». Sobre todo cuando llega al idioma. Todo el castellano del mundo se divide en dos hemisferios: Quevedo y Cervantes. De Cervantes vienen los novelistas del XIX, hasta Galdós. De Quevedo (me estoy refiriendo exclusivamente a la escritura) viene el barroco castellano, hasta Martín-Santos en la izquierda y Foxá en la derecha. Y, por supuesto, todo lo bueno del castellano de América, incluido el anglosajonizante Borges, que, como Quevedo, prefiere deslumbrar con una paradoja a convencer con un silogismo. Para los últimos estudiosos del tema está claro que conceptismo y culteranismo fueron al fin y al cabo la misma cosa, en el XVII. Quevedo es culterano, cultista, culto. Sus letras cultas van por ese camino a ganarle decoro intelectual y favor de los príncipes, incluidos los de la Iglesia.

Pero Gonzalo Torrente-Ballester ha explicado bien que Quevedo no queda por

sus letras cultas, sino por sus letras populares. (Y por sus letras esenciales, líricas, de sexo y muerte, sobre todo) Quevedo, conceptista de nómina, no es hombre que luzca especialmente en los conceptos, pues que su pensamiento es siempre figurativo, nunca abstracto (y menos que nunca cuando trata cuestiones de abstracción), o sea un pensamiento barroco y plástico. Mejor que conceptos, Quevedo da imágenes, cosas. Aquello que decía Francis Ponge: «El poeta no da nunca una idea, sino una cosa». Quevedo lo hace todo visible: hasta la Santísima Trinidad.

QUEVEDO Y BARROQUISMO

Por lo que a mí toca, fiel servidor que me digo de la razón, oso proclamar mi respeto por las heroicas violencias de la pasión.

Eugenio d'Ors

Esta cita de d'Ors está tomada de su libro **Lo Barroco** y referida, más o menos, a Churriguera. Don Francisco de Quevedo, fiel servidor que se dice de la razón de Estado), la verdad es que al mismo tiempo se entrega a «las heroicas violencias de la pasión», en vida y obra.

Quevedo no es sólo un barroco —el máximo, entre nosotros—, tópicamente, porque escriba complicado, cuajado de imágenes, rico de volutas y excesos que parecen eso, excesivos: pero en el exceso está la literatura. Quevedo, aparte la escritura, es un barroco esencialmente —e históricamente— porque dice una cosa y hace otra,



«Este desgarramiento entre el tirón de lo nocturno y la gloria mundanal y diurna es lo que constituye el alma barroca de Quevedo». (Herreros ambulantes, **Grabado del siglo XVII**).

porque canta lo establecido y vive una intimidad de maldito, que también canta. (Es nuestro Villón al mismo tiempo que nuestro Voltaire).

El expediente rutinario de escribir tanto del mal para condenarlo de pasada no engaña a nadie. Quevedo se está confesando cuando habla de meretrices, Lisis, desgracias del ojo del culo, ruiseñores de putos, zurupetos y modorros. Pero no es menos cierto que se siente atraído por el decoro político, la gloria cultural, el respeto intelectual. Lo que pasa es que, como dijo Gide, con los buenos sentimientos sólo se hacen malas novelas, y a Quevedo, como a casi todo el mundo, le sale mejor una puta que una mártir del martirologio, y mejor un truchimán que el de Osuna, por más que sea su amigo y casi dueño. Este desgarramiento entre el tirón de lo nocturno y la gloria mundanal y diurna es lo que constituye el alma barroca de Quevedo, al margen de barroquismos estilísticos.



Felipe II. Rey Católico de España de 1556 a 1598. (Cuadro de Antonio Saura).

Quevedo es un altar barroco. Cualquier altar barroco se retuerce hacia el cielo, es una espiral de teología, pero hay en la espiral demasiada cargazón de uvas, curvaturas, alabeados nada abstractos, desnudos infantiles y volutas que, más que ayudar al vuelo, lo entorpecen y confunden.

La contradicción verticalidad adiposidad es para mí la clave de cualquier barroquismo. Creo que barroquismo no es otra cosa que ese conflicto. El citado d'Ors hablaba de «formas que pesan y formas que vuelan». El barroquismo no resuelve la duda entre ambas. Inicia el vuelo con formas que le pesan demasiado. Crea formas pesantes y hermosas, lastradas de oro, incapaces de volar.

Quevedo es barroco no porque escriba barroco —obviamente—, sino porque quiere escapar al barroquismo mediante la teología, los clásicos o la meditación de la muerte. El fondo de su barroquismo es la lucha del yo con el otro yo que no se resigna al yo.

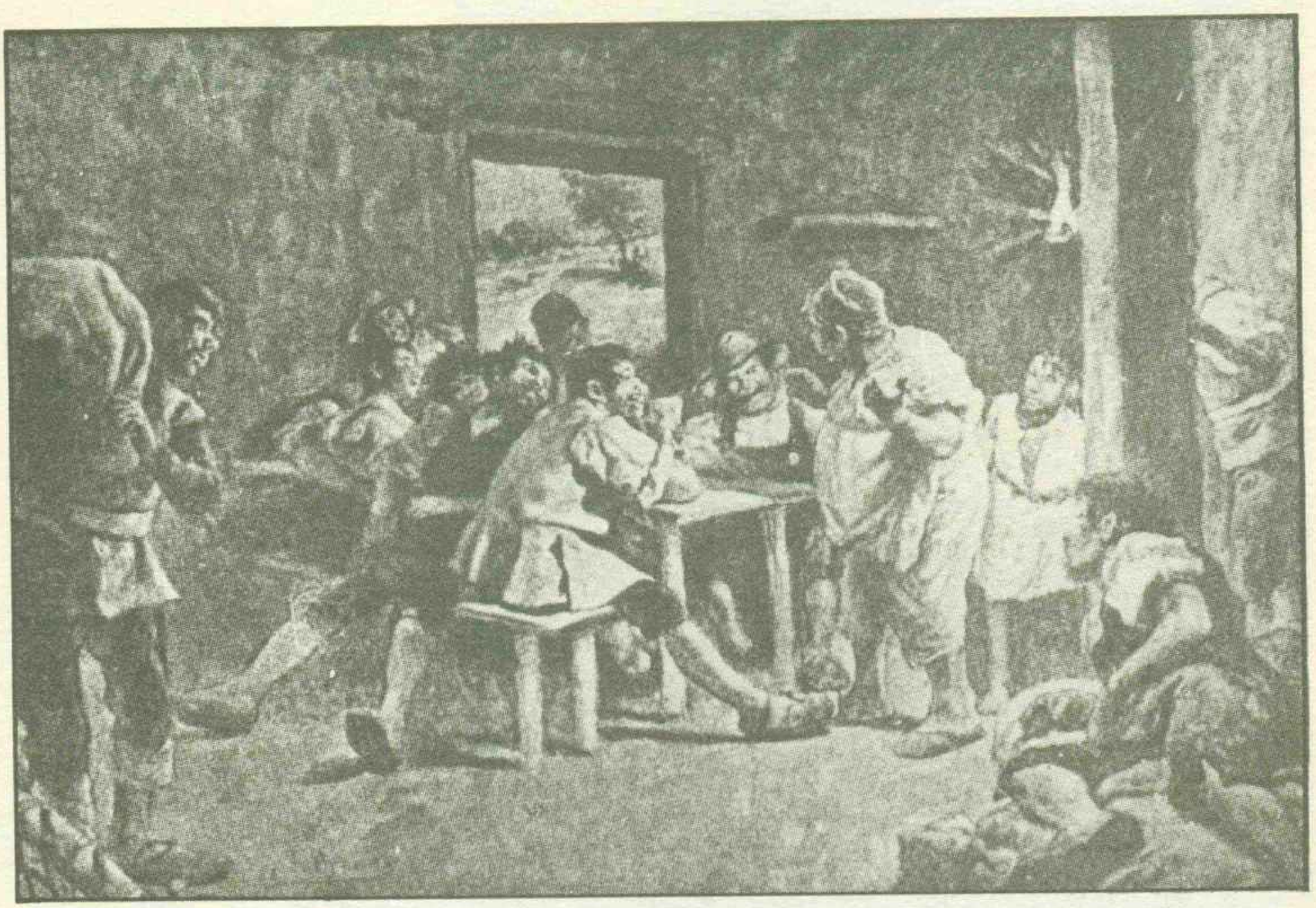
QUEVEDO E INTIMISMO

Quevedo, visto desde la profesionalidad literaria, acierta en dos géneros o dedicaciones fundamentales: la crónica del tiempo exterior y la meditación de su tiempo interior. No hay más. Yo diría incluso que en todo lo demás se equivoca, aunque se equivoque siempre de modo resplandeciente, porque el peligro de un estilo como el suyo es que todo lo salva (en apariencia). Cronista desgarrado de la intracrónica de su España, ahí está el precursor de Voltaire.

Pero Quevedo tiene la capacidad poética y hercúlea de vivir a la par el tiempo interiorizado, su tiempo personal, su intimidad, matizadísima líricamente, y la conciencia perpleja del paso del tiempo.

Quevedo tiene siempre la muerte delante, como un místico inverso, y mientras la muerte llega, medita sobre el tiempo, que no es sino el dinamismo del morir. Lo que más inquieta a Quevedo del tiempo no es sólo su velocidad, sino, más sutilmente, su discontinuidad. El tiempo es discontinuo, nuestra vida es azarosa, está descompensada en lo temporal (también en lo temporal), y por lo tanto nuestra persona no es nuestra persona, sino plurales personalidades o «presentes sucesiones de difunto». El hombre es una sucesión de hombres, yo soy una sucesión de yoes, pero esta sucesión se agrava y vuelve alucinante por el hecho de que todos los yoes están presentes en cada cosa que hace el yo (vivimos sobre el fondo de lo que hemos vivido y nada más), y el agravamiento final del proceso es que tantos yoes, si bien presentes, están muertos.

Presentes sucesiones de difunto. Lo que portamos con nosotros no es una alegre excursión de personalidades sucesivas y simultáneas. Lo que portamos por la vida es un carro de muertos, de los yoes que se nos han ido muriendo y que nadie entierra,



«A las que sepas, mueras. Y sabía hacer saetas». (Gente maleante en una venta. **Dibujo de Jiménez Aranda**).

sino que tiran de nosotros o nosotros tiramos de ellos. Unas veces mandan los muertos y otras veces manda el vivo. El tiempo, por ser discontinuo, va matando los yoes, la discontinuidad le quita argumento y coherencia a nuestra vida. El hallazgo de Quevedo no es el hallazgo obvio de que seamos mortales antes que nada, sino que el tiempo, antes de la muerte definitiva, va matando cada día un yo en nosotros.

Un tiempo ordenado, lineal, racional o cuando menos razonable, nos justificaría en cierto modo, daría argumento a nuestra existencia. De ahí la continua invocación a la armonía de las esferas.

Por el contrario, el tiempo nos desautoriza.

El tiempo, que parece cimentar nuestra vida (Luis Rosales le llama a eso «vida acumulativa»), en realidad no hace sino cavar «en mi vivir mi monumento», o sea mi panteón. Pero no en una saga racional que siquiera tendría su grandeza, convencionalmente considerada, sino que el tiempo es desconsiderado con nosotros y, como ya en nuestros días dijera Einstein, el tiempo es relativo. Quevedo vive la relatividad del tiempo, y eso es lo más angustioso y lo más íntimo de su intimidad, dicho mil veces de mil eficaces maneras, en su poesía.

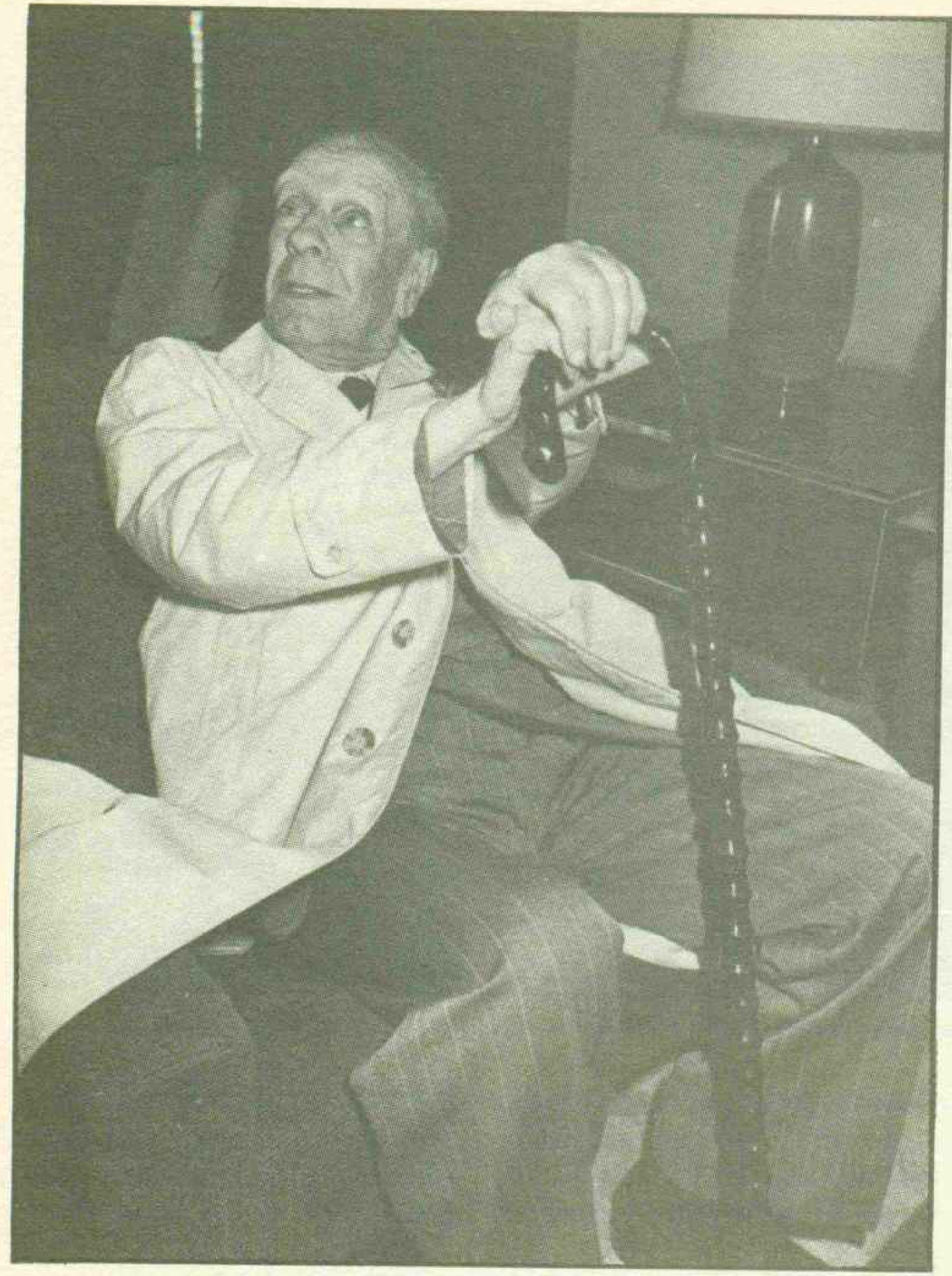
QUEVEDO Y LA ESPADA

Quevedo es hombre de espada y espuelas. No es la suya la espada indumentaria de cualquier ciudadano de su tiempo, sino una espada famosa, pendenciosa, hábil, peligrosa. Quevedo cree en la violencia, es violento verbalmente y físicamente. Quevedo formula salvaciones del Imperio por la violencia y utiliza la espada en su vida.

A Quevedo le van aquellos versos medievales:

A las que sepas, mueras.
Y sabía hacer saetas.

Es el «quien a hierro mata, a hierro muere». Quevedo fue violento con todos y murió violentado de reclusión, olvido, persecución, enfermedad, abandono y odio. Quevedo nace zurupeto, trabucado, miope, perseguido siempre del frío, y puede escribir en una carta de casi última hora, con expresión bellísima, como hasta la muerte:



«Borges, como Quevedo, prefiere deslumbrar con una paradoja a convencer con un silogismo». (Jorge Luis Borges).

Llevo siempre delante de mí el pálido rebaño de mis enfermedades.

Huelga hacer el fácil recorrido freudiano: Quevedo, trabado ante la vida, valiente, pero enfermo, fuerte, pero demediado, decide pronto armarse y llegar con la punta de la espada adonde no llegue con la mano, según fórmula que acuñaría siglos más tarde un modesto antiquevedo: Eduardo Marquina.

La espada de Quevedo, su violencia y sus espuelas, son no sólo defensa ante el mundo, sino, naturalmente, la respuesta que él da a Dios o a la naturaleza, que le ha hecho débil. Esta violencia personal la sublima él, inevitablemente, en violencia cósmica y, por supuesto, en violencia imperial: España debe volver a hacerse respetar por el mundo mediante la violencia.

Pero las armas y la violencia de Quevedo nos lleva a un tema más interior en él: el militarismo y el predandismo (dice Baudelaire que en el dandismo hay algo militar). Repara Borges en una soberbia expresión de Quevedo, a propósito de la muerte de Osuna: «el llanto militar». Borges comprende que se trata de un concepto baladí, el llanto de los militares. *¿por qué*, entonces, tiene esa fuerza en Quevedo? Es fuerza y novedad de idioma. Jamás el llanto se había adjetivado de «militar». La novedad y bizarría del adjetivo consiguen la emoción que Quevedo quiere transmitir.

Pero, aparte el gran logro estilístico, lo de **llanto militar** nos aísla y explica hoy a nosotros, muy bien, una interesante peculiaridad en la anatomía psicológica de Quevedo: violencia y ternura, que diría Rof Carballo. Sensibilidad y guerra. Ser militar y llorar por Lisi. Los militares pueden llorar por su duque.

He aquí un aspecto inédito de los militares y de Quevedo. Los militares matan y los poetas lloran, generalmente. Un militar que llora o un poeta que mata es ya una figura nueva, moderna, para la que no encuentro más que una palabra imprecisamente precisa: dandy.

Quevedo, como el inglés John Donne y como otros, es un dandy anterior al dandismo, un esteta, un moralista, un poeta, un sentimental, un estoico y un escéptico que jamás pierde cierta verticalidad interior de temperamento, inspirada de lejos o de cerca en el modelo militar.

Byron, Barbey D'Aurevilly, Villiers L'Isle Adam, Villamediana, Larra, Valle-Inclán (y muchos de sus personajes literarios) completan la nómina del dandismo oficial europeo que, a fin de cuentas, se cifra en eso: un infrecuente y difícil trenzado de valor físico y sensibilidad casi afeminada (Sartre distingue entre el afeminado y el homosexual a propósito del dandismo de Baudelaire)

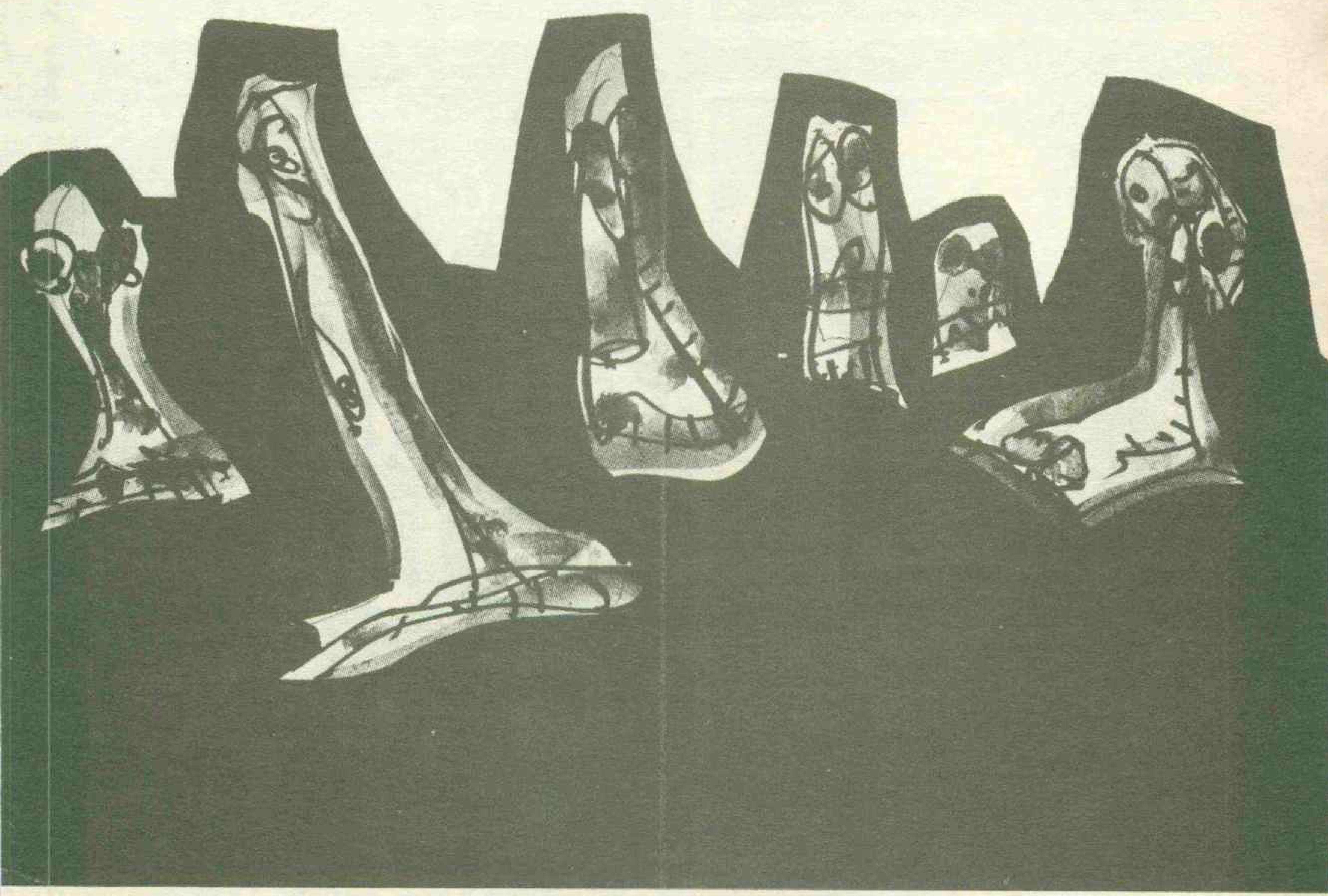
La espada de Quevedo es la aguja que le cose a ese mapa humano tan peculiar.

QUEVEDO Y SURREALISMO

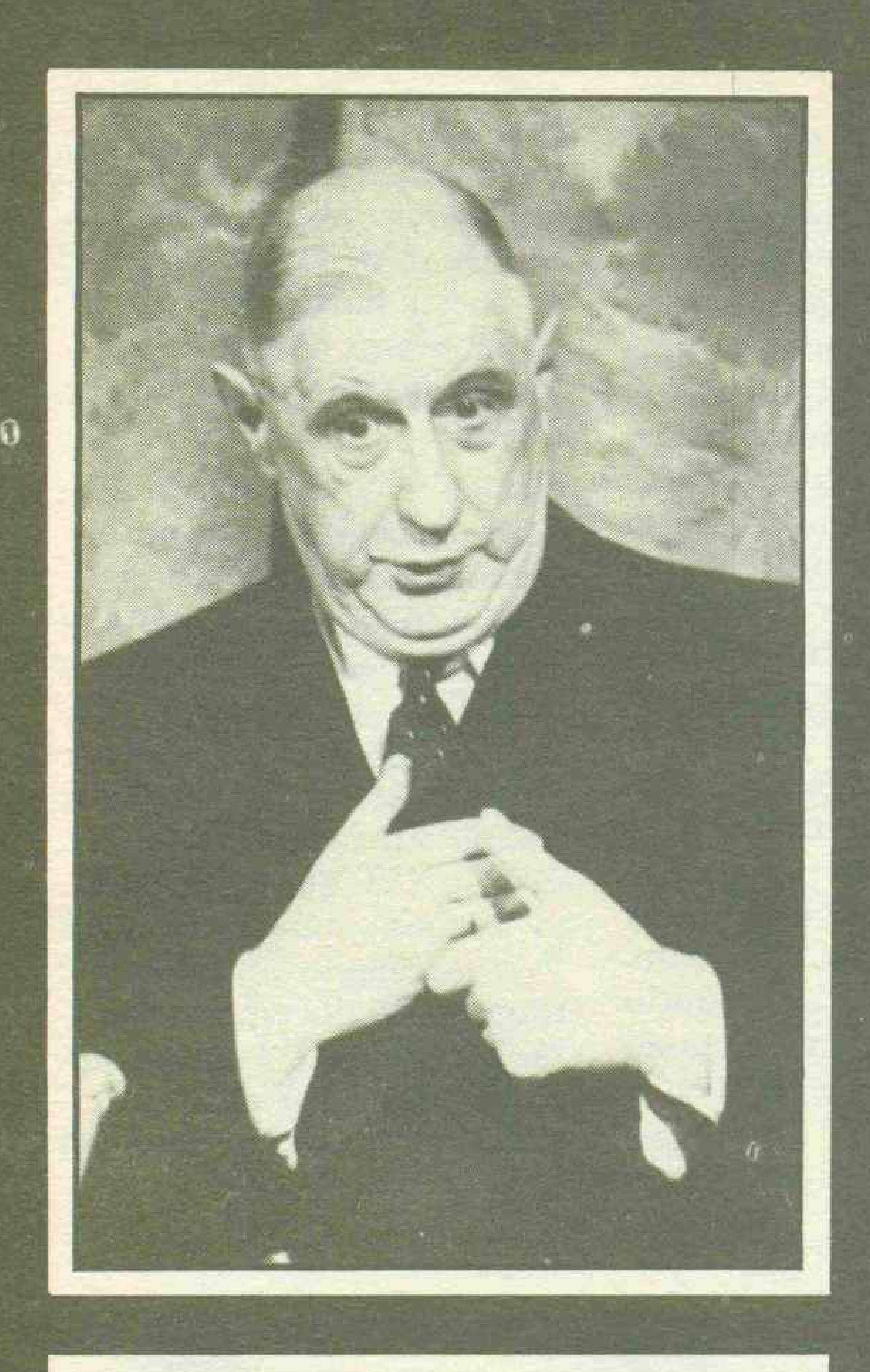
Cuando un escritor español de hoy abandona el realismo galdobarojiano (en buena hora) y se lanza a imaginar, nuestros críticos en seguida le filian a García-Márquez y otros importantes latinochés, como si la gran novela latinoché hubiera nacido de un cocotero cubano.

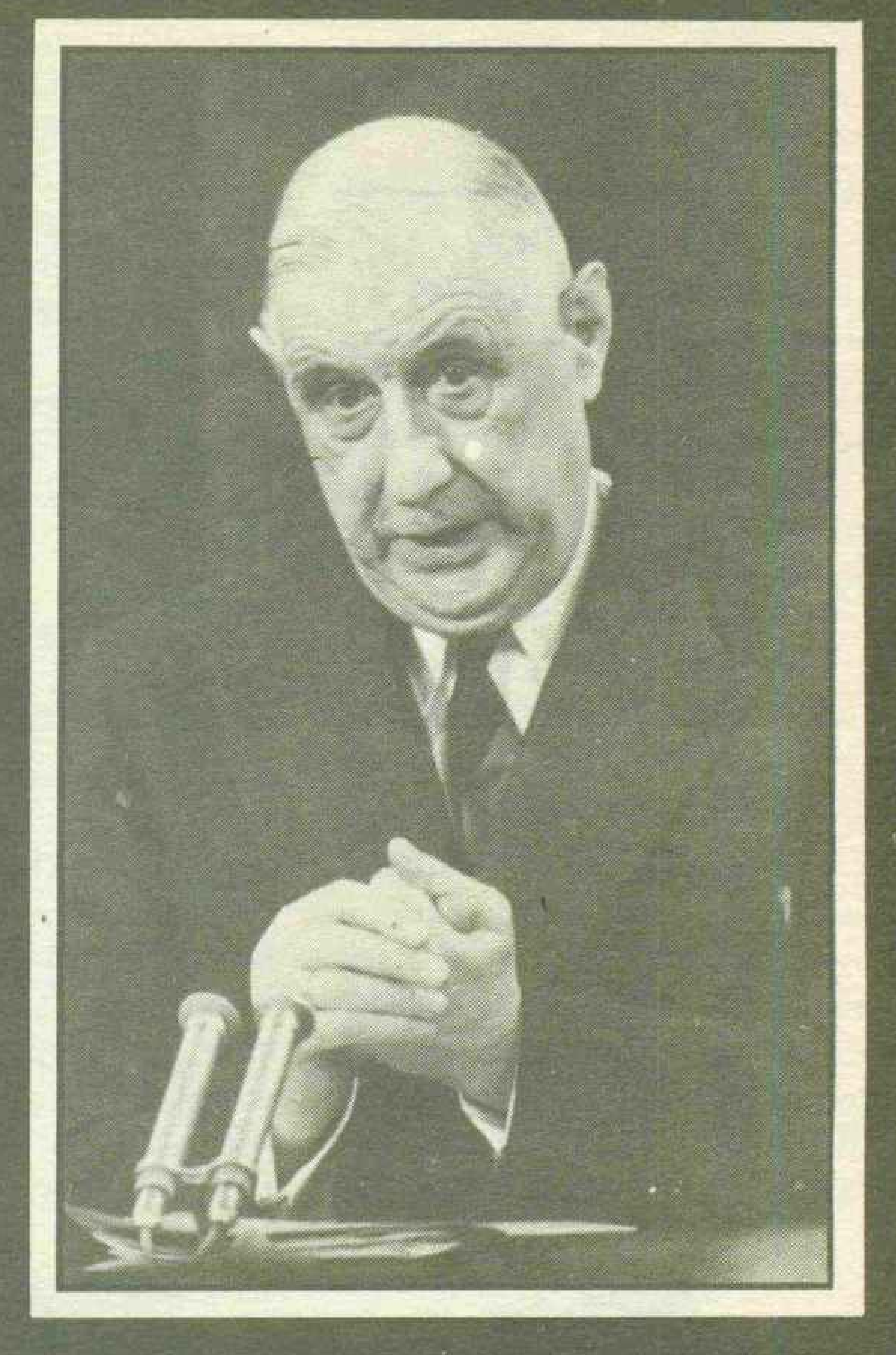
La imaginación, la fantasía, la creación de la nada está en los anglosajones y en los nórdicos desde hace siglos. Antes de **Cien años de soledad** está el **Orlando** de Virginia Wolf y antes del **Orlando** está Lewis Carroll, por esquematizar el proceso. Pero antes de todos ellos está Quevedo, que, cuando un hidalgo en ruina quiere vender su casa y la abandona, no explica así el proceso, sino que invierte poéticamente: nos dice que el hidalgo «quedó desnudo de paredes y en cueros de edificio», porque no es que él haya abandonado la casa, sino que la casa le abandona a él, se le vuela, y se encuentra en mitad de la calle. En **La hora de todos** y en todo Quevedo está la capacidad tenida por moderna, surreal, de subvertir la realidad realista y darnos la realidad otra. Los estudiosos han indagado mucho en esto, buscando y encontrando siempre simbolizaciones en cada disparate sintáctico o metafórico de Quevedo. Empobrecen el texto, lo alegorizan, lo dejan en fabulismo moral. El propio Breton explicaba hasta el hastío sus textos más automáticos. San Juan de la Cruz teorizó su poesía hasta despoetizarla. Quevedo no cae en tal y los profesores poco nos inquietan.

Quevedo, con el sólo precedente de Dante, en su cultura personal, imagina y escribe constantemente la realidad otra que pone en cuestión la realidad mostrenca, establecida y estatal. A eso, por simplificar, ya se le puede llamar surrealismo, igual en el siglo XVII que en el XX. De él hemos tomado quienes hemos tomado, antes que de ninguna traducción o importación colonial. Pero los gacetilleros culturales, naturalmente, no le han leído. ■
F. U.



«Quevedo tiene siempre la muerte delante, como un místico inverso, y mientras la muerte llega, medita sobre el tiempo, que no es sino el dinamismo del morir». (Litografía de Antonio Saura, para ilustrar «Los Sueños», de Quevedo).



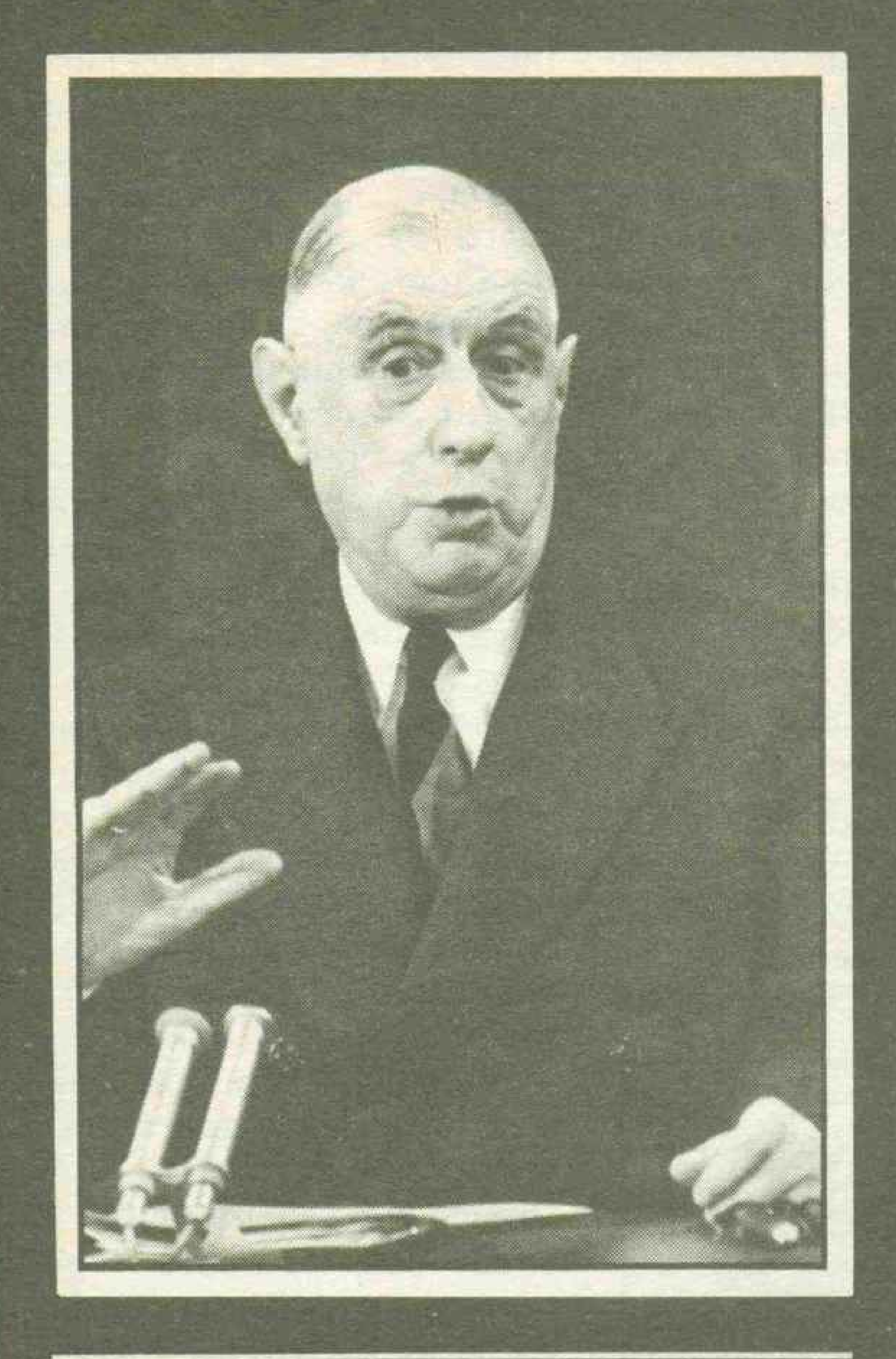


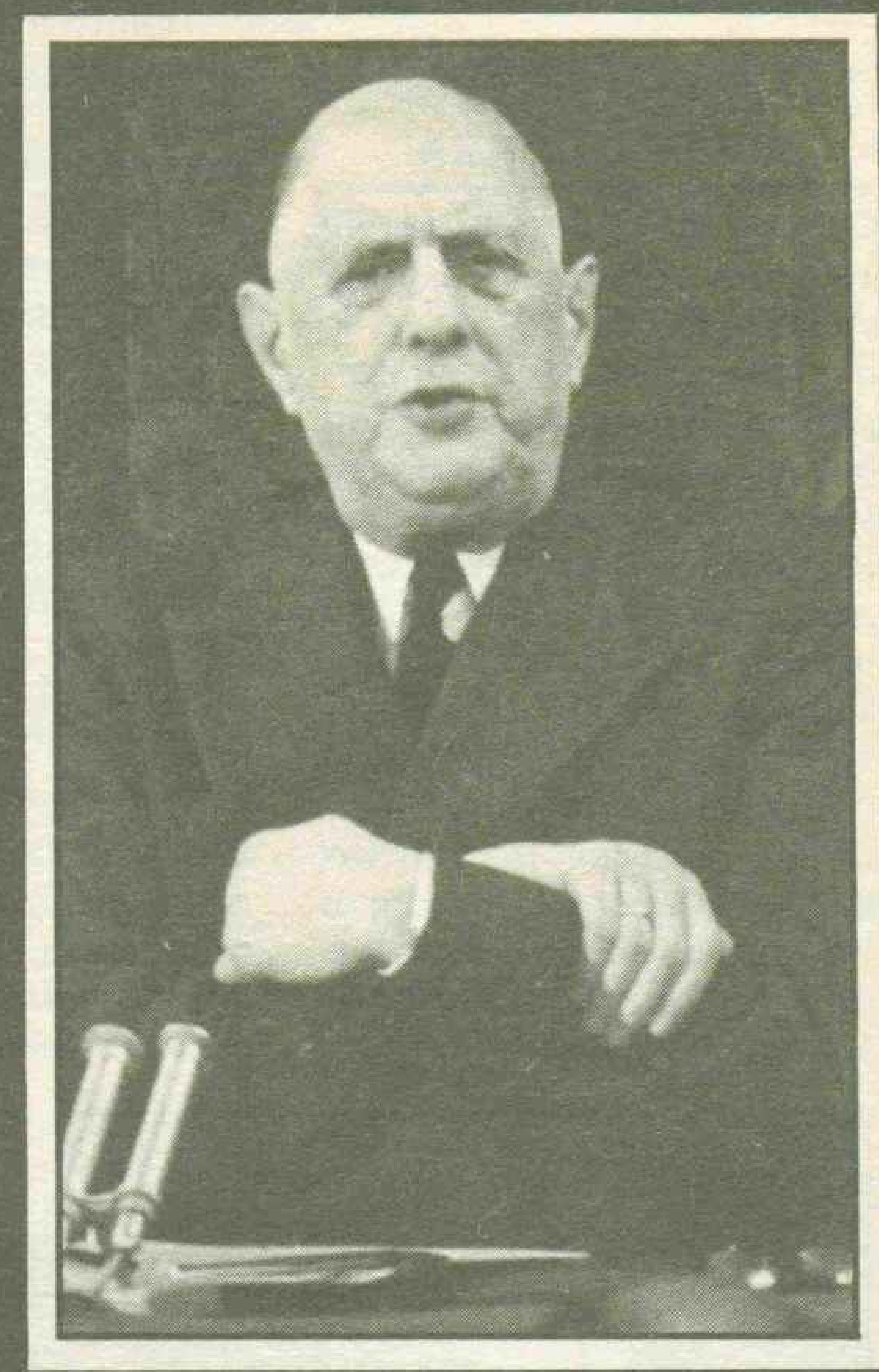


A los diez años de su muerte:

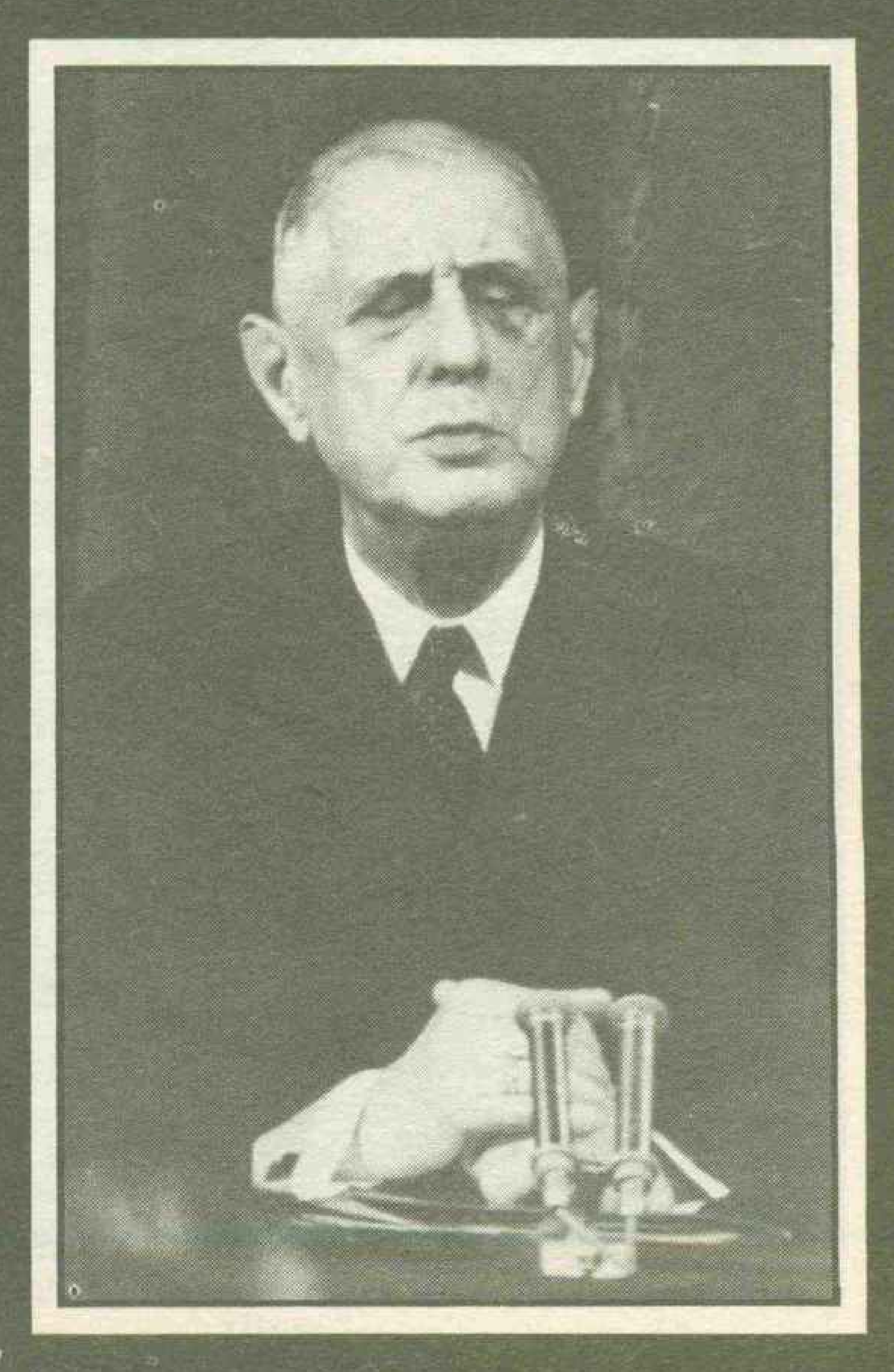
Charles De Gaulle

José M.ª Solé Mariño





EL 9 de noviembre de 1970 moría, en su retiro de Colombey-les-deux-Eglises, Charles de Gaulle, una de las figuras más significativas de nuestro tiempo, tanto por sus actuaciones materiales, en muchos casos discutibles, como por el símbolo que vino a encarnar en momentos históricos concretos para la vida de la Europa de este siglo. Aclamado por su país en los momentos difíciles, este mismo pueblo terminará por apartarle del poder cuando su presencia ya no sea más que un escollo en su evolución. Queda hoy el recuerdo de su indudable grandeza y de su oportunidad histórica, que contribuyen a oscurecer las zonas negativas de su trayectoria. A los diez años de su muerte, y a los noventa de su nacimiento, es toda una lección histórica acercarse, siquiera someramente, a esta figura ya legendaria.

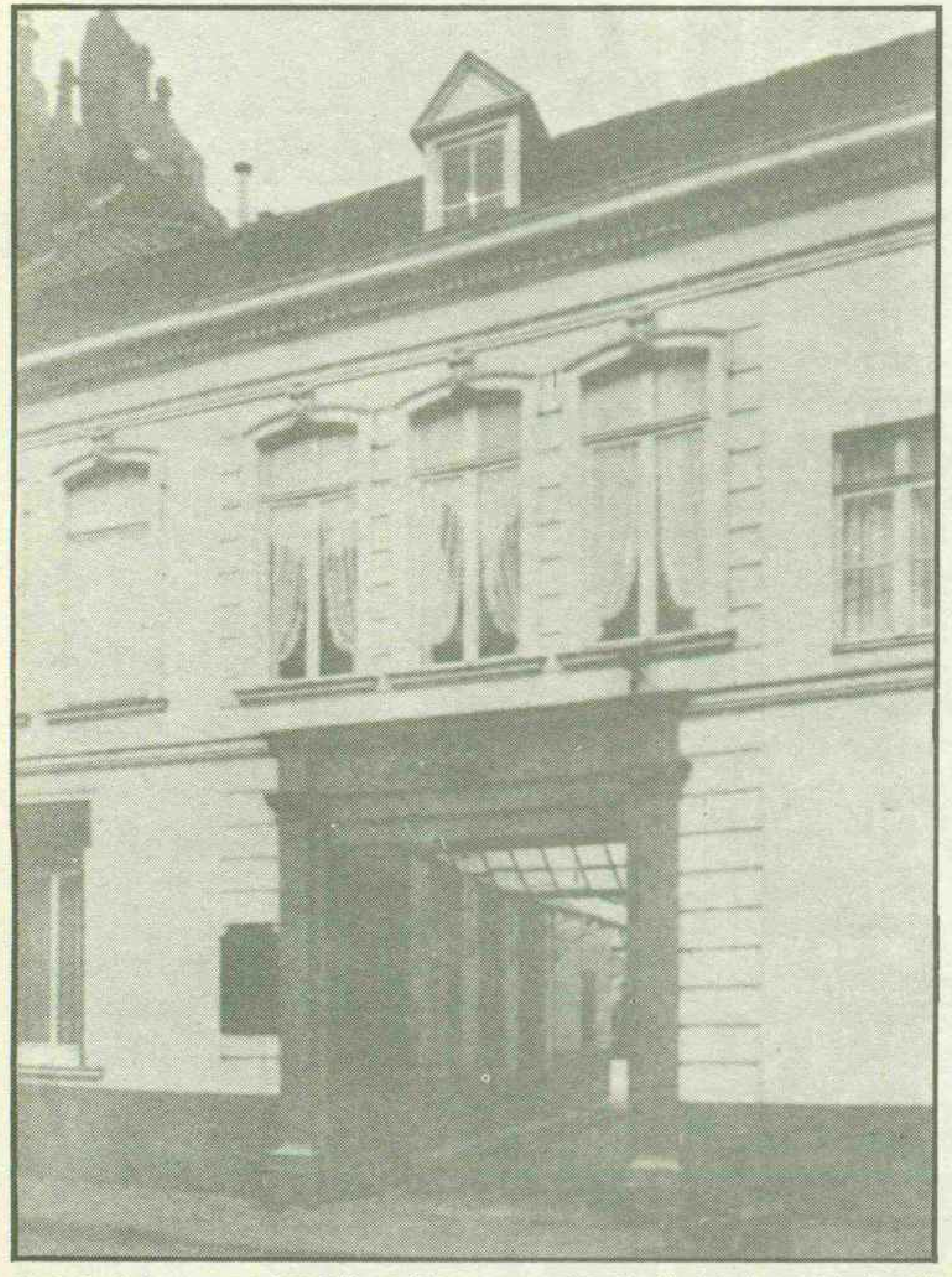


DE LA ESPLENDIDA PAZ A LA GRAN GUERRA

Cuando el 22 de febrero de 1890 nace Charles de Gaulle en la ciudad de Lille, al norte de Francia, la Tercera República, nacida tras la caída del Imperio, la invasión prusiana y el aplastamiento de la Comuna parisina, recupera su pulso. Ya ha sido superado el sobresalto ocasionado ante el peligro que supone el posible acceso al poder del general Boulanger. El año anterior las fuerzas antiparlamentarias habían puesto sus ojos en ese militar de prestigio, que venía a presentar una vez más la figura salvadora ante un real o supuesto caos, y que siempre surge en Francia en los momentos difíciles. Pero la República se había salvado, más que por sus propias fuerzas, nunca muy acentuadas, por la final falta de iniciativa de sus enemigos. Y ahora se revestía de crédito con la Exposición Internacional de París, ofreciendo suficientes motivos para que se dijese del régimen que era «un sistema de crisis, atemperadas por exposiciones universales».

Proviene Charles de Gaulle de un medio social muy definido. Es la pequeña nobleza empobrecida de provincias, entroncada con la burguesía industrial y católica del norte. Es un elemento más de esa gran masa conservadora que en el siglo XIX da su carácter definitivo a Francia, dotándola de una profunda estabilidad real, muchas veces falsamente ocultada por acontecimientos transitorios. Esa Francia que en las últimas décadas del siglo va extendiendo su gran imperio colonial por Africa y Asia, mientras en la metrópoli la inestabilidad social, el terrorismo y los escándalos políticos marcan la vida cotidiana. La República radical se impone en Francia mientras el joven De Gaulle cursa ya estudios en la academia militar de Saint Cyr, lo que le introduce por el mejor camino en la milicia, que será la misión fundamental en su vida. Agosto de 1914 supone el fin de un mundo.

Todas las tensiones económicas y políticas, hasta entonces soterradas o contenidas bajo una u otra forma, estallan al mismo tiempo. Es la hora de la rendición de cuentas. Francia se une a las potencias aliadas en contra de los Imperios germanos. Es la brutal conclusión de la espléndida paz de que disfrutaba una Europa entregada hasta ese momento solamente a enriquecerse fuera de sus límites geográficos. Durante el conflicto, el capitán De Gaulle es herido en tres ocasiones y tomado como prisionero por los alemanes. Internado junto al Danubio, compartirá el cautiverio con el futuro mariscal soviético Tujachevski. Liberado a la finalización victoriosa de la guerra, tomará De Gaulle parte en la expedición que en 1919 acudirá, mandada por el general Weygand, en defensa de la independencia de Polonia contra el ataque del nuevo



Fachada de la casa natal, en Lille, del futuro general De Gaulle (el número 9 de la calle Princesse).

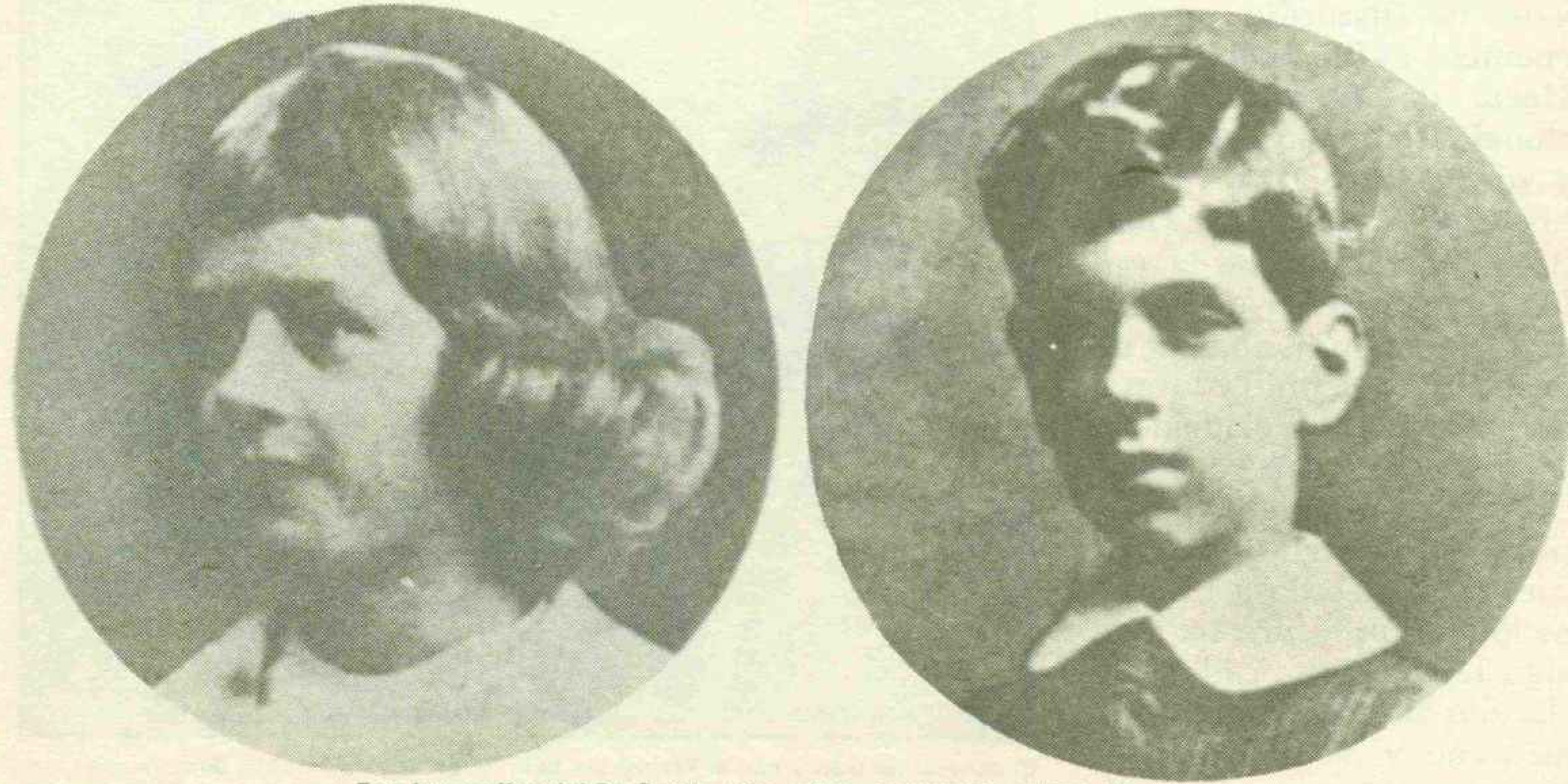


Mme. Henri De Gaulle y el profesor De Gaulle, padres de Charles de Gaulle.

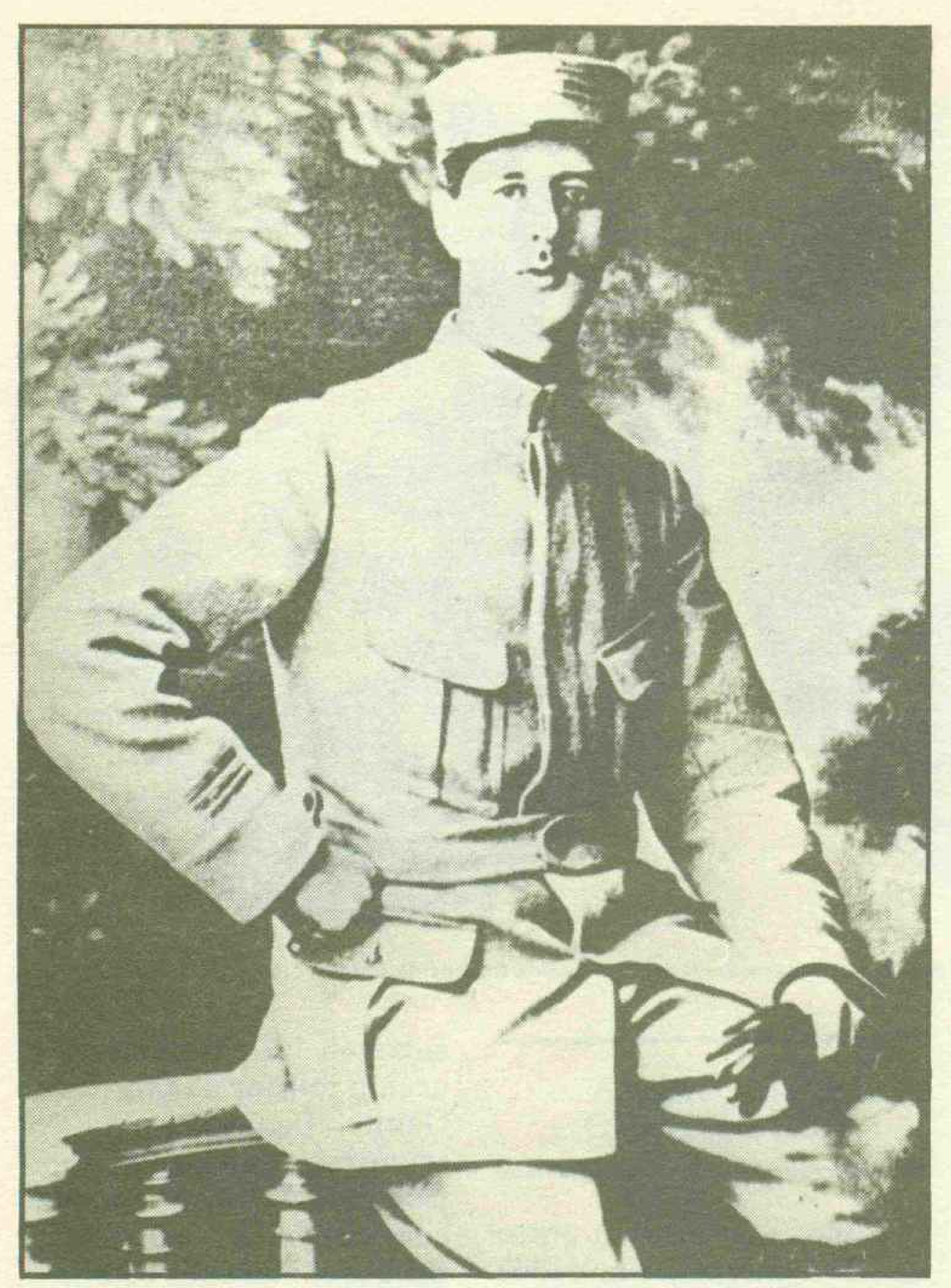
régimen bolchevique de Rusia. Ante las murallas de Varsovia, De Gaulle se enfrentará a su antiguo compañero de cautiverio, Tujachevski, que dirige la ofensiva roja y comienza su brillante carrera, que habría de conducirle a la muerte durante las purgas estalinianas.

A LA ESPERA DEL DESTINO

Los años que median entre las dos guerras, marcados por crisis económicas y los subsiguientes conflictos sociales que determinarán el auge de los totalitarismos, suponen un paréntesis a la acción militar de Charles de Gaulle. Dedicado a la enseñanza en la Escuela Superior de Guerra, y contando con el poderoso apoyo que le brinda el mariscal Petain, el vencedor de Verdún, De Gaulle se dedica profundamente a la creación teórica. Será la época de sus co-



Dos fotografías del De Gaulle niño, mitad «Aguilucho», mitad «Cyrano»...



El capitán De Gaulle, en marzo de 1916, en el frente de Douaumont, durante la Gran Guerra, en la que fue hecho prisionero por los alemanes.

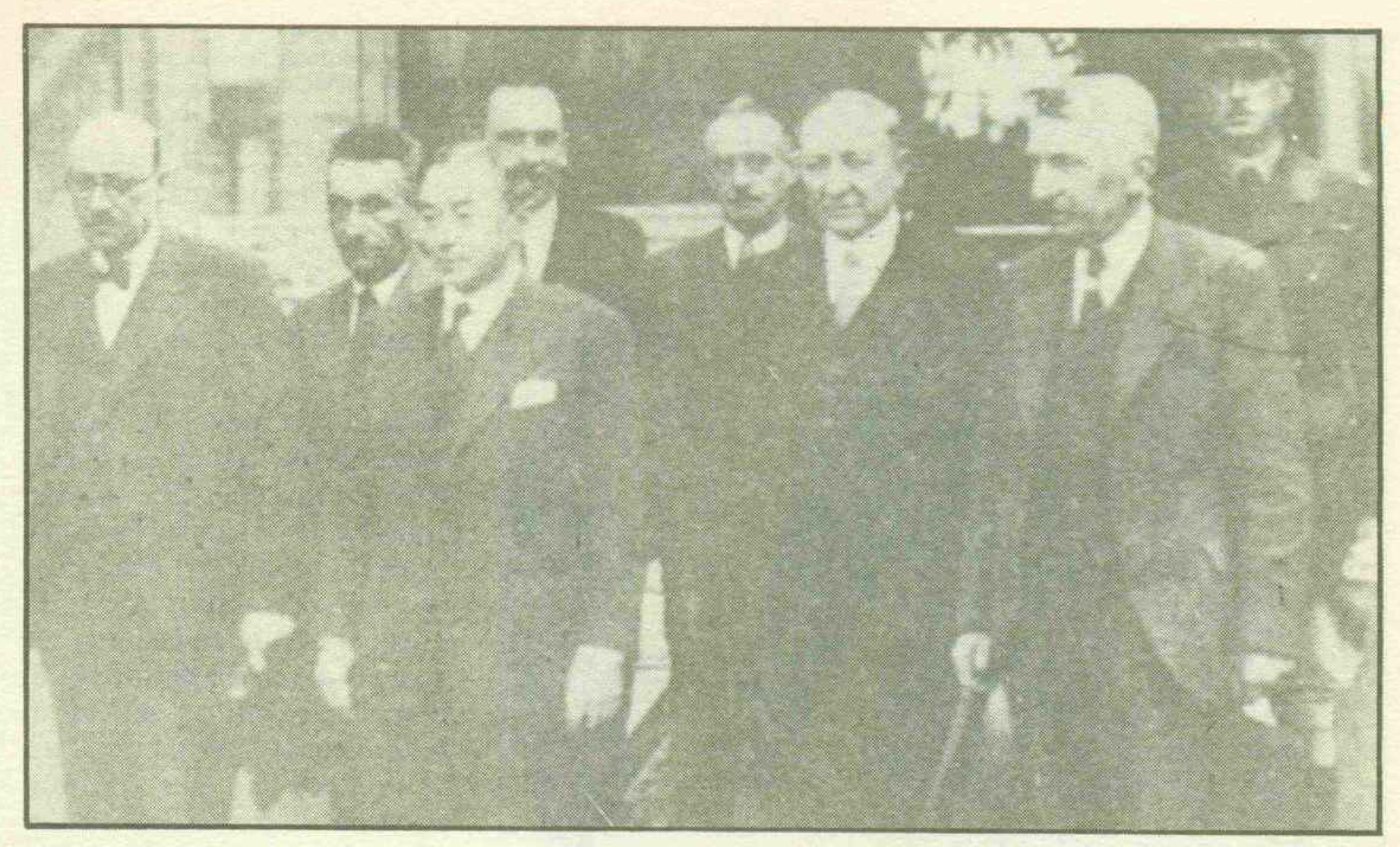
nocidos escritos. Entre 1924 y 1938 aparecen sucesivamente **Discordia entre el enemigo, El filo de la espada, Hacia un Ejército profesional** y, finalmente, **Francia y su Ejército.** Más que un historiador militar, De Gaulle es un filósofo de la milicia, un táctico y un estratega. En sus obras aparece de forma muy definida lo que para él constituye el ideal del jefe nato, del **líder.** Para muchos de sus biógrafos posteriores esto sería algo así como una nebulosa premonición de un futuro todavía algo lejano. Admirador declarado de Thiers, de Clemenceau y de Poincaré, el que en 1937 es ya coronel, elabora a lo largo de esos años que preceden al estallido de la segunda guerra su particular teoría de la guerra móvil.

Frente a unos políticos y militares partidarios de unas operaciones en sentido estático, y que en consecuencia ordenan la construcción de la costosa e inútil **Línea Maginot,** De Gaulle preconiza una guerra de movimiento en base a la utilización de carros de combate. Estos darían a las operaciones bélicas la movilidad necesaria para sorprender y destruir al enemigo. Desoídos sus proyectos dentro de las esferas decisorias, las tesis gaullianas habrían de hallar muy buen auditorio al otro lado del Rhin, entre los tácticos alemanes. Cuando en mayo y junio de 1940 los tanques de Guderian avancen a través de los Países Bajos y Bélgica y tomen por sorpresa a los ejércitos franceses, el acierto de las tesis de De Gaulle se pondrá de manifiesto de la forma más dramática para su país.

Mientras tanto, son los úl-



El general De Gaulle con el Presidente Lebrun, en agosto de 1939, durante unas maniobras militares.



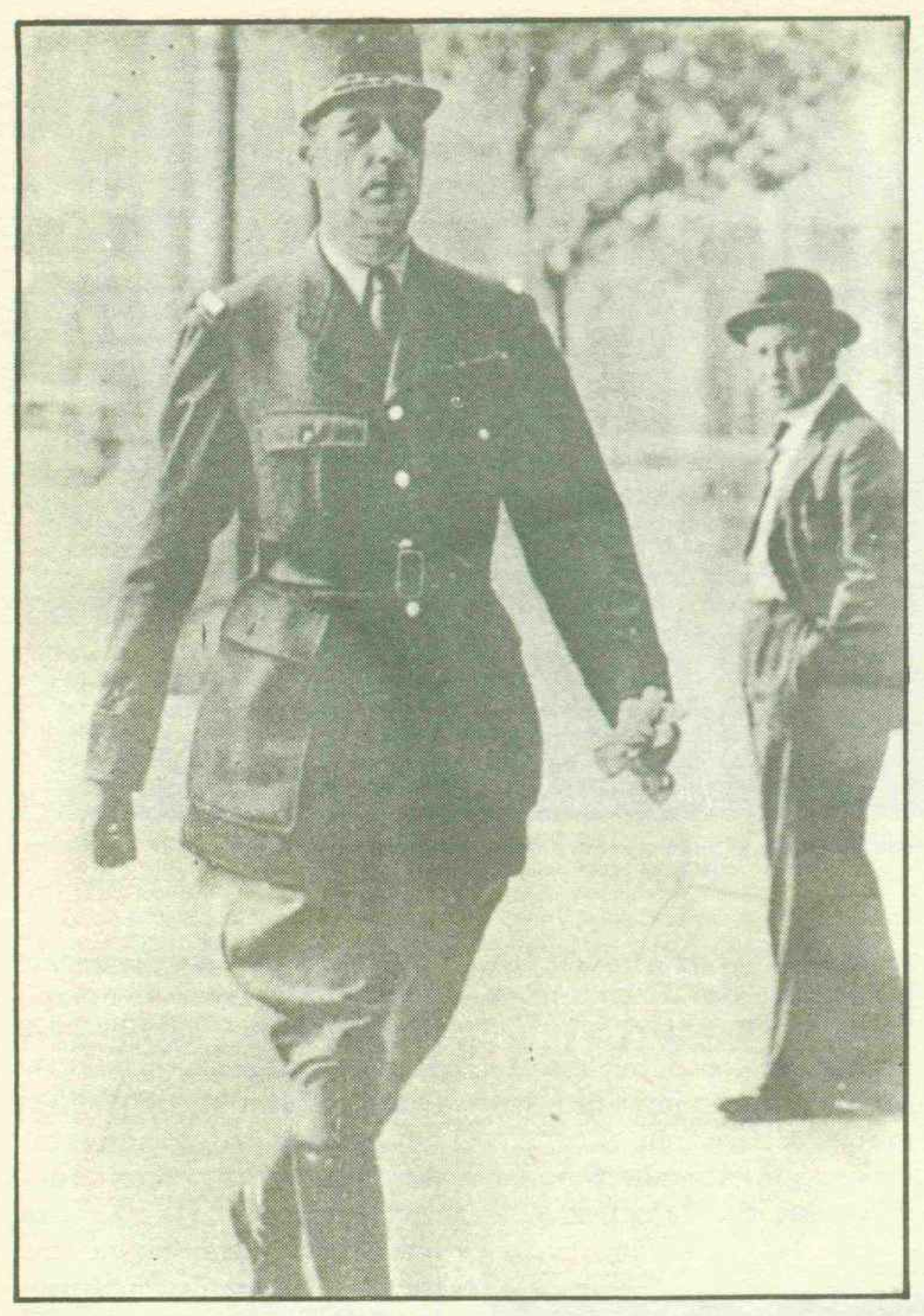
El general De Gaulle (al fondo a la derecha, en la fotografía), sub-secretario de Estado en el Gabinete de Paul Reynaud, en junio de 1940.

timos meses de la paz que ha durado solamente veinte años. El Tercer Reich se decide ya a lanzarse fuera de sus fronteras en un insaciable expansionismo. En París, De Gaulle cuenta con la protección de Paul Reynaud, que viene a suceder a la cabeza del Gobierno a Eduard Daladier, el firmante de los acuerdos de Munich, que dejan libres las manos a Hitler en el centro de Europa. Atacada Polonia y declarada la guerra a Alemania por las potencias occidentales, será el mismo Reynaud quien haga posible el ascenso del coronel De Gaulle al empleo de general de brigada y su posterior nombramiento como subsecretario para la Defensa Nacional, cuando ya las fuerzas alemanas avanzan inconteniblemente por el norte de Francia.



En Carlton Garden's, edificio puesto a su disposición por el Gobierno británico, el general De Gaulle, jefe de la Francia libre, da su primera conferencia de Prensa, que podría ser resumida en esta frase lapidaria: «Francia ha perdido una batalla, pero Francia no ha perdido la guerra».

En Burdeos, adonde se ha trasladado el Gobierno huyendo de la invasión, De Gaulle se convertirá en la cabeza directora de quienes preconizan la resistencia a toda costa y el traslado de los órganos de poder al norte de Africa, desde donde se proseguiría la lucha. Vencido en estas luchas intestinas por quienes apoyan la petición del armisticio, y que son apoyados por personalidades muy significativas del aparato estatal y del país, De Gaulle marcha a Londres el *17 de junio de 1940*. Es el triunfo de las tesis reaccionarias y entreguistas. Fran-



El general De Gaulle, por las calles de Londres, durante los primeros días de su «exilio» en Inglaterra.

cia se encuentra exánime después de dos décadas de mal gobierno y de convulsiones sociales, y ahora se entrega apenas sin resistencia en brazos del invasor (1).

El día 18 de mayo, De Gaulle lanza desde la emisora de la BBC de Londres el mensaje con el que cruzaría los umbrales de la Historia. Hablando en nombre de una idea particular de Francia, el general ataca sin paliativos a una clase política y militar a la que califica de derrotista. Asume por ello en su propia persona el papel, no ya de representante de una postura particular, sino de la misma Francia, con toda su historia a sus espaldas. Así, la resistencia ante el invasor se convierte para De Gaulle

(1) *Ver «Junio de 1940. La caída de Francia»,* **Tiempo de Historia**, *N.º 67.*

El Comité de Londres. De izquierda a derecha: Diethelm, Muselier, De Gaulle, Cassin, Pleven, Valin.





Sikorski, Churchill, De Gaulle, dos semanas después de la invasión de Rusia por las tropas de Hitler.

la legalidad republicana, en la que realmente nunca había creído. Sus hipotéticas relaciones con los militares golpistas de noviembre de 1937 nunca pudieron ser demostradas de forma fehaciente. Es la invasión de su país y la actitud de las clases dominantes lo que hace nacer en él ese espíritu de rebeldía hacia un sistema político tan debilitado que no había sido capaz de oponer la más mínima resistencia ante su destrucción. De hecho, el gaullismo nunca hubiera existido si uno de los grandes generales, procónsules en los dominios de ultramar, se hubiera pronunciado a favor de la continuación de la lucha. En junio de 1940, De Gaulle es un militar casi totalmente desconocido, que se enfrenta a las decisiones de un Gobierno que, si hubiera podido someter a plebiscito nacional la cuestión de la petición de armisticio, hubiera obtenido una abrumadora mayoría de votos afirmativos. Pero en esos momentos la actitud que el general De Gaulle ha adoptado solamente admite dos po-

en la única actitud continuadora del proceso histórico de su país. El **es** ahora el intérprete de la esencia de la Francia eterna. Por esta actitud de rebeldía a los mandos militares superiores que han quedado en el continente, De Gaulle será condenado a muerte por contumacia, según la decisión de un tribunal del nuevo **Estado francés.**

LA FRANCIA LIBRE

Hasta ese momento, De Gaulle había sido, al menos aparentemente, respetuoso con



El general De Gaulle en un barco de las Fuerzas Francesas Libres, en 1941.

El Presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, saludando a De Gaulle, un gesto de cortesía que no implica aún un reconocimiento de la Francia que De Gaulle representa...



siciones posibles. Para él, quien no está de su lado en el honor está en su contra en la vergüenza. En julio de 1940, cuando la partición de Francia en dos zonas se haga efectiva, el régimen encabezado por el anciano mariscal Petain e instalado en Vichy, tendrá la legitimidad formal que le han otorgado las dos cámaras legislativas elegidas en 1936 por sufragio universal. Si bien disminuidas en número, y a pesar de las presiones ejercidas sobre sus miembros, con una pequeña, pero cualitativamente importante, fracción de parlamentarios en contra del nuevo sistema. El general De Gaulle, en Londres, solamente puede aportar una ambigua legitimidad mística, en la que muy pocos demuestran creer.

En Anfa, ante las expresiones relajadas de los «Grandes», Roosevelt y Churchill (ambos sentados), De Gaulle estrecha la mano de su efímero rival, en la jefatura de los franceses libres, el general Giraud.



De Gaulle, durante una alocución a la Francia ocupada aún por los alemanes. París sería liberada próximamente...

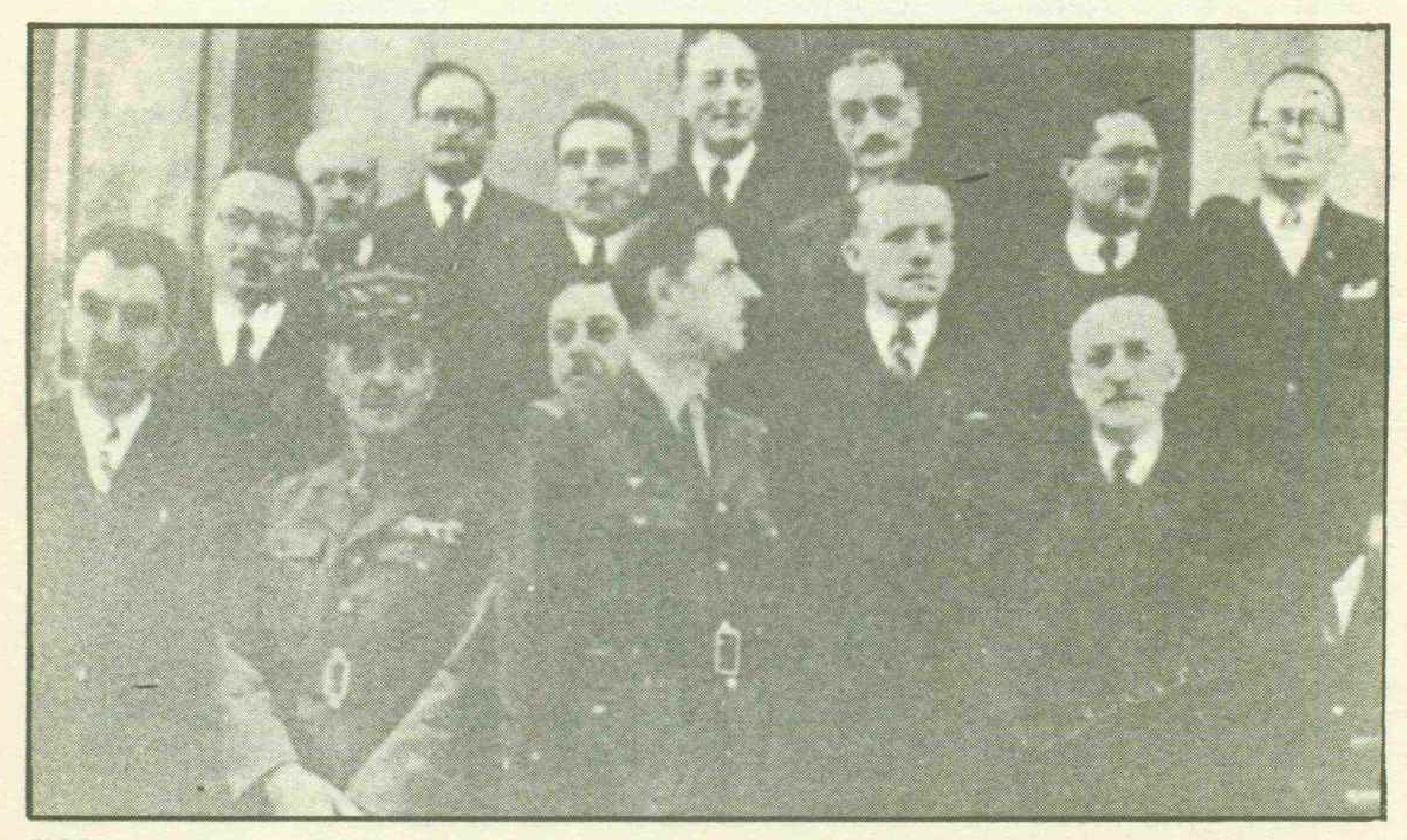
Apoyado con grandes reticencias por el Gobierno de Churchill, el movimiento que funda De Gaulle, denominado **Francia Libre**, no es siquiera un verdadero Gobierno en el exilio, como los que provenientes de otros países europeos ocupados se han refugiado en Londres, tales como los de Holanda, Bélgica, Checoslovaquia, Noruega y Polonia. El llamamiento del general no obtiene inmediatos resultados positivos. Son muy pocos los que se unen a él. Por su ideología, expresada en sus repetidas declaraciones, parece representar el pensamiento de la derecha nacionalista, pero al mismo tiempo carece de apoyos en este sector. Las élites básicas en la administración, la política y los negocios prefieren una fácil convivencia con los ocupantes antes que los riesgos y la inseguridad de un apoyo declarado al oscuro general que parece oponerse a la nueva e irreversible situación.

De esta forma, el movimiento gaullista, que por la ideología de su inspirador



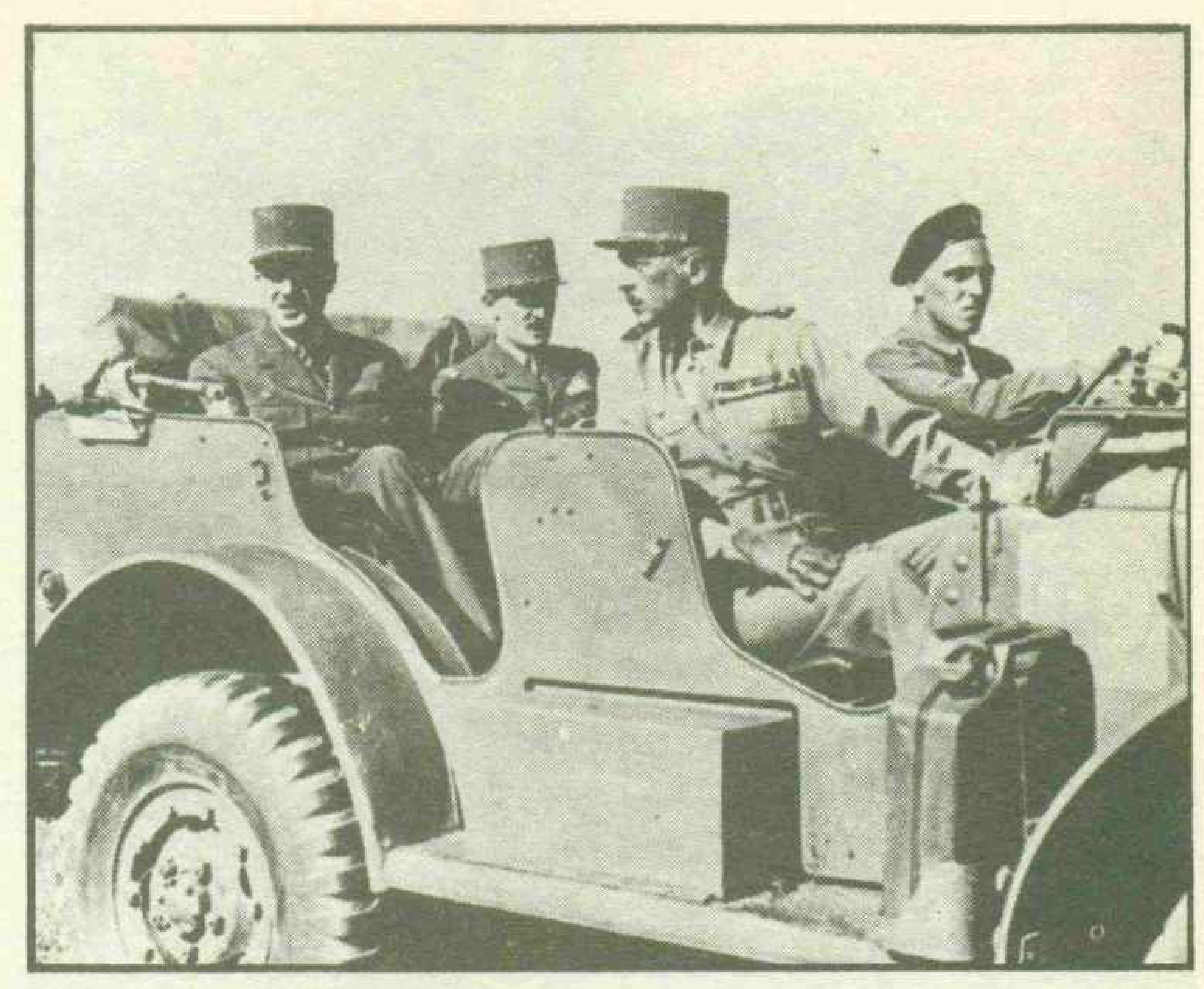
Tras el asesinato de Darlan y por breve tiempo los generales Giraud y De Gaulle serían la representación «bifronte» de la Francia libre ante el mundo... Pronto, De Gaulle desplazaría políticamente a Giraud en la jefatura de una nueva Francia, que nunca pensó en compartir más que con su conciencia y con la Historia...

De Gaulle durante uno de sus numerosos viajes de inspección, en plena Guerra Mundial, a los frentes donde luchaban las tropas de la Francia Libre.



El C.F.L.N. (Comité Francés de Liberación Nacional), reunido en Argel. De izquierda a derecha: Philip, Pleven, Le Troquer, Catroux, Capitant, Tixier, Jacquinot, De Gaulle, R. Mayer, H. Bonnet, Fresnay, de Menthon, Queuille, Diethelm.

debería representar a una cierta parte de Francia, conservadora e incluso reaccionaria, va a ver progresivamente incrementados sus efectivos por personas de humilde origen, sindicalistas, trabajadores comunes y hombres de izquierda. Así, de acuerdo con estos apoyos, el denominado gaullismo **de guerra** irá siendo empujado hacia posiciones, si no izquierdistas por completo, sí abiertas a las cuestiones sociales y de ataque a unas clases privilegiadas que por el momento lo ignoran. De ahí provendrá su inteligencia con el Partido Comunista, que en cuanto a localización política está situado en las



Los generales De Gaulle y Leclerc (futuro mariscal de Francia), en el frente de Túnez, durante la guerra mundial.

El 26 de agosto de 1944, De Gaulle, rodeado de sus «fieles», Bidault, Laniel, Parodi, Leclerc y Juin, desciende por la Avenida de los Campos Elíseos, tras un ujier de la presidencia de la República, en el día de gloria de la liberación de París...



Tras la liberación, De Gaulle condecora la bandera de un regimiento de ese ejército nacido de la voluntad y el heroísmo de un gran pueblo que sólo había perdido una batalla...

antípodas del general De Gaulle.

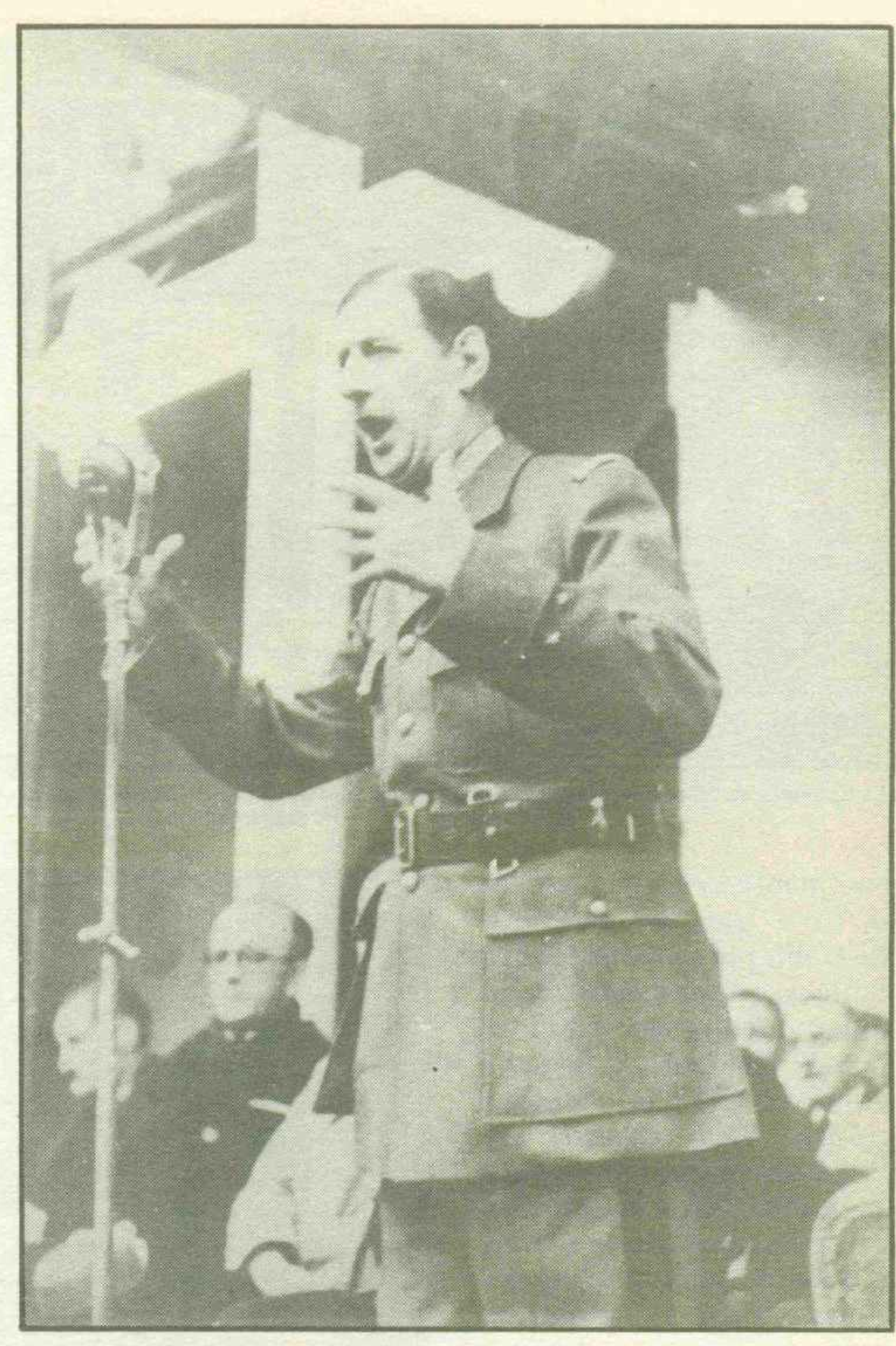
La historia de la **Francia Libre** en el exilio londinense se complementa con la de la resistencia en el interior de la Francia ocupada. Pero todavía no es el momento, tan mitificado posteriormente, de la gran unidad nacional en la lucha contra el invasor. Solamente se trata de acciones de grupos aislados entre sí y por tanto de efectividad muy reducida. Pero acabarán constituyendo el germen de la gran lucha armada con un mando único que ya comienza a dibujarse en la mente del general De Gaulle. La Gran Bretaña, a pesar de todas sus dudas, cada vez está más inclinada a considerar al general como representante de los intereses franceses, pero sin concederle el rango de Jefe de Gobierno provisional. Los Estados Unidos adoptan a este respecto una postura mucho más negativa. A la antipatía personal que separa al general francés del Presidente Roosevelt se une la política exterior norteamericana de no intervención expresa. Lo que le lleva a mantener relaciones diplomáticas nor-



Llegada del general De Gaulle, virtual jefe del Estado francés, el 2 de diciembre de 1944, a Moscú para entrevistarse con Stalin.

males con el régimen de Vichy. A pesar de dotar a De Gaulle a lo largo de la guerra con prestaciones materiales, el conservadurismo norteamerinorteamericano observa al régimen del mariscal Petain como dotado de una legalidad con la que no cuenta en absoluto el general rebelde, rodeado además por elementos de izquierda, y al que solamente tolera por la intercesión que a su favor ejerce Churchill.

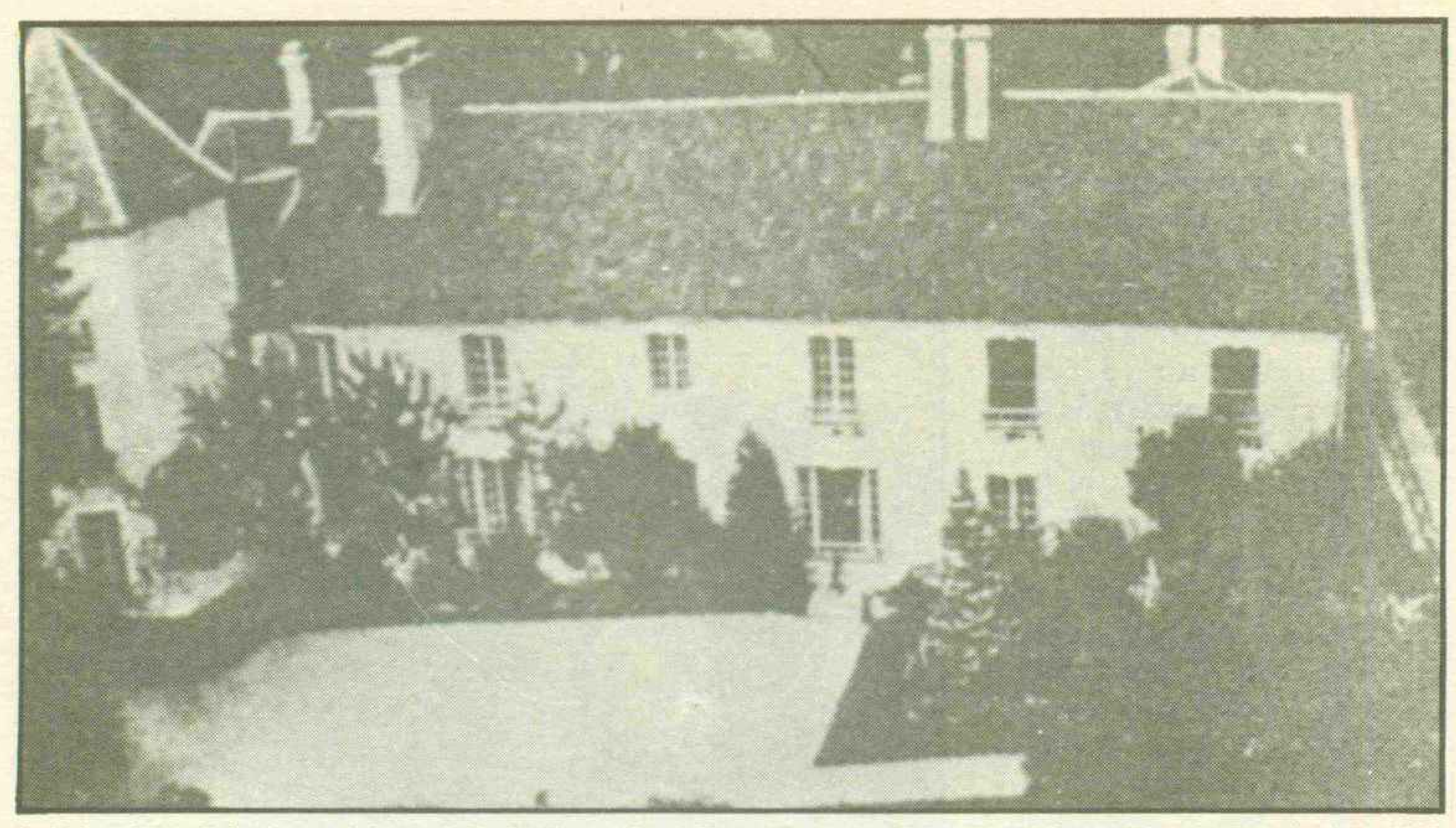
El momento es difícil para De Gaulle. A su llamada han permanecido mudos los altos jefes militares y los políticos de prestigio. De todos los territorios del extenso Imperio colonial solamente las zonas menos importantes han respondido a su llamada. Los centros neurálgicos de las posesiones francesas de Ultramar permanecen fieles al Gobierno instalado en Vichy. El rotundo fracaso del ataque gaullista contra la importante ciudad de Dakar, en Senegal, para unirla a su causa, marca el punto más bajo en su credibilidad ante sus valedores anglosajones. Sin embargo, se ha visto obligado a aceptar dolo-



El general De Gaulle durante el desfile del día del armisticio, en París (febrero de 1945).



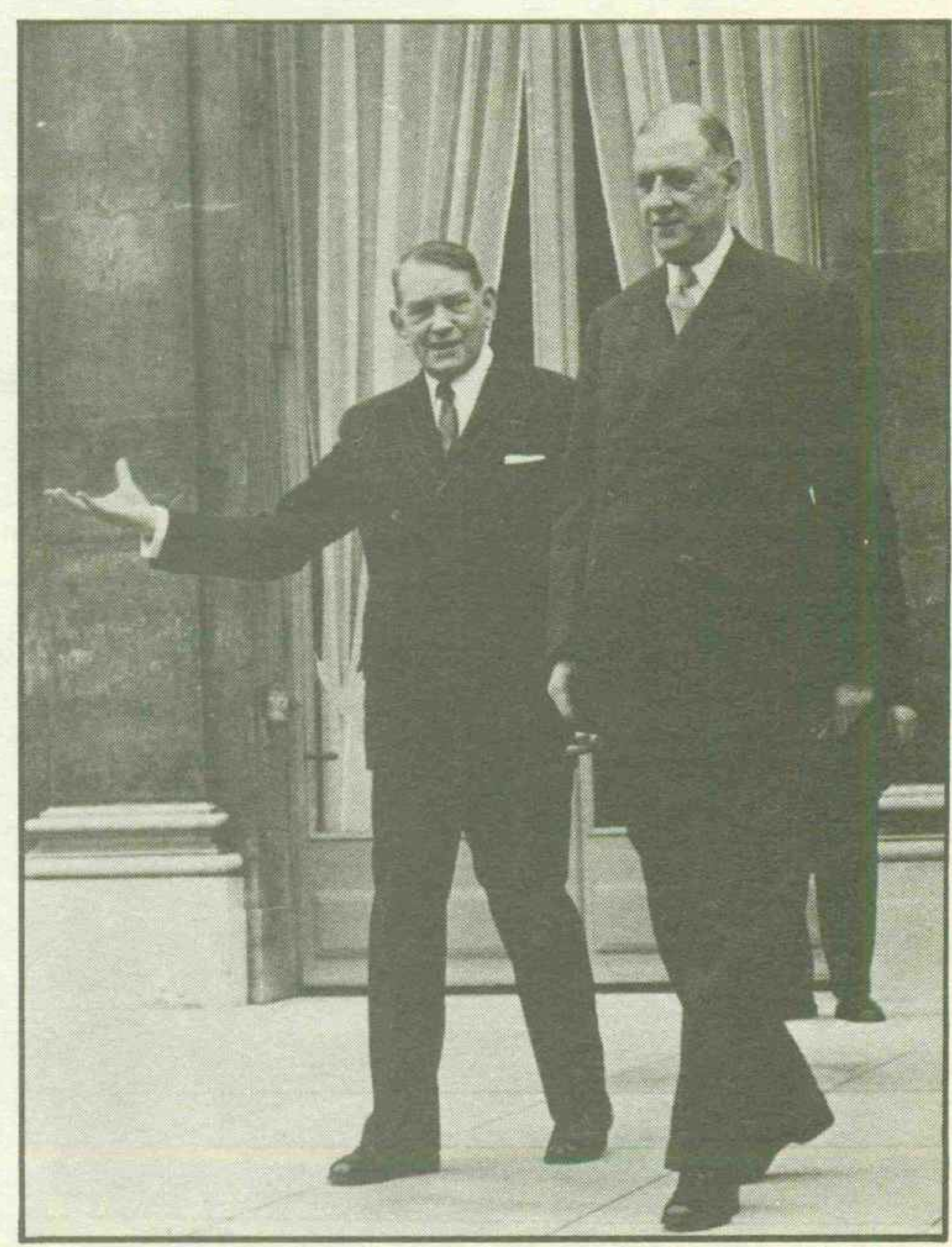
Bidault firma, tras hacerlo Molotov, el tratado franco-soviético de amistad y cooperación, bajo la mirada complacida de Stalin y De Gaulle.



La Boisserie, en Colombey, residencia de De Gaulle, su «Santa Elena» particular, de la que saldría en 1958 y a la que volvería en 1969. Después de lo cual...

rosamente la destrucción de la flota francesa en Mers-El-Kabir por parte de los británicos, que con esta acción quieren evitar que caiga en manos alemanas y llegue a dominar el vital Mediterráneo. Esta supuesta entrega del general De Gaulle en manos de los ingleses habría de enajenarle en el interior de su país muchas posibles actitudes partidarias, pero era el precio del apoyo de Londres.

Los primeros núcleos de resistencia interior habían nacido en el mismo momento de la invasión y, por supuesto, no tenían en aquellos momentos ningún tinte gaullista. En la mitad norte, zona de ocupación alemana, estos grupos estaban compuestos por personas de ideologías varias, mientras que en la zona sur, bajo control de Vichy, son declaradamente de izquierda. Esta tendencia se pronunciará a partir de junio de 1941, cuando la invasión alemana contra la Unión Soviética decida a los comunis-



El último Presidente de la IV República, René Coty, y el primer Presidente de la V, Charles de Gaulle.

Las tropas francesas contienen a los manifestantes en favor de la independencia de Argelia.

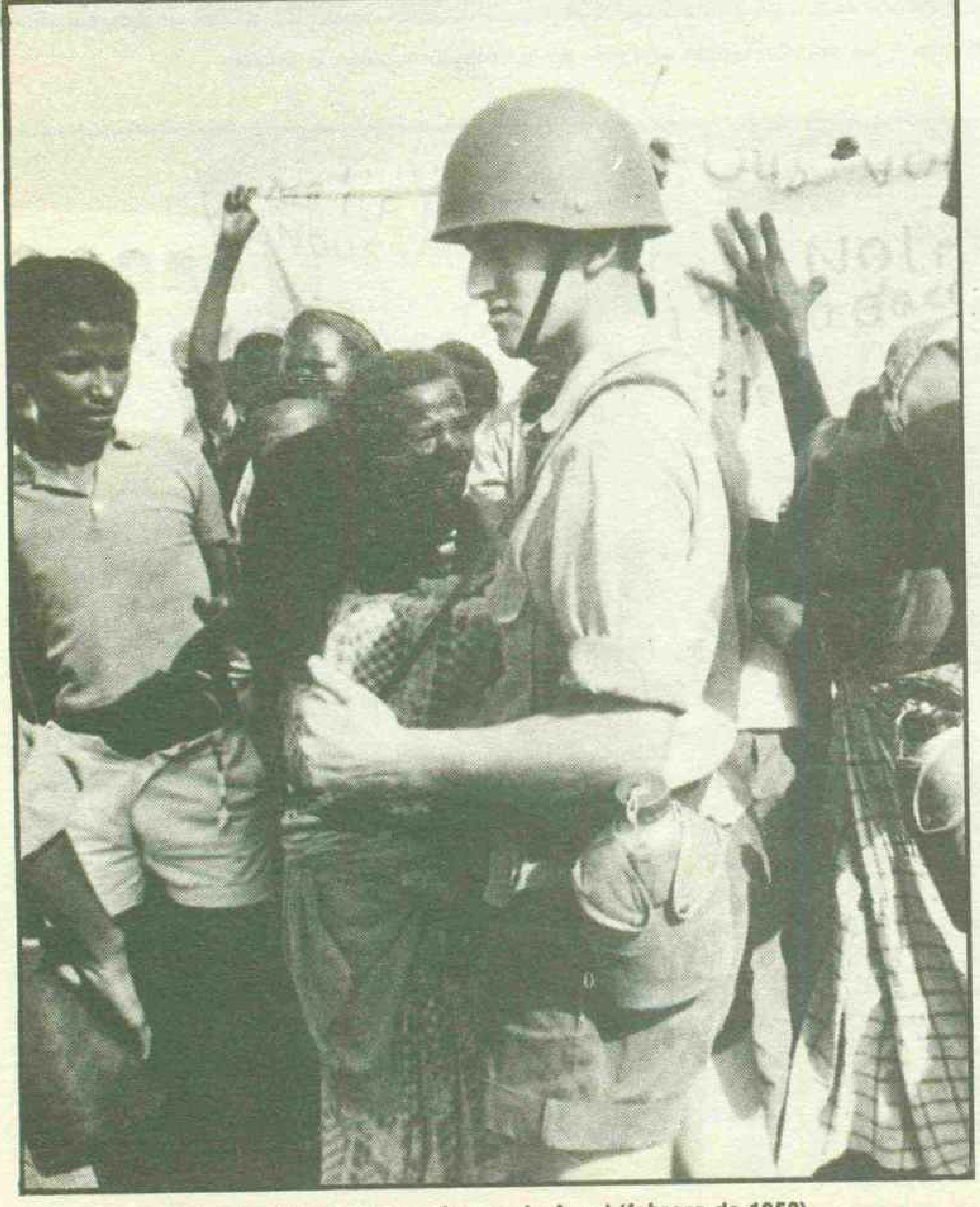
Octubre de 1958. El general De Gaulle, Presidente de la República, en Argel, ofrece «La Paz de los bravos» a los nacionalistas argelinos.

tas franceses a la lucha contra el enemigo común.
En Francia, con la ocupación y la partición, han desaparecido los partidos políticos y las centrales sindicales, no sustituidas en su esencia por el sistema corporativo que el nuevo régimen intenta imponer. El Partido Socialista intenta en la clandestinidad una difícil reconstrucción, detenidos sus principales líderes (2). Ante este estado de cosas, el gabinete británico organiza, de acuerdo con el general De Gaulle, los primeros intentos por coordinar y unificar la resistencia interna. Los mensajes y las alocuciones que por medio de la BBC lanza De Gaulle sobre el territorio de la Francia ocupada son las primeras señales tendentes a conseguir esos objetivos, a través de un largo camino lleno de dificultades. El apoyo británico permite a los miembros de la **Francia Libre** formar en Londres un organismo central de la Resistencia, que terminará por imponer la supremacía gaullista, en muchos medios discutida pero dominante al final sobre todos los grupos anteriormente diseminados. Surgen en estos momentos las figuras míticas que habrán de quedar como ejemplos en la historia de la Resistencia. **Passy** será el unificador de los grupos en la zona norte, y Jean Moulin conseguirá los mismos resultados en la zona sur, antes de ser detenido, torturado y asesinado por la Gestapo, lo que vendría a convertirle en el mártir protípico de la heroica resistencia contra los alemanes.

(2) *Ver «León Blum, humanista y político».* **Tiempo de Hitoria**, *n.º 65.*



«Señor Presidente, queremos nuestra independencia total»... Pancarta exhibida durante una concentración popular de la población argelina, ante el Presidente De Gaulle.


Tropas francesas en el zoco de Argel (febrero de 1958).

LA HORA DE ARGEL

El desembarco aliado efectuado en el norte de Africa en noviembre de 1942 viene a clarificar la situación para De Gaulle, a través, sin embargo, de caminos tortuosos. Tras haberse enfrentado decididamente a los intentos británicos y norteamericanos de aprovechar la difícil situación francesa para pasar a dominar los territorios coloniales de Canadá y Oriente Medio, De Gaulle espera desde Argel —territorio francés en sentido estricto— organizar la liberación de su país, que se observa todavía lejana. Su obsesión nacionalista defensora de la integridad de la Patria se pone ya de manifiesto, incluso dirigida contra quienes son sus únicos valedores, a los que se niega a ceder el más mínimo derecho sobre cualquier porción de territorio francés. La idea de una Francia ín-



Septiembre de 1959: «Français, Je vous ai compris»... declara De Gaulle a la población de Argel. A su lado, los generales Zeller, Salan y Challe.

tegra, libre y soberana está constantemente en su pensamiento.

En Argel, tras el desembarco, el almirante Darlan, afecto a Vichy y verdadero **patrón** de la Flota francesa, aparece ante los angloamericanos como el más indicado interlocutor con el que llegar a un entendimiento, apartando al mismo De Gaulle. Este primer escollo será, sin embargo, rápidamente eliminado, al ser asesinado el almirante en circunstancias oscuras por elementos de una camarilla que agrupa a monárquicos y ultraderechistas, aparentemente subvencionados por la organización gaullista en Londres. En el verdadero nido de intrigas que es el Argel de los últimos meses de 1942 y primeros del año siguiente, pululan multitud de personajes y tendencias buscando su oportunidad. Desde los agentes gaullistas, que intentan imponer a su jefe a pesar de su débil situación, hasta los partidarios de Vichy, que esperan lograr futuras ganancias o perdones de la confusa situación. Desde el mismo Conde de París, que pretende ejercer un arbitraje temporal sin duda con vistas a una posible restauración monárquica, hasta quienes apoyan al general Giraud, superior jerárquico de De Gaulle, no opuesto totalmente al régimen de Vichy, y que aparece apoyado por los aliados, e incluso por el servicio secreto alemán dirigido por Canaris, que busca aumentar la confusión reinante.

Se presiente, aunque lejana, la posibilidad de la victoria aliada y Argel es la más directa antesala de París. Invadida por los alemanes la zona teóricamente libre, tras el desembarco en Africa, se demuestra ya de la manera más evidente la real ineficacia del Estado presidido por Petain y gobernado de forma efectiva por Laval.

En muy pocos meses el obs-

táculo que para el camino hacia el poder del general De Gaulle representa la figura de Giraud será rebasado. La difícil labor unificadora de los agentes gaullistas en Francia servirá a De Gaulle de definitivo empuje hacia el mando supremo. Le apoyan el Consejo Nacional de la Resistencia y los municipios del norte de Africa, en donde elementos gaullistas como Jean Monnet actúan de forma muy activa. La constitución, en junio de 1943, de un Comité de Liberación Nacional significa ya el ascenso del general a la más alta magistratura. Y puede desde Argel comenzar a dirigir la lucha en el interior de Francia. La **Francia Libre**, nacida tres años antes en medio de las más precarias condiciones, vive ahora sus momentos de mayor apogeo.

Existe ya un verdadero Gobierno francés con los elementos básicos del territorio y el Ejército. Parece llegado el fin de las constantes humillaciones sufridas por De Gaulle a manos de unos protectores que nunca han cesado de recordarle su inferior situación.

En Francia, la ocupación de la zona sur por los alemanes contribuye a reforzar la unificación de las fuerzas resistentes. Aceptado por la inmensa mayoría el mando gaullista, la supremacía numérica de las fuerzas está a favor de los comunistas, potentes sobre todo en el Mediodía. Instalado ya en Argel el centro neurálgico de los movimientos clandestinos, las redes de información y de evasión se multiplican sobre el territorio francés, dirigidas por las emisoras de Londres y la capital argelina. Al mismo tiempo va decantándose la ideología del movimiento dirigido por De Gaulle. Al conservadurismo inicial se unen ya reivindicaciones sociales avanzadas y proyectos de organización para el futuro. La presencia comunista, que va logrando un creciente apoyo entre las masas al preconizar una acción inmediata una vez finalizada la guerra, imprime al pensamiento resistente algunos de sus más trascendentales caracteres. Respetando la legalidad republicana, el general De Gaulle no se reprime, sin embargo, en sus críticas al sistema caído con la invasión, al que acusa repetidamente de ser el causante del desastre. El futuro de Francia es, pues, incierto en esos momentos en cuanto a su forma de organización social y política.



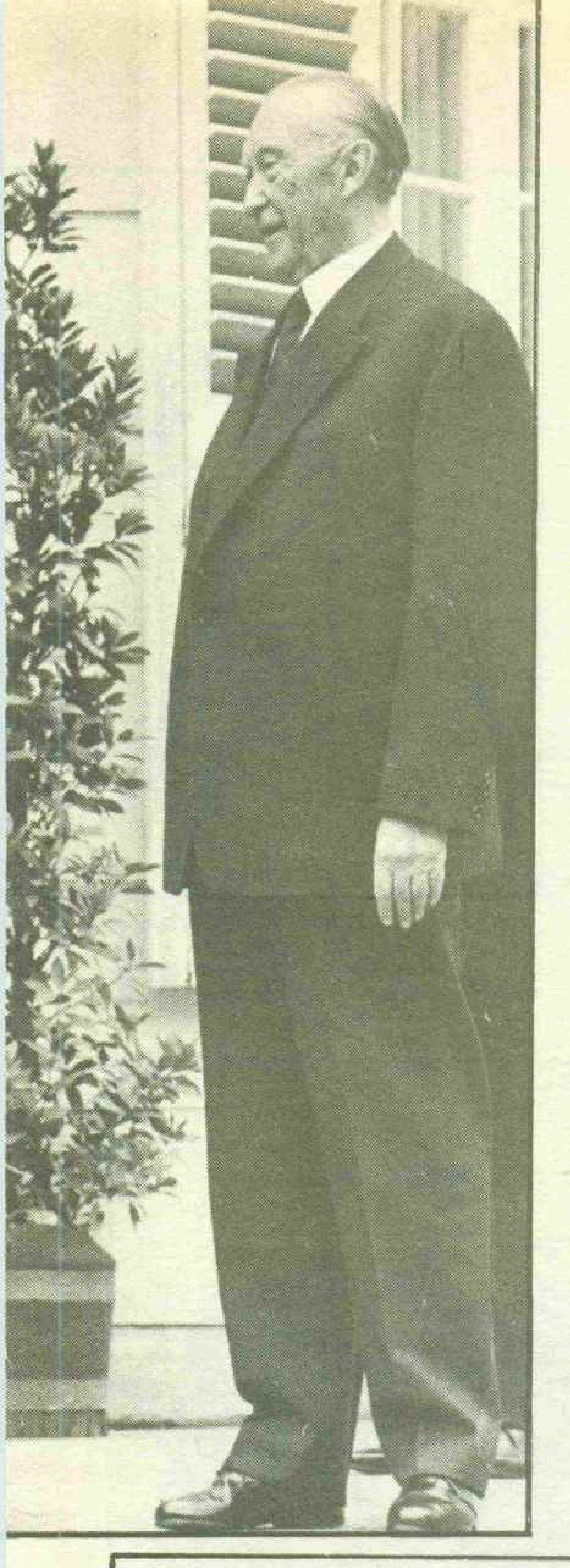
Una nueva concepción de Europa: De Gaulle y Adenauer, Briand y Stressmann redivivos en una nueva posguerra.



De Gaulle ante la imagen de su enlace en la Francia ocupada —Jean Moulin—, fusilado por los alemanes, con ocasión de una exposición retrospectiva de la Resistencia.

LA LIBERACION

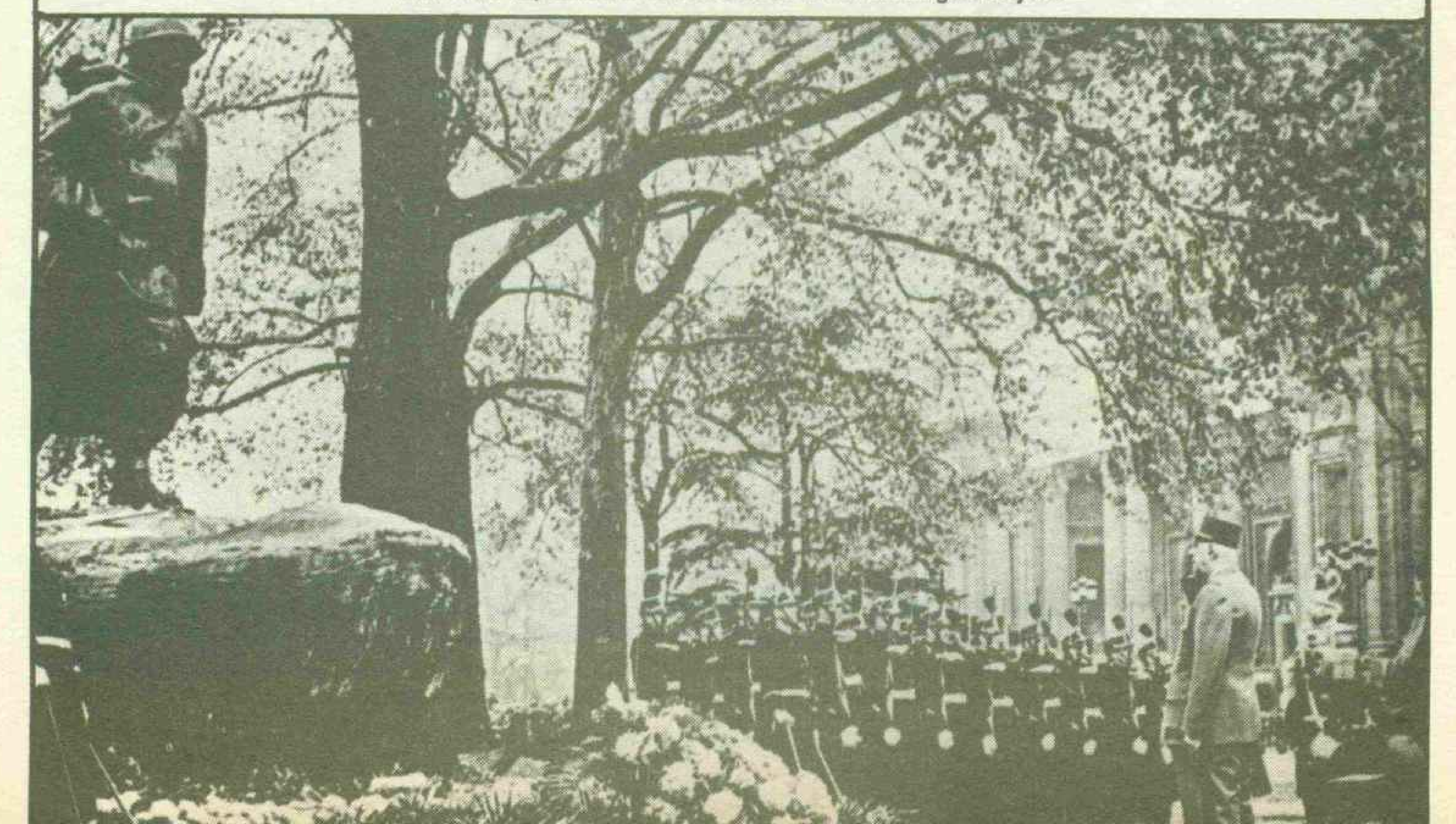
Para el general se acerca la era del triunfo. A los re-





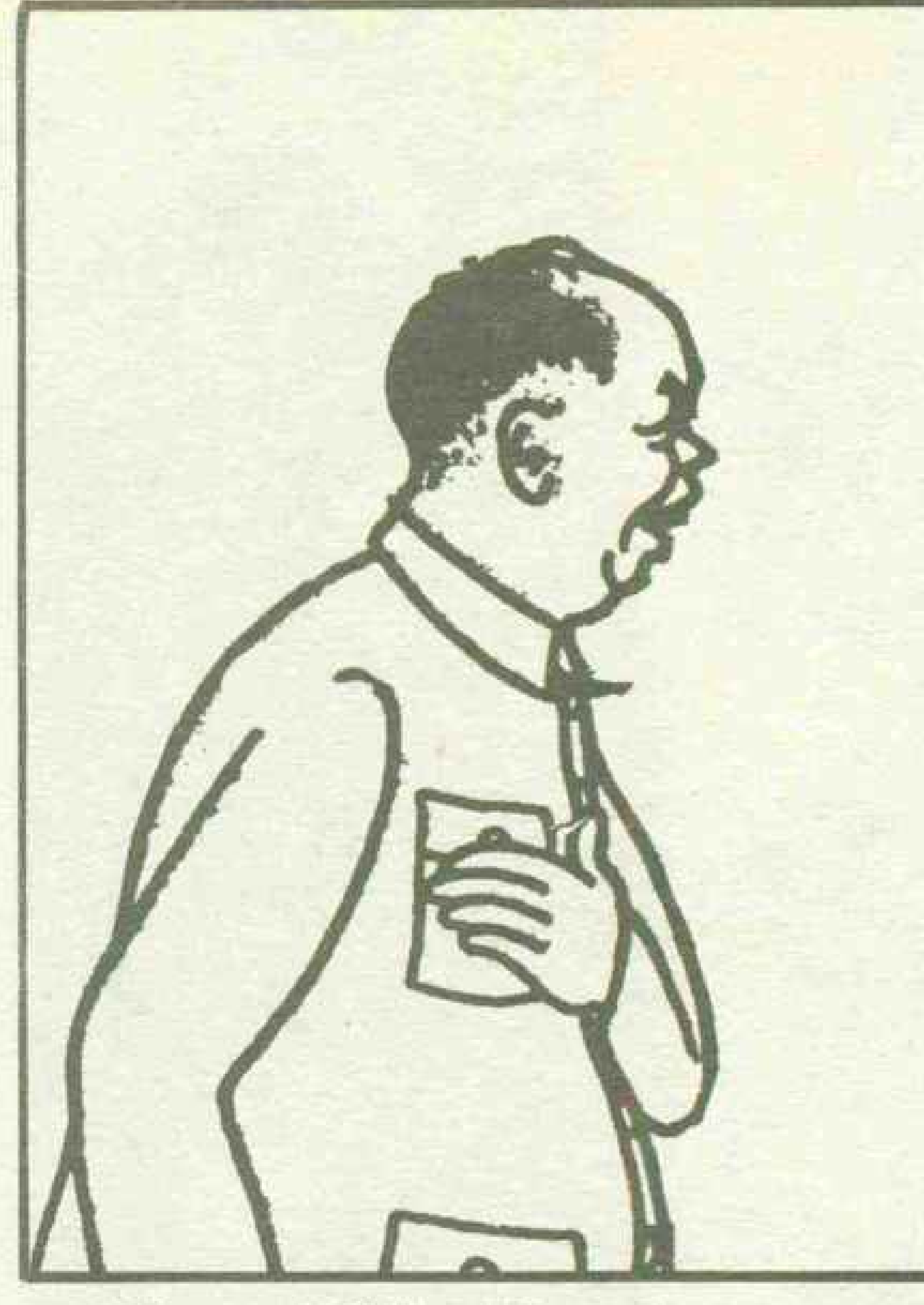
La visita de De Gaulle a la nueva Alemania, simbolizada por el Canciller Adenauer (que como alcalde de Colonia simbolizó la resistencia al nazismo, durante la década de los treinta), supuso una nueva perspectiva de la política europea y, naturalmente, una esperanza de reconciliación franco-alemana hecha realidad.

De Gaulle ante el monumento a los caídos en la Primera Guerra Mundial, una etapa histórica que él vivió en primera persona, felizmente superada en la convivencia con el enemigo de ayer...



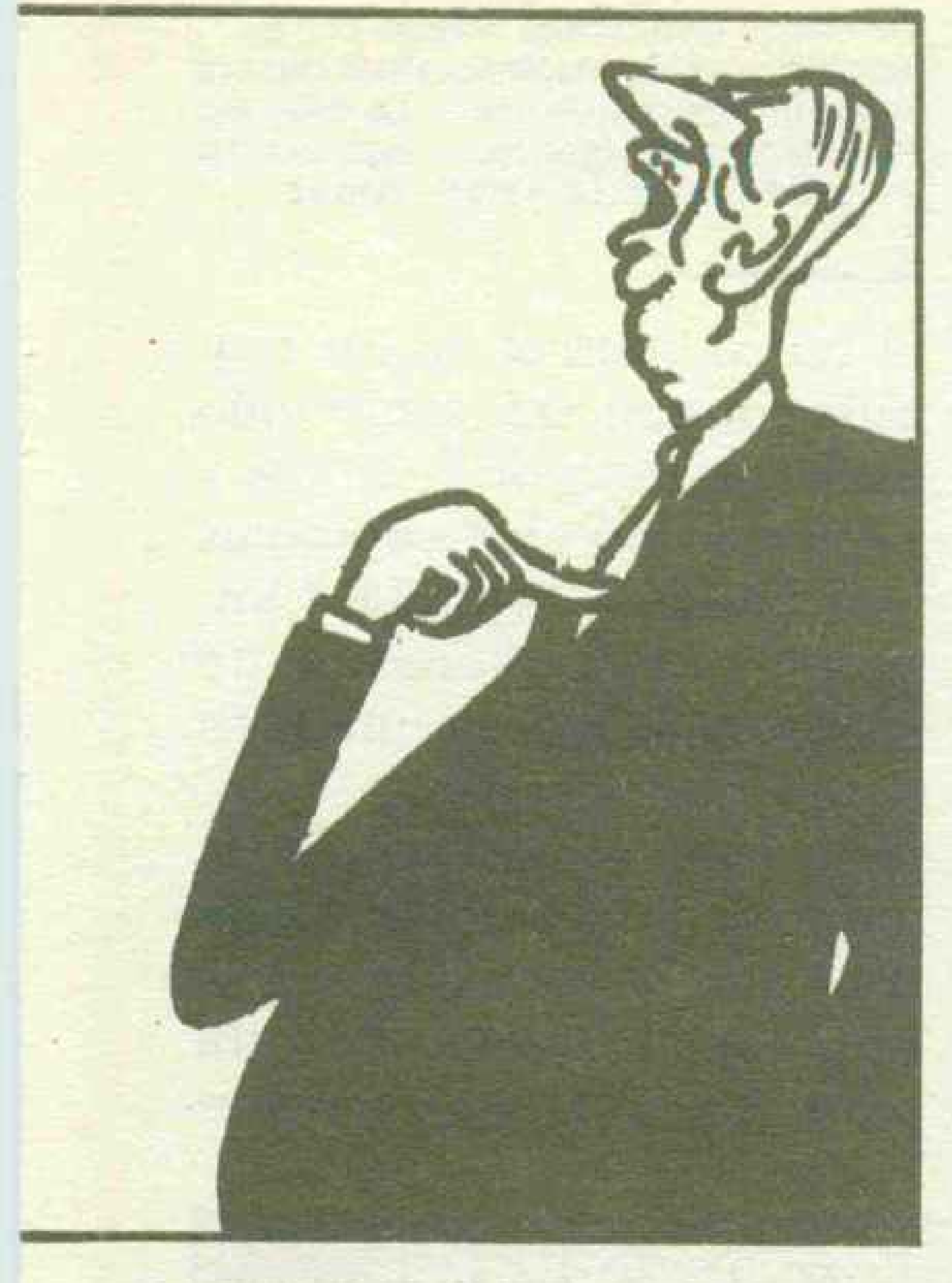


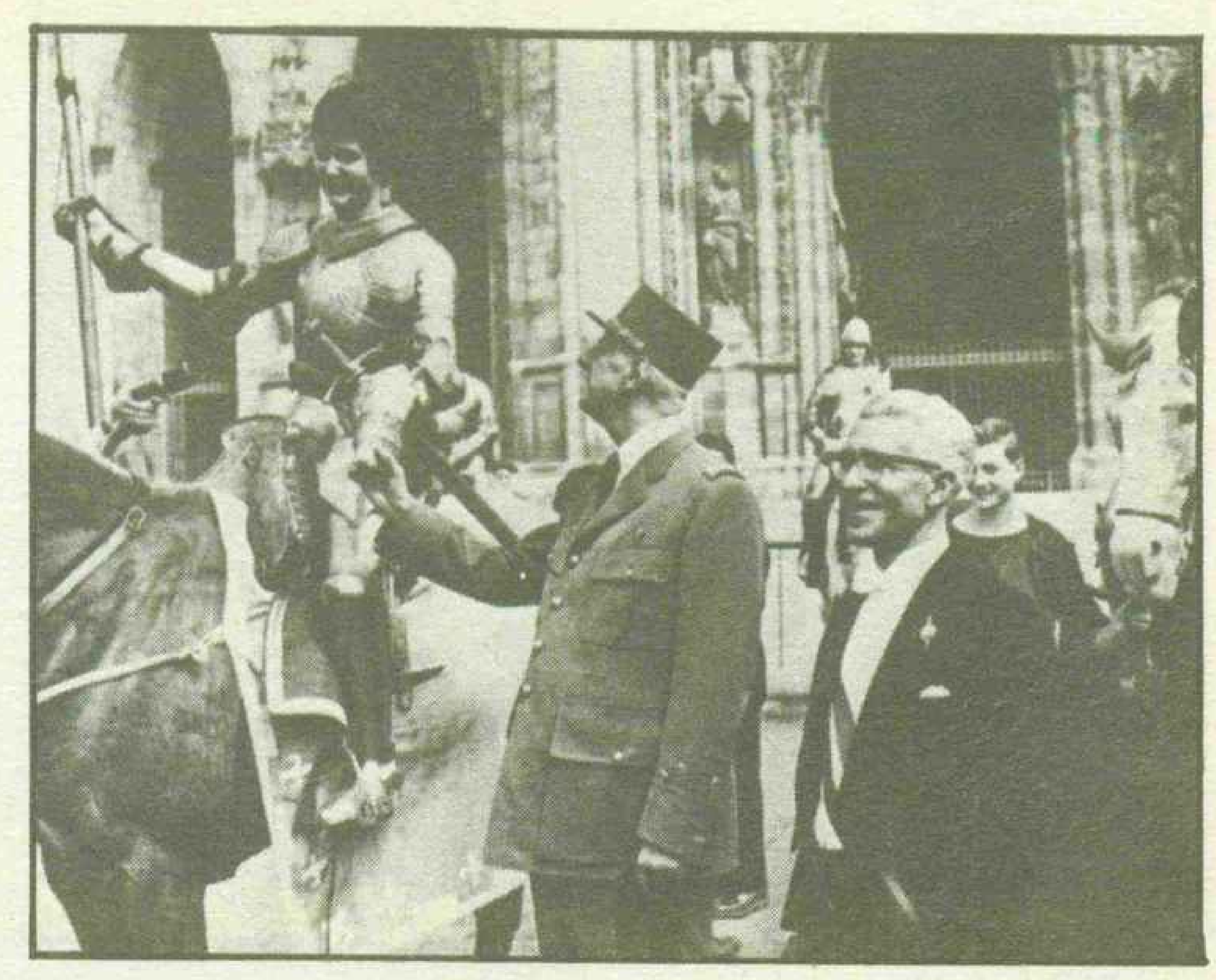
El Presidente De Gaulle con el de los Estados Unidos, John F. Kennedy, en el Elíseo, el 31 de mayo de 1961. Del norteamericano De Gaulle comentaría: «He aquí un presidente con el que me entiendo».



«—MAO...» «—MO^{3}A!»... Este es el expresivo pie de una caricatura que simbolizaba la «Grandeur» del Presidente De Gaulle y sus contactos con la China del porvenir.

Primera entrevista de De Gaulle y Breznev, en el Kremlin. La política exterior de Francia, tras el asesinato de Kennedy, cobraba un impulso independentista que lo distanciaba de sus antiguos aliados...





Dos mitos de Francia, el antiguo y perenne de la Doncella de Orleáns... y el presente del «Condestable» De Gaulle.

ducidos superiores de los primeros momentos se agregan paulatinamente personas que serán piezas fundamentales del futuro gaullismo, tales como Cassin, Schumann, Pleven, Soustelle, Palewski, Raymond Aron... El carácter burgués, católico y autoritario del general va a ser compensado por su visceral oposición al régimen de Vichy, lo que reúne a su alrededor a elementos de centro y de izquierda. Ahora De Gaulle dispone de asesores como Vincent Auriol y Pierre Mendes France. Cuando en junio de 1944 el general pone de nuevo pie en territorio francés, abandonado cuatro años antes, han terminado al fin los sinsabores del exilio y de la lucha, marcada por la incomprensión de los aliados y por la incertidumbre de los resultados finales. Ahora vuelve traído por esos aliados, pero como libertador de su propio país.

El momento de mayor gloria tiene su expresión cuando, el 26 de agosto de 1944, desciende en medio de una fer-

De Gaulle y su familia en una recepción del palacio del Elíseo: Mme. De Gaulle, su nuera, el hijo, Philippe (entonces teniente de navío) y el General-Presidente.



De Gaulle en animado diálogo con su admirador y biógrafo, el novelista católico François Mauriac, durante una visita del Presidente a Malagar, feudo espiritual del Premio Nobel de Literatura francés.

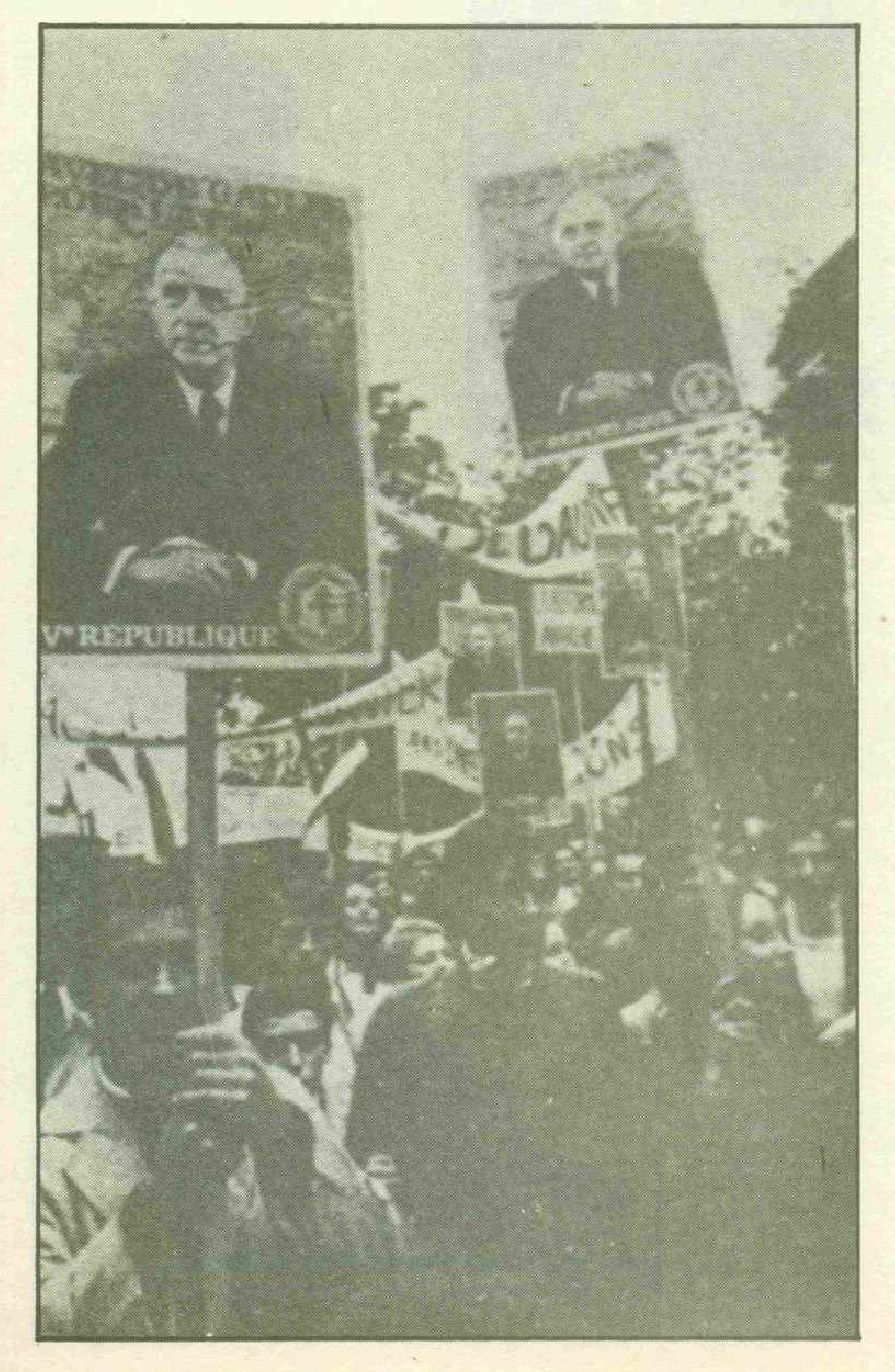
vorosa manifestación los Campos Elíseos en el París liberado. Jefe supremo de su patria, mantenedor de la independencia e integridad nacionales, posibilitador de la presencia de Francia entre los vencedores de la guerra, el general De Gaulle considera innecesaria la proclamación de la República. Demuestra entender que la legalidad republicana nunca ha desaparecido, sino que se ha mantenido en suspenso solamente. El general, al apoyar la resurrección de un régimen denostado, evita de esa forma el tan temido vacío de poder que se esperaba tras la liberación. Elegido Presidente del Gobierno provisional, sus primeras medidas tienden a la pacificación y reconstrucción del país, desgarrado por la tormenta de la guerra.

La situación en que se encuentra Francia en los meses que siguen a la liberación es caótica. Durante esa negra época las venganzas personales se unen a los ajusticiamientos decididos por pasadas actuaciones colaboracionistas. Extensas zonas del país se encuentran bajo el único control de los **maquis** comunistas, sobre todo en las regiones de Toulouse y Limoges. En esas comarcas las bandas armadas imponen discrecionalmente sus propias leyes e intentan establecer sistemas colectivistas al margen de la autoridad del Gobierno central, que se encuentra en la impotencia más absoluta para hacer frente a estos

El «NON» a De Gaulle del mayo francés de 1968.

desmanes. Pero serán las buenas relaciones que unen al general De Gaulle con la Unión Soviética el principal factor del acatamiento que estos grupos comunistas acaban haciendo a su autoridad. A finales de 1945, el PC es el principal partido político del país, seguido por el Socialista, que conserva sus apoyos tradicionales. El viraje hacia la izquierda está definitivamente dado en Francia.

La formación de tribunales destinados a juzgar las actuaciones personales de los sospechosos de colaboracionismo van a marcar durante los primeros meses de la paz la vida del país. Haciendo hoy un balance final, la purga en Francia no resultó tan sangrienta como en otros países —como Holanda y Bélgica—, donde fue mucho más extensa. Aparte de las ejecuciones sumarias, muchas veces infundadas, llevadas a cabo durante los primeros días, de poco más de dos mil condenas pronunciadas por los tribunales, solamente se llevan a efecto cerca de ochocientas.



Pero las ejecuciones del político Laval y del poeta Brasillach, junto con los confinamientos de personalidades tales como el mariscal Petain y el pensador fascista Maurras, contribuyen a oponer a los nuevos poderes a partes importantes de la opinión pública, por lo que contienen de simbólico. Esta realidad se da en un país en donde durante la guerra los efectivos colaboracionistas siempre fueron muy superiores, a pesar de las leyendas desfiguradoras de la realidad, a las fuerzas de la Resistencia.

Aparentemente, la política que dirige el general De Gaulle durante este su primer mandato es decididamente izquierdista, cuando ordena medidas socializadoras, tales como la nacionalización de grandes empresas y la revisión de la política social. Esto, unido a la presencia en su Gobierno de ministros comunistas, le hace aparecer a los ojos de las clases conservadoras, que habían mantenido un colaboracionismo más o menos discreto con los ocupantes, como el instrumento del peligro de comunistización del país. Aunque en realidad, a pesar del aspecto llamativo de estas medidas, las estructuras sociales y económicas de Francia se mantienen perfectamente inalterables.

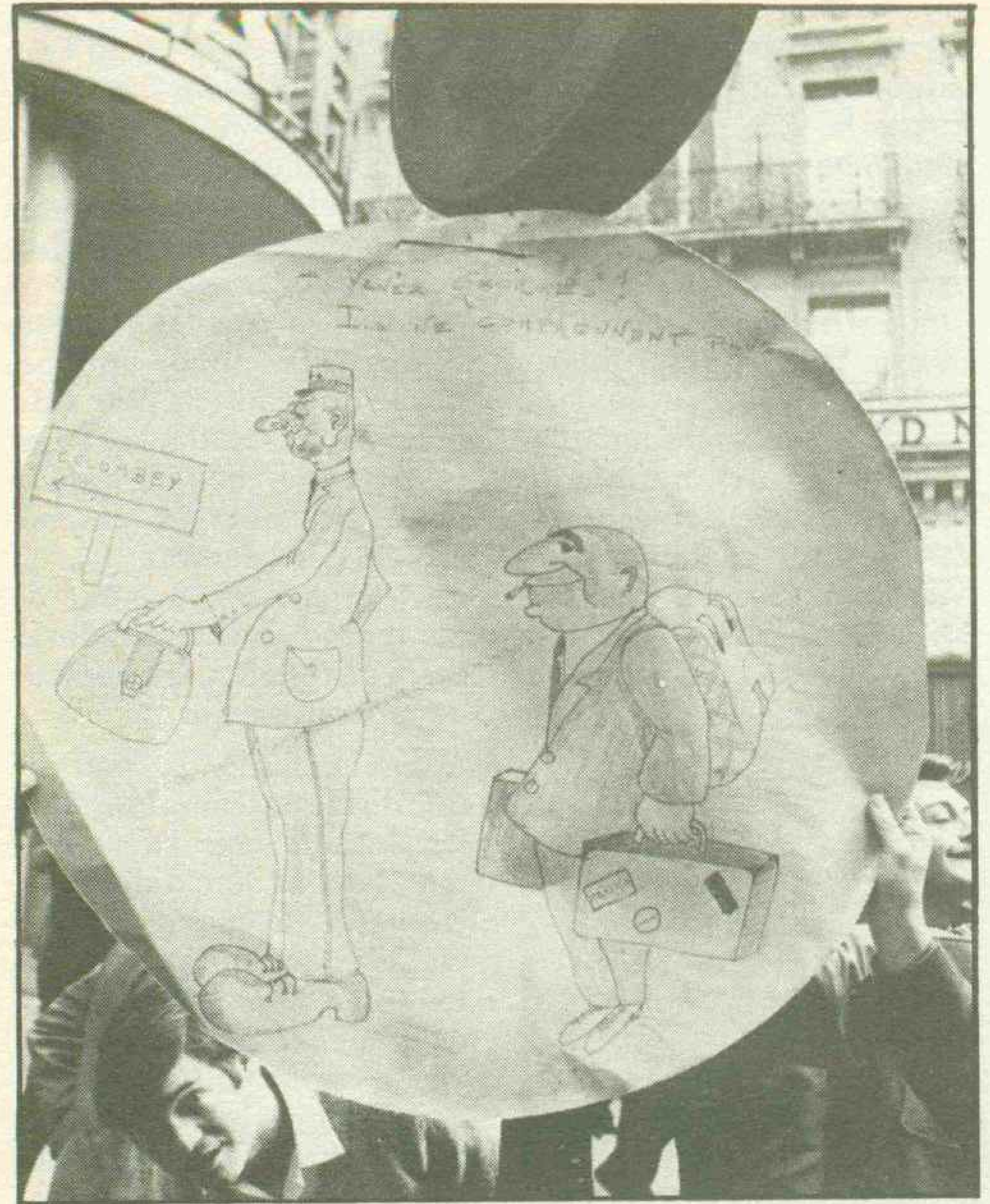
Rechazada en las urnas la continuación de la Tercera República, una Asamblea Constituyente da los primeros pasos hacia la construcción de un nuevo edificio político para el país. La postura del general De Gaulle en este momento está cargada de ambigüedad, que él va a aprovechar con mucho tac-

El «OUI» a De Gaulle del mayo francés de 1968.

sombra a la espera de la caída del régimen, de lo cual a la larga no duda en absoluto.

LA TRAVESIA DEL DESIERTO

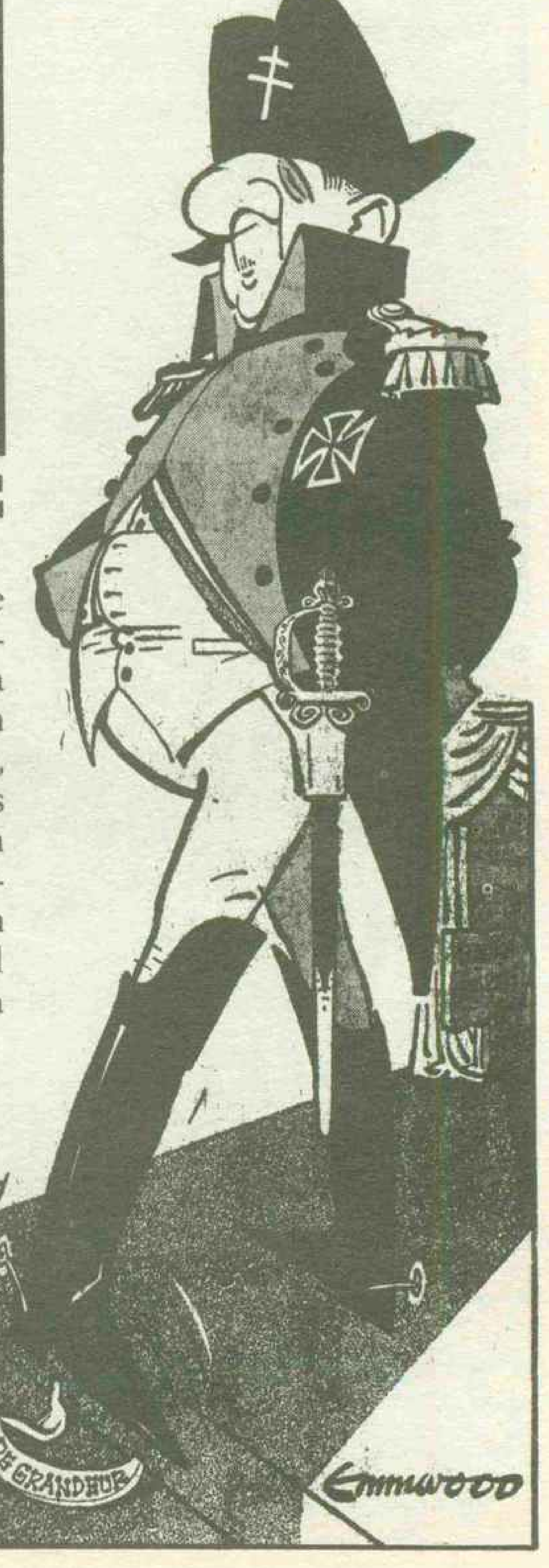
El liderazgo del general, indiscutido en los momentos eufóricos de la liberación es rápidamente puesto en entredicho una vez estabilizada en cierto grado la vida del país. La unidad entre todas las fuerzas políticas va resquebrajándose y su estilo



«Venid Georges! ¡No nos comprenden...!». Una sugerencia caricaturesca, camino del retiro de Colombey, que se haría realidad un año después del pírrico mayo francés del 68...

to. Su antiguo rechazo hacia los partidos políticos se acrecienta durante los meses en que permanece en el poder. Ve la resurrección del sistema que para él ha sido el causante de la derrota de 1940. Con la paz, los partidos, los grupos y los cabildeos vuelven a dominar la vida pública. El general que ha dirigido la victoria ve cumplida por el momento su misión y prefiere apartarse de un sistema al que desprecia y del que no le interesa recibir las salpicaduras.

Quiere mantenerse impoluto hasta el momento en que su presencia vuelva a ser necesaria. Por ello, en la reunión del consejo de ministros del 20 de enero de 1945 se presenta vestido de uniforme y anuncia su decisión de abandonar el poder. Aparentemente se trata de una oportuna retirada, muy bien recibida en todos los medios, pero en el fondo no es más que un retroceso táctico, un período de espera. Convencido de que su misión histórica no ha culminado, el general marcha hacia la



La hostilidad de De Gaulle a la admisión de Inglaterra en la Comunidad Europea daría pie a un sin fin de caricaturas aparecidas «al otro lado de la Mancha»... Este bonapartista De Gaulle se aproxima a su descalabro, simbolizado por una piel de plátano en la que se puede leer «Locura de Grandeza».



Los años no pasan en balde, hasta para la humorística representación del símbolo viviente de «una cierta idea de Francia»...

autoritario de mando es contrario a las ideas restauradas de la República parlamentaria. De ahí la oportunidad de su retirada cuando todavía su permanencia en el poder no es contestada muy extensamente. Para los franceses en general, se trata ya de una figura histórica que ha cumplido su papel. Muy pocos creen en una posible resurrección al mismo nivel político que ahora abandona. Al año siguiente de su marcha, la **guerra fría** endurece las posiciones occidentales y los ministros comunistas son lanzados fuera del gabinete, igual que en otros varios países europeos. Es el final del difícil acuerdo de la Resistencia.

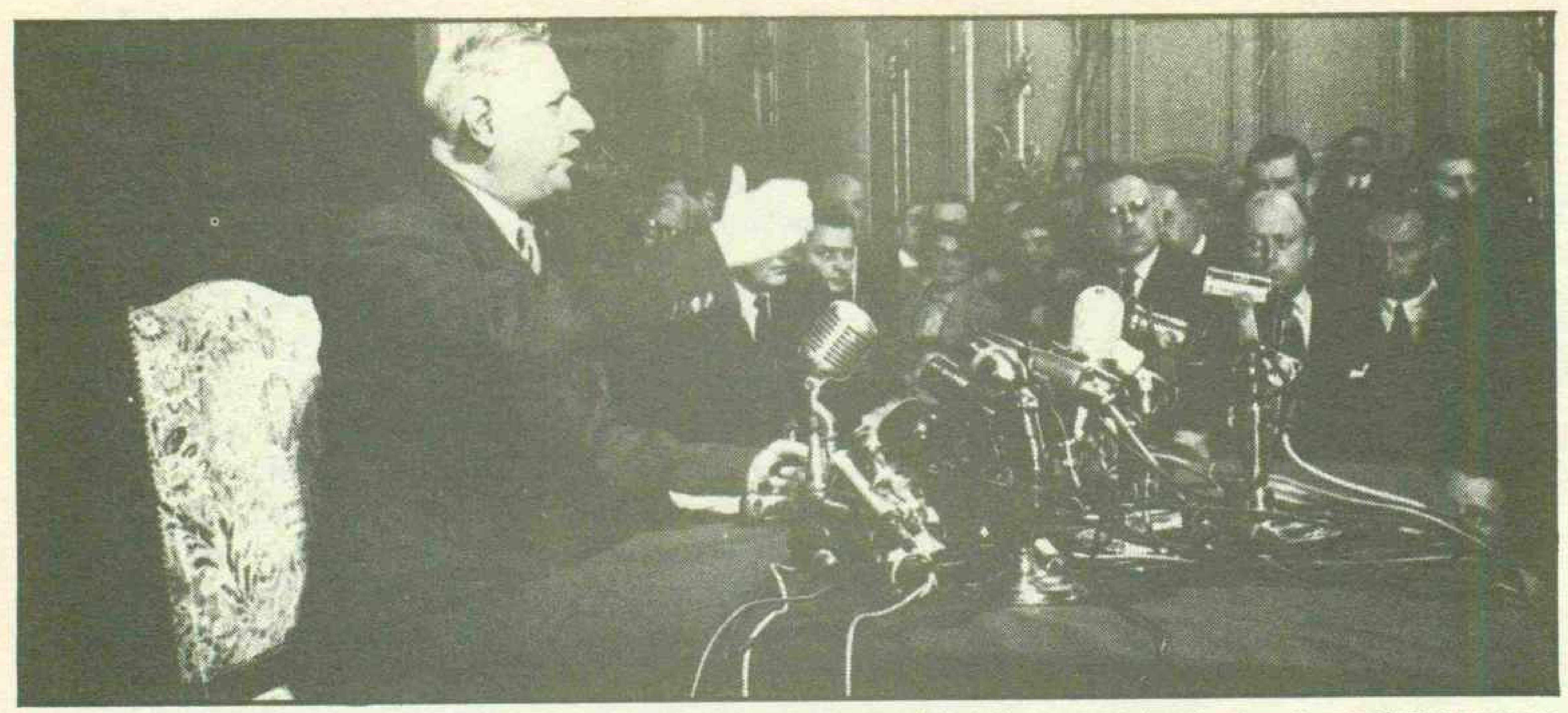
Calificada con extrema dureza sin motivos totalmente justificados, la Cuarta República ofrece el modelo del régimen basado en una total inestabilidad. El predominio parlamentario sobre los gobiernos, construidos a base de coaliciones, les resta capacidad de acción y provoca su caída. Las crisis se suceden sin interrupción, pero de hecho el sistema, a pesar de esta negativa imagen externa, consigue en sus doce años de vida otros objetivos más importantes y duraderos. En medio de las dificultades de la inmediata posguerra, logra una reconstrucción nacional solamente superada por la nueva República Federal Alemana. Restaura y acrecienta el potencial económico de Francia y eleva con ello de forma definitiva el nivel de vida de los ciudadanos. El índice de crecimiento será mayor entre 1948 y 1958 que en los siguientes diez años de gaullismo en el poder.

Pero la degradante imagen externa oculta estas realidades, y el caos parece dominar la vida francesa desde el mismo año 1945, en que comienza la guerra de Indochina, en donde tras el definitivo fracaso francés de Dien Bien Fu, la presencia de la antigua metrópoli va siendo sustituída por la norteamericana, que se ha erigido en paladín del mundo occidental. 1956, además del año de las independencias pacíficas de las antiguas colonias de Marruecos y Túnez, será también el del inicio de la agravación del conflicto argelino, que constituirá el detonante final en la caída del régimen. El peligro para el sistema está en la fracción de las fuerzas armadas que se niega a tomar en consideración la posibilidad de abandonar Argelia, a la que miran como una parte integrante de la misma Francia, y por tanto inalienable, sin querer apreciar su verdadera condición de colonia, con todos los condicionamientos que esto lleva consigo.

De Gaulle desde su retiro observa con complacencia este panorama y se esfuerza en sus intervenciones públicas en destacar los aspectos negativos del régimen. El partido que se ha formado en base a su ideología —el RPF— logra los votos de todos los descontentos, sobre todo de las masas anticomunistas y nacionalistas. Colocándose a pesar de todo por encima de los partidos, el general hace llamamientos a todos aquellos que anhelan recuperar el orden y la tranquilidad. Y de hecho consigue el apoyo de grandes sectores de la derecha tradicional, del centro y aún de la izquierda no radical. Sus constantes críticas a la Cuarta República y sus apelaciones a la unidad y a la grandeza nacionales vuelven a colocarle de nuevo a la cabeza de un electorado mixto, que su siempre fiel André Malraux describe como «la multitud que se precipita en el Metro en las horas punta». Su prestigio y su leyenda, unidos a la radical ambigüedad de su pensamiento, atraen hacia su persona los más dispares y contradictorios apoyos.

Frente al caos en que se ven envueltos los partidos tradicionales, De Gaulle ofrece la tan conocida fórmula de la unidad nacional bajo su mando. Y el hecho es que muchos franceses están deseando tener un jefe supremo en quien descargar todas las responsabilidades políticas, que ya están comenzando a pesarles. Es de nuevo la gran oportunidad para Charles de Gaulle.

Así las cosas, la cuestión argelina provocará el deslizamiento de los acontecimientos. La guerra al otra lado del Mediterráneo ha abandonado los escenarios montañosos y se lleva a cabo en las ciudades. De afectar solamente al elemento militar pasa a golpear a la población civil eu-



En 1969, las conferencias de Prensa del Presidente son indicativas de una crisis gubernamental profunda y de una cierta y amarga «somnolencia» política de De Gaulle.

ropea. Es la **guerra del plástico**, en la que las explosiones se suceden en Argel y las demás ciudades, contestadas por las acciones de los colonos contra la población indígena. La muerte, la destrucción y el pánico se extienden entre los colonos, que exigen al Gobierno de París una respuesta inmediata y definitiva. La represión ejercida por el Ejército, que incluye la aplicación de la tortura indiscriminada, provoca la protesta entre amplios sectores de la opinión europea en general y francesa en particular. Es el inicio del camino sin salida posible.

LA VUELTA

Ante el temor de un golpe de estado que pudiera intentar el sector del Ejército partidario de la **Argelia francesa**, la guerra civil se cierne sobre Francia. Los debilitados poderes públicos ya no son capaces de dominar la situación y mucho menos de ofrecer una alternativa válida. La figura del general De Gaulle emerge entonces de la sombra ofreciéndose como una posibilidad para evitar el caos. Para él, significa una nueva llamada de la Historia. Su país le vuelve a necesitar como en junio de 1940, y es preciso que acuda a salvarlo. Pero no todas las fuerzas políticas están decididas a poner de esta forma en peligro la democracia y este ofrecimiento teórico va a necesitar ser apoyado por algo mucho más tangible. El 13 de mayo de 1958, los altos generales de Argel encabezados por Salan, empujados por activistas gaullistas cercanos a Chaban Delmas, lanzan un ultimátum al Gobierno de París. La subida al poder del general De Gaulle es la única condición válida para evitar el enfrentamiento civil. La reacción del Gobierno es la de pedir a las cámaras la declaración del estado de urgencia y poderes especiales que le son concedidos. Pero ya nada puede detener el ascenso del general hacia el poder. Pocos creen ya en la facultad de acción del régimen, que pierde en esos días a muchos de sus sustentadores, como el mismo Pinay, que van



La preocupación ante el destino de la V República se refleja en las caras de los «delfines» del Presidente. De izquierda a derecha: Malraux, Pompidou, Debré.

acercándose al astro fulgurante que es el general De Gaulle.

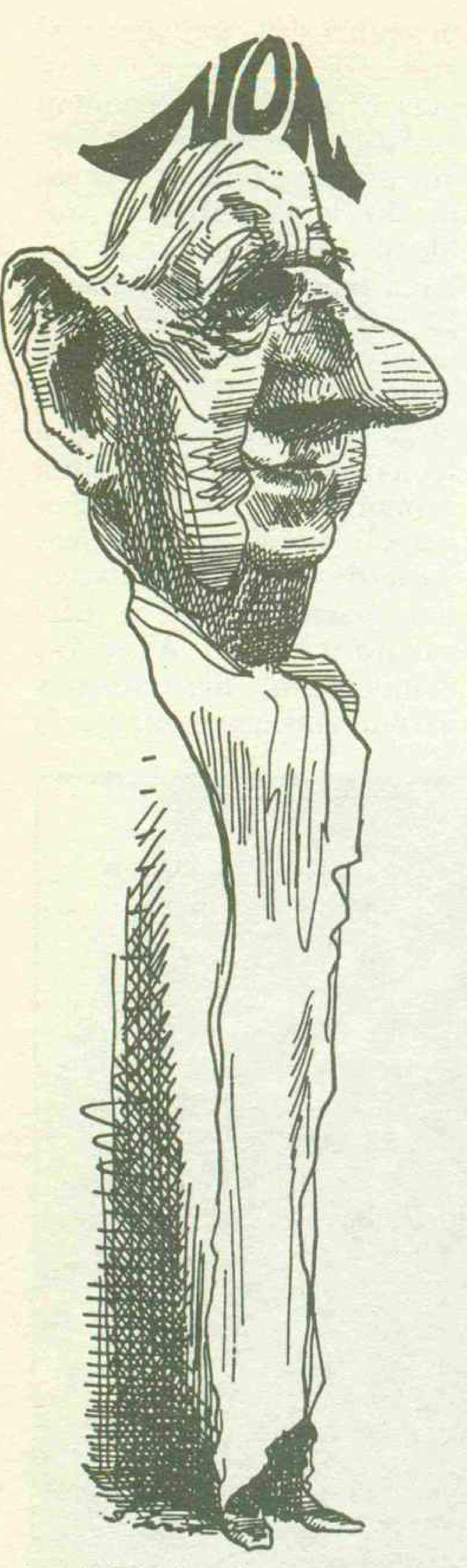
El 1 de junio de 1958, bajo la presión sofocante de los militares argelinos, De Gaulle es investido como jefe del Gobierno y obtiene poderes constituyentes de unas cámaras profundamente divididas. Es en esos momentos, «el más ilustre de los franceses», como le ha denominado el Presidente Coty. En el mes de septiembre, consigue por medio del primero de una larga serie de referendums la aprobación del texto de la nueva Constitución, redactada por Michel Debré. Es el nacimiento de la Quinta República, de la que él mismo será primer Presidente. El salvador de su patria juega de nuevo su papel favorito. Tiene bajo su mano a unas cámaras sumisas, a unos partidos debilitados y desprestigiados y a un pueblo cansado y, en general, deseoso de una tranquilidad que él les ha ofrecido a cambio de su conformidad.

El acceso del general a la más alta magistratura quizá evitó en efecto el estallido de la guerra civil, pero con ello también murió la República parlamentaria. Un ejecutivo potente domina a partir de ahora a las cámaras legislativas, y con ello se conseguirá una estabilidad, a veces más aparente que real, pero siempre utilizable de cara a los observadores superficiales, que constituyen la inmensa mayoría dentro de la gran masa de la opinión pública. La política del general De Gaulle, definida hasta entonces por la ambigüedad, continuará esta misma tónica. Contando con el apoyo de sectores de la izquierda, se gana en 1958 la adhesión de políticos y notables de la derecha, que de esta forma pretenden mantener sus tradicionales privilegios acercándose al vencedor del momento. Enemigo de los partidos, favorece, aunque no de forma declarada, la creación de una organización basada en su propia ideología, la UNR-UDR, que llegará con el tiempo a convertirse en la principal fuerza política del país.

La cuestión argelina, que le había empujado hasta el poder, será una nueva demostración de su ambivalente actuación. En 1958, nadie conoce en concreto el pensamiento del general acerca del problema. Por supuesto, quienes le respaldan en París y en Argel están seguros de que hallará una solución para resolver el problema manteniendo la colonia bajo dominio francés. El mismo De Gaulle no se preocupa de desmentir o de asentir a esa idea, pero a lo largo de tres años conseguirá, a cambio de una evidente estabilidad interna en la metrópoli, que la inmensa mayoría de los franceses accedan pacíficamente a desprenderse de Argelia, evitando los dramatismos extremistas que habían sido



El General-Presidente en la botadura del primer submarino atómico francés, en el puerto de Cherburgo. El submarino y el anciano estadista tienen en común el nombre: «Le Redoutable»... «El Temible».

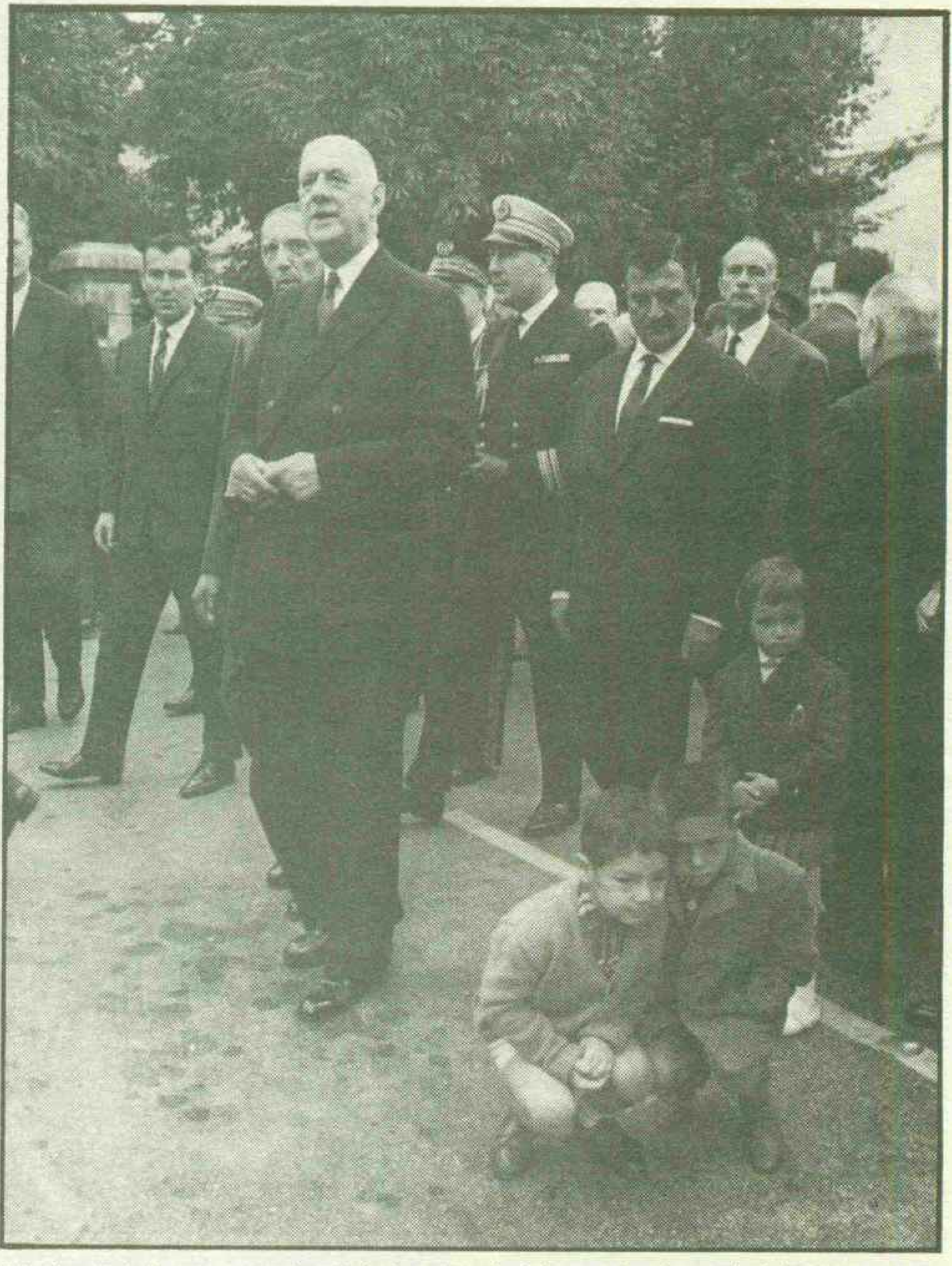


La voluntad de Francia se expresa en este «NON» que corona la imagen política de su viejo dirigente. Un «NO» a su política europea y a su particular interpretación de la vida nacional.

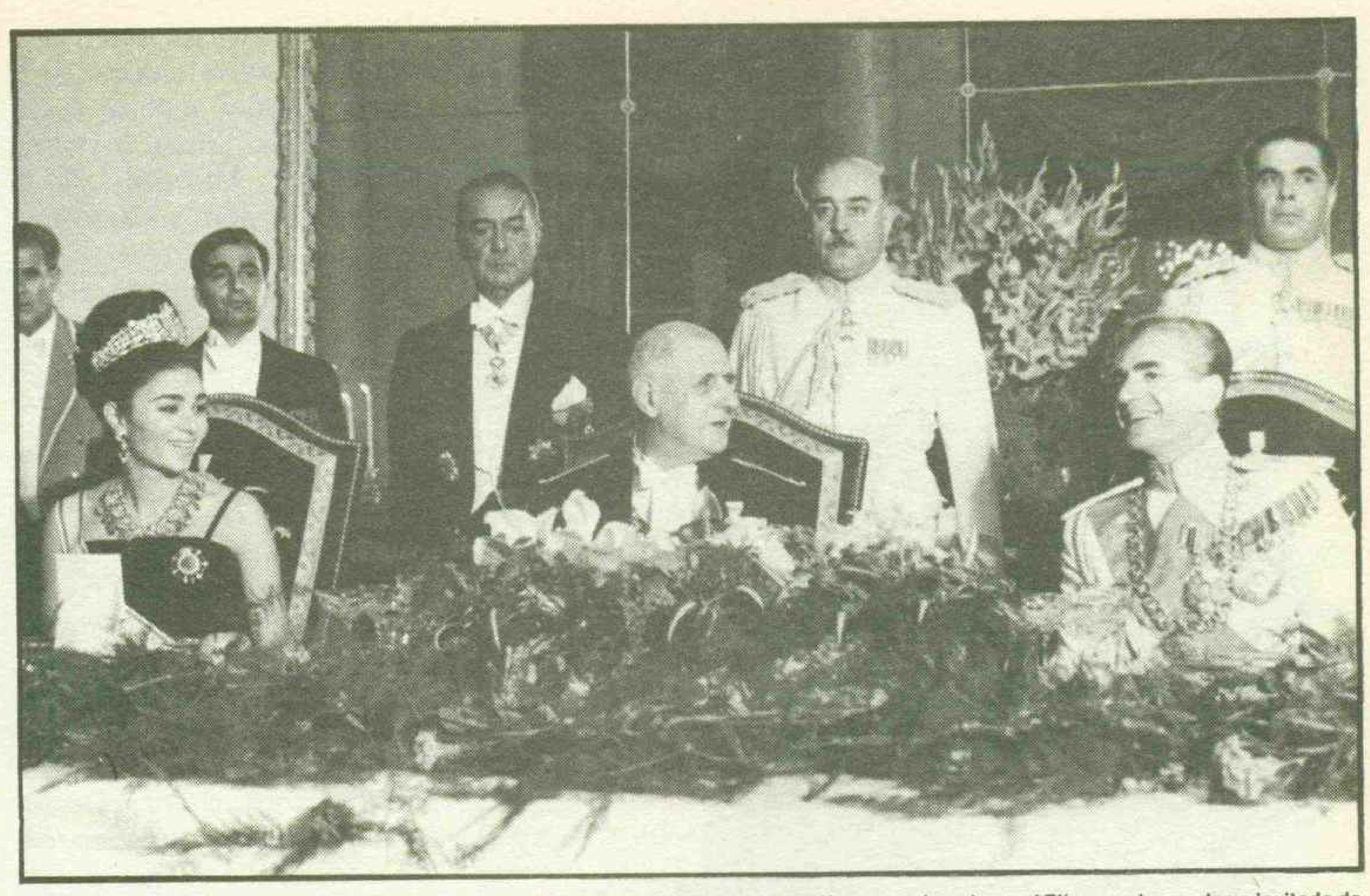
tan decisivos a la hora de su nuevo encumbramiento. El general-Presidente, que se había preocupado mucho de no ser considerado heredero del ultimátum de los militares de Argel, sino llegado al poder de forma totalmente legítima, descargará toda su fuerza contra esos mismos generales cuando se opongan a su voluntad, que es ahora ley. Los acuerdos de Evian entre Francia y el FLN harán posible la proclamación de la independencia argelina en julio de 1962. De esta forma, una cuestión que solamente tres años atrás había colocado al país al borde del abismo es aceptada por los ciudadanos de manera tranquila. Las acciones terroristas de la OAS no tendrán más consecuencias que un retraso en esta aceptación por parte de los más perjudicados, que en la mayor parte de los casos ocultan intereses económicos bajo ropajes ideológicos. Esta organización, creada en Madrid en febrero de 1961, agrupa a militares coloniales y a propietarios de Argelia caracterizados por su ideología ultraderechista. Tras una violenta trayectoria de violencia, acabará difuminándose dentro de la sociedad francesa en la segunda mitad de los años sesenta.

LA DECADA GAULLISTA: LA MONARQUIA REPUBLICANA

El gaullismo, con un gran poder de atracción sobre las masas, tiene su clave principal en la aglutinación de importantes deseos de la opinión pública, tales como la independencia nacional,



Ningún símbolo más expresivo de la decadencia del «gran hombre» que la indiferencia de las «nuevas generaciones» ante el Jefe del Estado...



Una fotografía que distancia la imagen de De gaulle de nuestros días como pocas. Una cena de gala en el Elíseo en honor de un invitado de excepción... el Sha del Irán.

la estabilidad de los Gobiernos y el deseo de participación en la elección del Jefe del Estado. El gaullismo gana adeptos —y votos— a costa de la derecha clásica, del centro y de los socialistas. Incluso el mismo PCF se ve afectado en cierta medida por la marea gaullista.

A pesar de sus incursiones en una política pseudoreformista, el partido se presenta como defensor del orden establecido en toda la extensión de la palabra. Acusado de antidemocratismo, mantiene sin embargo a todas las instituciones anteriores, si bien bajo un efectivo y no siempre visible control. Goza del apoyo de los católicos y de la Iglesia, pero nunca se define como confesional. Mantiene una tradición nacionalista, pero no constituye el clásico partido nacionalista. Intenta, en el plano económico, hacer coexistir las nacionalizaciones y la cogestión de empresas con la más pura tradición liberal burguesa.

Estas son algunas de sus aparentes contradicciones, que, unidas a la utilización dosificada de una ocasional demagogia, conservarán durante años el favor del pueblo hacia su general. Blanco de devociones apasionadas o de críticas despiadadas, De Gaulle es un virtuoso del miedo, que utiliza a su favor ante las situaciones difíciles que se van presentando. Vuelto al poder durante un sobresalto, caerá de él tras haber conseguido su mayor triunfo en las urnas, cuando el pueblo francés se entregue una vez más en sus manos pasado el gran temor del estallido de mayo de 1968. Su caída, por medio de uno de sus referéndums, no será más que el último acto lógico de una opinión veleidosa que venía preguntándose desde hacía ya tiempo la utilidad de esa envejecida figura histórica al frente de sus destinos. Siempre la utilización de un peligro, cierto o no, será su principal baza, como bien demuestra el lema que su partido emplea en las elecciones: «O yo o el caos». Escribe su excelente biógrafo Jean Lacouture que «la fabulosa carrera de Charles de Gaulle se basa en un llamamiento a la resistencia contra un peligro mortal, frente a un enemigo demoníaco...».

Desde un punto de vista de política interior, la ejecutoria del general De Gaulle al frente de su país atraviesa zonas diáfanas y otras ciertamente oscuras. Los desaciertos en política económica no se ven compensados por su gusto hacia las formas externas e improductivas que buscan más el prestigio que verdaderas finalidades económicas y sociales. Pero de hecho, el mismo Maurice Duverger, el mayor tratadista francés de Ciencia Política, no duda en reco-



Las últimas elecciones y un voto de confianza que no llegó a plasmarse en realidades.

tituyen a los caídos en desgracia. Estos miembros de la camarilla del general serán sobre todo Michel Debré, Couve de Murville, Pompidou, que será su **delfín...**

Su actuación como Jefe del Estado en un sistema presidencial acabó oscureciendo el prestigio ganado en 1940 y en 1958 como indudable salvador de su país en situaciones límite. No pudo evitar el ser manchado por las consecuencias de la actuación de las personas de su entorno, que establecieron a su sombra verdaderos focos de corrupción. Tras el estallido de mayo y la reacción irracional del electorado al apoyarle casi incondicionalmente, vuelven lógicamente a emerger el descontento y el hastío hacia su política y su presencia al frente del Estado (3).

En un balance de su ejecutoria exterior, el general De Gaulle viene a representar el más llamativo intento de búsqueda de una **tercera vía,** apartada de la división del mundo entre dos bloques hegemónicos. Es de esta forma la gran figura de las independencias nacionales, pero su visión planetaria y muchas veces irreal le aparta de los fundamentales detalles accesorios. Imperialista por convicción destruye la obra colonial francesa en su forma anterior, para pasar a constituir un nuevo y verdadero Imperio económico en base a las antiguas colonias, lo que permite a la Francia de hoy erigirse en gendarme de una amplísima zona del continente africano. Muy poco partidario de las uniones europeas existentes, convierte a su país en centro de las co-

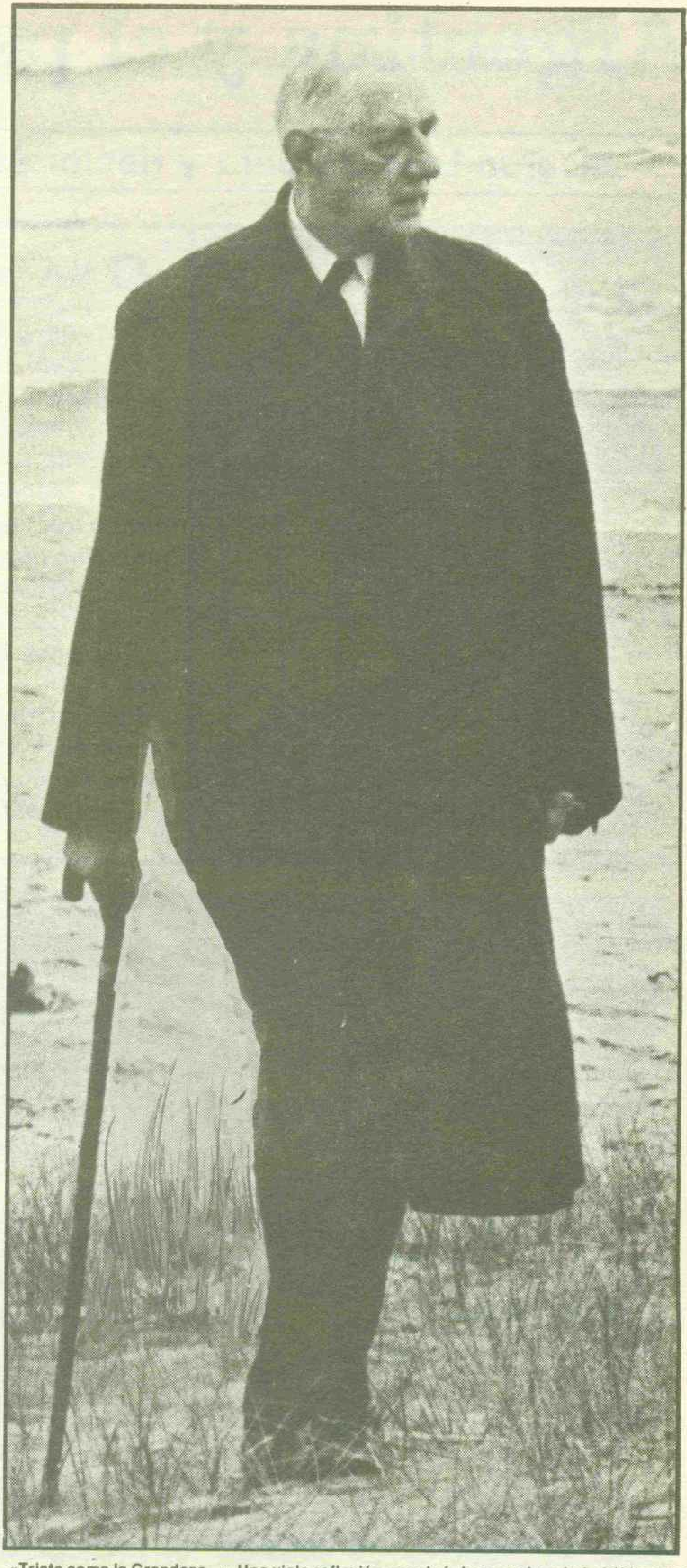
nocerle el difícil mérito de haber logrado la modernización del país en todos los órdenes y su colocación al mismo nivel que las demás grandes potencias. Totalmente estéril en cuanto a realizaciones culturales, el período gaullista de la Quinta República se puede apuntar sin embargo la obtención de la estabilidad social y política de Francia. En este plano cultural, la figura del general reproduce una vez más su estructural ambivalencia. Consigue las devociones de intelectuales, tanto de la acreditada derecha católica francesa, como François Mauriac, como de la izquierda tradicional, demostrada en la figura de André Malraux. La oscura actuación de los agentes gaullistas en los días de Argel, cuando intentaban tomar el poder de la Francia aún no liberada, no cesará de reproducirse bajo distintas formas durante los años siguientes. Las purgas internas que enfrentan a los partidarios del general muy pocas veces trascienden a la opinión pública, pero de hecho en ocasiones algunos síntomas muy evidentes las ponen de manifiesto. De Gaulle se rodea siempre de una corte de fieles permanentes, algunos de los cuales se mantienen desde los primeros momentos y otros sus-

(3) *Ver «El mayo francés».* **Tiempo de Historia,** *n.º 42.*

munidades a nivel continental. En su elección de amistades europeas, prefiere al tradicional enemigo alemán que a la Gran Bretaña que le había ofrecido un asilo en los momentos más difíciles de su vida.

Abandonado el poder, Charles de Gaulle se retira a su finca de Colombey, desde donde tiene tiempo todavía de realizar sus viajes soñados. Recorre la Irlanda de algunos de sus antepasados, y en España se desliza silenciosamente entre la Galicia celta y el palacio de El Pardo, donde es recibido con todos los honores por el general Franco. Muere en su refugio de Colombey el 9 de noviembre de 1970, hace ahora exactamente diez años. Su heredero, Georges Pompidou proseguirá su tarea. Las fidelidades a la persona del general se habían trasladado hacía ya tiempo hacia el partido por él inspirado.

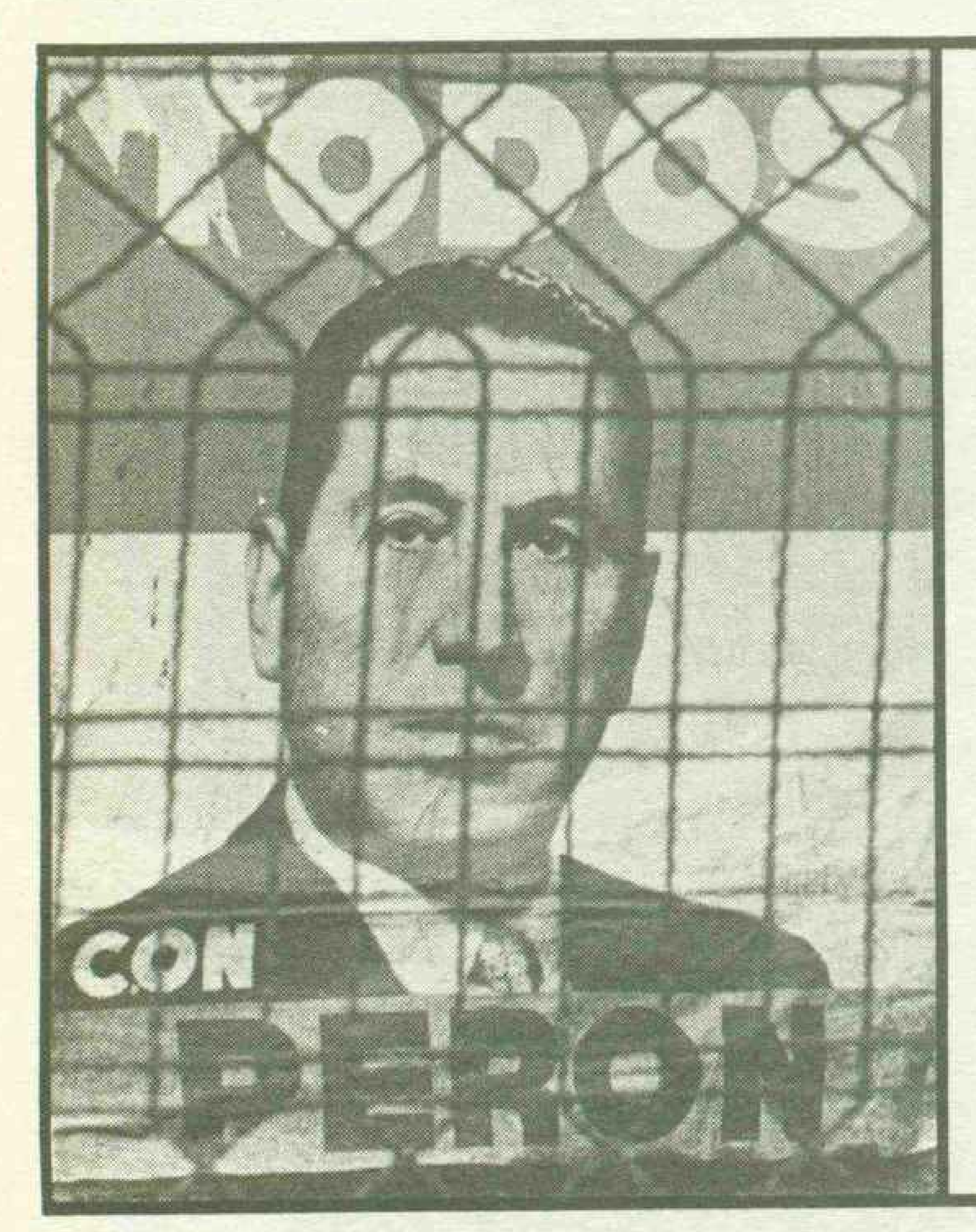
Jacques Soustelle, una de las personas que conocieron más profundamente al general De Gaulle escribe acerca de su personalidad: «En el universo histórico que contempla Charles de Gaulle, el ejercicio del poder es en sí su propio fin. No se somete a ninguna regla superior; es, exactamente, amoral. Lo único que le importa es la gloria, luminosa si es posible, sombría si es necesario: una concepción impregnada de individualismo aristocrático de desdén del **superhombre** hacia la humanidad...». Notas que podrán acercar a la clave del pensamiento y la trayectoria de este ejemplo de la generación de los **Grandes** que llenaron toda la primera mitad de este siglo, y en algunos casos hasta momentos muy recientes. ■ **J. M. S. M.**



«Triste como la Grandeza...». Una vieja reflexión napoleónica para la soledad última del gran patriota...

Argentina y el peronismo

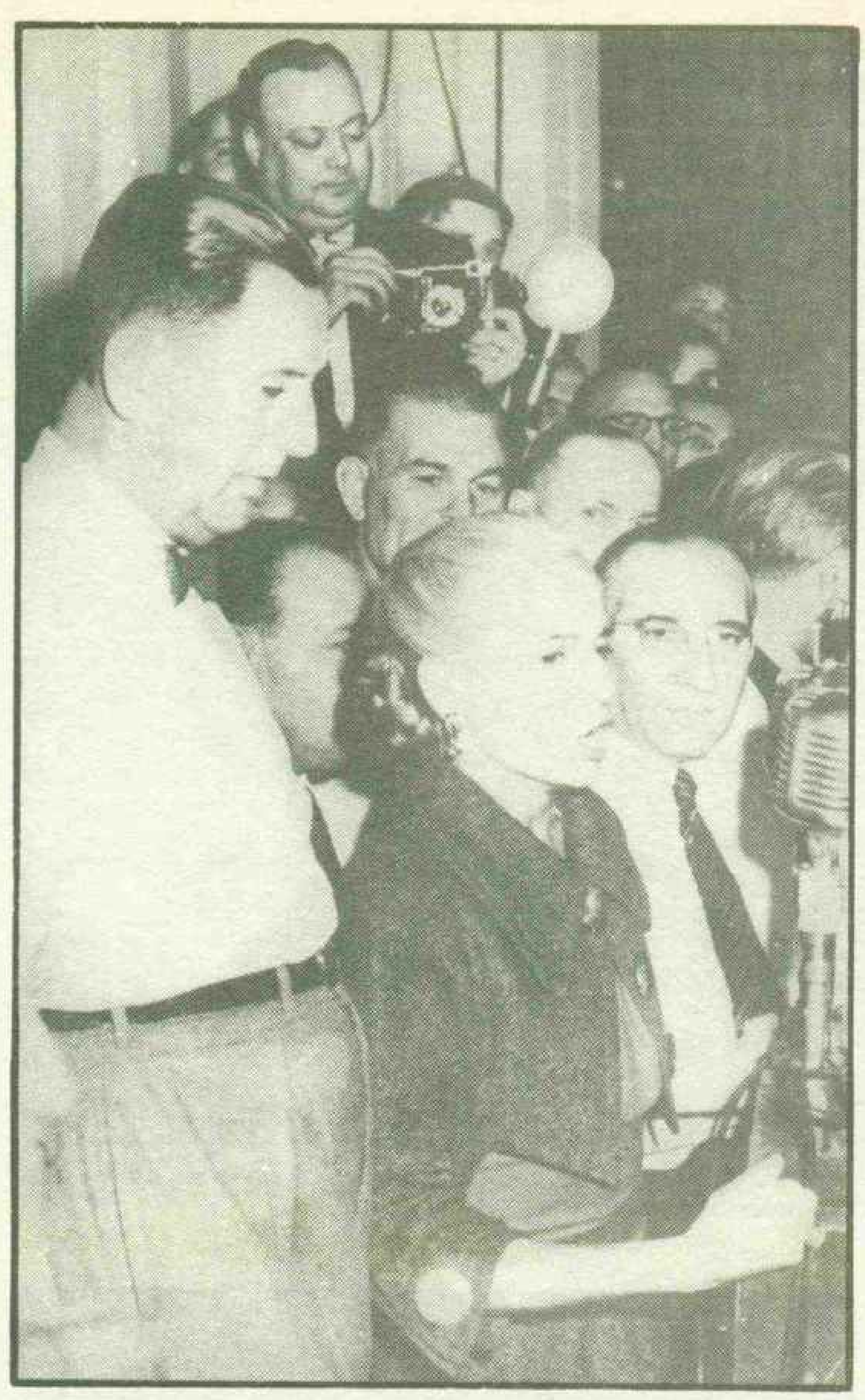
Ricardo Lorenzo Sanz y Héctor Anabitarte Rivas



PARA los europeos occidentales el proceso político chileno o el uruguayo resulta de fácil comprensión. Tanto en Chile como en Uriguay, en el primero a través de la Unidad Popular y en el segundo del Frente Amplio, se desarrolló un proceso que se puede designar como clásico. Una izquierda marxista, representativa en el movimiento obrero, en alianza con sectores democráticos y progresistas, planteaba la necesidad de tomar el gobierno o el poder para efectuar cambios estructurales anti - imperialistas, anti - oligárquicos, pro - socialistas. A la ***izquierda*** *de ambos movimientos, el MIR y los Tupamaros, respectivamente, también respondían al modelo clásico.*



Concentración peronista en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, durante el mandato de Juan Domingo Perón.



«Evita» dirigiéndose por radio a los «descamisados», en la Argentina peronista de 1950. (A su derecha, el presidente Perón).

PERO en la Argentina, el tercer país del cono sur, con una historia general parecida al de los otros dos, la realidad sociopolítica es muy diferente. En la Argentina, con el proletariado más organizado y numeroso —en relación al total de la población—, de América Latina, los diferentes partidos y corrientes de izquierda marxista, en sus diversas variantes, son significativamente minoritarios en el movimiento obrero y en el popular.

Desde 1943, cuando el ascenso de Juan Domingo Perón al Ministerio de Trabajo, la mayoría de los asalariados argentinos son peronistas, situación que se ha mantenido casi inalterable durante casi cuatro décadas, a pesar de los cambios que se produjeron en el país. El «esplendor» económico 1946-1949, la crisis que desemboca en el golpe reaccionario de septiembre de 1955, el gobierno «entreguista» de Frondizi (1958-1962), el período democrático de Illia, o al menos más democrático que los anteriores y los posteriores (1963-1966). Luego vienen los nueve años de dictadura militar: hay cierta euforia cuando el general **azul,** Onganía, jura como presidente, pero rápidamente la clase obrera y otros sectores enfrentan y desgastan a los militares. En 1973 Lanusse llama a elecciones, y el candidato apoyado por Perón desde el exilio, Cámpora, obtiene el 50 por

Manifestación peronista ante el Cuartel General del Partido Justicialista (Peronista), en Buenos Aires.



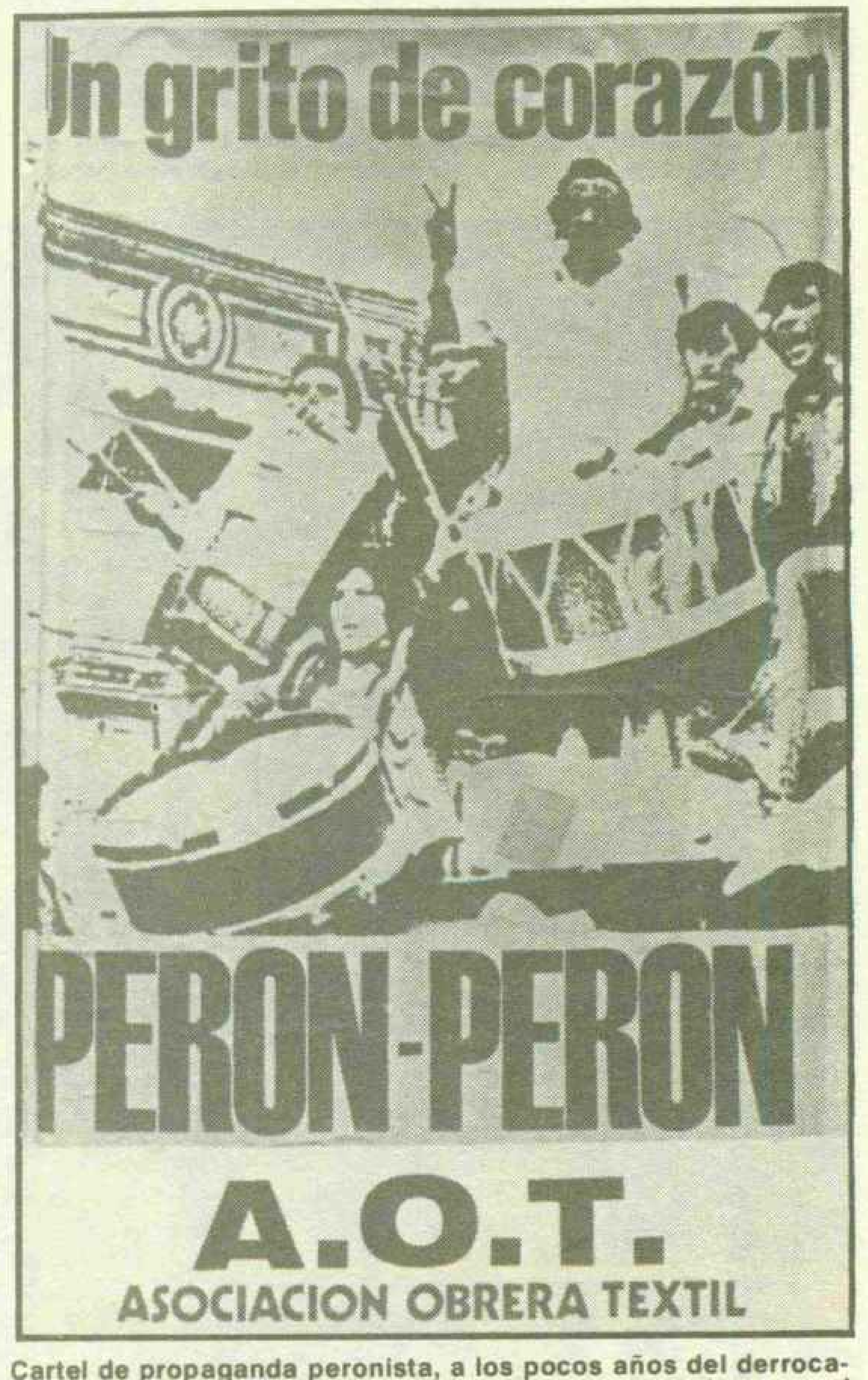
El presidente de la Argentina, Juan Domingo Perón, y su esposa, Eva Duarte, camino de la Casa Rosada, poco antes de prestar juramento para su segundo mandato, en 1952.

100 de los votos. Se produce un alza revolucionaria que desborda todas las espectativas. Todas las cárceles del país son abiertas y no queda ni un solo preso político. Cincuenta días después, Cámpora renuncia. Su gobierno está «muy a la izquierda». Los sectores tradicionales, los «factores de poder», y la derecha peronista misma, no lo pueden soportar. Por otra parte, el gobierno camporista no cuenta con el suficiente respaldo organizado. Poco después, al morir Perón, electo por tercera vez por abrumadora mayoría, llega el gobierno Isabel Perón - López Rega, y las tres A entran en acción. En marzo de 1976 se produce el golpe de Videla.

Esquemáticamente, nos referimos a los avatares políticos argentinos de los últimos 40 años. Períodos de estabilidad y desarrollo, y también, de inflación récord a nivel mundial y de enfrentamientos sangrientos. Pero la clase obrera argentina siguió siendo peronista.

¿POR QUE?

Así como en los países desarrollados la clase obrera suele ser en su mayoría de tendencia social-demócrata, en la Argentina se produce algo parecido. Los sectores radicales no dejan de ser una presencia a nivel ideológico, agitativo, pero los trabajadores aceptan generalmente, no siempre con entusiasmo ni



Cartel de propaganda peronista, a los pocos años del derrocamiento de Perón, que expresa la huella del justicialismo en el pueblo argentino.



Manifestación peronista, abortada por la policía en Buenos Aires, con ocasión de la visita de De Gaulle a la Argentina en 1964.

conformes, encuadrarse en el peronismo, un tipo de movimiento social-demócrata tercermundista. Un laborismo al estilo inglés, aunque hostil a las normas de la democracia burguesa.
Perón, aunque fuera un militar que simpatizara con Mussolini, representó en la Argentina a los sectores reformistas, enemigos de los Dueños de la Pampa Húmeda, impulsando la industrialización e incorporando a la producción a millones de personas que vivían marginadas en la sociedad no urbana. Perón, proclamando a los cuatro vientos su policlasismo, se convirtió en el líder de los campesinos pobres, de los peones sin tierra, de los obreros no especializados, como así también, a través de Evita, de las mujeres pobres y discriminadas. Por otra parte, la burguesía nacional vio en el peronismo el movimiento que favorecía a la industria nacional en contra de las extranjeras, recibiendo cuantiosos créditos que antes se destinaba al sector ganadero oligárquico.
Es esto en el peronismo en la Argentina, cuando los aliadófilos, de derecha e izquierda, deseaban entrar en la guerra mundial, porque así lo determinaba las necesidades de Estados Unidos e Inglaterra, y la crítica situación de la URSS que soportaba la presencia en su frente de más de 200 divisiones fascistas.

Perón, nacionalista como Vargas, Gandhi, Nasser o Sukarno, consideró la guerra como un problema inter - imperialista, del cual había que sacar el mayor provecho posible. Vendió a precio de oro, y en oro, la carne y el trigo, y nacionalizó la banca, desarrollando y creando nuevas industrias. Y cuando Alemania perdía la guerra, confiscó todos los bienes germanos en el país.

Mientras tanto, las izquierdas y las derechas, bajo el emblema de la democracia, se aliaban en un frente político en 1945, bajo la dirección de Braden, el embajador norteamericano. Seguían considerando, en 1945, cuando Berlín estaba por caer en manos del Ejército soviético, que el mayor peligro seguía siendo el nazi - fascismo. Unos meses después comenzaría oficialmente la «guerra fría».

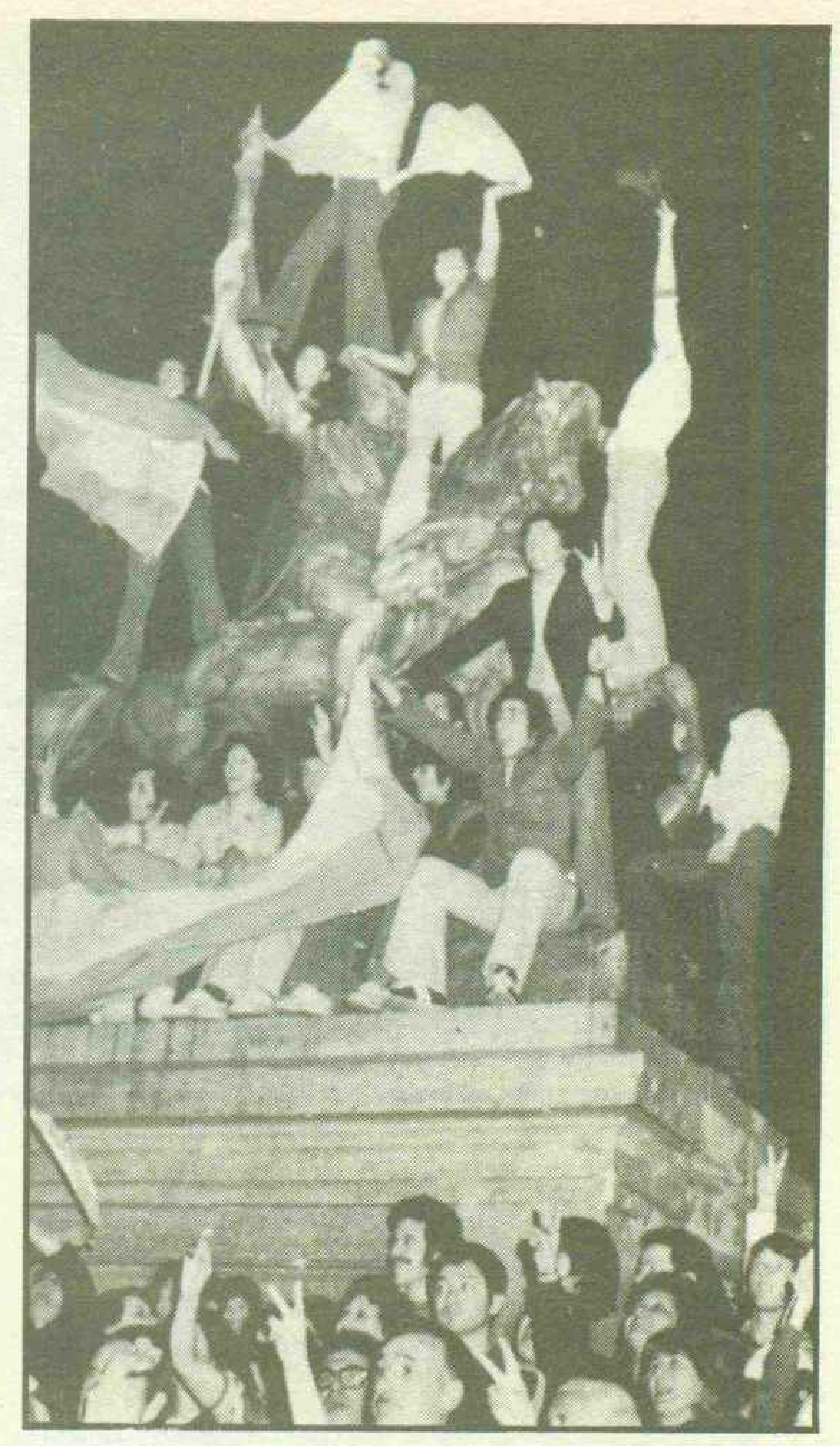
Perón agrupa a nacionalistas, populistas, obreristas. En un solo movimiento conviven nacionalistas pro-nazis y sindicalistas socialistas, anarquistas y comunistas, radicales yrigoyenistas, conservadores populares, católicos de derecha y social-cristianos reformistas. Mejor dicho, de estos sectores provienen muchos militantes, que a partir de ese momento, se convierten en peronistas.

El programa del líder carismático es la independencia económica, la soberanía política y

la justicia social. Cuando se convoca a elecciones, hay sólo dos candidaturas, la de Perón y la apoyada por Braden, Tamborini-Mosca. La consigna del peronismo será Braden o Perón. Y en los comicios el coronel recoge el 55 por 100 de los votos. La gente vota al hombre que impulsa leyes sociales, planifica la realización de obras sociales, habla de la tercera posición en el campo internacional, dice que la tierra es para el que la trabaja, etc. Sus aspectos totalitarios, la corrupción, las vacilaciones, sólo le preocupan a la derrotada oposición, que a partir de ese momento se divide.

¿QUIEN ES PERON?

Perón, amigo de Franco y de Stroessner, ¿reformista?, ¿antimperialista? El peronismo es un movimiento que escapa al esquema derecha - izquierda, proletariado - burguesía. En política internacional desconcierta: anticomunista, reconoce diplomáticamente a la URSS. Se niega a enviar tropas a Corea, pero nunca abandona claramente la zona de influencia norteamericana. Daña los intereses de las multinacionales, favoreciendo a la industria nacional, pero deja casi intacto el poder de la oligarquía ganadera, **peón** de los intereses extranjeros. De allí que no extrañe que, por ejemplo, el Atlas Histórico Mundial,publicación generalmente bien documentada, cuando se refiere a la Argentina, diga: «6 junio 1943. Estalla un golpe militar («movimiento de los coroneles») que derroca a Castillo y nombra presidente a Arturo Rawson. Un nuevo golpe militar depone a Rawson a favor del general Pedro Ramírez: disolución de los partidos políticos, represión encarnizada de liberales, comunistas, socialistas y judíos que son enviados a campos de concentración en la Tierra del Fuego. Control sobre las Universidades, asociaciones laborales, etc., al tiempo que se incrementa el presupuesto militar. Creación del GOU (Grupo de Oficiales Unidos) de Juan Domingo Perón (n. 1.895), de signo heterogéneamente fascista que propugna un refuerzo de las fuerzas policiales, la disolución del Congreso, la creación de organizaciones represivas especiales, la formación militar para ambos sexos a partir de los 12 años y una organización económico corporativa («municipalismo») (1945)» (séptima edición, 1978, pág. 195).



Los peronistas celebran la victoria de Juan Domingo Perón, en las elecciones argentinas efectuadas el 11 de marzo de 1973.



Héctor Cámpora (a la derecha de la fotografía) y Juan Domingo Perón, al que cedería la presidencia de la República, tras las elecciones que dieron el triunfo a los peronistas, en 1973.

Para los argentinos mismos es tarea compleja definir el peronismo, y una cota periodística en todo caso sólo podrá exponer algunos aspectos. No es fácil analizar un movimiento que por sus características formales es autoritario, pero en su accionar democratiza la vida social y económica del país.

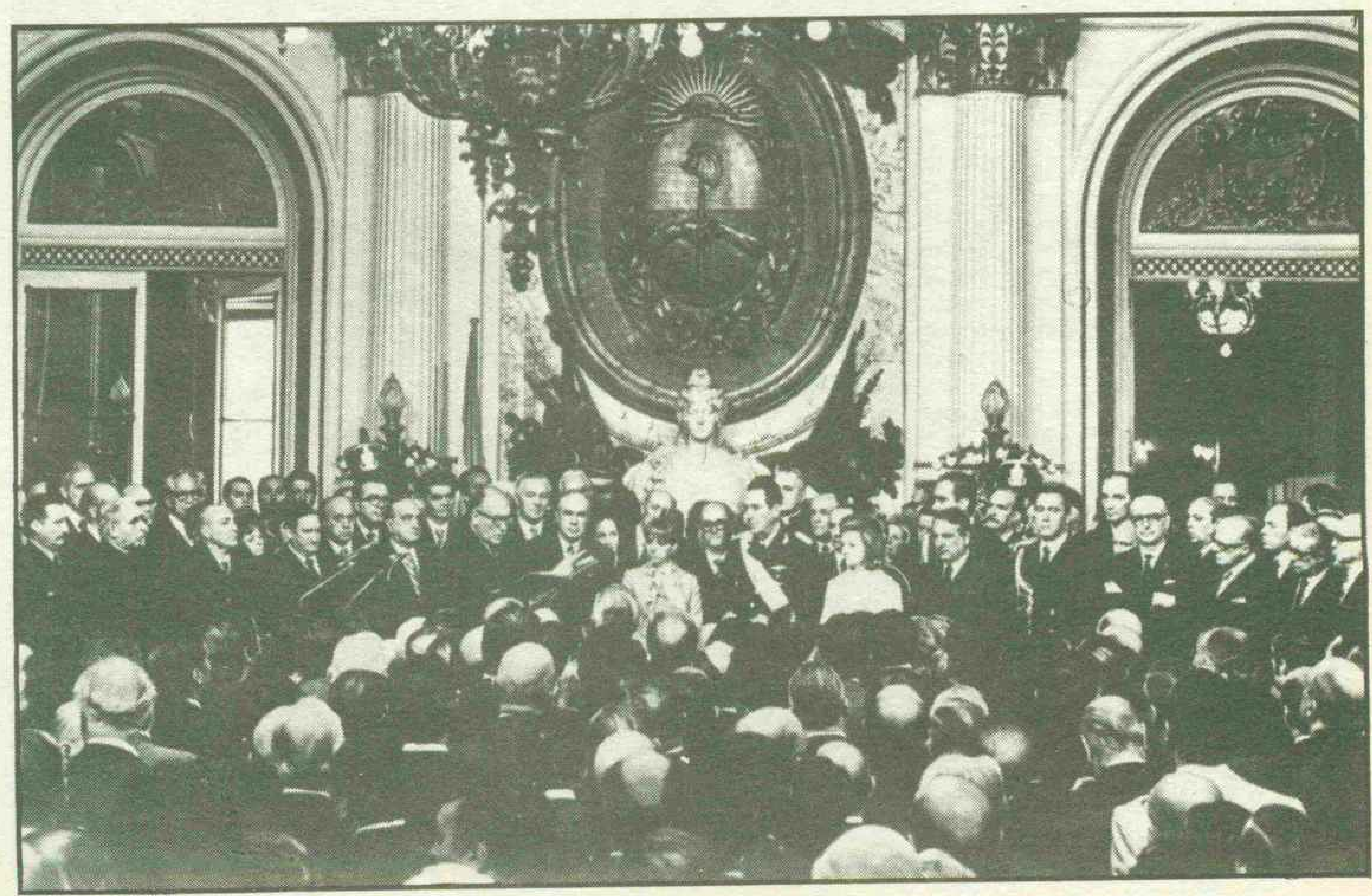
Es un paso adelante en relación a la Argentina «Granera del Mundo» y aristocrática, y simultáneamente produce asesinatos políticos y no escasea la tortura policial. Las capas medias, y especialmente los intelectuales, lo rechazan, pero es con el peronismo cuando las universidades abren sus puertas a los sectores más necesitados. Son las feministas de la época las que rechazan, entre otros grupos, más categóricamente al peronismo, pero es con este gobierno que las mujeres votan y que el partido oficial crea rama femenina paralela a la rama masculina. Es un movimiento, que en sí mismo, encierra las más agudas contradicciones, sin fracturarse.

ANTES DE PERON

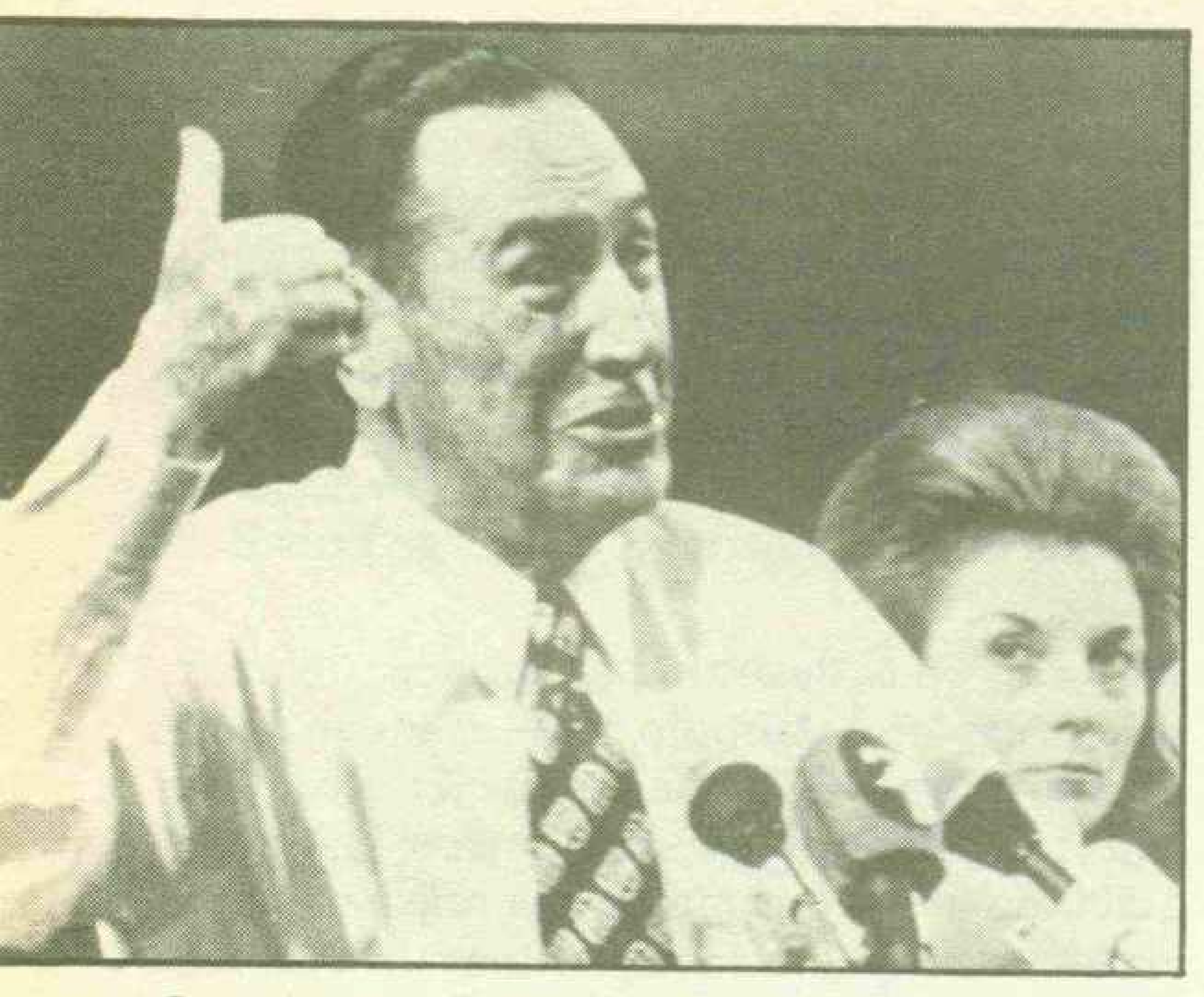
Antes del peronismo Argentina contaba con una historia «normal». En 1870 se produce una masiva corriente inmigratoria, que trajo al Río de la Plata a muchos militares socialistas y anarquistas, que comenzaron el trabajo sindical y político. En un volante de la época, podemos leer: «Sois obreros, sois trabajadores. A seguir con la huelga, para conformar una sociedad donde no haya pobres ni ricos, donde no haya sotanas, armas, uniformes ni uniformados». El padre de Borges aseguraba a su hijo el advenimiento de un mundo nuevo: «Mi padre fue criado en un ambiente literario, su madre era inglesa y él era anarquista, lector de Spencer. Cuando era chico me recomendaba que mirara bien las carnicerías, las iglesias, los curas, los militares y la bandera argentina porque todo eso iba a desaparecer y más tarde yo podría contar que había visto una carnicería, un cura, un desfile militar... Creía que serían abolidas las diferencias entre razas y países y que las gentes ya no pretenderían saber lo que sucede en la otra vida» (Jorge Luis Borges).

En 1922, en el desierto patagónico, un anarquista español, Antonio Soto, arengaba a los obreros rurales a la huelga. El ejército argentino, fiel a los intereses británicos, fusilaba a 1.500 de ellos, en una de las masacres más crueles de la historia argentina. Un año después, en 1923, en una calle de Buenos Aires, el obrero anarquista alemán Karl Gustav Wilkens. con una bomba en una mano y una pistola en la otra se enfrentaba con el comandante Benigno Varela, jefe fusilado en la Patagonia. Tiró la bomba a los pies del militar y luego le vació el cargador.

Ya en 1890 se funda en Buenos Aires el Comité Obrero Internacional para celebrar el 1.º de Mayo, asistiendo 3.000 obreros. Uno de los oradores del acto es español y el acto se realiza en el local del Prado Español. Poco después se intenta organizar la primera central obrera: la Federación de Trabajadores



Por tercera vez el «mítico» Perón jura la presidencia de la República Argentina, en octubre de 1973. (A su izquierda, su mujer y sucesora en la presidencia, Isabel Martínez de Perón).



Perón en compañía de su mujer, «Isabelita» Martínez, durante un momento del discurso dirigido a los delegados del Partido Justicialista, tras su aceptación de la candidatura a la presidencia de la Argentina, en julio de 1973.

de la Región Argentina (FORA). En 1901 se funda la Federación Obrera Argentina, y un año después la Unión General de Trabajadores (UGT).

Durante más de cuatro décadas la división en el movimiento sindical será permanente. Anarquistas, socialistas, sindicalistas, comunistas, se enfrentarán con dureza, y se desarrollarán de manera paralela, grandes luchas sociales, que son reprimidas con ferocidad. En 1917 hay fusilamientos de huelguistas en Rosario y represión de fuerzas de la armada contra ferroviarios en Ingeniero White. En unos talleres metalúrgicos la policía asesina a tres trabajadores. Esto provoca el estallido que será conocido como la Semana Trágica. Morirán unos 3.000 trabajadores. Muchos cadáveres son incinerados o arrojados al Río de la Plata.

En la llamada Década Infame (1930-1940), la represión es tal que el movimiento sindical se repliega, pero en 1935, 25 sindicatos desconocen la dirección de la CGT y constituyen la Unión Sindical Argentina (USA). Todavía en 1942 existen dos centrales enfrentadas, pero «el comienzo de la segunda guerra mundial, el proceso de industrialización, así como cierta mejoría económica derivada, tanto del comercio internacional como de la situación nacional, favorecen el resurgimiento de la actividad sindical, iniciándose así un nuevo período que desembocará en el peronismo» (Folleto editado por IEPALA).

El féretro conteniendo los restos mortales de Juan Domingo Perón, al que hacen guardia de honor los granaderos de San Martín, en julio de 1974.

La huelga de la carne en 1943 es un acontecimiento que orienta a entender por qué la clase obrera «se hace peronista». Hartos de la explotación en los frigoríficos británicos, los asalariados comienzan una huelga. Pero socialistas y comunistas transigen con la patronal, pues es necesario «proveer de carne a los ejércitos que luchan por la democracia y por la paz». No está demás recordar que esta carne pampeana no va al frente oriental, en donde los soviéticos, haciendo un esfuerzo casi increíble, están destruyendo la maquinaria bélica nazi.

Es así como, en definitiva, surgirá la central única. La izquierda, desplazada, luego, resolverá incorporarse a la central, que está en manos de los peronistas. Lo contrario sería quedar totalmente aislados del movimiento obrero.

Si la Confederación General del Trabajo, en 1943, tiene 80.000 afiliados, dos años después, unos meses antes de la elección de Perón, cuenta con 500.000. En 1947 ya son un millón y medio de trabajadores. Cuando el golpe «gorila» de 1955, los afiliados suman unos 6.000.000.

Conviene señalar las ambivalencias, vacilaciones, e inclusive las traiciones del gobierno peronista a los reclamos obreros, pues de lo contrario se daría una imagen falsa de este período. El peronismo no fue un fascismo, pero tampoco un gobierno realmente popular, al servicio de sus intereses.

En 1949 los obreros de los ingenios del azúcar de Tucumán son reprimidos. La huelga se mantiene durante 47 días. Obreras telefónicas conocerán la tortura y hasta el asesinato. Y la lista puede no terminar aquí. Pero el gobierno peronista no puede prescindir del movimiento obrero, pues es su apoyo quien en definitiva lo mantiene.

Que el gobierno peronista no puede ser calificado de fascista o de derechista, puede explicarse a través de sus enemigos cuando el golpe de estado: la Iglesia católica, los altos mandos (en su mayoría), la oligarquía, el Departamento de Estado, etc.

En junio de 1955 la marina de guerra bombardea la ciudad de Buenos Aires, muriendo centenares de civiles. Tres meses después parte del ejército, la aeronáutica, la casi totalidad de la marina, y los «comandos civiles» (integrados por elementos derechistas), se sublevan. El movimiento obrero quiere salvar el gobierno, y hasta el PC ofrece su apoyo, pero es tarde. El mismo régimen no quiere



EL DESCAMISADO

31 DE JULIO DE 1973

LOPEZ REGA ORDENA REPRIMIR

EXCLUSIVO:

El asesino de San Nicolás

SALTA:

Los campesinos contra la oligarquía

AIRES:

0.000 peronistas gritaron

ITA HAY UNA SOLA

Portada de «El Descamisado», órgano de la Juventud Peronista argentina, con fecha 31 de julio de 1973. Los titulares hacen prever ya la grave crisis interna del peronismo, durante la última etapa presidencial de Perón.

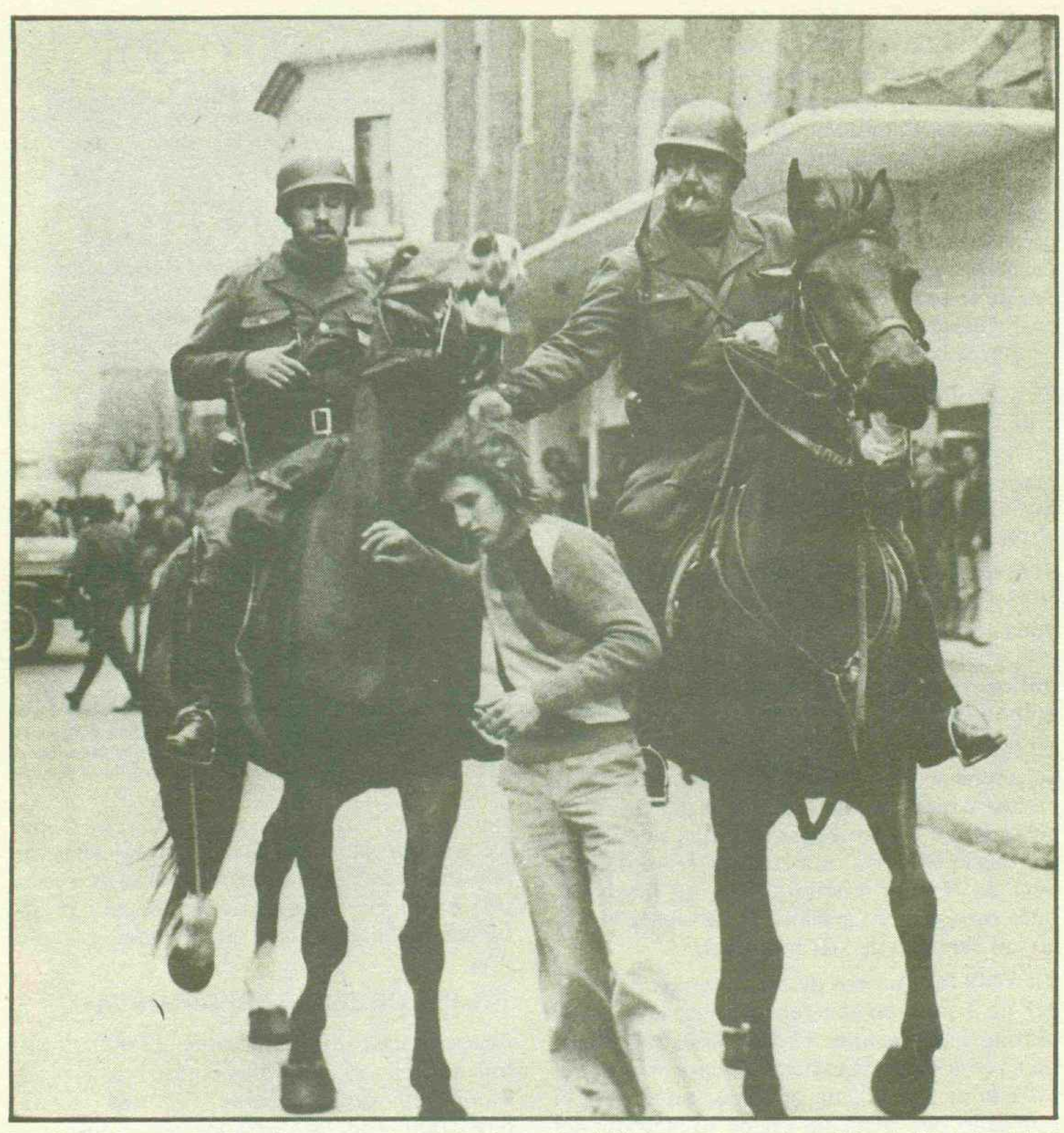
ser salvado si el precio es la movilización popular. Las 5.000 ametralladoras que compró Evita en Holanda, cuando ésta murió fueron entregadas a la Gendarmería Nacional.

¿CLASE OBRERA «REFORMISTA»?

Argentina tiene actualmente 25.000.000 de habitantes y una población activa de 9.000.000 de personas, de las cuales 6.000.000 son asalariados en general y 3.000.000 obreros industriales. Doscientas treinta y cuatro empresas, o sea, el 0,2 por 100 de los establecimientos industriales, nuclean el 25,4 por 100 de los obreros argentinos. Estas estadísticas sugieren que el gran problema de la Junta Militar sigue siendo la clase obrera y que la liquidación de la guerrilla no le servirá de mucho.

Durante la dictadura de Onganía, o en junio de 1975, enfrentando la política económica de Isabel Perón, el movimiento obrero hizo sentir su presencia, y la burocracia sindical peronista apenas pudo recortar esta presencia.

A los pocos meses del brutal golpe de marzo del 76, en la empresa Renault la producción disminuía en el 85 por 100 por la resistencia



La policía reprime una manifestación peronista, durante el régimen militar de Videla, que actualmente condiciona las libertades cívicas de la República Argentina.

obrera. Un alto horno de la empresa siderúrgica Somisa era inutilizado por dos meses. En otra empresa, Dálmine, se descubre que más del 30 por 100 de las chapas estaban fisuradas: los obreros orinaban sobre el material en el momento de la fusión. El 25 por 100 de los vehículos que salían diariamente de la planta de General Motors estaban seriamente dañados.

En dos años, bajo la Dictadura de los Desaparecidos, se producen más de cien conflictos de importancia. En diciembre del 78, el Ministerio de Trabajo reconoce la existencia de más de 1.800 conflictos en el Gran Buenos Aires.

Es así el movimiento obrero sindical en la Argentina, el cual, básicamente, ya sea en sus bases o en su dirección, sigue siendo peronista, lo cual merece un análisis detallado del asunto. Ninguna otra clase obrera de América Latina puede enfrentar en estos términos al gobierno militar que le tocó, a pesar de estar, de acuerdo a la denominación clásica, mucho más a la izquierda.

¿Y LA IZQUIERDA?

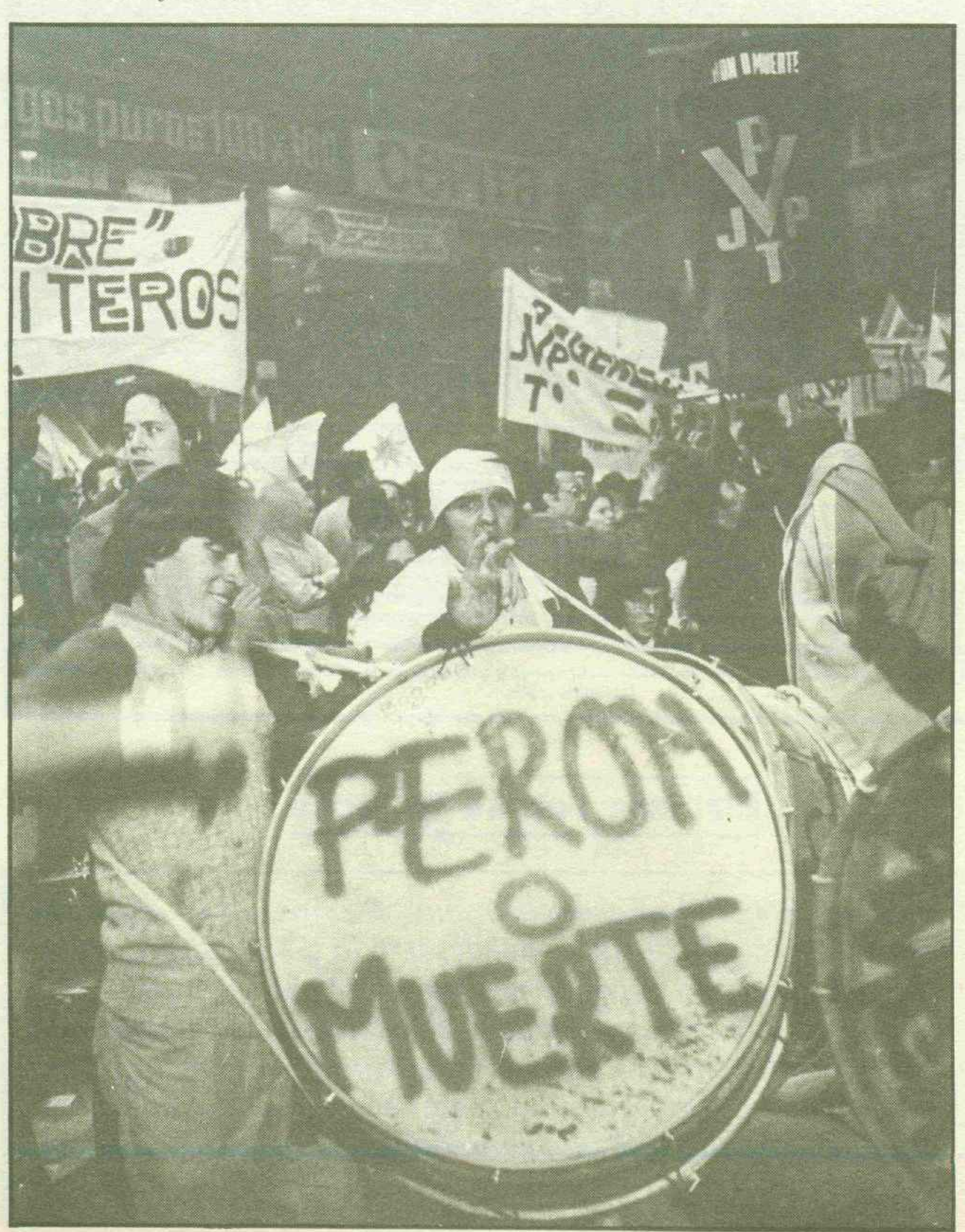
¿Dónde ubicar al Partido Comunista? Resultaría demasiado sencillo criticar a la izquierda en general, tomando por ejemplo al

PC, pero este partido, a pesar de todo, sigue siendo el más «representativo», si excluimos la izquierda peronista, ya que actualmente es casi imposible determinar quienes son y cuál es su estructura orgánica.

Pero utilizaremos el ejemplo del PC: este partido, desde el comienzo de la dictadura, hasta hoy —en Ginebra, ante las Naciones Unidas, acaba de defender a Videla—, ha suministrado su «apoyo crítico» a la dictadura militar, la misma que ha hecho **desaparecer** a miles de personas y a no pocos comunistas. El Partido Montonero, casi inexistente en el interior de Argentina, como así también el Ejército Revolucionario del Pueblo, simpatizan cada vez más con la política cubana, es decir, con la estrategia de la URSS, es decir, con el mismo PC que apoya a Videla. Con respecto a los «pro-chinos» y otros sectores, sus políticas no tienen contacto con el pueblo argentino. Usan un lenguaje casi incomprensible, exótico.

Si se toman en cuenta, globalmente, los factores que brevemente exponemos en esta nota, será fácil comprender por qué la clase obrera argentina sigue siendo peronista y por qué el proceso político de este país depende, fundamentalmente, del movimiento que se formó en torno a Perón hace 40 años. □

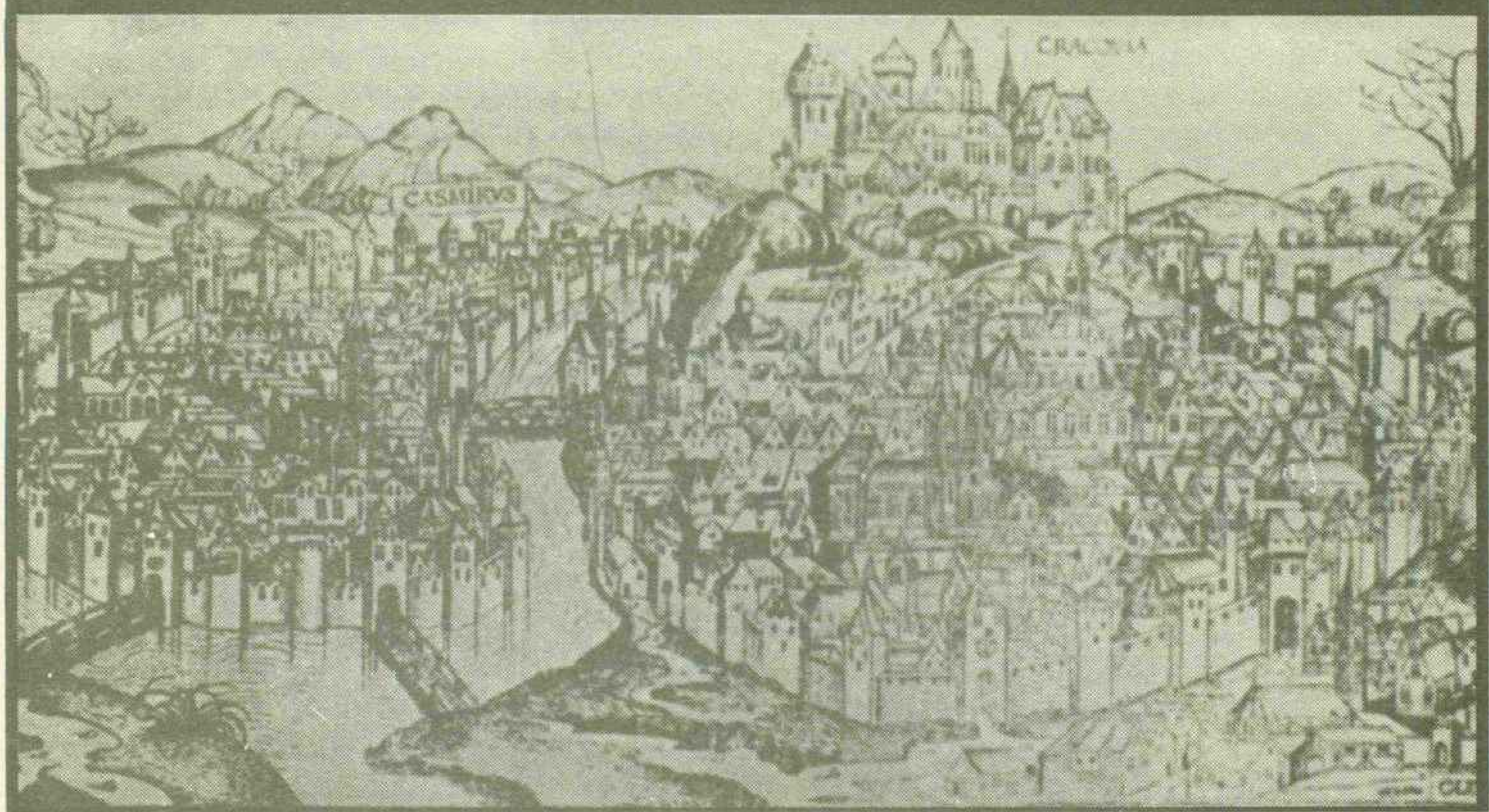
R. L. S. y H. A. R.



Montoneros en el Luna Park... El peronismo será por muchos años una reivindicación de justicia social y libertades ciudadanas para el *argentino*, hoy sojuzgado por una férrea dictadura militar.

El trágico sueño de la libertad:

La República de Cracovia





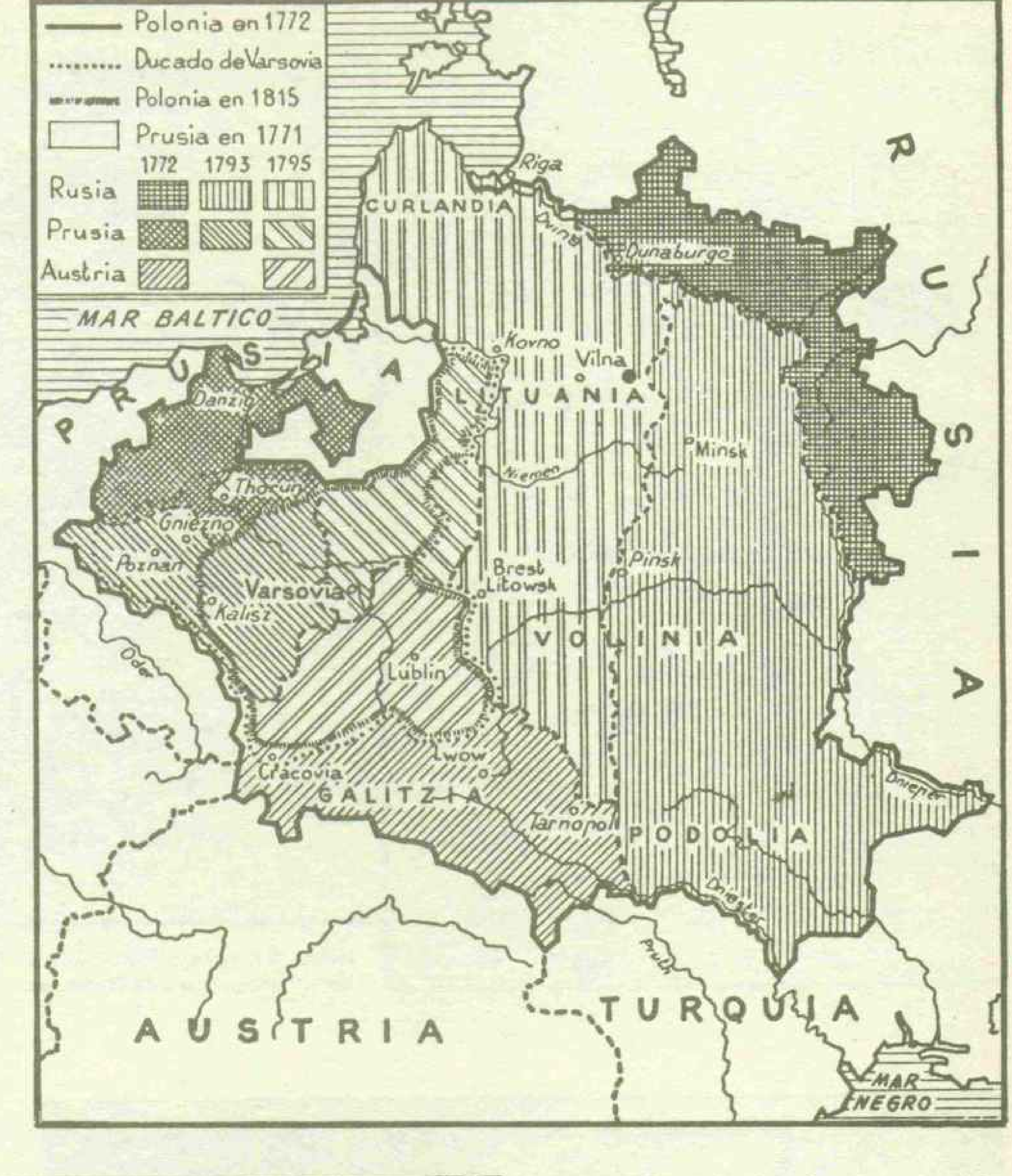


La ciudad de Cracovia, situada a orillas del río Vístula, antiguamente estaba dividida en cuatro barrios: Cracovia, Stradomiria, Casimiria y Cleplaria.

Elzbieta Teresa Swiecka

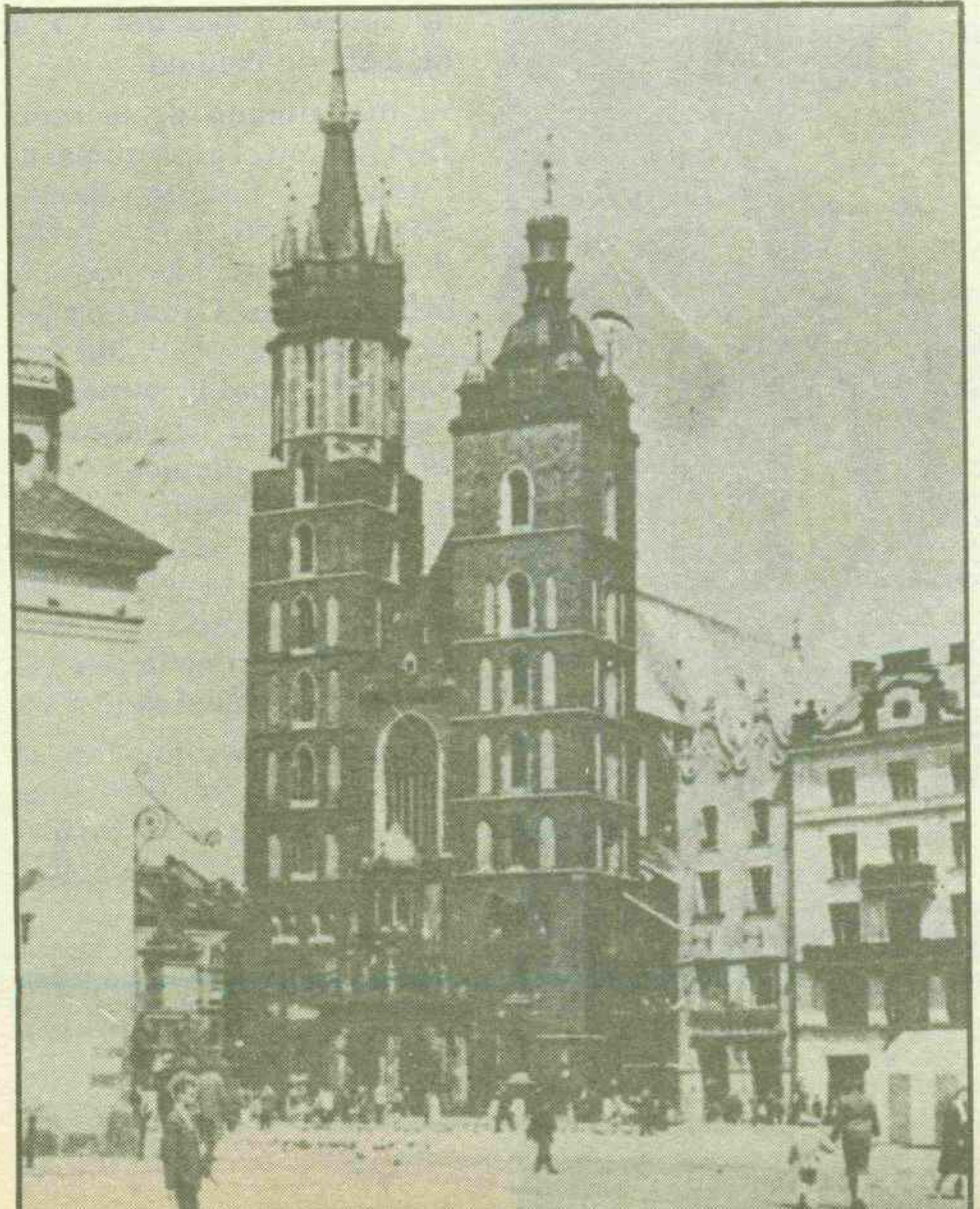
EN el año 1966 Polonia celebró con solemnidad el milenario de su existencia histórica y del desarrollo de la cultura nacional. A lo largo de los mil años en el territorio polaco cruzaron sus vías las más diversas culturas. Al lado de la occidental se desarrollaba la oriental, el catolicismo y protestantismo junto al rito ortodoxo, coexistiendo todas en forma de una extraña mezcla. Polonia fue la primera organizadora de la libre federación de los estados de Europa, donde reinaba la tolerancia religiosa y un alto nivel cultural.

LOS destinos históricos del pueblo polaco estuvieron siempre entrelazados con la Iglesia desde los albores de la existencia estatal de Polonia. El elemento religioso estaba profundamente arraigado en la cultura y mentalidad de la sociedad. La adhesión de Polonia a la familia de los países cristianos es identificada con la conversión de Micislao I al catolicismo en el año 966. El bautismo del soberano polaco tuvo carácter de acción consciente dictada por razones políticas. La creciente importancia que cobraba la Iglesia ocasionó incluso conflictos a causa de la rivalidad entre el poder estatal y el eclesiástico. En principio, Polonia, poco después de cristianizarse, usó la nueva religión como medio de influencia política sobre los pueblos vecinos que vivían en el paganismo.



Las tres particiones de Polonia en el siglo XVIII y sus fronteras en 1815.

Sin embargo, al pasar el tiempo la Iglesia como institución empezó a adquirir una posición independiente. Se convirtió en el brazo unificador entre los 23 principados en que se hallaban divididas las tierras polacas en las postrimerías del siglo XIII. La constante amenaza del exterior (la expansión de la Orden Teutónica, la presión de Brandenburgo, de los tártaros y lituanos) aceleró el proceso de la integración del país. La unificación de



La iglesia de Santa María en Cracovia guarda en su interior el valioso retablo de Wit Stwosz.

El gran ducado de Varsovia (1807)

República de Danzig (1807-1814)

Engrandecimiento del gran ducado de Varsovia en 1809

El reino de Polonia en 1815

República de Cracovia (1815-1846)

0 300 km

POLONIA de 1807 a 1815

Memel (Klaipeda)
REP. DE DANZIG
Tilsit
Danzig (Gdańsk)
Suwałki
PRUSIA
REINO DE
Białystok
1807, Rusia
Toruń
Poznań
POSNANIA
Warszawa (Varsovia)
Kalisz
SILESIA
Lublin
Kraków (Cracovia)
REP. DE CRACOVIA
GALITZIA Y LODOMERIA
IMPERIO DE AUSTRIA
RUSIA

Hacia la pequeña República de Cracovia, que ocupaba apenas el territorio de un kilómetro cuadrado, se dirigían los ojos de muchos polacos.



las principales regiones dio paso al siguiente período, el de mayor esplendor en la historia de Polonia.

El matrimonio de la reina Jadviga con el gran duque de Lituania —Ladislao Jaguello— enlazó por mucho tiempo tres pueblos: polaco, lituano y ruso. La cultura polaca poco a poco iba ganándose en pro la nobleza lituana y rutena. La expansión política, económica y territorial se extendía desde el mar Báltico hasta el mar Negro. El apogeo del florecimiento cultural y político de la Corona llegó en la primera mitad del siglo XVI.

A partir de ese momento el país empezó a transformarse en monarquía constitucional con el rey elegible

La primera partición de Polonia (1772) fue resultado de su debilidad interna. Catalina II, José II y Federico el Grande se disponen a cortar el «pastel polaco».

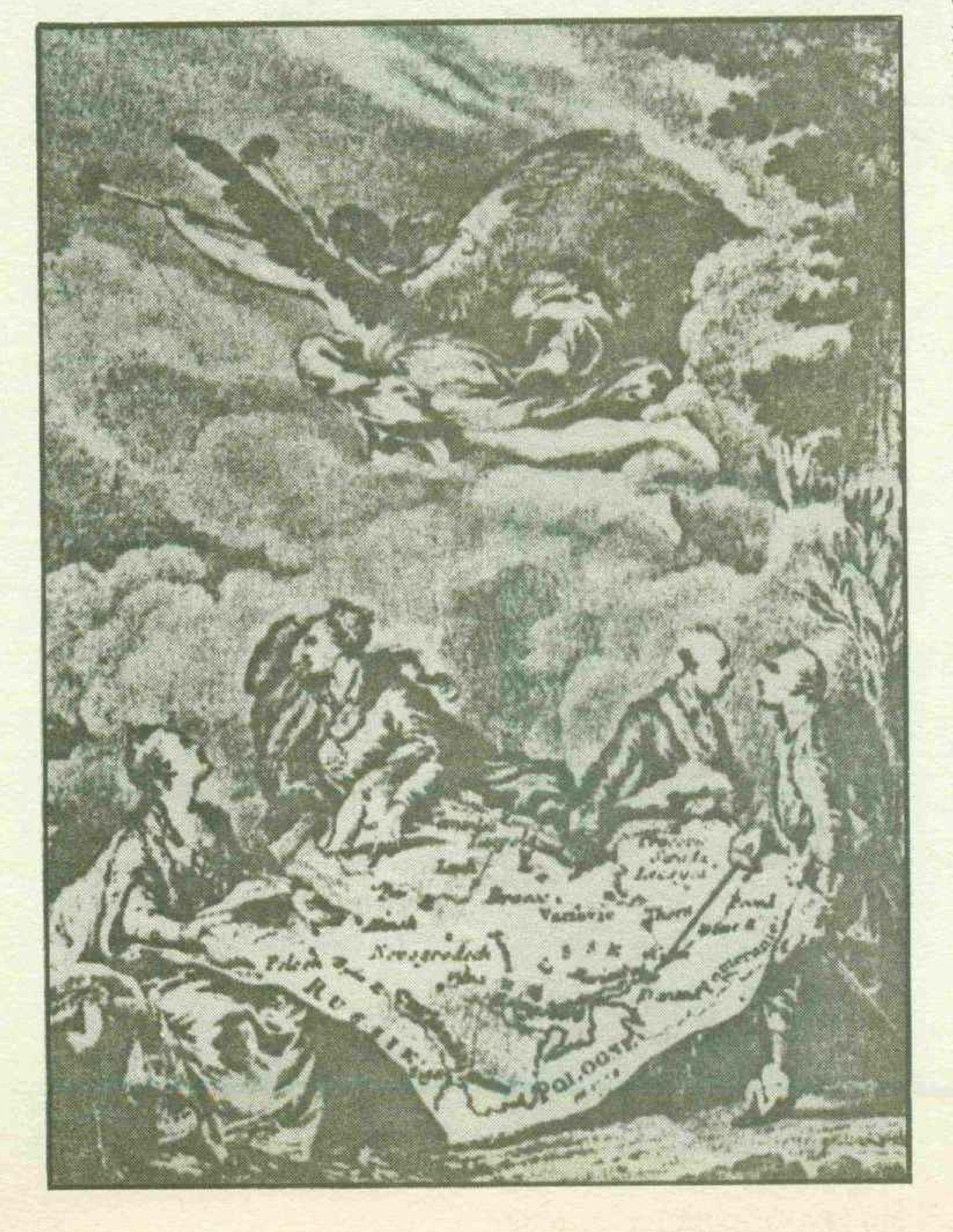
a la cabeza. La preponderancia de la nobleza fue el factor esencial de la existencia del estado polaco. En base a su poder se hallaba su fuerza económica como exportadores de trigo o grandes propietarios de tierras. La falta de una burguesía nacional impidió a los reyes apoyarse en las ciudades contra la nobleza rural. Contrariamente, una larga serie de privilegios en favor de los nobles limitaba el poder real. En la llamada «República de la Nobleza» el rey tuvo que compartir la soberanía con la asamblea nacional. En la Dieta de Polonia (Seym) se sentaban los representantes de las clases altas, los cuales controlaban la vida política del país. La pequeña nobleza que se consideraba como la verdadera fuerza de la nación logró imponer su voluntad a la Corona. Este grupo disponía de tres instrumentos por cuyo medio limitaba la autoridad real: los «pacta conventa», el «liberum veto» y el «rokosz».

Los «pacta conventa», o sea, capitulaciones electorales los debía aceptar cualquier monarca antes de ser elegido, al extinguirse la dinastía de los Jaguellones en 1572.

La facultad de «liberum veto» la tenía cada miembro d la Dieta para poder impedi la proclamación de un nueva ley, puesto que toda las decisiones del Seym te nían que ser tomadas por unanimidad. Si uno de los diputados hacía uso de la fórmula «no permito» la Dieta quedaba disuelta. La resistencia de la nobleza contra el poder real se realizaba también por medio de «rokosz», quiere decir, rebelión legal, o confederación. Esas insurrecciones nobiliarias frecuentemente recurrían a fuerzas extranjeras.

Polonia, país grande, habitado por distintos pueblos (polacos, rusos, lituanos, cosacos, tártaros, judíos, alemanes, etc.) con el poder central débil, se convirtió en una presa fácil. La invadieron suecos, cosacos de Ucrania, tártaros y turcos. En el siglo XVII el país vivió una enorme crisis política y económica, desde la cual ya no ha levantado cabeza. La situación se empeoró en la siguiente centuria a causa del fortalecimiento de otros países europeos y el creciente desorden en Polonia. Sin recursos militares ni financieros, privado de cualquier autoridad central, el país vivía en un estado de completa anarquía, incitada por los poderosos vecinos.

La intervención de grandes potencias se producía con ocasión de las elecciones de reyes de Polonia cuando Austria, Rusia, Francia o Prusia intentaban sentar en el trono a uno de sus candidatos, la Corona se convirtió en objeto de las rivalidades extranjeras. Federico el Grande de Prusia decidió desviar el interés de Rusia de las tierras



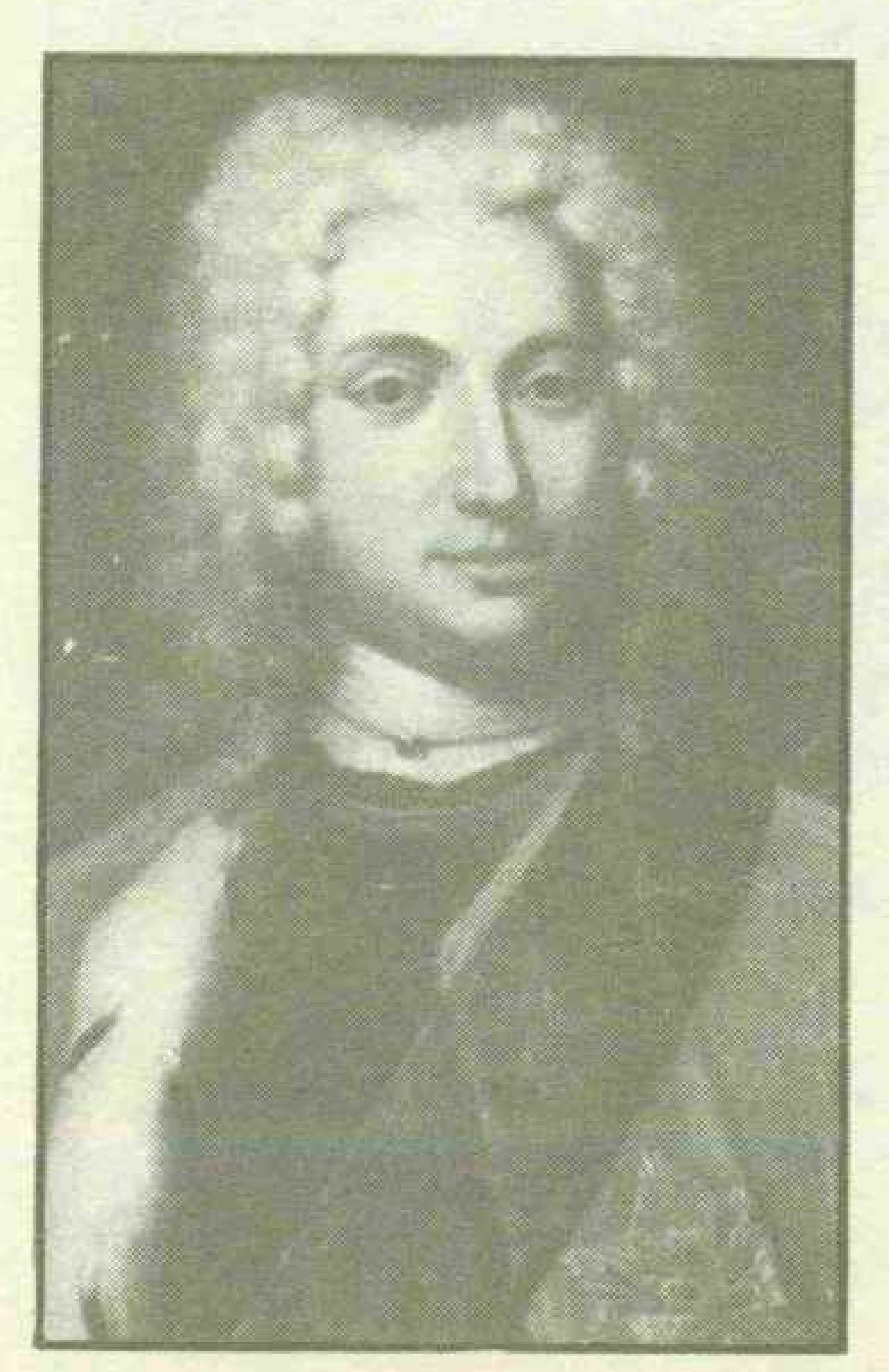
Catalina II, María Teresa, José II y *Federico el Grande*, repartiéndose las tierras de Polonia en 1772, 1793 y 1795. (Grabado de G. Moreau, de las colecciones del Museo Nacional de Cracovia).

Sobre la ciudad de Cracovia se yergue majestuosamente el Castillo Real de Wawel, residencia de los reyes de Polonia hasta el siglo XVII.

turcas para evitar el escalamiento de la guerra rusoturca y empujarla hacia Polonia.

Las potencias limítrofes de la Corona —Prusia, Rusia y Austria—, esperaban desde hacía mucho tiempo la desintegración del estado polaco. Aprovecharon hábilmente la confusión interna originada por el predominio de la nobleza y la indiferencia que mostraban los países occidentales ante la suerte de la República de Polonia y finalmente en el año 1772 procedieron a su primer reparto, al cual siguió el segundo veintiún años más tarde después de la proclamación de la Constitución liberal de 1791. La insurrección nacional dirigida por Tadeo Kosciuszko frente a la opresión rusa fue el pretexto para que las tres potencias realizaran el tercer reparto que borró Polonia de los mapas de Europa.

En esta ocasión Austria se adjudicó para el imperio de los Habsburgo a Cracovia, «ciudad vieja y curiosa» —según decía a finales del siglo XVIII un viajero inglés— (1). «Anteriormente fue capital de Polonia (2), donde los reyes eran elegidos y coronados y llegó a ser casi centro de sus dominios; pero ahora no es más que una ciudad fronteriza, testimonio de cuanto ha disminuido el poderío y la extensión de este país. (...) En una palabra, Cracovia demuestra los restos de su antigua grandeza y da la impresión de una gran capital en ruinas».



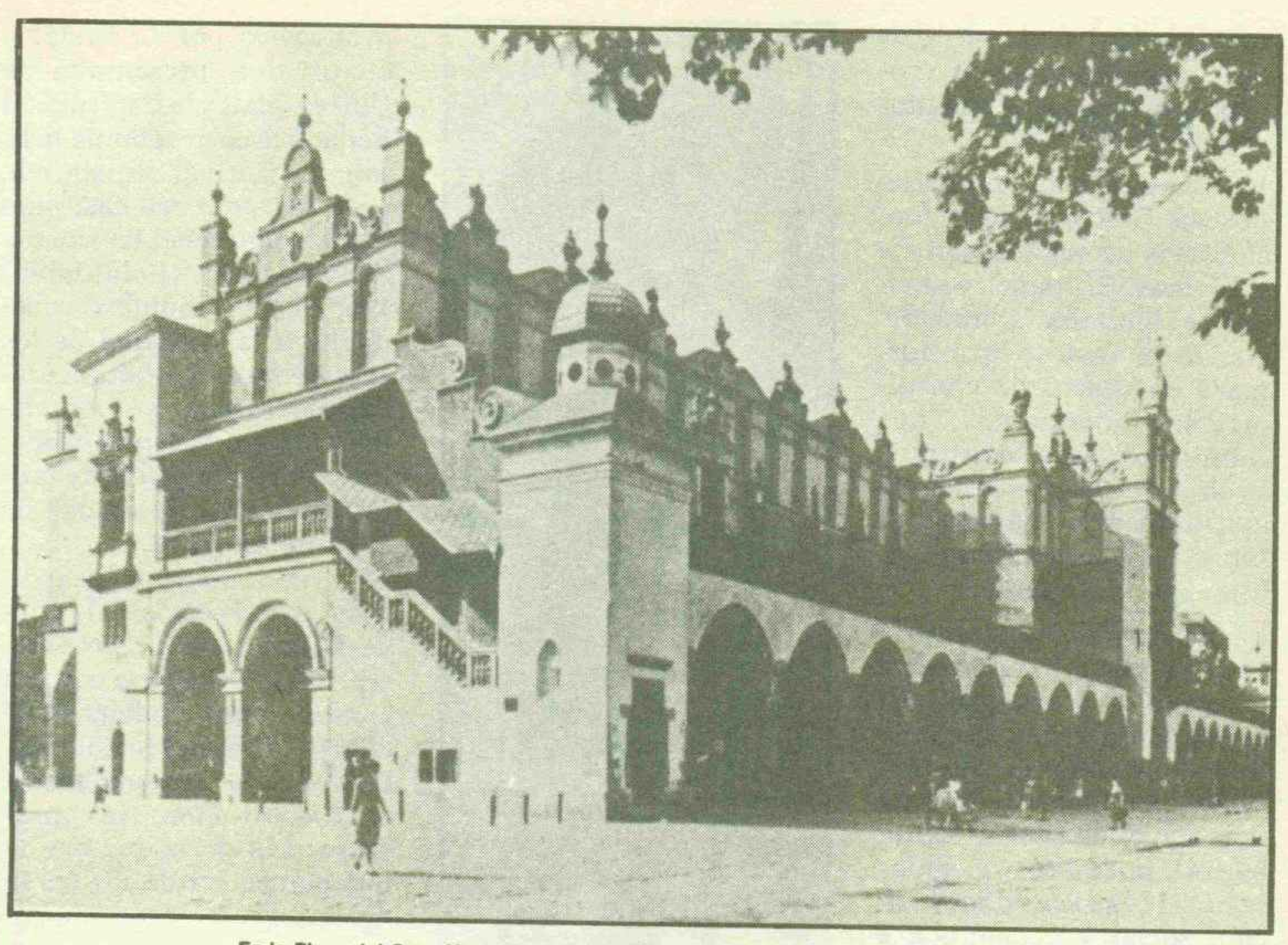
A. Tomas Josef Zamoyski. (Anónimo. Museo de Zamosc. Varsovia).

Cracovia permaneció en manos austriacas hasta el año 1809 que le abrió una

---

(1) William Cox: Travels to Russia, Sweden and Poland, London, 1785, pp 124-125.

(2) Hasta el año 1596.



En la Plaza del Gran Mercado se halla la antigua Lonja de Paños del siglo XIV.

etapa de alivio. En virtud del tratado firmado en Schönbrunn entre Francia y Austria, derrotada en la guerra con Napoleón, la ciudad fue excluida de la ocupación habsbúrguica e incorporada al Gran Ducado de Varsovia (creado por el Emperador en 1807). En la antigua capital de Polonia entraron las tropas polaco-francesas bajo el mando del príncipe Jozef (José) Poniatowski, sobrino del último rey de Polonia, Estanislao Augusto II, e íntimo colaborador de Napoleón.

Poniatowski, que había tomado parte en la insurrección de Kosciuszko y en la campaña de Rusia, gozaba entre sus contemporáneos de mucha fama por su ferviente patriotismo. Fue denodado campeón de la libertad de su patria y símbolo de la trágica suerte de Polonia. Igual que en la batalla de Leipzig (3), entre los torbellinos del Elster, perecía el príncipe Poniatowski, asimismo con las derrotas del Emperador moría el Ducado de Varsovia y la esperanza del pueblo polaco de recuperar la libertad luchando al lado de Napoleón. La caída de Bonaparte y el Congreso de Viena significaron para Polonia el cuarto reparto (1815).

Los participantes del Congreso decidieron convertir el Ducado de Varsovia en Reino de Polonia, vinculado a Rusia por unión personal. Este nuevo organismo fue desprovisto de las tierras de la Gran Polonia que pasaron a Prusia y formaron el Gran Ducado de Poznan. El último reducto que quedó relativamente independiente fue Cracovia, declarada ciudad-libre y que con su entorno se convirtió en la República de Cracovia.

En su territorio de1.164 kilómetros cuadrados vivían 88.000 habitantes. El estatus político le garantizaba la libertad, independencia, neutralidad, pero sin derecho a su propia política extranjera ni representación diplomática y la subordinaba a la tutela de Rusia, Prusia y Austria. Las tres potencias se comprometían a no introducir sus ejércitos en la República y a respetar la inviolabilidad de sus fronteras y la autonomía de los órganos políticos polacos que ejercían el poder legislativo, ejecutivo y judicial. Sus prerrogativas se encontraron, sin embargo, fuertemente

(3) *«Batalla de las Naciones», 16-19 de octubre, 1813.*

restringidas por el control de los supervisores ruso-pruso-austriacos llamados «residentes».

Los «residentes» domiciliados en Cracovia eran funcionarios de sus respectivos gobiernos. Su papel principal se limitaba a impedir que la ciudad se transformara en centro de conspiraciones libertadoras. Los comisarios para conseguir su objetivo decidieron lograr una influencia más directa sobre las instituciones políticas de la República.

La Constitución proclamada en 1818 transmitía el poder a la Dieta y el Senado. El Seym, llamado oficialmente Reunión de Representantes, estaba compuesto de una Cámara, en la cual se sentaban 41 miembros, elegidos según el censo de edad, posición social y económica e instrucción. Los mismos criterios condicionaban el derecho a ser elector activo y el de ser elegido diputado. Algunos de los miembros de la Dieta eran propuestos por el Senado, otros por la Universidad Jaguellona o por la Capítula. La Reunión de Representantes tenía derecho a aceptar o rechazar las leyes presentadas por el Senado,



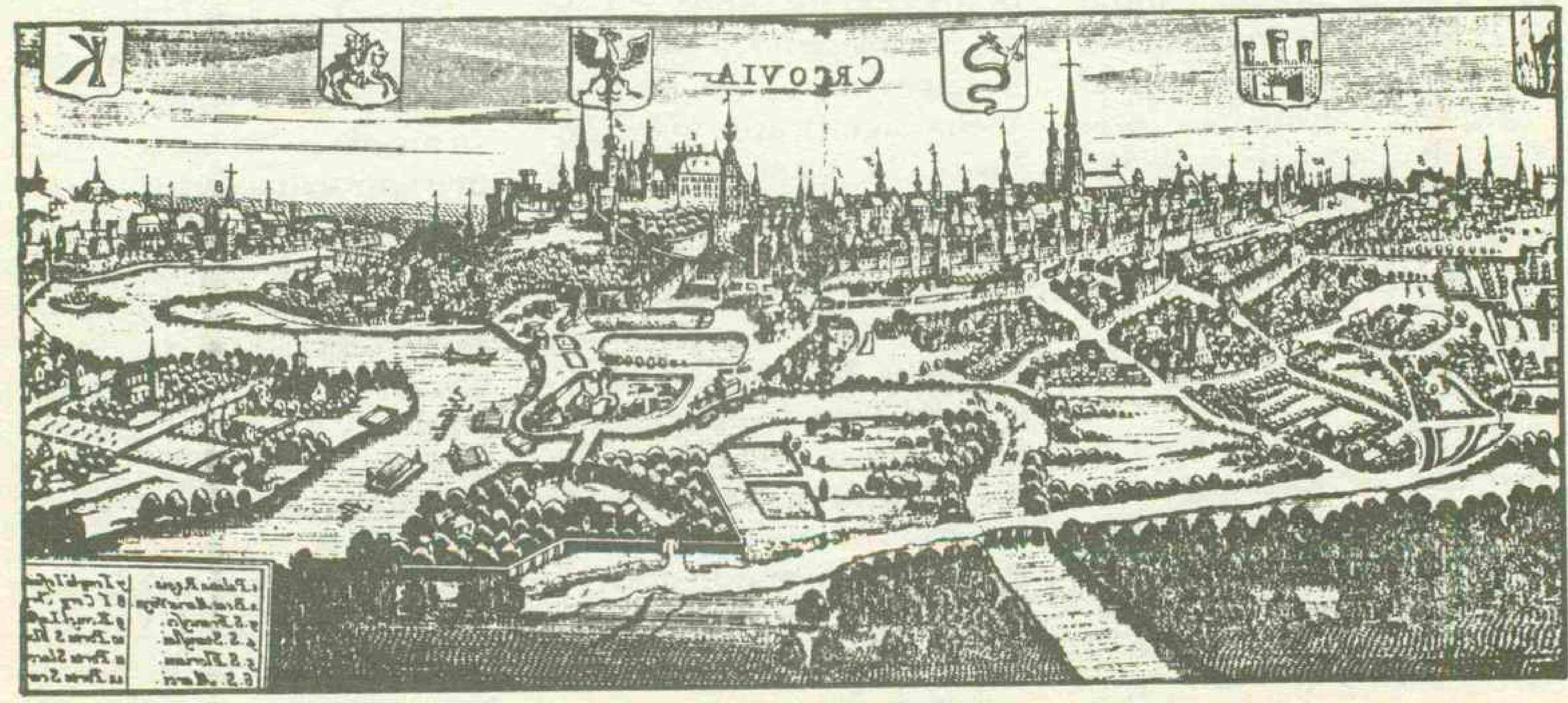
El uniforme de oficial de ulanos del Ducado de Varsovia.

controlar sus funciones y elegir a ocho de sus miembros.

El Senado, encabezado por un presidente, lo componían trece personas, todas de la alta sociedad cracoviana. Aparte de los ocho senadores propuestos por la Dieta, a cuatro los presentaba la Universidad y la Capítula. Al Senado le correspondía la libre iniciativa legislativa, pero su poder era casi nulo dada la figura del Presidente —Stanislaw (Estanislao) Wodzicki—, hombre obediente a la voluntad de los «residentes». La falta de independencia de los organismos autónomos provocaba, lógicamente, una fuerte protesta por parte de algunos de sus componentes.

El grupo opositor acaudillado por el rector de la Universidad —Wincent Litwinski— criticaba la política conservadora y demasiado conciliadora del presidente. Defendía la inmunidad de la Constitución, las prerrogativas de la Dieta y la independencia de los tribunales.

La legislación vigente en la República era de origen francés. El Código de Napoleón, el comercial, el penal, más la Constitución que promulgaba la idea de la libertad e igualdad de los ciudadanos daban a este pequeño estado cierto aire liberal. Los ojos de los polacos rusificados y germanizados en otras partes se dirigían



El panorama de la Cracovia medieval.

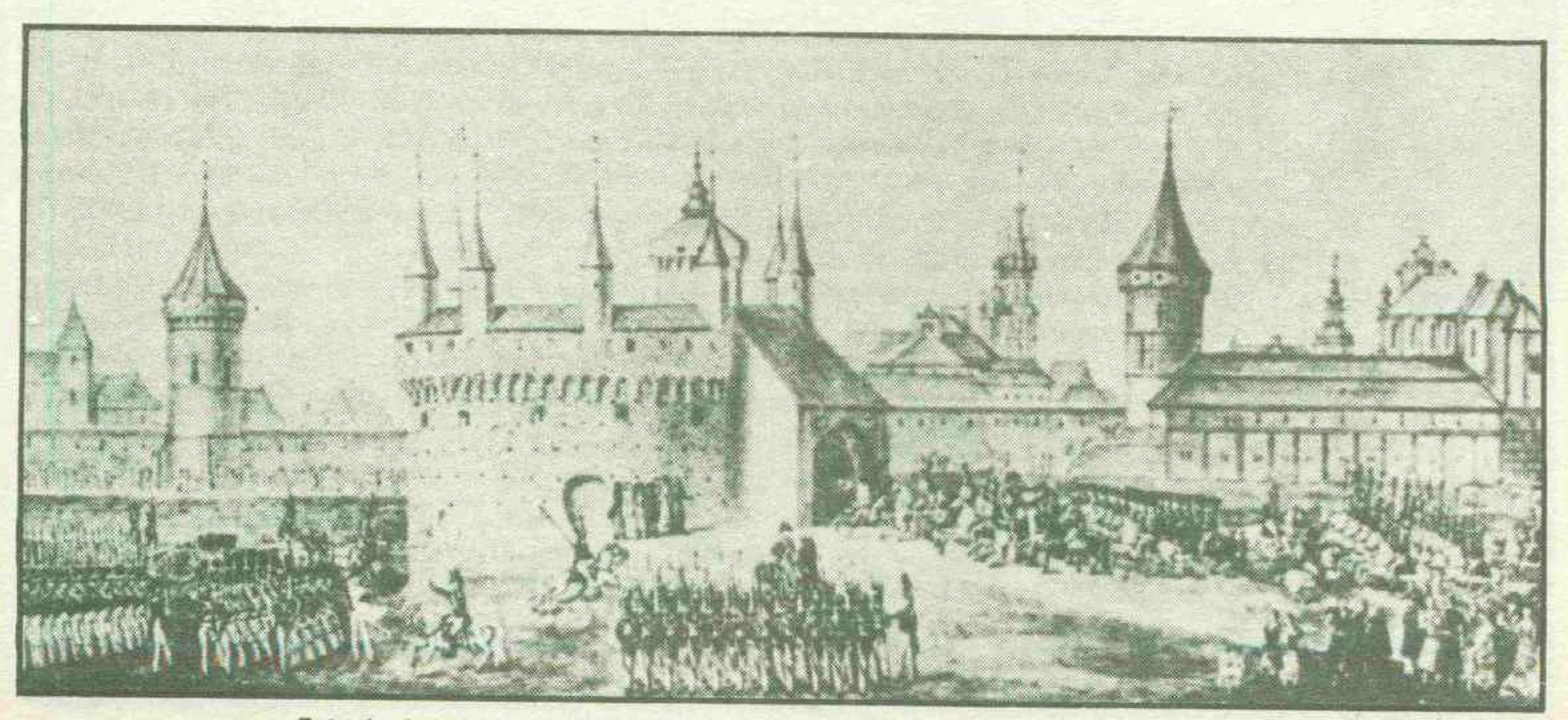


Tadeusz Kosciuszko, caudillo de la insurrección nacional de 1794.

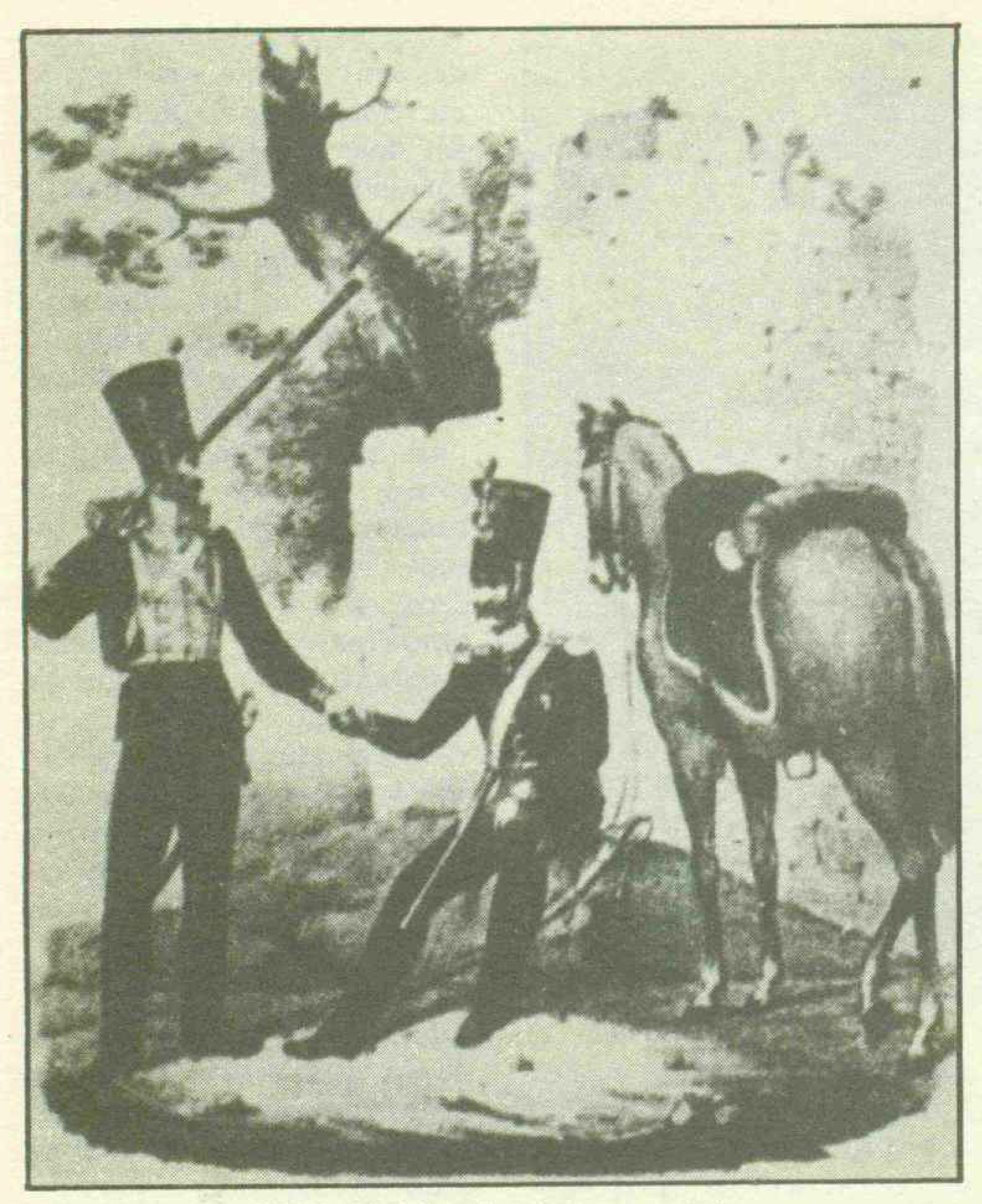
hacia Cracovia, considerada como el último reducto de la independencia nacional y esperaban que tal vez desde allí vendría la liberación. Cracovia ofrecía en aquella época más posibilidades que cualquier otra ciudad para preparar conspiraciones y un futuro levantamiento que devolvería la libertad al país,

Las actividades revolucionarias se desarrollaban sobre todo entre los medios universitarios. Los estudiantes se unían en organizaciones secretas con el objeto de obrar en favor de la independencia de Polonia. Mantenían contactos con la juventud conspiradora de Varsovia y Wroclaw, preparaban manifestaciones patrióticas, celebraban grandes aniversarios nacionales, etc. Sus tareas no podían pasar desapercibidas a las autoridades. El desenmascaramiento de uno de los centros de conspiración en 1821 puso fin a las confabulaciones por algún tiempo. Los «residentes» resolvieron tomar decisiones oportunas para hacer imposible el progreso de semejantes actuaciones. Ordenaron el establecimiento de una fuerte censura de publicaciones, obras teatrales, conferencias universitarias, igualmente un control riguroso de la vida de estudiantes y profesores. El comisario ruso Novosilcov elaboró un nuevo estatuto que limitaba drásticamente la autonomía de la Universidad Jaguellona.

La intervención de los «residentes» en la vida interna de la República se hacía cada vez más directa. En 1827, a pesar de haber perdido las elecciones el partido conservador, fue mantenido en su puesto Wodzicki. Las autoridades declararon las votaciones no válidas y apartaron de la Dieta y del Senado a los adversarios. Las represalias se agudizaron aún en el año 1828, en que, a



Entrada de las tropas del Ducado de Varsovia en Cracovia el 15 de julio de 1809.

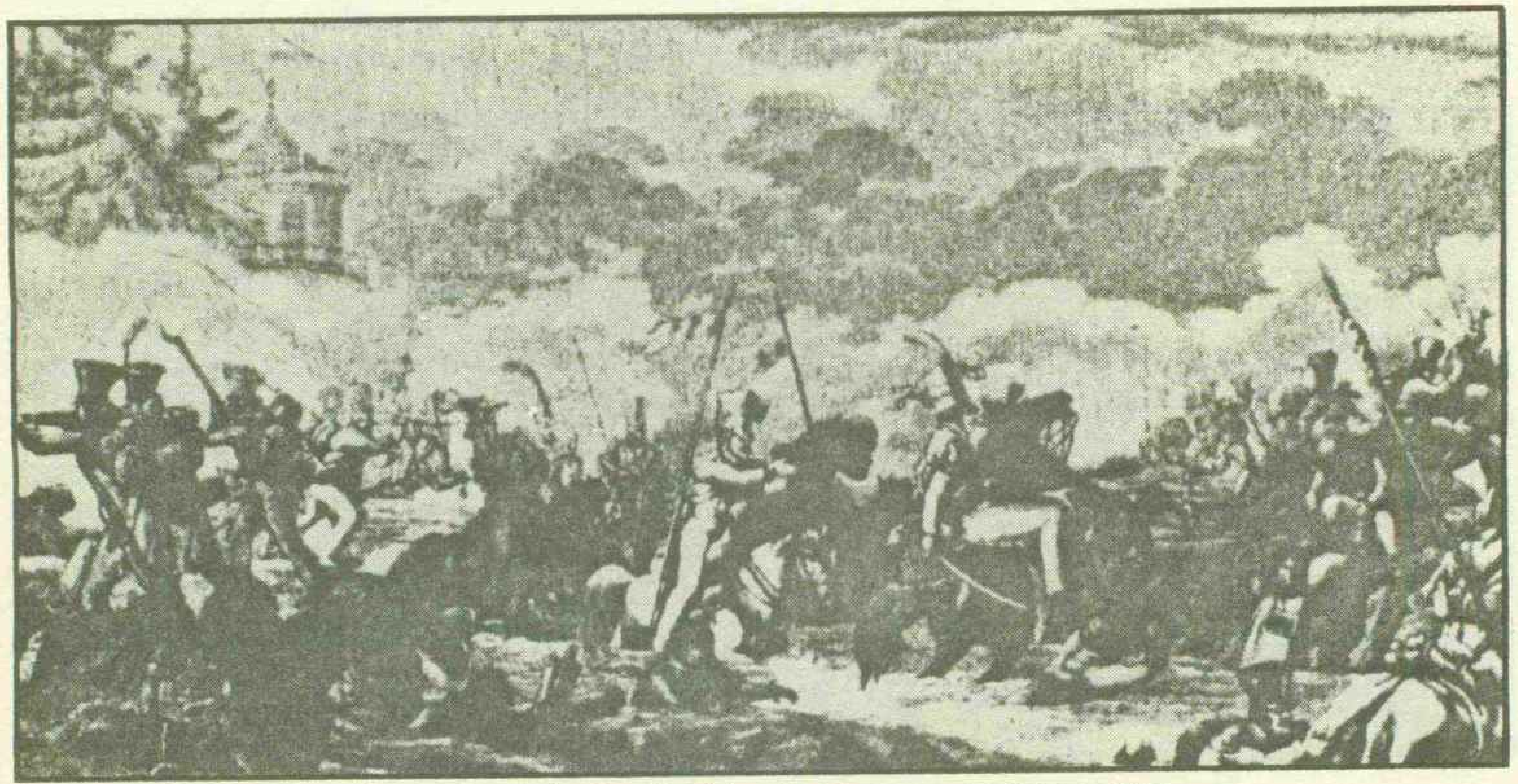


Soldados de infantería y tiradores a caballo.

iniciativa de Rusia, fue creado el Comité de Depuración, con el fin de llevar a cabo una minuciosa revisión del personal del Senado, la Dieta y la Universidad. A los miembros del Comité se les encargó la misión de dar el cese en sus cargos a todo elemento patriótico, progresista y revolucionario, o sea, a cualquiera que pareciese sospechoso. El carácter antipolaco de la política de los tutores fue demostrándose cada vez con más violencia. Intentaban a toda costa impedir que Cracovia se convirtiera en centro de reunión de personas «descontentas» procedentes de otras partes de Polonia.

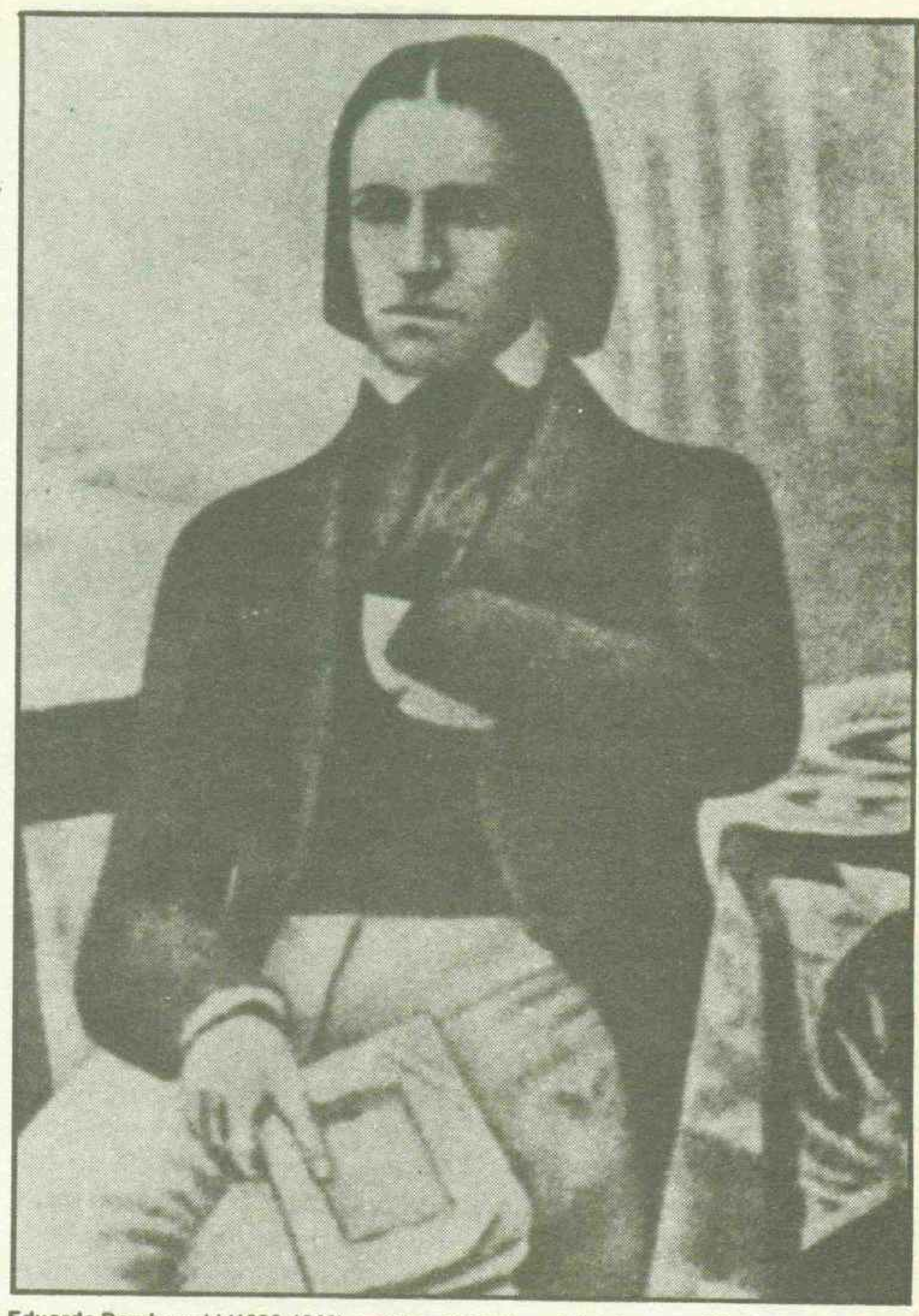
La actitud hostil de las autoridades residentes para con los habitantes de la República despertaba fuertes protestas de su parte. La población no se dejaba engañar, nadie creía que las potencias fueran a respetar las decisiones del Congreso de Viena. Si durante los primeros cinco años Rusia, Prusia y Austria guardaban las apariencias de no violar dichas resoluciones, a partir del año 1821 iban infringiéndolas abiertamente. La intervención directa en la vida política y económica de la República obligaba a los cracovianos a rebelarse en defensa de sus privilegios.

Cracovia había sido declarada ciudad de comercio li-

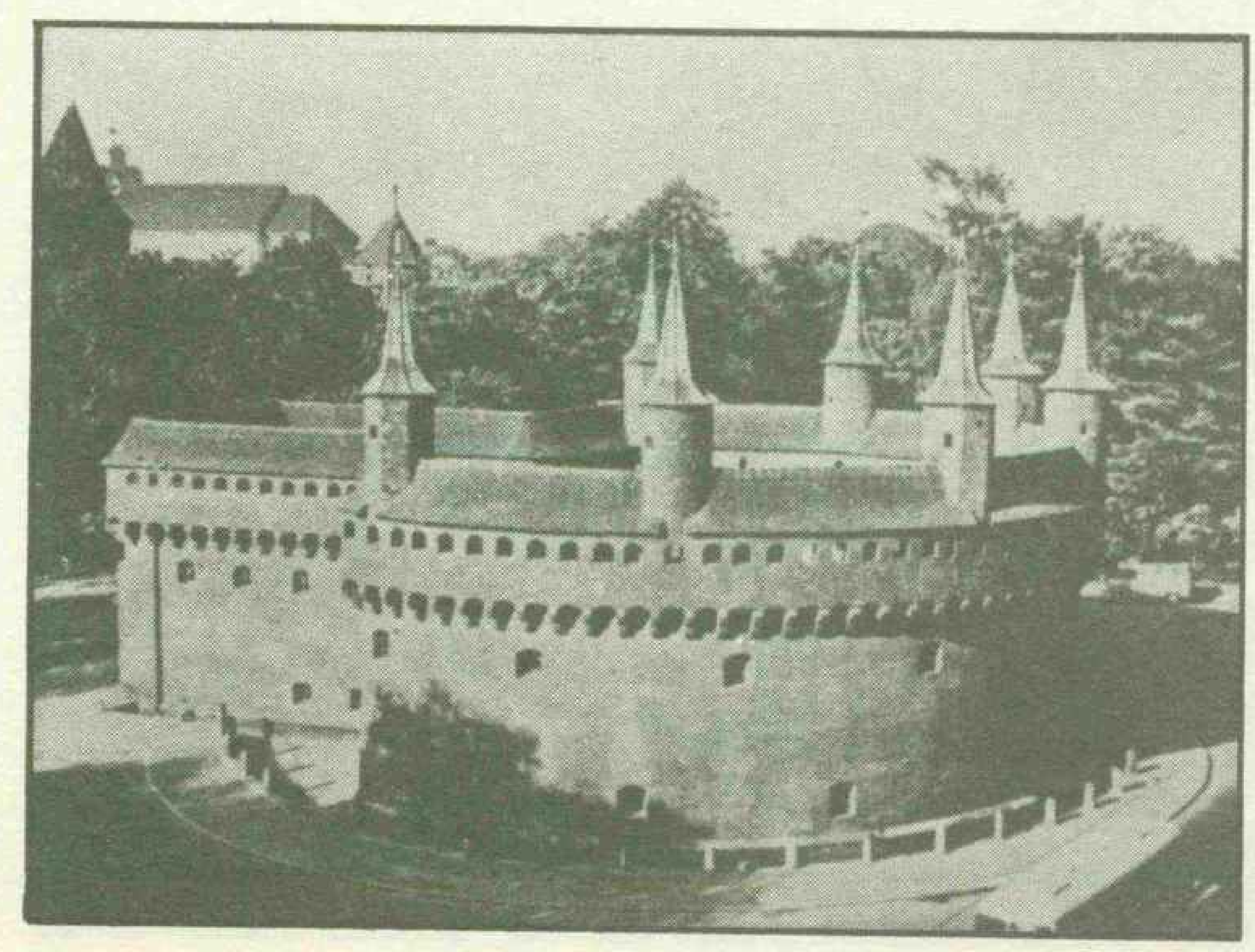


Muerte del príncipe Jozef Poniatowski en las aguas del Elster en 1813.

bre, abierta a la importación y exportación, exenta de los impuestos aduaneros. Los comerciantes, banqueros y contrabandistas se enriquecían traficando productos agrícolas desde el Reino de Polonia, la República de Cracovia, Rusia o Hungría y bienes industriales desde Prusia, Silesia y Austria. La abundante afluencia de mercancía extranjera a Cracovia representaba una dura competición para la propia en que dominaba aún la artesanía y manifacturas textiles. La industrialización de la República encontraba muchas dificultades a causa de la escasa extracción de hulla, hierro y cinc y también por falta de inversiones propias o extranjeras. Por lo tanto los habitantes implicados en el comercio defendían celosamente el privilegio de libre comercio que constituía la base de su prosperidad económica. El descontento se producía entre todos los grupos sociales; sea por motivos políticos, sea por los económicos. La situación interna de la República de Cracovia dependía también



Eduardo Dembowski (1822-1846), político, filósofo, publicista y caudillo de la revolución de Cracovia de 1846.



La Barbacana de Cracovia.

de la que se desarrollaba en otras partes de la desmembrada Polonia.

El estallido de la revolución en noviembre de 1830 en el Reino de Polonia contra la opresión zarista influyó en la suerte de Cracovia. La ciudad se convirtió en centro de contrabando de armas, productos alimenticios y material sanitario para los sublevados. De aquí escapaban los voluntarios para pasar clandestinamente la frontera entre la República y el Reino y unirse con los sublevados. En Cracovia se organizaban actos patrióticos para demostrar el apoyo de

los ciudadanos a la lucha por la independencia nacional. A consecuencia de una de las manifestaciones más violentas (16-I-1831) fue cesado de su cargo el odiado presidente Wodzicki.

La influencia más directa del levantamiento se dejó sentir en el pequeño estado a la caída de la insurrección y con la consiguiente llegada de numerosos refugiados. Los patriotas perseguidos, restos de las tropas polacas, retrocedían hacia Cracovia; unos para esconderse temporalmente, otros para buscar el exilio y algunos para continuar su huida hasta Leipzig. La oleada de los ex-sublevados se diseminó por el territorio de la República por lo cual se reactivó el ambiente revolucionario en esta zona. Aumentó el número de focos de conspiración a consecuencia de que las autoridades reforzaron el sistema de vigilancia y represalias. Dejaron entrar en Cracovia a las tropas rusas que perseguían a los revolucionarios.

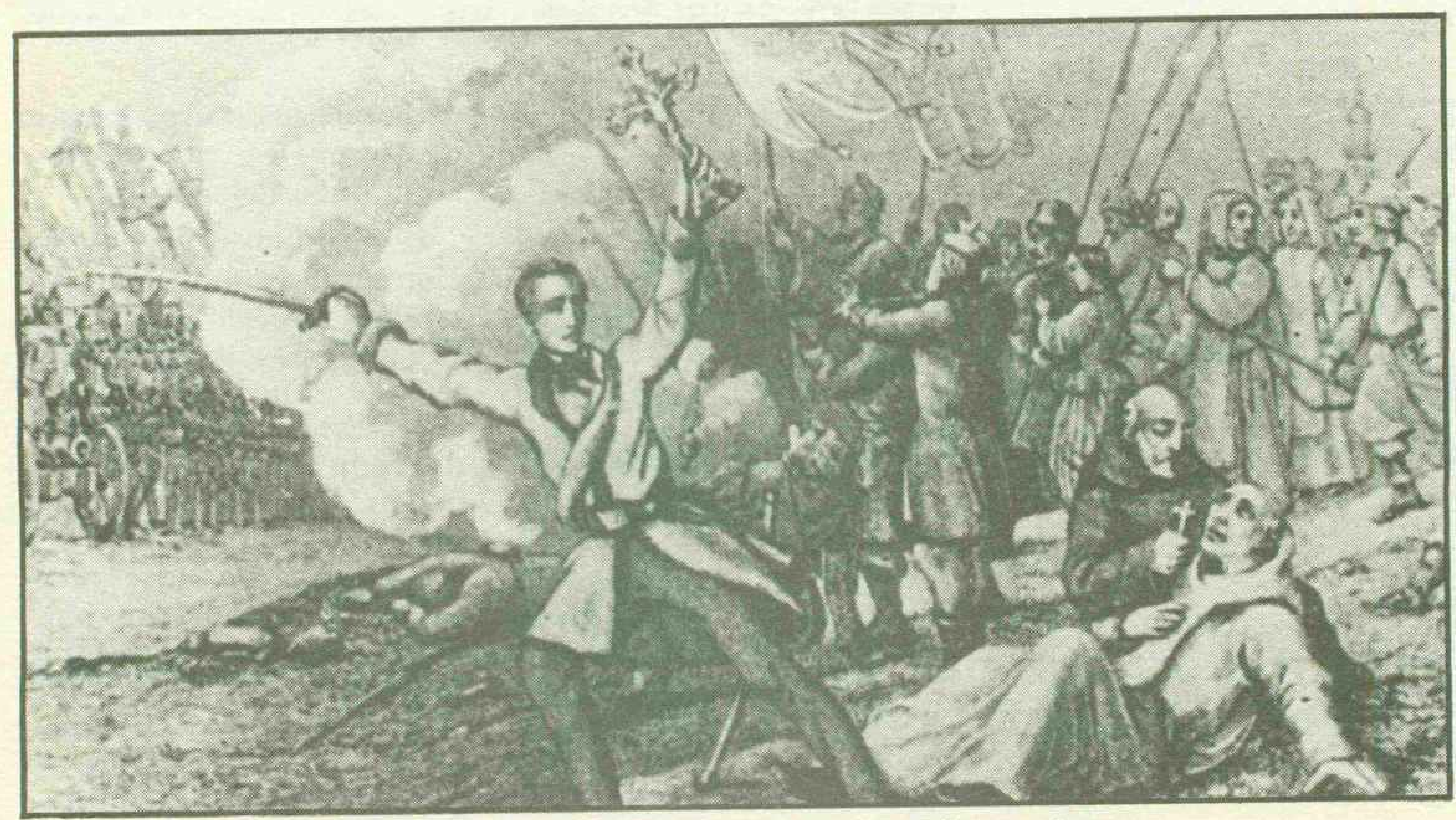
El ejército extranjero per-



B. Jakubdasinski, poeta jacobino, general de Kosciuszko en 1794. (Anónimo de finales del siglo XVIII).

maneció en la «Ciudad Libre de Cracovia» durante dos meses. A partir de aquel momento (1831) la intervención del zar en los asuntos internos de la República se hizo aún más directa. A iniciativa de Moscú y Viena fue concebida la idea de la futura liquidación del pequeño estado polaco y su incorporación a la monarquía de los Habsburgo. La decisión se tomó definitivamente en Cieplice en 1835, en el transcurso de una reunión mantenida por los representantes de Rusia y Austria, aunque su realización se aplazó hasta unos años más tarde. De momento, los «residentes» resolvieron someter a su estricto control las actividades del Senado, limitar la Constitución y desplegar una vigilancia rigurosa de la población, dado el creciente aumento de las asociaciones clandestinas.

En 1833 se fundó la Unión de Amigos del Pueblo; dos años más tarde la Asociación del Pueblo Polaco. Las organizaciones creadas después de la revolución del año 1830 no eran ya pequeños grupos de estudiantes esparcidos por la ciudad sino asociaciones políticamente más maduras y mejor estructuradas. El programa republicano de la Asociación del Pueblo Polaco postulaba la necesidad de reformas políticas y sociales con el fin de mejorar el nivel de vida de los campesinos. El términos generales se hablaba de la reforma agraria y entrega de haciendas a sus



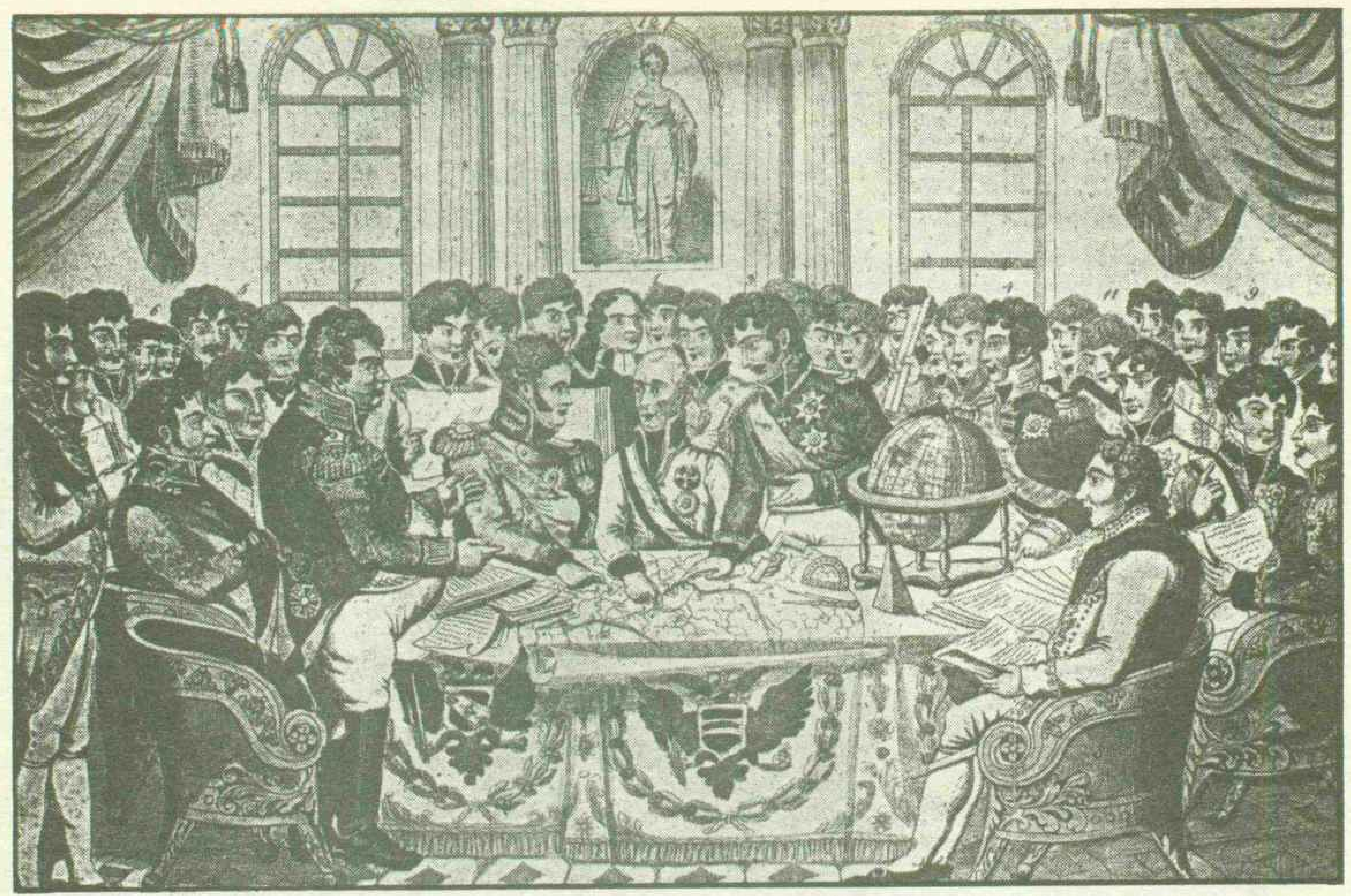
Dembowski frente a su destacamento en la insurrección cracoviana.

cultivadores para promover el desarrollo de estructuras sociales modernas. La igualdad social de todas las personas fue uno de los lemas más extendidos, que se realizaba incluso en la práctica. Entre los conspiradores al lado de los universitarios e intelectuales actuaban artesanos y mineros. Todos participaban en clases de instrucción militar, amontonaban las armas e intentaban extender la red de complots entre todas las capas sociales en las tres partes de Polonia. Se pensaba en un nuevo levantamiento que estallaría al mismo tiempo en todo el país, y en el que participaría la totalidad de la población. No se trataba aún de la forma de un futuro gobierno polaco, considerando únicamente el pueblo como fuente de todo poder. Se reflexionaba también sobre la posibilidad del fortalecimiento de la solidaridad de los pueblos eslavos en una lucha común contra los opresores.



El último rey de Polonia, Estanislao Augusto Poniatowski (1732-1798).

Todos los preparativos se vieron bruscamente frenados por la oleada de acciones represivas desencadenadas por las autoridades. El asesinato del comisario ruso —Behrens— en Cracovia en 1836 fue causa y pretexto a la vez para que entraran en la ciudad las tropas de los tres «tutores». Su objetivo principal fue conseguir del Senado la decisión de expulsar a los refugiados a que se negaban los senadores. La ocupación de Cracovia duró 5 años; los ejércitos abandonaron la ciudad en 1841 a raíz de las protestas de Francia e Inglaterra que exigían que se respetaran las decisiones del Congreso de Viena. La prolongada vigilancia de parte de las fuerzas enemigas, el ambiente lleno de tensión que creó su presencia, más los numerosos encarcelamientos que se produjeron entre los confabulados hacia los años cuarenta debilitaron considerablemente las actividades de las organizaciones secretas. Las discrepancias ideológicas entre los moderados y radicales en el seno de la «Asociación del Pueblo Polaco» llevaron a los últimos a abandonar sus filas e independizarse bajo la forma de una nueva organización llamada «Confederación Universal del Pueblo Polaco». Infelizmente la suerte de ambos grupos —el moderado y el radical— estaba echada ya. El primero acusado del temor a la agitación revolucionaria de las masas acordó disolverse por su propia voluntad; el segundo actuaba con poca cautela, fue descubierto por las autoridades y sus miembros aprisionados. En unas circunstancias tan adversas las



El Congreso de Viena y sus principales participantes: 1) Francisco I; 2) el zar Alejandro I; 3) Federico Guillermo III de Prusia; 4) Wellington; 5, 6, 7) los reyes de Baviera, Dinamarca y Würtemberg, respectivamente; a la derecha de la mesa: 8) el príncipe elector de Hesse; 9) el duque de Brunswick; 10) Talleyrand.

preparaciones del levantamiento otra vez perdieron su ritmo. Se reanudaron con mayor fuerza a caballo de los años 1845-1846.

En una reunión mantenida por los conspiradores el día 26 de enero de 1846 fue trazado el plan general de la sublevación y se determinó su fecha. Se proyectaba levantar la bandera de la revolución el día 21 de febrero, simultáneamente en todos los territorios de la fragmentada Polonia y sostener luego un ejército en tres frentes contra Rusia, Prusia y Austria. La sublevación la tenía que dirigir un Gobierno Nacional compuesto de seis personas. Se preveía una fácil victoria sobre las tropas prusianas y austríacas y después en base de las armas conseguidas un ataque frontal contra los ejércitos rusos y la liberación del resto del país. El proyecto era irrealizable; los sublevados no disponían del suficiente potencial humano ni material.

Ultimados los preparativos para el estallido de la insurrección vino el golpe decisivo, esta vez, de parte de las autoridades prusianas que encarcelaron en Poznan a los caudillos locales de la revolución planeada. En Cracovia entraron el 18 de febrero las tropas austriacas al mando del general Collin. La desorganización de la junta directiva y de los principales centros de conspiración borró la posibilidad de promover un levantamiento a nivel nacional. Los jefes del movimiento insurreccional habían dado orden de suspender toda acción, pero era ya demasiado tarde como para avisar a todos los implicados. Se produjeron escaramuzas esporádicas en distintos puntos del país.



C. Jozef Beus, oficial de artillería (1794-1850. Cuadro de Kazimir Jodzewicz).

En Cracovia, en la noche del 20 al 21 de febrero de 1846, grupos de conspiradores empezaron a disparar contra los soldados austríacos. Las autoridades residentes, asustadas por el fervor popular en la ciudad y sus alrededores, ordenaron la evacuación de sus tropas. La

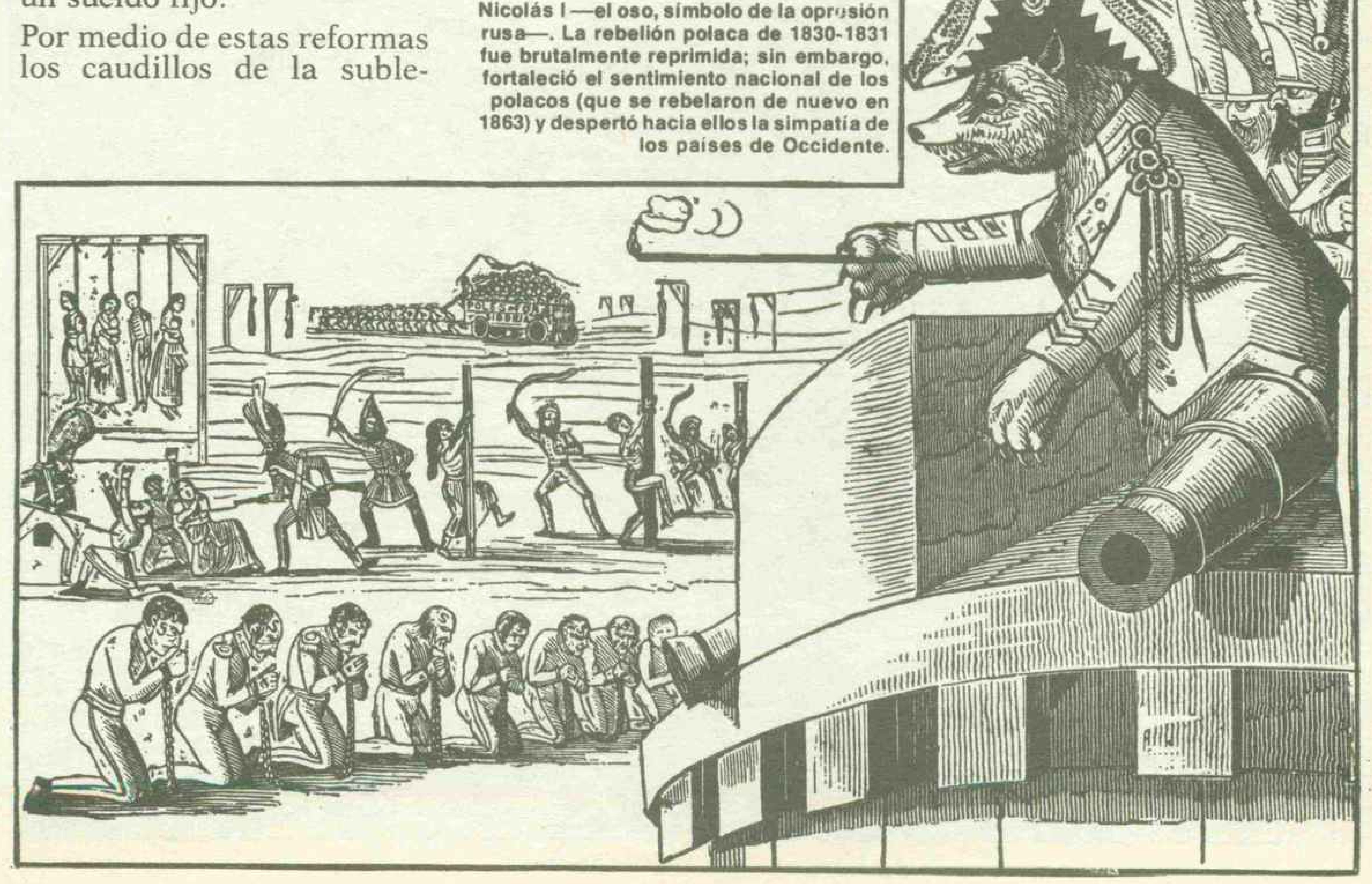
ciudad quedó libre y el día 22 se convirtió en sede del Gobierno Nacional de la República de Polonia.

El primer acto publicado por el nuevo gobierno, el «Manifiesto al Pueblo Polaco», animaba a la nación a que participara en el levantamiento con el objeto de conseguir una Polonia libre, independiente y democrática. La proclamación anunciaba la reforma agraria —entrega de tierras a sus cultivadores sin la indemnización de los propietarios y la abolición de la servidumbre y de las prestaciones personales. A todos los participantes del levantamiento se les prometía fincas pequeñas del patrimonio nacional, conversión del labriego en propietario e incluso asistencia social. Las siguientes proclamas hacían pública la anulación de los servicios personales, reducción de rentas e impuestos y el establecimiento de talleres estatales con una remuneración en forma de un sueldo fijo.

Por medio de estas reformas los caudillos de la sublevación intentaban atraer a su causa a los campesinos. A la insurrección se habían adherido solamente los de la República de Cracovia, mientras que fue necesaria una participación total de las masas. En las demás tierras polacas incorporadas a Austria —llamadas Galitzia— los campesinos se quedaron impasibles frente al levantamiento nacional a causa de la propaganda desplegada por los funcionarios austríacos. Los agentes agitadores recorrieron Galitzia convenciendo a las ignorantes masas de que el gobierno del Emperador deseaba emanciparles y que eran los nobles polacos quienes con conjuras y rebeliones se oponían a ello. Las reformas proclamadas eran, según los agitadores, nada más que promesas que nunca serían cumplidas. No es de extrañar pues que los campesinos influenciados por la propaganda presentaran una actitud pasiva frente a la insurrección.

La situación de los sublevados se complicó además por la postura del Gobierno en cuyo seno se había levantado una polémica entre los radicales y los moderados. Los últimos, temerosos de que la sublevación podría convertirse en movimiento popular dirigido contra la nobleza polaca, procuraban frenar el auge revolucionario. A consecuencia de las discrepancias surgidas entre los componentes del Gobierno éste se disolvió. A la cabeza del levantamiento se puso Jan Tyssowski, quien se pronunció dictador de la insurrección (24-II-1846).

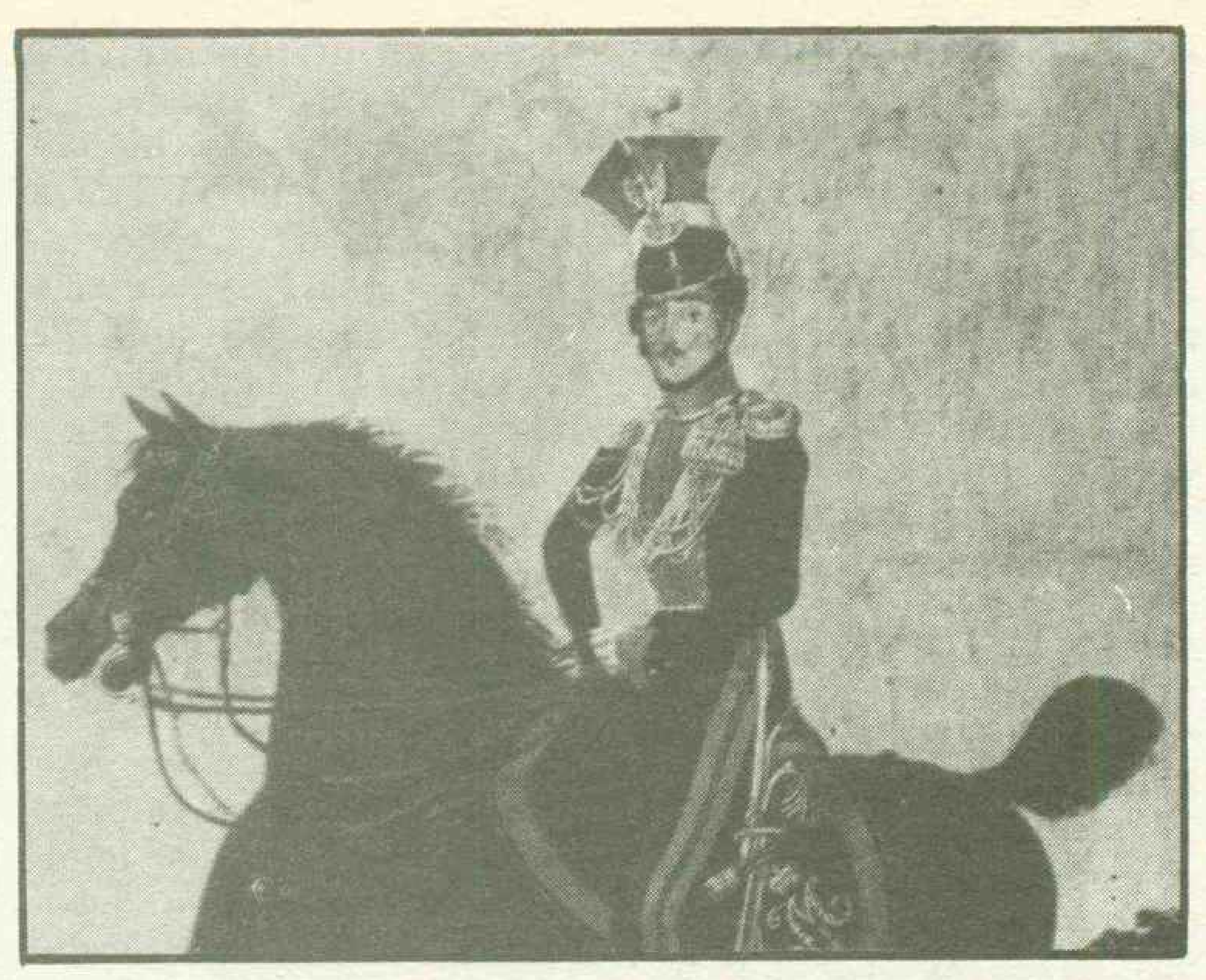
El espíritu progresista del movimiento cobró aliento con la llegada a Cracovia del revolucionario Edward Dembowski (Eduardo), quien en los días anteriores había estado en



Nicolás I —el oso, símbolo de la opresión rusa—. La rebelión polaca de 1830-1831 fue brutalmente reprimida; sin embargo, fortaleció el sentimiento nacional de los polacos (que se rebelaron de nuevo en 1863) y despertó hacia ellos la simpatía de los países de Occidente.

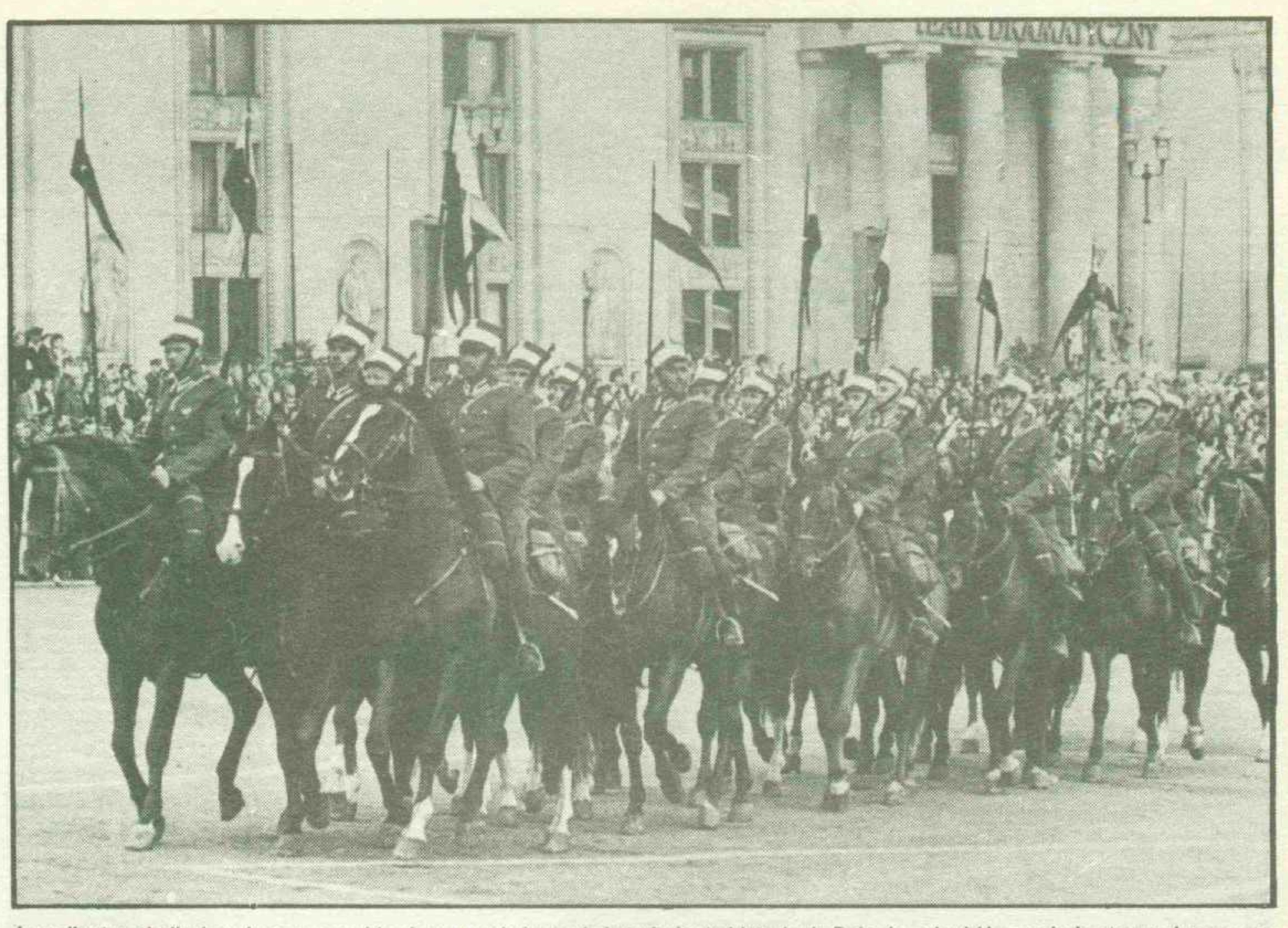
Galitzia animando a los mineros, artesanos y campesinos a que se uniesen a la insurrección. Dembowski ocupó el puesto de secretario del dictador Tyssowski y fue redactor de proclamas y manifiestos. Al día siguiente de la derrota de los sublevados en una batalla con los ejércitos austríacos (26-II-1846), Dembowski decidió organizar una manifestación religiosa para llamar la atención de los campesinos y persuadirles que dejasen de colaborar con el enemigo.

El día 27 de febrero de 1846 Edward Dembowski, vestido de campesino, salía de Cracovia a cabeza de una proce-



D. Sawaryu Michatowski, veterano de las guerras napoleónicas. (Anónimo, 1827).

Polonia en sus contornos actuales.



La valiente caballería polaca, que se hizo famosa a lo largo de la turbulenta historia de Polonia, adquirió una gloria eterna al comenzar la Segunda Guerra Mundial.

sión que se dirigía hacia las aldeas. A pesar de que los participantes iban desarmados, las tropas austríacas recibieron a los manifestantes con salvas. A los primeros tiros cayó abatido Dembowski, sellando con la muerte su total entrega a la revolución y fe en el pueblo. La muerte de Dembowski y de sus compañeros, los encarcelamientos de los demás participantes pusieron fin a la revolución de Cracovia. El día 3 de marzo Tyssowski renunció al poder y junto con 1.500 soldados abandonó la ciudad. Al día siguiente los ex sublevados depositaron las armas en la frontera con Prusia.

El fracaso de la revolución desencadenó una larga serie de represalias. Las autoridades arrestaron y procesaron a más de 5.000 participantes del movimiento insurreccional. La libre ciudad de Cracovia perdió su autonomía y fue adjudicada al imperio de los Habsburgo el 16 de noviembre de 1846. Se reforzó el proceso de la germanización de la población proclamado obligatorio el uso de la lengua alemana, e introducido el sistema de administración austríaca.

El levantamiento de Cracovia duró sólo nueve días, sin embargo, constituía uno de los eslabones más importantes en la larga cadena de las luchas libertadoras polacas. Su fracaso dio testimonio de la falta de una verdadera fuerza política que sería capaz de dirigir la nación. Ni los adalides de la Emigración, ni los que actuaban dentro del país sabían cumplir con su misión. Entre los patriotas, entendidos por revolucionarios o sea batalladores por la independencia del país había pocos los que viesen con claridad la necesidad de vincular la lucha política con un vasto programa de reformas sociales. La revolución de Cracovia puso de relieve esta falta de entendimiento. La paz en Galitzia fue sólo aparente; dos años después de la caída de la República se produjeron, entre el campesinado, violentos disturbios que fueron sofocados con sangre. La aniquilación de la libre ciudad de Cracovia frenó el movimiento de conspiración en aquella zona pero no arrebató a la antigua capital su posición. Durante los treinta años de autonomía la ciudad vivió incluso un período de prosperidad. Experimentó un notable desarrollo arquitectónico, aumentó al doble el número de sus habitantes. Cracovia cobró aún más importancia como ciudad modelo de las tradiciones y persistencias nacionales. ■

E. T. S.



La banda de Bonnot

Jules Bonnot, el jefe de la banda.

Eduardo Pons Prades

TODOS sus miembros procedían de grupos anarquistas franceses y belgas. Eran, en cierto modo, los herederos espirituales de los comuneros de París y de los inmolados de la Semana Trágica barcelonesa. Y se encontraban profundamente impresionados por la ignominiosa ejecución de Liabeuf, un joven anarquista sorprendido, por inspectores de policía, en compañía de una muchacha prostituta, a la que él se había acercado para redimirla. La policía le propuso ser un delator, bajo la amenaza de procesarlo si no aceptaba, como proxeneta. Al negarse a colaborar fue bestialmente interrogado, procesado y encarcelado. Al salir de prisión se procuró unas pistolas —él, que nunca había empuñado un arma— y envió a cuatro policías al hospital, tras vaciar sobre ellos los cargadores de dos armas cortas. Liabeuf sería guillotinado. Poco después, otro anarquista, Alexandre Jacob, ante el tribunal que le condenó a cadena perpetua, proclamaría: «La lucha proseguirá hasta que los hombres pongan en común sus alegrías y sus penas, su trabajo y sus riquezas; hasta que todo pertenezca a todos».



María Vuillemin.

PACIFISTAS Y NATURISTAS A ULTRANZA

Los anarquistas siempre sintieron un gran respeto por la vida humana. Su ideología se centraba, por ello, en alcanzar para el hombre las máximas cotas de dignidad y de libertad. Esto es: en hacerle plenamente responsable de su vida, armoniosamente insertada en un quehacer comunitario. En Francia, y también en España —y muy particularmente en Cataluña— las familias anarquistas, siempre agobiadas por las dificultades del presente y por su problemático futuro, se esforzaban por adecuar su comportamiento a sus ideales. Así, en **Batalla Sindicalista** (1912), portavoz de la Federación de Trabajadores de la Alimentación de Francia, podemos leer: «Procrear niños, a sabiendas de que no se les puede asegurar lo NECESARIO, es criminal. No basta con dar a nuestros hijos alimento para sus cuerpos, debemos alimentar también su cerebro. Eduquemos a nuestros hijos. El alcohol es el principal enemigo del obrero, porque lo embrutece, lo envilece, y lo mata. Obrero, sé sobrio». Conocida es, asimismo, su inclinación a las excursiones campestres y su amor a la Madre Naturaleza.

Y la práctica de preceptos sanos: vestirse con ropa limpia y holgada y no cubrirse demasiado. Comer con mesura y según las normas vegetarianas. Predican que el tabaco y las

bebidas alcohólicas perturban la mente y dañan la salud. Y ejercitan a diario la cultura física.

Con el paso del tiempo, y comprobando la cerrilidad de los exploradores, muchos de los que antes reconocían en el libro «el mejor amigo del hombre», más tarde replicarían, a quienes seguían creyendo en la acción manumisora de la cultura, «sí, y el mejor compañero una buena pistola». Y así comenzaron a hablar las **armas** y a rugir las bombas, en manos de quienes hasta entonces sólo habían empuñado las herramientas del trabajo y frecuentado, con ejemplar devoción, las bibliotecas. Frente a la violencia legal (35.000 muertos, 38.000 detenidos y miles de fugitivos y desterrados, costó a los revolucionarios de la Comuna de París la represión emprendida por el gobierno de Francia en 1871), se erguía la contraviolencia de los explotados y de los marginados.

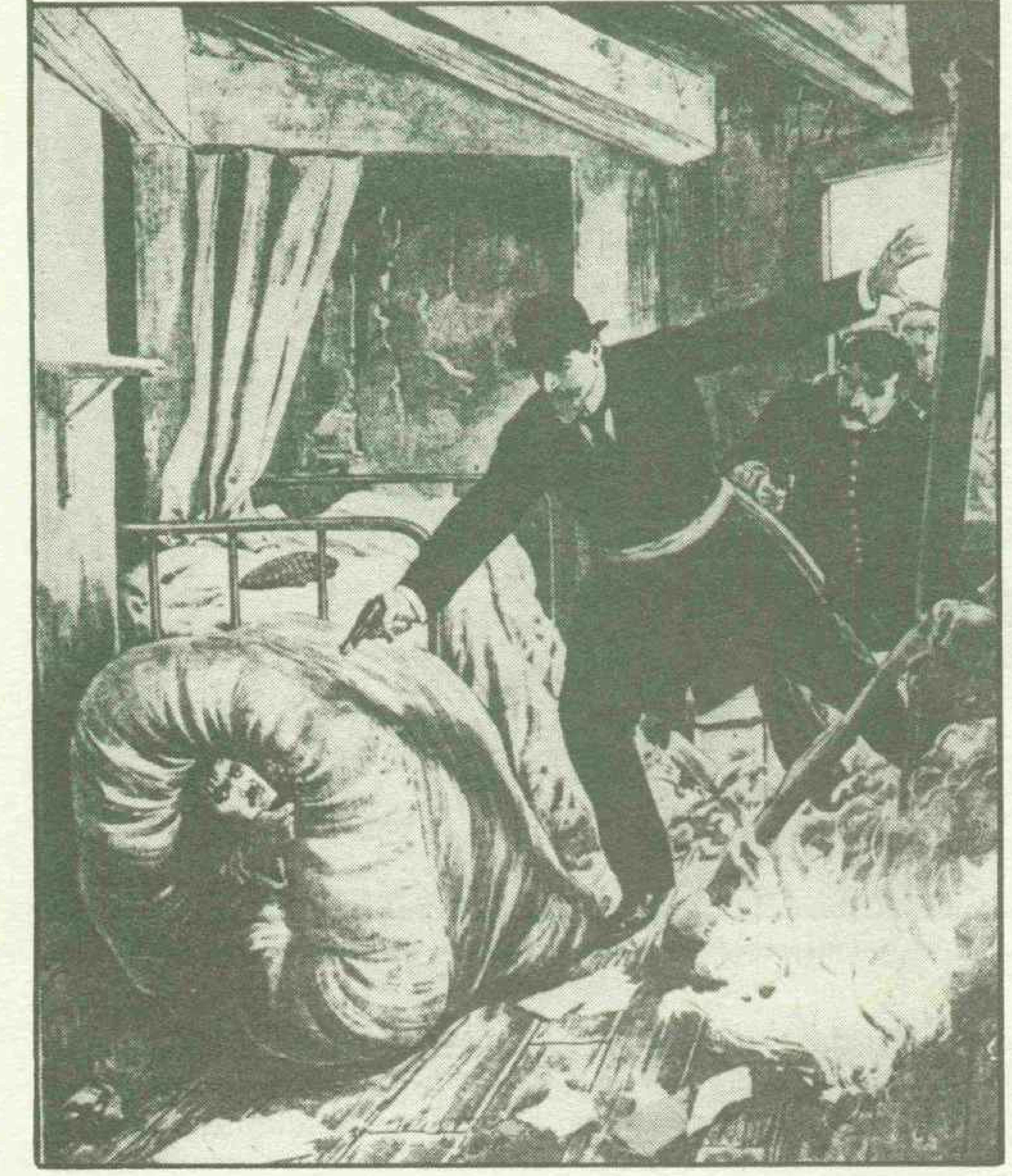
LAS BIBLIOTECAS: CRISOL DE LA REBELDIA

Víctor Kilbatchiche («Víctor Serge») y Eduardo Carouy se conocieron, en mayo de 1906, en una librería-colmado de la calle Ruysbroek de Bruselas. Carouy, desde muy joven, destacó por su afición a abrir todas las jaulas que encontraba y poner en libertad a los pájaros cautivos. Esta costumbre no la perderá nunca. Víctor, el futuro amigo y confindente de Trotsky, es un caso particular: era hijo de un exiliado ruso y muy pronto tiene acceso a la biblioteca de su padre. Nos lo cuenta en sus **Memorias de un revolucionario:** «Mis libros de cabecera fueron los gruesos tomos de **La Historia de la Revolución Francesa,** de Luis Blanc. De ella discutía a menudo con su progenitor. Más tarde, se agregó a la tertulia Raymond Callemin «Raymond la Ciencia», que sería el «teórico» de la banda de Bonnot. El conocimiento, para nosotros, era consustancial con la vida, era la vida misma. Las palabras **pan, hambre, dinero, miseria, trabajo, paro, casero, alquiler, casa de empeño,** tenían para mí un sentido cruelmente concreto que debía predisponerme, creo yo, al materialismo histórico».

Los enigmas del Universo, de Haeckel, las obras de Arturo Comte, de Rousseau, de Proudhon, de Kropotkin, son leídas y anotadas avidamente en la Biblioteca Real de Bruselas. Víctor será aprendiz de fotógrafo, mozo de recados, técnico en calefacción central, y finalmente delineante, con jornadas de doce y trece horas, y un salario insuficiente para vivir con una mínima dignidad. Raymond trabajó como aprendiz en una panadería y luego en una carnicería. El panorama era el mismo por todas partes: sus compañeros de trabajo, hambrientos, humillados, se daban a la bebida y se hundían en la desesperación. Pero ellos no estaban dispuestos a sufrir semejante degeneración: Todos los domingos salían al campo. Así descubrirían la **Comunidad Libre** de Stockel, a unos diez kilómetros de la capital belga. Lo primero que encontraron fue una gran mesa llena de libros y folletos. Y un plato con algunas monedas, con una etiqueta pegada que decía: «Llévate lo que quieras y pon aquí lo que puedas». Se quedaron boquiabiertos al ver que nadie vigilaba la mesa. Compartían fraternalmente la comida —siempre frugal— y en la sobremesa se abrían los debates.

Allí aprendieron a manejar las máquinas de imprimir. Al poco tiempo encontraban con el grupo redactor del **Rebelde,** donde se unió a ellos De Boe, un tipógrafo sin empleo fijo, a causa de sus ideas anarquistas. Su padre, como el de Callemin, ambos viejos militantes socialistas, habían naufragado en el alcoholismo. Octavio Garnier «Octavio el peón», se agregó a ellos poco después. Un rasgo que caracterizó a muchos de ellos fue la pérdida —moral o física— de sus padres a temprana edad. «Ninguno de los hombres que he conocido a lo largo de mi vida —ha escrito Víctor Serge, de Garnier—, me hizo comprender la impotencia, la inutilidad incluso, del pensamiento en la formación de aquellos a los que la naturaleza ha dado una fuerza y una sensibilidad capaces de asimilar, con toda la brutalidad que la existencia nos impone, una interpretación puramente técnica de la lucha por sobrevivir. Era una fuerza errante, desamparada a veces, en busca de una inapresable, y quizá imposible, nueva dignidad para el hombre». Siendo un mozalbete, Garnier fue detenido, a raíz de una huelga, y aporreado brutalmente. Ese día nació su rebeldía y desde entonces el muchacho se negaba a discutir y menospreciaba las palabras. Para él no existiría más que la acción directa y la obsesión de no dejar que el enemigo golpease el primero.

Otro futuro miembro de la banda, René Valet, ejercía su oficio de artesano-cerrajero en el castizo barrio parisino de Denfert-Rochereau y acostumbraba a ir por las tardes, a la Biblioteca de Santa Genoveva. Su espíritu inconformista, ante tanta arbitrariedad y tanta injusticia, se formaba poco a poco a la sombra de las estanterías donde yacía la historia del mundo. La ejecución del joven Liabeuf catalizó su rebeldía y el asco



El asedio de Jules Bonnot duró más de cuatro horas.



Víctor Kilbatchiche, «Víctor Serge».

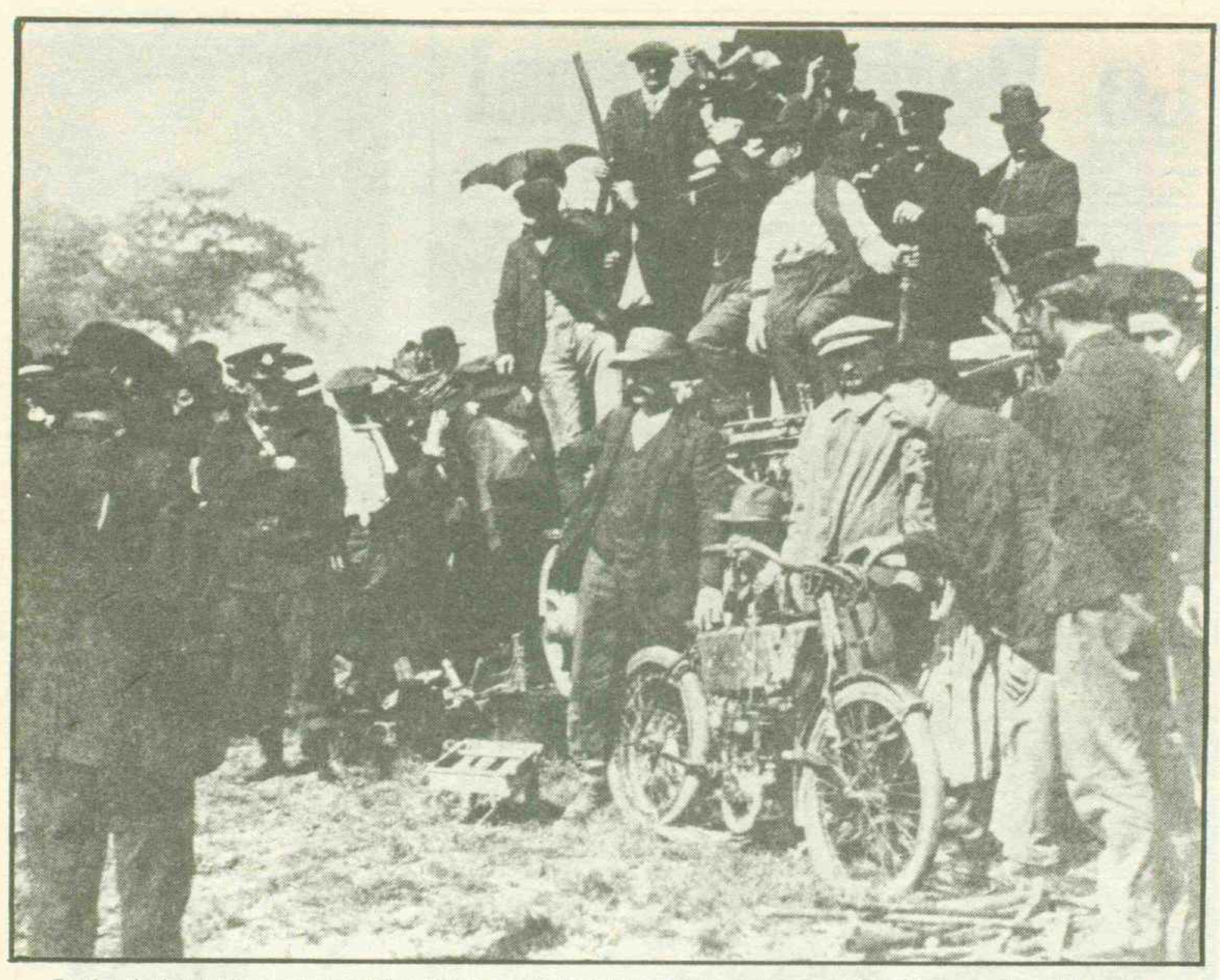


La compañera de «Víctor Serge», Rirette Maitrejean.

que sentía hacia la sociedad y sus secuaces uniformados o togados. La guillotina había sido instalada en el bulevar Aragó. Acudieron gentes de todas partes. Unas —las menos— a manifestarse en favor de Liabeuf; otras, a divertirse. **La Guerra Social** apareció aquél día con titulares a toda plana: «Si se atreven a accionar la guillotina correrá más sangre alrededor de ella que debajo». La víspera de la ejecución comenzaron los enfrentamientos violentos, que durarían toda la noche, entre los manifestantes y la policía. René Valet luchó al lado de Víctor y de sus compañeros, que no conocía, pero de los que ya no se separaría nunca más. Aquella noche fue golpeado y dejado sin sentido, a su lado, el destacado militante socialista Jean Jaurés, el cual sería asesinado, en 1914, a dos pasos de la Primera Guerra Mundial, a causa de sus enfervorizados esfuerzos e intervenciones públicas en pro de la paz.

LIBERTAD: HIJO NATURAL DE UN GOBERNADOR CIVIL

Pasar clandestinamente de Bélgica a Francia y viceversa era bastante fácil, no sólo debido a la escasa vigilancia —tradicional, a causa del diario trasiego de la mano de obra minera—, sino también gracias a la solidaridad de los trabajadores fronterizos. La «emigración» era obligada cuando se acercaba la fecha del servicio militar. El grupo de Víctor Serge, huído a Bélgica, tras la ejecución de Liabeuf, regresaría a Francia pocos meses después y se instalaría en Romainville, en los locales del semanario **La Anarquía.** El ge-



En el patio del garaje, en el que cayó Bonnot, los más despabilados organizan una subasta de «recuerdos» del asedio...

rente era André Roulot «Lorulot», asistido de Luisa Dieudonné «La Venus Roja». El esposo de ésta —Eugenio— era un hombre trabajador, honesto a carta cabal y de una entereza ejemplar. Empezó a trabajar como aprendiz de carpintero a los trece años y amaba tanto su oficio que solía decir: «A mí la madera me habla». Apenas cumplidos los quince años participó en una huelga y poco después «entraba en anarquía», como quien entra en una orden religiosa. El detonador fue la muerte de su mejor amigo, al que la policía, en una manifestación, destrozó el pecho a culatazos. En casa de un correligionario, Charles Bill, conocería a Luisa, una muchacha guapísima, coqueta, discreta, que lo escuchaba como encantada, cuando Eugenio exponía lo que sería el mundo futuro: «Aboliremos la explotación del hombre por el hombre. Vamos a hacer la revolución enseguida para conquistar la libertad».

Su primera salida fue para asistir a una conferencia de Libertad, el apóstol del movimiento **La Anarquía.** Libertad era hijo natural de un **Préfet** (gobernador civil) y, a causa de sus enfrentamientos verbales con los profesores del Liceo de Burdeos, a los que consideraba cómplices de su padre, no tardó en ser catalogado como un «inadaptado social». Se le temía por su rebeldía y se le odiaba por su cultura. Y, pese a estar impedido de las piernas, tan sólo con la ayuda de sus muletas, recorrió los seiscientos y pico de kilómetros que le separaban de París a pie. Por el camino enriqueció notablemente su conocimiento del mundo —su «cultura silvestre», como él la llamaba—, puesto que, a cambio de lecciones de gramática y de aritmética, vivió en docenas de hogares campesinos, durante el viaje. En París adquirió fama enseguida por sos polémicas con los curas, a los que reprochaba que, al contrario de Jesucristo —que lo daba todo sin pedir nada a cambio— ellos lo comercializaban todo, hasta la caridad.

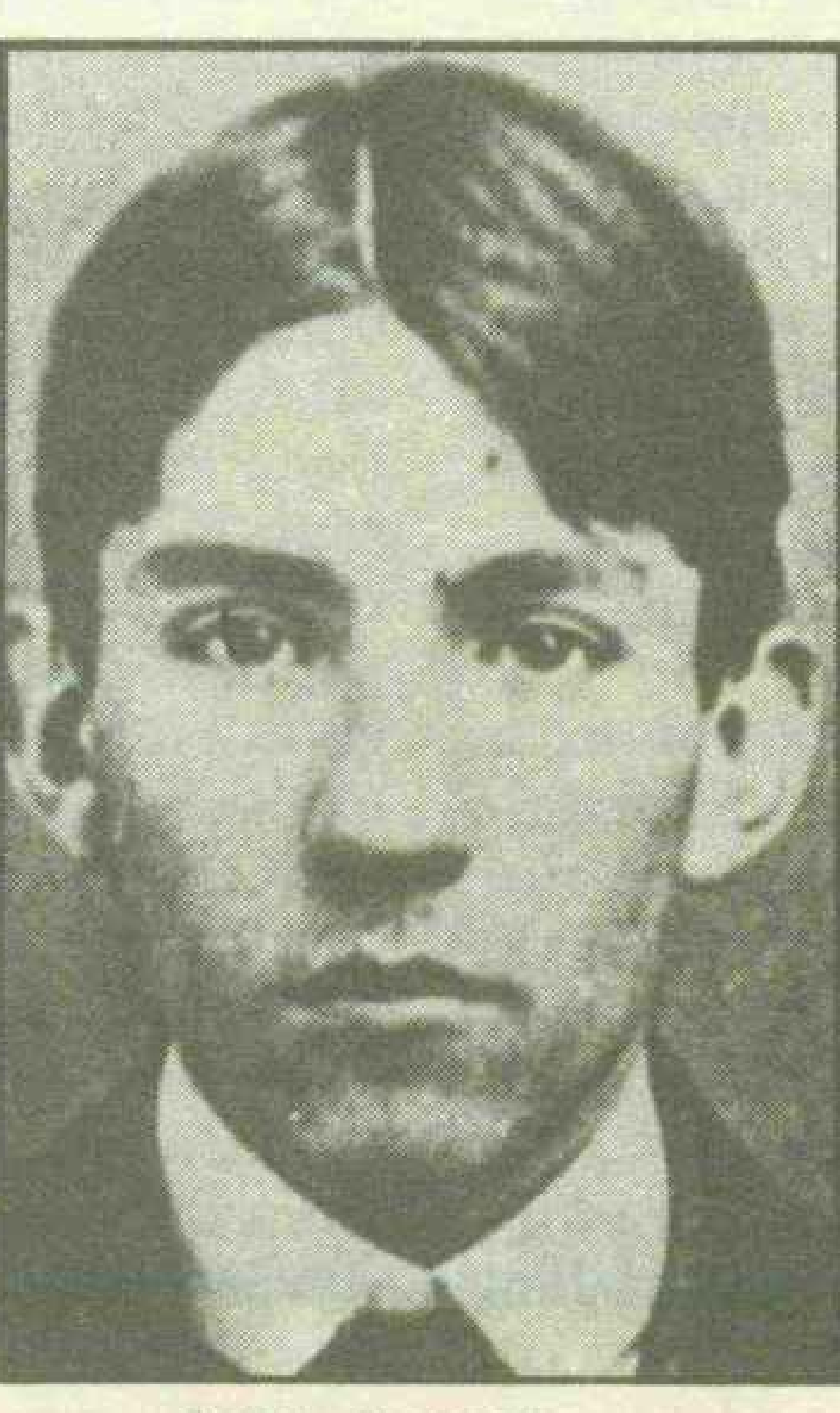
A Libertad —nombre que él mismo se dio entonces—, como a tantos otros anarquistas, fue la desgracia ajena, más que la propia, la que lo transformó en un revolucionario insobornable. Se encontraba en la cárcel —condenado a seis meses de prisión por 1escándalo público»— cuando procesaron a Ale-

jandro Jacob, el cual, ante el tribunal, declararía: «Como no reconozco a nadie el derecho a juzgarme, no imploro ni el perdón ni la indulgencia. A los que odio y desprecio no les pediré nada. Comprendo muy bien que todos ustedes hubiesen preferido que me sometiese a sus leyes, que fuese un obrero dócil y aborregado, que crease riquezas a cambio de un mísero salario, y que, cuando ya no sirviese para nada, que me retirase, hecho una piltrafa, a morir en uno de vuestros asilos, tirado en un solar o debajo de un puente. Entonces no me hubieséis llamado «bandido cínico», sino «honrado trabajador», y con un poco suerte hasta me hubiesen dado la medalla del trabajo. Los curas al menos ofrecen un paraíso a los tontos que los escuchan. Mientras que vosotros liquidáis vuestra deuda con los explotados con un pedazo de papel en forma de diploma».

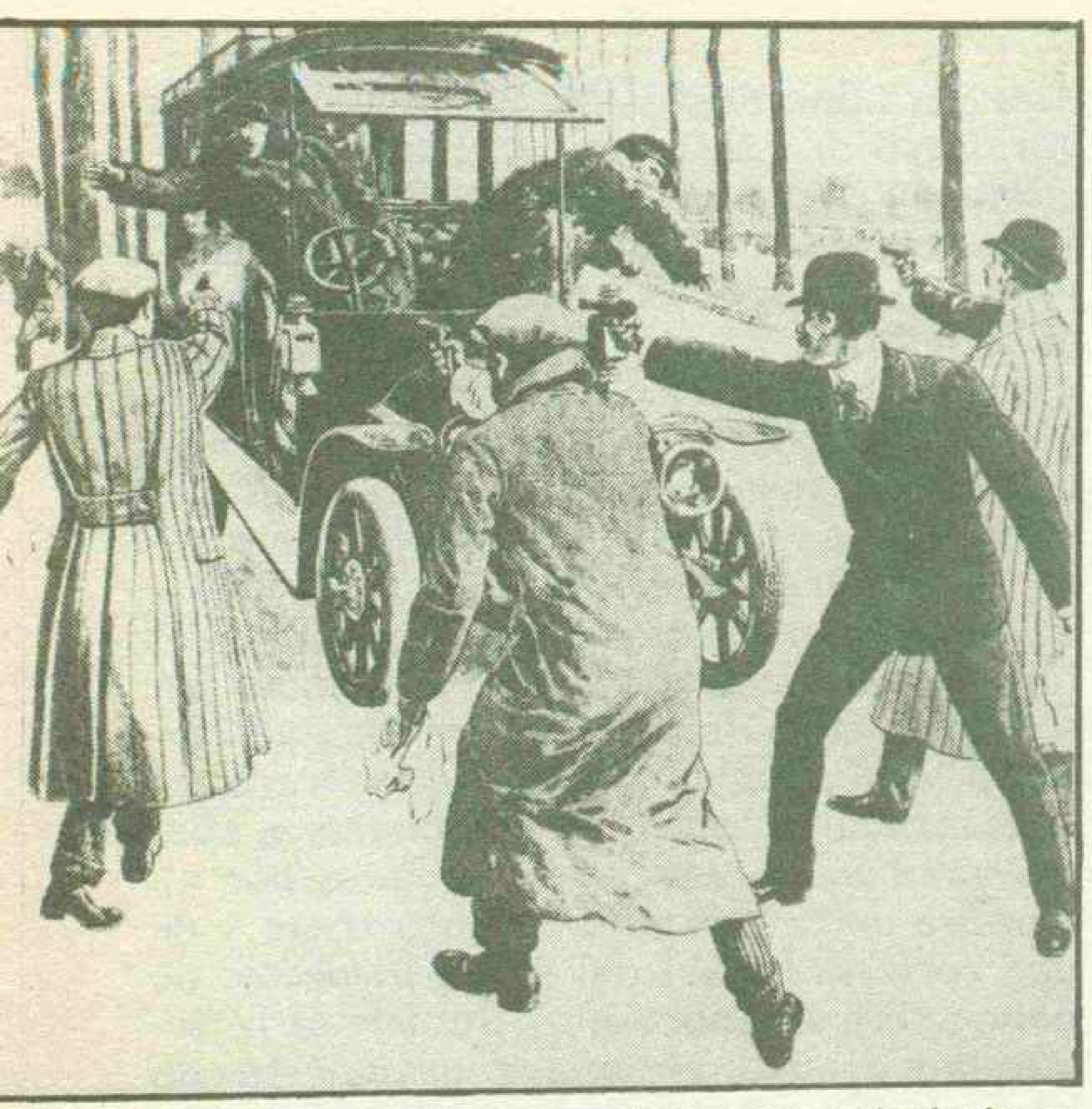
LA COMUNIDAD ANARQUISTA DE ROMAINVILLE

En 1911, en la comunidad de Romainville, encontramos a Callemin, a Valet, a Garnier y a Carouy. Y también a Metge, el cocinero, a Monnier «Simentoff» —un antiguo floricultor—, a Bellonie —de Lyon—, a André Soudy «Sin suerte», un muchacho tuberculoso, cuya única ventura, en su vida, había sido la de encontrarse con Víctor Serge y su mujer Rirette, que lo querían como a un hermano. Un expresidiario, Huc, cuidaba del corral y cultivaba el huerto. Disponían de varias duchas, de habitaciones independientes, de una biblioteca, de una sala de reuniones y de un despacho para los redactores del semanario. Víctor y Rirette fundaron un círculo de estudios: **La Libre Búsqueda.** Pero todo aquello era difícil de mantener, porque la publicación acarreaba muchos gastos. Como les dijo Víctor Serge: «La ideología no se come». Entonces, Raymond la Ciencia propuso pasar a la acción para recoger fondos. «Con el botín recuperado podremos hacer frente a los gastos revolucionarios». Allí surgió el primer desacuerdo profundo: Víctor Serge condenaba públicamente la ilegalidad como recurso, alegando que era infantil, absurdo y que no conduciría más que al suicidio colectivo. Del grupo de Raymond la Ciencia tan sólo se abstuvo René Valet. Los demás trataron a Víctor Serge de «vendido y traidor». Días más tarde, una nube de policías se abatía sobre la comunidad, mandados por un hombre de carnes enjutas, cara triste y de una cortesía inhabitual en un inspector de policía: era el señor Jouin, Subjefe de la Seguridad. Trató de entablar conversación con Víctor y Rirette, pero ésta lo cortó en seco: «Seguiremos siendo rebeldes mientras existan las cárceles». Se salvaron de la redada: Carouy —y Jeanne, su compañera—, Callemin y Garnier Con la venta de las viejas máquinas —malvendidas— y del centenar de inquilinos del corral, se liquidó la comunidad. Alguien vaticinó: «no importa, la volveremos a reorganizar en cualquier otro lugar...». Otro dijo: «Nos dejaban tranquilos mientras vegetábamos en la comunidad, pero en cuanto se han olido que íbamos a pasar a la acción se terminó la libertad burguesa». Las actividades de unos y otros —sobre todo con la aparición de Bonnot— derivarían hacia terrenos muchos menos pacíficos. El acorralamiento había comenzado.


Raymond «La Ciencia».


Soudy «Sin Suerte».


Dieudonné «El Carpintero».



El robo de automóviles, para realizar atracos, se hacía siempre a punta de pistola.

UN IMPLACABLE HOMBRE DE ACCION ENTRA EN ESCENA

Jules Bonnot nació en Pont-de-Roide, en 1876, al pie de los Alpes Jurasianos franceses. Perdió a su madre a los cinco años, su única fuente de ternura. A partir de aquel día, el pequeño Bonnot tuvo que sufrir los castigos que le imponía el padre —cansado por el agotador trabajo en la fundición y enervado por la media docena de hijos a los que debía atender— y las bofetadas del maestro. Este dijo de él que era un perezoso, un indisciplinado y un insolente. A los doce años, Bonnot deberá enfrentarse con otra clase de brutalidades: las de los patronos que lo toman como aprendiz. Hasta su marcha al servicio militar —donde observará una conducta sin tacha—, su terruño natal será escenario de violentas peleas; sobre todo en los bailes públicos, en las que Bonnot llevará siempre la mejor parte. Es detenido varias veces por los gendarmes, que le dan unas palizas tremendas. Por eso su odio hacia las fuerzas de orden público prevalecerá siempre sobre los demás.

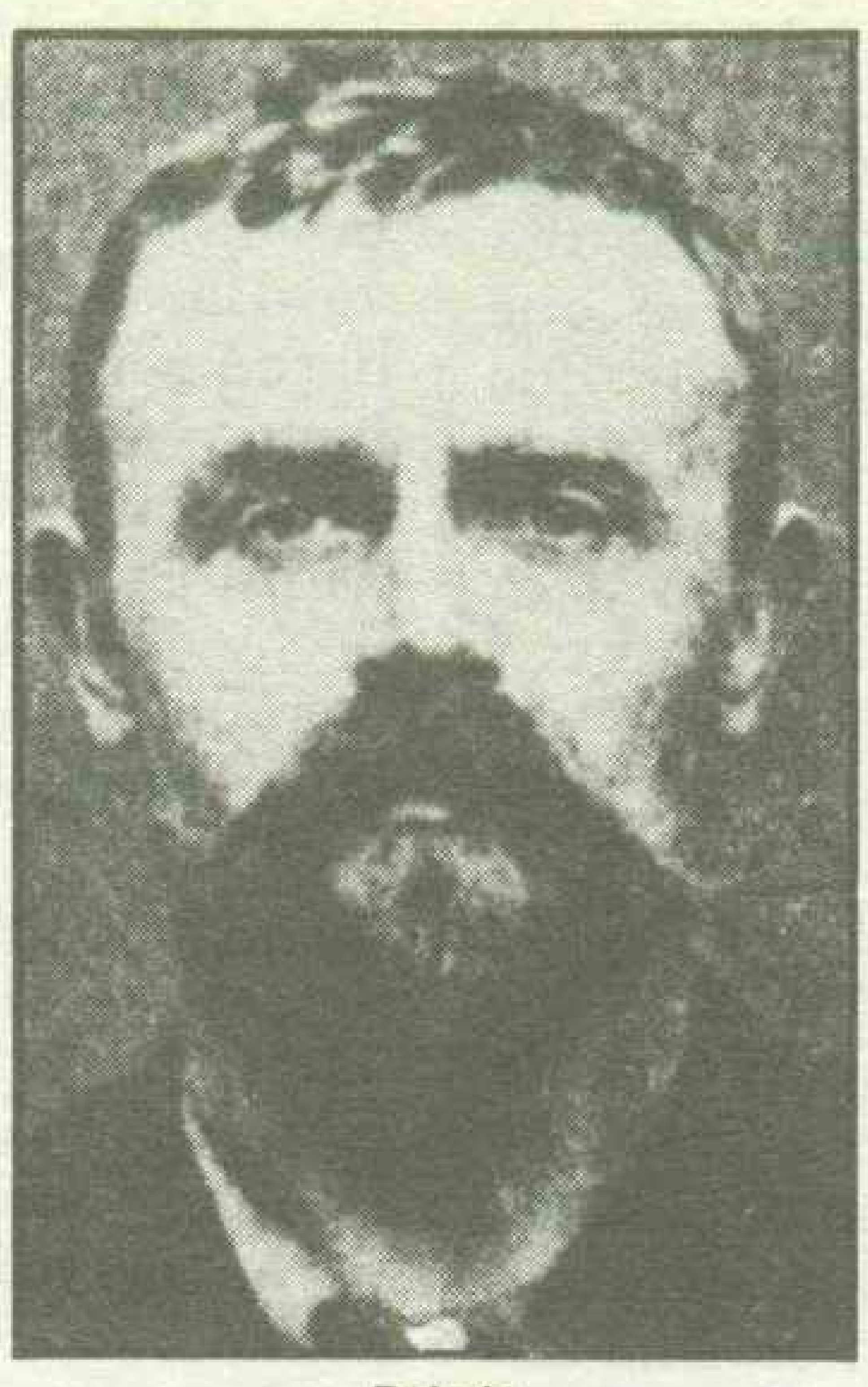
Durante unas maniobras, en 1899, conoce a Sofía Burdet, con la que se casará al terminar el servicio militar, instalándose en Bellegarde, muy cerca de la frontera suiza. Bonnot trabaja como ferroviario. En los años 1900 y 1901 las convulsiones sociales arrecían y al ser incluido en una lista negra (el pacto del hambre), a causa de sus actividades sindicales, Bonnot y los suyos deben emigrar a Lyon, donde les nace Justo, su primer hijo, en 1904. El secretario del sindicato de ferroviarios se lleva a su mujer y a su hijo a ginebra, donde reside la madre política de Bonnot. Acabarán haciendo vida marital y, sin embargo, Bonnot no empleará nunca la violencia ni contra su mujer ni contra su excompañero de sindicato. Bonnot hace el balance de aquellos años de humillación, de explotación, de privaciones y de sufrimientos. Sólo, sin el freno afectuoso de los suyos, el ferroviario se va deslizando hacia la delincuencia. Primero se apodera de bicicletas y motos, que vende con la complicidad de un anarquista italiano: Platano. Por aquellos años, en Francia circulaban unos treinta mil automóviles y el robo de tales vehículos era prácticamente inexistente. Bonnot, aprovechando sus conocimientos de mecánica, empezó a sustraer coches. Disponiendo de dinero, haría varios viajes a visitar a su mujer y a su hijo, tratando de recuperarlos, pero su esposa se negó siempre a volver a Francia.

El futuro jefe de la famosa banda sabe que el disponer de un coche es signo de distinción. Y que, por tanto, el actuar motorizado le permitirá dar **golpes económicos** (atracos) sensacionales. Las primeras víctimas serán los notarios. Bonnot se presenta en la notaría muy bien trajeado, solicitando información para la fundación de una sociedad o la puesta en marcha de una importante transacción comercial. Deja el coche en lugar bien visible, de modo que el notario, ganado por la confianza, no sospeche que el visitante está, en realidad, **fotografiando** lo que, en una noche de lluvia —para amortiguar el ruido—, será el lugar de autos. Su mejor golpe: 36.000 francos en oro y billetes. Una verdadera fortuna. Con la ayuda de un exmecánico de la casa Berliet, un tal Petitdemange, Bonnot monta un taller-tapadera. Pero alguien lo denuncia y tiene que salir huyendo. A los pocos días atraca el vagón-postal del expreso París-Lyon. Después, en compañía de Platano —que acaba de regresar de Italia—, al volante de su Buick 18 HP, Bonnot cambia de aires. El sueño de su vida era adquirir una finca en la Argentina. Dato curioso: Enrico Malatesta, anarquista italiano y eminente teórico de las ideas ácratas, emigró a la Argentina y participó en la prospección del oro en la Patagonia. Con una sola meta: laborar exclusivamente en pro de la Causa anarquista. Cuando se disponía a regresar al Viejo Continente, las autoridades argentinas, acusándolo de ser un condenado político, le confiscaron todo su equipaje. Recuérdese: cuando el escritor valenciano, Vicente Blasco Ibáñez, adquiere una gran finca, para fundar una comunidad cuyos pilares fundamentales sean la libertad, la fraternidad y la prosperidad, su sueño libertario («de cada

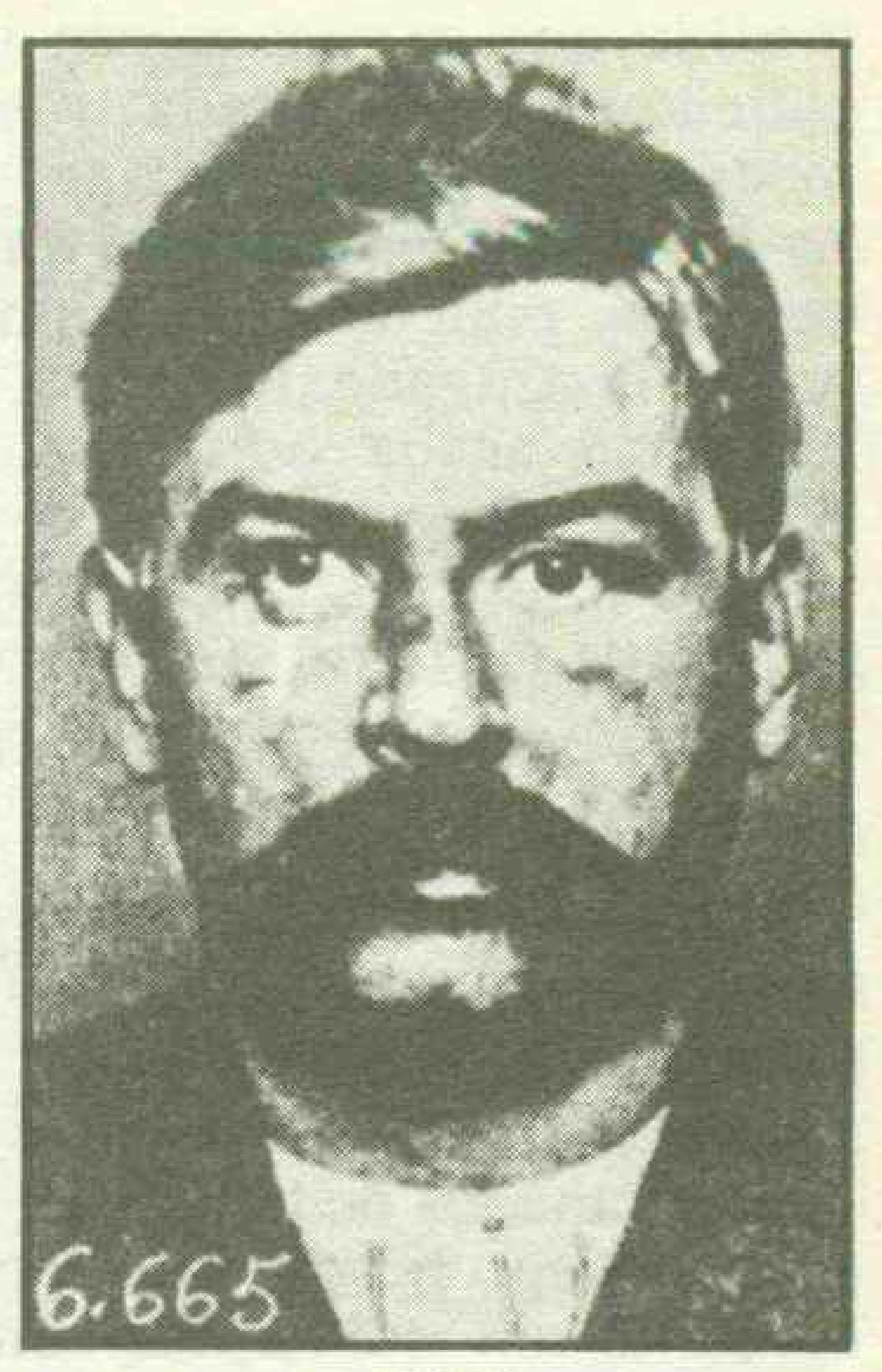




Callemín.



Dubois.



Gauzy.

cual según sus capacidades y para cada cual según sus necesidades») lo concretizará también en la pampa argentina. «Sí, eso haremos —le dice a Platano—, entregaremos una suma de dinero a los compañeros de **La Anarquía** y con lo que nos quede compraremos tierras en la Argentina».

En el trayecto sufren varias averías, que Bonnot repara. En una de las paradas, Platano se **entretiene** apuntando contra los pájaros con las pistolas de su compañero. Bonnot, al que no le gusta que le toquen **sus herramientas** se enfada. Intentando quitárselas, y forcejeando con Platano, se dispara una de ellas y el italiano se hiere gravemente. Al ver que no tiene salvación, Bonnot lo remata de otro tiro. Nada más llegar a París, recorre los cafés frecuentados por los anarquistas, en busca de un refugio. Por mediación de un tal Dubois, conoce a Eugenio Dieudonné y éste lo envía a una pensión de familia discreta, en el 47 de la calle Nollet. Por aquellas fechas, Raymond la Ciencia se ha citado con sus compañeros en una habitación del barrio de Montmartre. Se aloja en casa de Víctor Serge, el cual no se priva de criticar a **los ilegalistas** en su propia publicación («La Anarquía»).

—Si te permites juzgarnos —dice Raymond a Serge—; si criticas el ilegalismo estás haciendo el juego a la burguesía. Por lo tanto eres nuestro enemigo. Te lo advierto: si no quieres desaparecer del mapa abstente de meterte con nosotros.

—¿Qué es lo que dices que me pasaría? —insiste Víctor Serge.

—¿Qué quieres que te pase? ¡Que si nos estorbas te suprimimos y en paz!

—¡Vosotros estáis locos de remate! ¡Así no iréis a ninguna parte!

Un día, Bonnot, satisfecho, lee en **El Progreso** de Lyon: «Ya conocemos al asesino de Platano. Es Bonnot. Sólo falta detenerlo». Esta era una de sus flaquezas: cuando la prensa no daba suficiente publicidad a sus hazañas, Bonnot se consideraba defraudado. A los pocos días, en la redacción de **La Idea Libre**, que dirige Dieudonné, se encuentran por primera vez Bonnot y Raymond la Ciencia y deciden actuar juntos. A Bonnot le sorprenden los planteamientos simplistas de aquellos anarcovegetarianos —como él los llama—, pero su ambición es tan grande —golpear mortalmente a la sociedad burguesa— que es capaz de hacer gala, con ellos, de un gran tacto. Con todo, se verá obligado a hablar claro: «Ya sabéis lo que decía Emile Henry (el anarquista que arrojó una bomba en un café de burgueses): puesto que la burguesía detiene a los anarquistas «en bloque», nosotros vamos a golpearla a ella también 'en bloque'». En la banda no habrá jefe, pero cada cual tendrá una misión concreta: Raymond será el comisario político, Bonnot, consejero militar, Garnier y Carouy, asesores políticos y militares, y Monnier, agente de información.

El robo de coches, que después utilizan en sus atracos, se hace a punta de pistola. Y ante la más mínima resistencia, Bonnot y sus hombres abren fuego en el acto. Pronto se le conoce como «los bandidos en auto». Los asaltos no cesan, y no hay un solo banco en París que se sienta seguro. Uno de ellos, la **Société Générale**, llegará a ofrecer 12.500 francos como recompensa, la cual, a

medida que se recrudecen los atracos. La policía organiza redada tras redada en los medios anarquistas y, en las redacciones de **La Anarquía** y **La Idea Libre**, no pasa día sin visita policíaca. A Bonnot parece que se lo ha tragado la tierra, mientras que Raymond acaba refugiándose en casa de Víctor Serge.

—¡Desde hace tres días tenemos a toda la policía de París detrás de nosotros!

—Pero..., ¿cómo habéis podido caer tan bajo?, le pregunta, entristecido Víctor Serge.

—¡Ha sido un fallo técnico! Eso... ¡un fallo técnico!, exclama Raymond la Ciencia.

El subjefe Jouin, ayudado por varios de sus hombres, lee los cientos de cartas que llegan a manos de la policía, con denuncias contra sospechosos; falsas pistas siempre. Cerca de mil quinientas cartas en una semana.

En la noche del 2 al 3 de enero de 1912, Carouy y Metge entran en una casita de las afueras de Parí-. Viven en ella dos ancianos casi centenarios, que, al ver a los desconocidos, se ponen a gritar. Los atracadores los matan a martillazos y a cuchillazos. 30.000 francos es el botín de aquella sangrienta fechoría. Malatesta, ante tales hechos, contestaba que comprendía que, durante la lucha «ciertas naturalezas generosas, pero faltas de preparación moral, muy difícil de adquirir actualmente, llegasen a olvidar el fin a alcanzar y tomaran la violencia como un fin en sí, cayendo en actos salvajes».

LA CAZA AL ANARQUISTA QUEDA ABIERTA

Bonnot se encuentra en Bélgica con Octavio Garnier. Metge es detenido. La policía busca a Carouy, al que suponen jefe de la banda. Raymond la Ciencia confía a sus amigos su decisión de ir a **enterrarse** al extranjero. Se muestra muy dolido de que se le considere como un vulgar asesino, cuando él cree ser un militante puntero en la lucha por la manumisión del género humano (1). Docenas de militantes anarquistas, e incluso simples simpatizantes, son detenidos, interrogados y encarcelados. Víctor Serge y Rirette, pese a ser notorio no comulgan con los métodos violentos de Bonnot y de sus compañeros, también sufrirán persecución. Como un desafío a las autoridades, los atracos recomienzan contra los notarios y los industriales. En varios encuentros con la fuerza pública los atracadores abaten a cuatro agentes de policía.

Georges Traquard, un honesto comerciante de Montmartre, que se define como **anarquista fraterno**, descarga su conciencia en el despacho del Subjefe Jouín: «Si usted perdona a todos los anarquistas detenidos que no han cometido ningún delito, yo quizá podría ponerle sobre la pista de Bonnot». Y, tras breves instantes de silencio,

(1) El anarquista Emile Henry —antes de ser guillotinado por haber hecho estallar una bomba en la estación Saint-Lazare, de París, en 1892— pasó sus últimos días leyendo el **Quijote**.



El Grupo Cultural «Anarquía» en una de sus salidas campestres.

agrega: «O al menos sobre la pista de los títulos de Estado robados en la calle Ordener». Aquel mismo día David Bellonie y Rodríguez regresaban de Bruselas, con el paquete de títulos que no habían conseguido vender. Serán detenidos, poco después de haberse entrevistado con Bonnot y Garnier, en los bulevares. Los palos de ciego que da la policía —castigando a pacíficos anarquistas como Dieudonné—, indignan a René Valet y a André Soudy, que se entrevistan con Bonnot, y al que conminan a pasar a la acción enseguida, aunque les cueste la vida. «Si el poder golpea tan arbitrariamente, nosotros vamos a hacer otro tanto. Y si nos cogen y nos guillotinan, al menos que sea por algo», apostillará Garnier. Este escribe al director del diario **Le Matín**, proclamando que Dieudonné es inocente del crimen de la calle Ordener, y se acusa de ser él quien disparó. Va incluída una nota dirigida a Bertillon, el jefe de los servicios antropométricos de la **Préfecture** del Sena, en la que estampa sus huellas digitales y estas palabras: «Bertillon, colócate bien tus lentes y ponte en guardia». Bonnot, por su lado, al que molesta que se tenga a otro por jefe de la banda, se persona en el despacho de las informaciones generales del **Petit Parisien**, conminándoles a que rectifiquen ciertas aseveraciones. El subjefe Jouin, estimándose ridiculizado, envía su dimisión al Prefecto, que la rechaza airadamente, a la vez que lo emplaza a poner en pie de guerra a toda la policía de Francia, si es necesario, para acabar con la banda de Bonnot.

«O SEREMOS LIBRES O UNOS "FIAMBRES"»

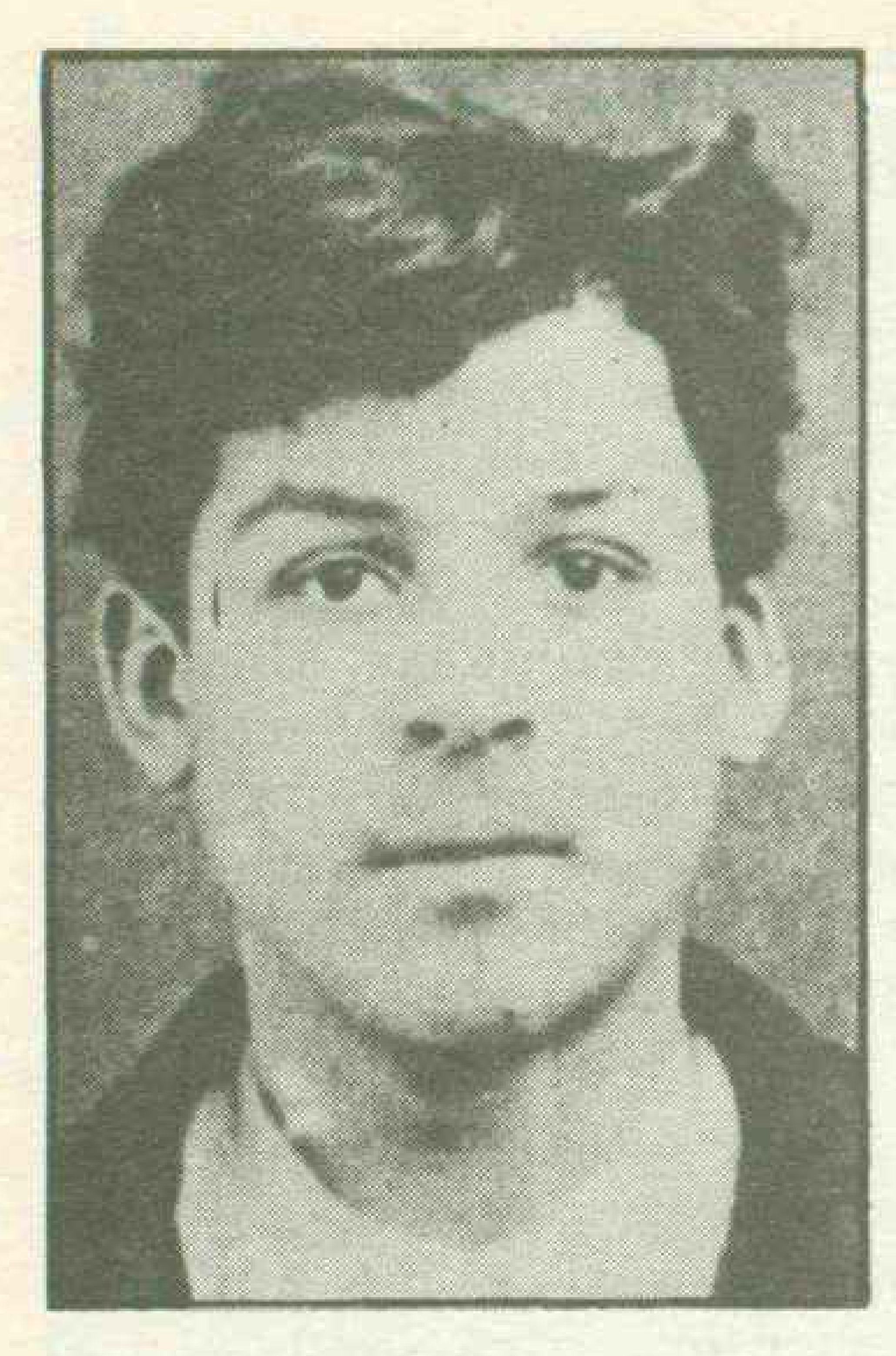
Bonnot, Raymond la Ciencia, Garnier, Soudy y Valet se apoderan, a tiro limpio, de un automóvil **De Dion Bouton**, recién salido de la fábrica, que un chófer y su ayudante conducen hacia el sur de Francia. Los dos mueren bajo los disparos de los atracadores. Raymond comentará —recordando la resistencia que opuso el **cobrador** de la calle Ordener, antes de soltar la cartera del dinero—: «Hay que ver estos lacayos de la mierda cómo defienden los bienes de sus amos». Minutos después, la banda detiene el coche en la plaza central de Chantilly, donde atracan la **Société Générale** —el banco que ofrece recompensas por sus cabezas—; allí matan al cajero y a otros dos empleados más. El botín: 35.000 francos en billetes, 10.000 en monedas de oro y 4.000 en monedas de plata. Bonnot conduce el coche y Raymond hace las partes sobre la marcha. El Prefecto ordena la ocupación de las estaciones **de París** por el ejército. Se atribuyen 800.000 francos a la policía para la compra de vehículos apropiados y armamento perfeccionado. Se crea una Brigada antigangsters, se amplía el presupuesto destinado a los confidentes; la gendarmería es reforzada y la **Société Générale** ofrece otra prima de 100.000 francos. La gente cesa de enviar denuncias. Una portera llegará a denunciar, como sospechosos, a unos inquilinos porque se han mostrado inusitadamente generosos a la hora de los aguinaldos. De lo que ella deducirá que es dinero conseguido dando cobijo a los atracadores...

Soudy y Carouy son detenidos. El primero en una casa de reposo para tuberculosos —«a la que mis padres no me pudieron enviar cuando era niño», dirá Soudy—; y al segundo en una estación, cuando iba a tomar el tren. Carouy recalcó a la policía: «Que conste que cuando «Que conste que cuando me han detenido yo iba armado. Y que, de no haber tenido cierto respeto por la vida humana, hubiese disparado a diestro y siniestro». Cuando empezaron a golpearla en la comisaría, Carouy se envenenó con una cápsula de cianuro. Raymond la Ciencia sería delatado por Luisa, la única mujer de su vida, fuertemente traumatizada por la desaforada publicidad dada a los hechos y por las acusaciones lanzadas a los cuatro vientos por la prensa burguesa. Prensa que se guardaba muy bien de hacerse eco de otros sucesos sociales de equivalente, o mayor, trascendencia humana.

Jules Bonnot no se siente ya seguro en su refugio y por indicación de Monnier se persona en casa de Gauzy, un soldador de Ivry. Este lo instala en la habitación de sus hijos. Pero, a la mañana siguiente, Bonnot apercibe tres hombres, vestidos como hortelanos, que le parecen sospechosos. Tras despedirse de Gauzy, sale al exterior y hace una inspección por los alrededores. Luego regresa a la casa y saca de su maletín un frasco de tinte. Se tiñe el cabello y el bigote y cuando se dispone a bajar al taller, en la planta baja apercibe al Subjefe Jouin, el cual, a consecuencia de la detención de Monnier, ha decidido interrogar al soldador. Cual no será su sorpresa al ver en la escalera, pistola en mano, al propio Bonnot.

—*¡¡Es Bonnot!!*, —gritará, para que lo oigan sus hombres, que se han quedado fuera.

Bonnot dispara varias veces sobre Jouin y sobre su ayudante Colmar. El Subjefe



Octavio Garnier.

muere en el acto, mientras que otro inspector arrastra hacia afuera el cuerpo del inspector Colmar, que todavía respira.Bonnot, haciéndose el muerto, se deja caer al lado del cuerpo de Jouin. De pronto se levanta y con una agilidad felina se lanza a través de una ventana, cruza el pequeño huerto del soldador, salta una pequeña valla de madera y desaparece. No tardan en acudir patrullas militares y de gendarmes que peinarán los bosques y registrarán, casa por casa, todos los pueblos de la zona, sin encontrar rastro de Bonnot. Este se refugia en casa de Dubois, un mecánico amigo de Platano. Dubois no se anda por las ramas:

—*¡Estás acorralado, Bonnot! ¡Nos traerás la ruina a todos!*

Pero ya sabes: a un compañero perseguido no se le abandona nunca.Bonnot pasa tres días en la cama, enfermo. El 28 de abril, Dubois se pone a trabajar, como de costumbre, a las 6 de la mañana y ese día su huésped es tan madrugador como él. Dos horas más tarde, cuando se encontraba debajo de un coche, el inspector Guichard irrumpe en el garaje.



René Valet.

—*¡Que nadie se mueva! ¡Vamos a registrar la casa!*

Dubois lleva siempre una pistola amartillada en la caja de las herramientas, con la que abre fuego sobre el inspector Arlon, que acaba de entrar. Entonces aparece Bonnot, tira sobre Guichard, lo hiere en el estómago y escapa corriendo. Docena y media de policías le dan caza y Bonnot, al verse rodeado, se refugia de nuevo en el garage, sin cesar de disparar sobre ellos. Empieza el implacable asedio. El cuerpo del mecánico Dubois yace al pie de un lujoso Panhard. Bonnot utiliza cinco armas cortas frente a quinientos hombres armados, que disponen, además, de una ametralladora y de varias cajas de cartuchos de dinamita. Alrededor del garage, a distancia prudencial, se apiñarán hasta 20.000 personas, algunas de ellas esgrimiendo fusiles de caza, sables e incluso horcas. Pronto llegan, también en plan de espectadores, altos funcionarios de la policía y de la Jurisprudencia. Acuden, asimismo, para no perderse el espectáculo, un grupo de comuniantes de un pueblo vecino, acompañados de su asesor espiritual. Mientras la casa se cae a pedazos, Bonnot se sienta en el suelo y escribe: «Yo no pedía gran cosa a la vida. La quería (se refiere a su esposa) y me paseaba con ella por el cementerio, bajo el claro de luna. Era la felicidad que yo había soñado siempre y cada vez todo eso me ha sido robado. Soy un incomprendido por la sociedad... ¿Debo arrepentirme de lo que hice? Probablemente que sí. Pero seguiré mi camino... Declaro que el Sr. y la Sra. Thollon, Petitdemange, Gauzy y Dieudonné son inocentes».Cuando se desencadena la última carga, con policías disparando a mansalva, protegiéndose en escudos blindados, Bonnot, metido entre dos colchones, se dispara dos tiros en las sienes. Faltan dos minutos para las doce del mediodía. El asedio ha durado cuatro horas y media. La muchedumbre desborda una y otra vez en servicio de orden. La policía consigue evacuar a Bonnot hacia el hospital, donde muere una hora más tarde. De entre los escombros del garage la gente recupera los más dispares recuerdos del suceso: herramientas manchadas de sangre, pedazos de colchón sanguinolentos, casquillos de bala... Y, al poco rato, en el patio del garage se organiza una subasta, en la que los vecinos más despabilados harán su agosto.

LOS ULTIMOS MIEMBROS DE LA BANDA CAEN LUCHANDO

Sólo quedan dos supervivientes de la banda de Bonnot: Valet y Garnier. Con sus respectivas compañeras, Anne Lecocq y María-la-Roja, han buscado refugio en Saint-Ouen, donde viven como unos rentistas. Han estado a punto de huir al extranjero, pero Garnier, por orgullo, se opuso a ello.

—Fue al verlos inactivos, siendo tan jóvenes, lo que nos puso sobreaviso, declararía el comerciante Kinable, al denunciarlos. El inspector Guichard le enseña unas fotografías y el denunciante reconoce a María-la-Roja. El jefe de la policía convoca entonces un auténtico consejo de guerra, pues no está dispuesto a hacer el ridículo de nuevo, como cuando asediaron y abatieron a Bonnot.

Garnier, desde una ventana, descubre sospechosos movimientos de gente por el lado del viaducto y obliga a María a que se vaya.

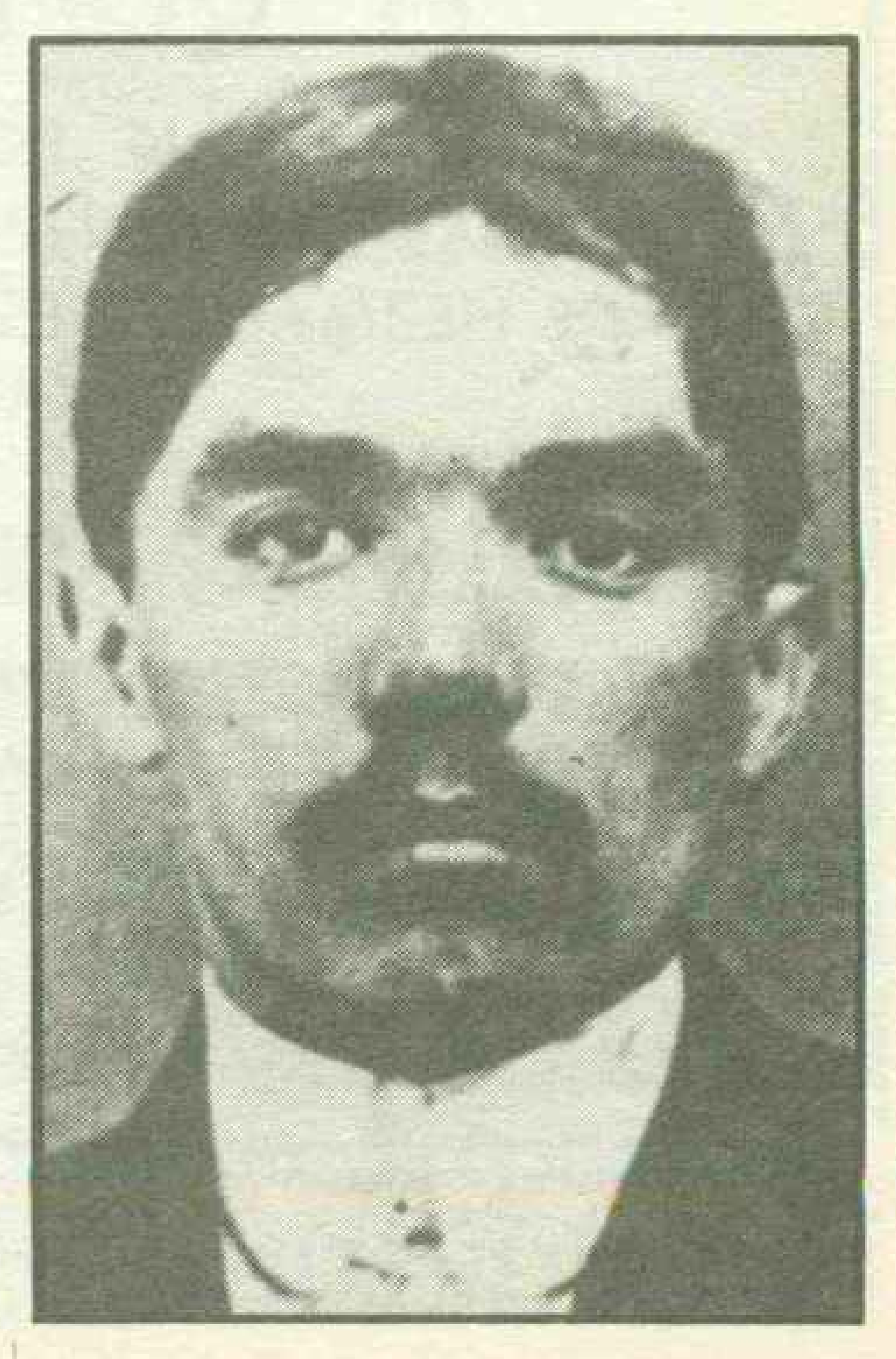
—*Lárgate enseguida, antes de que sea tarde, porque aquí van a pasar cosas muy gordas...*

Anne ha sido detenida cuando regresaba de la compra. Junto con María, atadas las dos y acostadas sobre el césped, presenciarán el asedio que durará seis horas. En los primeros tiroteos caen los inspectores Fleury y Cayrouse y poco después otros dos policías. Aquello va tomando el mismo cariz que el asedio de Bonnot. Por otra parte, aquí, en los asaltos, participan destacamentos de tropas coloniales **(zouaves)** y grupos de gandarmes, pero tan mal coordinados que se matan entre ellos. Sobre todo por metralla de las bombas de mano. Desde el viaducto se arrojan gruesos bloques de piedra para hundir el techo de la casa-refugio de Garnier y Valet. Pero falla el intento. Ya bien entrada la noche llega el jefe de los artificieros de la policía parisina, Kling, que también fracasa, ya que sus máquinas infernales estallan a medio camino todas. Desde la casa los disparos siguen sonando espaciados, pero dando en el blanco casi siempre. Cuando están instalando un proyector, para deslumbrar a los asediados, cae el inspector Délépine. Y el propio ministro del Interior, Steeg, deberá alejarse, prudentemente, pues Octavio Garnier ha estado a punto de alcanzarlo con un disparo cantado. A las dos de la madrugada, coreada por los aplausos de damas con traje de noche, que acaban de salir del teatro, se produce una tremenda explosión. La casa-refugio ha sido volada con varias cargas de dinamita. Garnier muere en el acto, pero Valet, aunque está gravemente herido, seguirá disparando, hasta ser abatido por un gendarme. Más de cien mil curiosos se llevarán, como recuerdo, hasta el más ínfimo clavo.



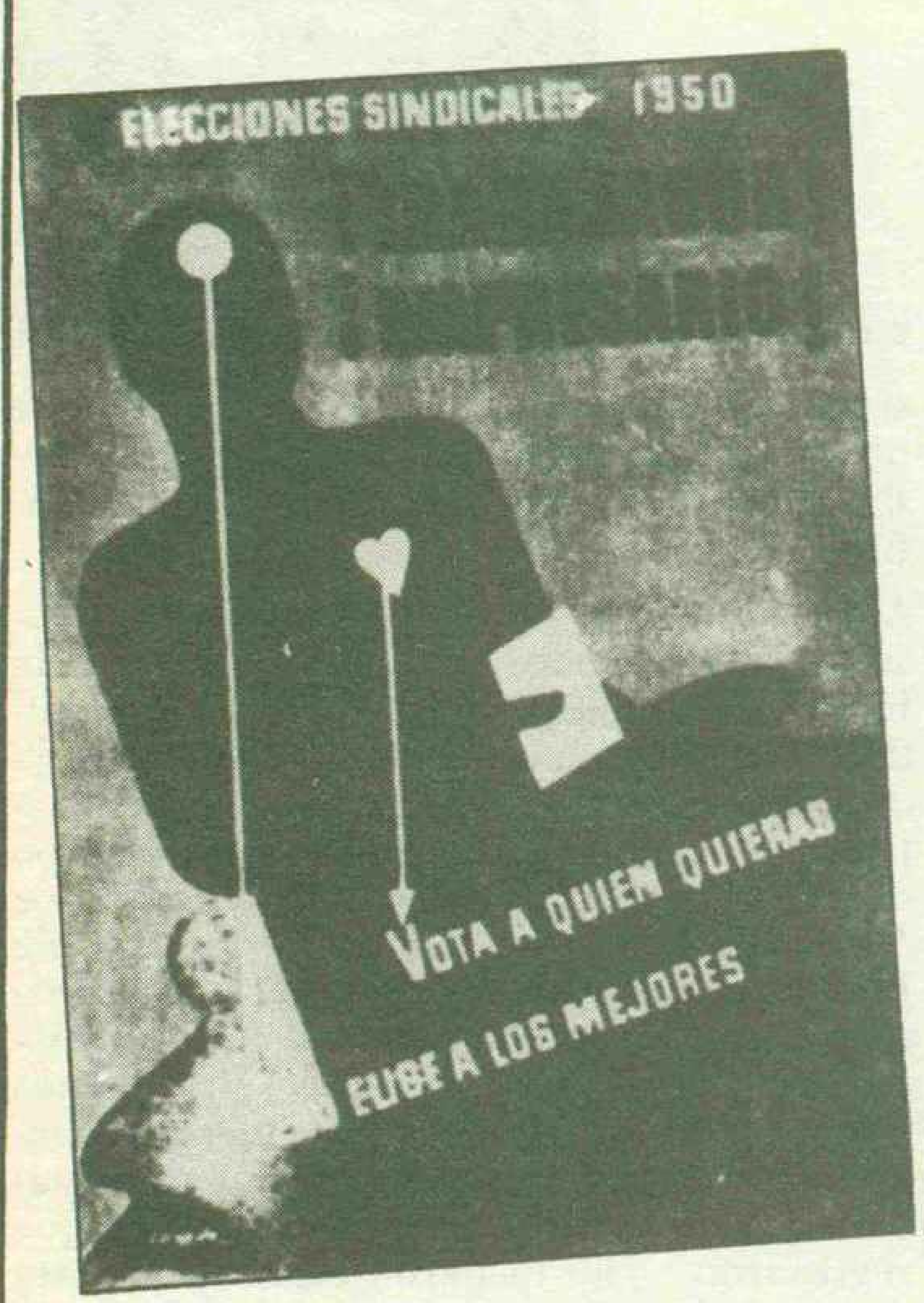
El tipógrafo de Boe.

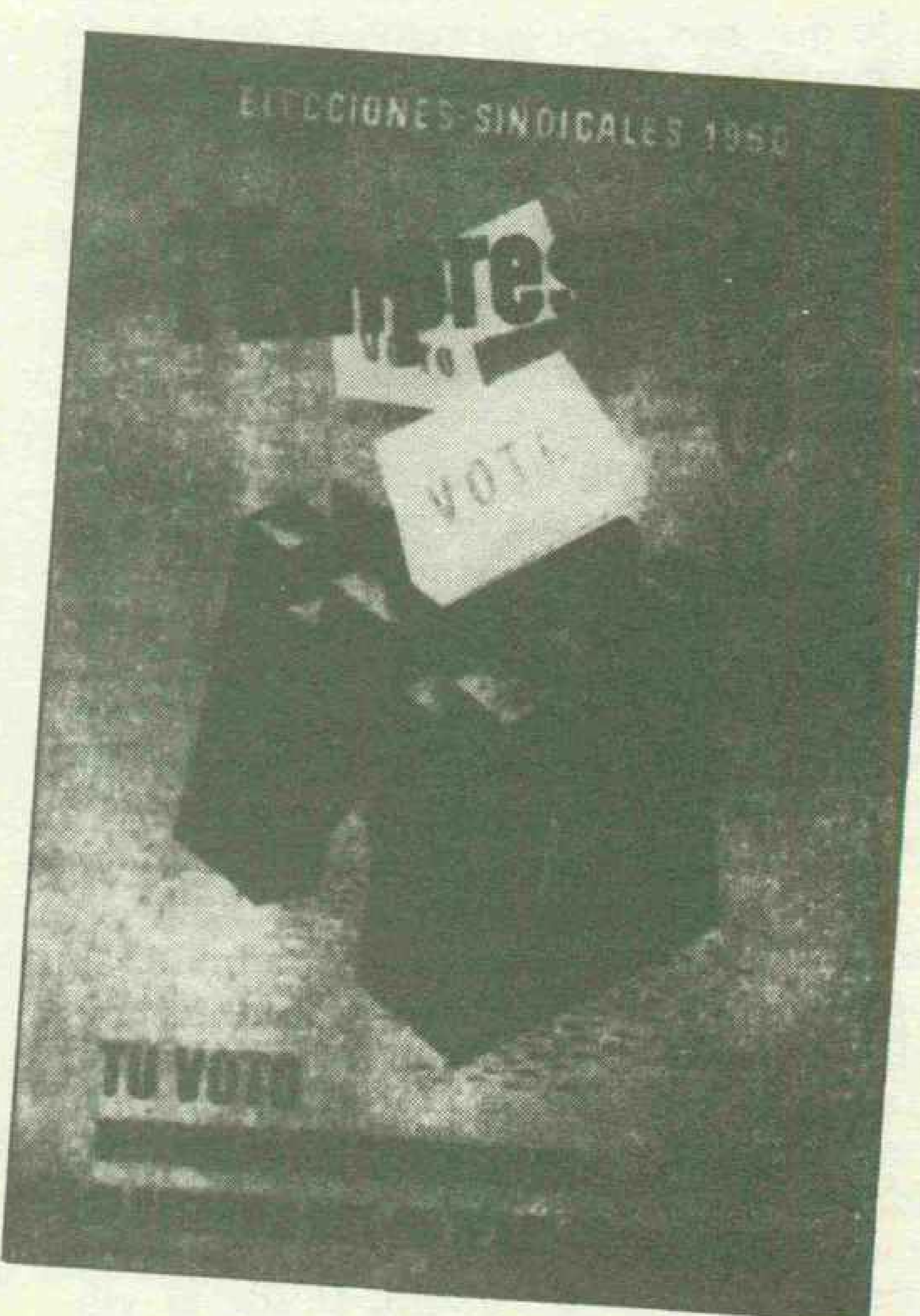
Al fin, el país al decir unánime de la prensa, respira. Todos los miembros de la banda de Bonnot están muertos o detenidos. Ahora Francia se podrá dedicar a la organización de otras matanzas más patrióticas: las que comenzarían en el verano de 1914 y no terminarían hasta el otoño de 1918. Repitiéndose entonces lo que Anatole France había proclamado a raíz de la primera gran confrontación bélica entre alemanes y franceses, en 1870; «Los vimos marcharse a la guerra alegremente, entonando, con gran fervor, nuestros cantos patrióticos. Pero, cuando regresaron —los que regresaron—, no tardaron en darse cuenta de que habían ido a la guerra a defenderlo todo menos la Patria». ■ **E. P. P.**



Edouard Carouy.

¡LABRADOR! ¡GANADERO! ¡INDUSTRIAL! ¡COMERCIANTE! ¡TRABAJADOR!





EL DOMINGO 15 DE OCTUBRE

SE RENUEVAN POR TRES AÑOS TUS REPRESENTANTES EN TODAS LAS JUNTAS SINDICALES. DE ELLOS SALDRAN LOS JEFES DE HERMANDADES Y SINDICATOS, LOS CONCEJALES Y LOS PROCURADORES SINDICALES EN CORTES

TU INHIBICION PUEDE FACILITAR EL PASO A LOS INCAPACES, A LOS DESHONESTOS

SI DESERTAS HOY, NO CRITIQUES MAÑANA

¡VOTA EL 15 DE OCTUBRE!



LOS ESTADOS UNIDOS APOYARAN EN LA O. N. U. LA PROPUESTA DE CANCELACION DE LOS ACUERDOS ADOPTADOS CONTRA ESPAÑA EN 1946

La U. R. S. S. envió a nuestro país aviadores suyos, disfrazados comp miembros de la Cruz Roja Internacional durante nuestra guerrra

Flushing Meadows 9. (Crónica radiotelegráfica de nuestro corresponsal.) El sábado, por la tarde, quedó ultimado y redactado definitivamente aquí el texto de la propuesta hispanoamericana y filipina para la normalización de relaciones diplomáticas con el Gobierno de Madrid y la entrada de España en las agencias técnicas de las Naciones Unidas. La propuesta, redactada con directa sobriedad, se limita a proponer la cancelación de los acuerdos de 1946, por los cuales se quiso boicotear diplomáticamente a España y cerrarle las puertas de las agencias especializadas de la O.N.U.

La parte dispositiva de la propuesta tiene dos puntos: el primero pide «la revocación de la recomendación de retirada de embajadores y ministros de Madrid, contenida en la resolución número 39 de la Asamblea General, aprobada en 12 de diciembre» del citado año; el segundo, la revocación « de la recomendación encaminada a impedir la participación de España en las agencias internacionales establecidas o relacionadas con las Naciones Unidas», resultado de la referida resolución de 1946.

Los países firmantes de la propuesta son: Bolivia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Perú y Filipinas. La propuesta ha sido incluída en el orden del día del Comité Político Especial para que éste la discuta y eleve dictamen a la Asamblea General. Este Comité —que preside nuestro grande y elocuente amigo D. Víctor Andrés Belaúnde, jefe de la delegación peruana— y el Comité Político número 1, forman el núcleo central de los asuntos de carácter político que tiene ante sí este año la Asamblea General. El número 1 discutió y aprobó la semana pasada la importante propuesta de las ocho potencias sobre Corea. Ha iniciado hoy la discusión sobre las propuestas norteamericanas y chilena para convertir a la Asamblea General en un instrumento efectivo de acción ante la eventualidad de paralización del Consejo de Seguridad por el veto ruso; tratará luego la delicada cuestión de Formosa, la de la protesta del Gobierno de Peiping contra Estados Unidos y, en fin, la del ingreso de la China roja en la O.N.U. en sustitución de la China nacionalista. El Comité Político especial —número 2— Tiene en su orden del día el problema de los derechos humanos en Hungría, Bulgaria y Rumania, actualmente en discusión; la internacionalización de Jerusalén y la propuesta de normalización de relaciones diplomáticas con España.

Hace unos días, el departamento de Estado informó al ministro encargado de Negocios de España en Washington, Sr. Propper de Callejón, que Estados Unidos, siguiendo la pauta señalada por la declaración de Acheson, de enero de este año —este corresponsal informó ampliamente de dicha declaración en su momento—, apoyará en la O.N.U. la propuesta de cancelación de los acuerdos de 1946. A la salida del departamento de Estado, donde había sido citado a tal efecto—, el competente diplomático español fue abordado por los periodistas, que le esperan en los pasillos, y uno de ellos preguntó:

—Señor ministro, ¿está resuelta la cuestión española?

—No tengo nada que decir —contestó el encargado de Negocios—, porque para nosotros no existe «cuestión española...».

Evidentemente, Propper de Callejón tenía razón. La «cuestión española» no existe para nosotros, españoles. Existe para los demás, para los que la crearon en 1946, y son los demás, no los españoles, los que tienen que resolverla y eliminarla de una vez—, «si esto de la O.N.U. es en serio», como diría el senador Pat McCarran en la terminología internacional de las relaciones entre los Estados, y, sobre todo, del es-

píritu de las Naciones Unidas, donde nació.

Que existe para los demás lo prueba con brillante elocuencia esta propuesta, pendiente de debate, en el Comité número 2, y el mismo proceso de la «cuestión española» en los anales de la O.N.U. En 1946 —el año de la oleada socialista en Europa y en el Commonwealth británico—, España era un «peligro para la paz»; en 1947 seguíamos siéndolo, pero ya con muchas reservas; en 1948, consideró preferible encarpetar la cuestión y no hablar más de ella; en 1949, tres países —Bolivia, Colombia y Brasil— iniciaron la contraofensiva en la Asamblea General para acabar con aquella situación, y les faltaron cuatro votos para rematarla; hoy, en 1950, no tres, sino ocho países, firman la propuesta para poner punto final a la «cuestión española» en la O.N.U. el problema, esta vez, ha sido, no el de buscar firmas para avalar la propuesta, sino el de unificar las cinco iniciativas y los textos diferentes que se han producido aquí para acabar de una vez con la entelequia y devolver a las Naciones Unidas —que están avanzando por un saludable camino de realismos— a sus responsabilidades.

En 1949, la propuesta tripartita fue derrotada por el último presidente socialista que ha tenido la O.N.U., que fue Evatt, de Australia. Fue la «flecha del parto» del socialismo internacional contra España. Hoy, en 1950, en la presidencia de la Asamblea General se encuentra Entezan, el jefe delegado del Irán, y en la del Comité Político número 2, Víctor Andrés Belaúnde. El inmenso peligro y la increíble capacidad de maniobra de un burócrata socialista investido con un cargo presidencial han sido eliminados. El espíritu de la O.N.U. se está modificando radicalmente y de prisa. El planteamiento objetivo y sin doctrinarismos partidistas de la «cuestión española» en la O.N.U. es decididamente posible hoy. Ocho países, en lugar de tres —y entre las ocho una de las naciones más despiertas y activas en el renacimiento asiático, Filipinas—, toman hoy la iniciativa española. Estados Unidos está comprometida a votar en favor de la propuesta. El camino, pues, es mucho más claro. Pero sería temerario ignorar, no la batalla de frente del enemigo —que ya no puede darla—, sino el paqueo de los francotiradores, la guerra de guerrillas que todavía espera por estas encrucijadas.

Decía «Pravda», de Moscú, el día 5: «Estados Unidos trata de hacer entrar a España en la O.N.U. Estados Unidos está violando el espíritu de las decisiones de las Naciones Unidas contra España...»
—José María MASSIP.

FOLLETO NORTEAMERICANO ACERCA DE UNA ACTITUD ESPAÑOLA

Washington 9. El Departamento de Estado ha dado a la publicidad un folleto en el que se reproducen documentos oficiales recogidos a los alemanes. En ellos se demuestra que, a pesar de la ayuda prestada a los nacionalistas españoles durante la guerra civil española, Alemania tropezó con grandes dificultades para lograr a cambio concesión alguna, dice la Agencia United Press.

Un destacado personaje ha dicho que los documentos prueban claramente que el Generalísimo Franco se preocupó esencialmente en la guerra de los propios intereses españoles, con preterición de los de cualquier potencia o ideología.

FILIPINAS SE SUMA A LA PROPUESTA FAVORABLE A ESPAÑA EN LA O.N.U.

- *El presidente Quirino afirma que su país «dirige de nuevo su cordialidad a la Madre Patria»*
- *Críticas a la abstención de la Delegación cubana*

Nueva York 10. «Filipinas se une a siete Estados hispanoamericanos en la petición de que sea revocada la decisión del año 1946 sobre España». Con este título, el «New York Times» **da cuenta de que Filipinas se ha unido a la petición hecha a la Asamblea General de las Naciones Unidas por Bolivia, Costa Rica, República Domonicana. El Salvador, Honduras, Nicaragua y Perú, para que sea revocada la citada decisión.**

El periódico, después de aludir a la reunión celebrada por los jefes de las delegaciones de dichos países, y en la que se refundieron varias propuestas sobre el mismo asunto, y de decir que esta proposición conjunta forma parte de una serie de peticiones formuladas durante los pasados dos meses por los países miembros de las Naciones Unidas y de habla española, añade: «El problema de las relaciones con el Gobierno de España ha sido una constante pesadilla en las sesiones de las Naciones Unidas, y los países hispanoamericanos se han mostrado cada vez más opuestos a cumplir las disposiciones tomadas contra Madrid y aprobadas por la Asamblea ante la insistencia, principalmente, de la Unión Soviética.»—Efe.

MANIFESTACIONES DEL PRESIDENTE QUIRINO

Manila 10. El presidente de la República ha dicho ante el Congreso Hispanista que se está celebrando en esta capital que Filipinas adoptará en la O.N.U. una actitud favorable a España. El Sr. Quirino, en el discurso que pronunció ante los congresistas, hizo cálidas afirmaciones de amor a España y subrayó que Filipinas independiente dirige de nuevo su cordialidad a la Madre Patria. A la inauguración asistieron también varios miembros del Gobierno, el arzobispo de Manila y el anciano general Aguinaldo, caudillo de la independencia filipina.

El ministro de Educación Nacional habló para poner de relieve el legado religioso y cultural que la Madre Patria ha dejado a Filipinas.

El ministro de España, Sr. Gullón, agradeció al presidente de la República sus manifestaciones de afecto a la nación española y evocó los lazos que unen a ésta con Filipinas.—Efe.

LA ABSTENCION DE CUBA

La Habana 10. Comentando la abstención de la Delegación cubana al ser votada en la Comisión general de la O.N.U., la propuesta dominicana sobre España, el «Diario de la Marina» **dice que «prácticamente fue Cuba el único país que lo hizo», y pregunta: «¿Por qué ha inferido Cuba esta ofensa gratuita y completamente injustificada a España, cuyo Gobierno ha dado tantas y tan definidas muestras de amistad hacia la República cubana?»**

(«ABC», 11-X-1950.)

Según dichos documentos, en cierto momento —se agrega—, el mariscal Goering amenazó con enviar un alto funcionario alemán a Salamanca para que pusiera «una pistola al pecho de Franco», a menos que éste accediera a ciertas concesiones comerciales a Alemania.

Los documentos en cuestión han estado en secreto hasta ahora. Constituyen parte de una serie de publicaciones oficiales emprendidas con miras a la Historia. El material citado fue hallado en Alemania después de la victoria aliada.

Una de las partes más interesantes de esta documentación se refiere a la negativa del Generalísimo Franco a que Goering participara en el desfile de la victoria nacional española al final de la guerra civil.

El último documento, que adopta la forma de editorial, demuestra que Hitler y Mussolini no se mostraban satisfechos de la actitud del Generalísimo Franco en la segunda guerra mundial. Esta parte corresponde a un documento que será publicado más tarde.

HOY SE DISCUTIRA EL «CASO» DE ESPAÑA EN LAS NACIONES UNIDAS

- *Se le ha concedido prelación sobre las cuestiones de Jerusalén y Eritrea*
- ***Alegato hispanófilo del general Rómulo, en Río***

Lake Success, 26. La Comisión Política especial de la Asamblea general de las Naciones Unidas ha decidido hoy iniciar, mañana, viernes, el debate sobre la propuesta hispanoamericana para la derogación de la resolución de 1946 acerca de las relaciones diplomáticas con España.

La cuestión planteada fue la de conceder prioridad a la cuestión española sobre la del futuro de Jerusalén, Eritrea y el trato a los indios en Africa del Sur.

La propuesta de dar prioridad a la cuestión española fue presentada por el delegado dominicano, D. Enrique Marchena, apoyado por el delegado salvadoreño, Héctor David Castro. El Sr. Marchena, cuya delegación es una de las que patrocinan la propuesta favorable a España, señaló que de sobra es sabido que se llegará a una decisión rápidamente y con un debate que ocupará un mínimo de tiempo. El representante de El Salvador mostró su conformidad con las manifestaciones del delegado dominicano. También el delegado británico se mostró conforme con dar prioridad al debate sobre la citada propuesta. En contra votaron Rusia y sus satélites. El delegado polaco intervino para oponerse a la propuesta.

Se decidió después que la cuestión de Jerusalén fuera debatida a continuación y, seguidamente, el futuro de Eritrea.—*Efe.*

«LA PRIMERA DERROTA DEL COMUNISMO SE REGISTRO EN ESPAÑA»

Río de Janeiro, 26. «La primera derrota militar del comunismo no ha sido en Corea, sino en España en 1939», ha declarado el general Carlos Rómulo, ministro de Asuntos Exteriores de Filipinas, en un discurso pronunciado en Río de Janeiro.

Rómulo, que fue presidente de la Asamblea general de las Naciones Unidas el año pasado, manifestó que si no se hubiera llevado a cabo la firme decisión de las Naciones Unidas de rechazar la agresión comunista en Corea, las «llamas que han asolado la península se hubieran extendido a toda Asia Oriental y hubieran provocado en fecha no lejana una nueva conflagración mundial».

Puso de relieve también que ha llegado el momento de que las Naciones Unidas rectifiquen los errores cometidos en 1945. Citó entre éstos el hecho de que las Naciones Unidas hayan permanecido desarmadas, mientras los ejércitos comunistas se preparaban intensamente, y el veto, como privilegio de las grandes potencias, y que paraliza cualquier acción de las Naciones Unidas.

Añadió que todas las naciones del mundo que estén dispuestas a cooperar contra la agresión, debían figurar en las Naciones Unidas, e insistió enérgicamente en la necesidad de que España sea admitida en dicha organización internacional.—*Efe.*

(«ABC», 27-X-1950.)

COMO DISFRAZO LA U.R.S.S. SU AYUDA AL GOBIERNO ESPAÑOL ROJO

En documentos se afirma —dice la United Press— que los aviadores rusos desembarcaron en la España republicana disfrazados de miembros de la Cruz Roja Internacional. El cónsul general alemán en Barcelona, Docher, decía en septiembre de 1936: «He sabido de fuente fidedigna que treinta y siete aviones, de los cuales ya han sido montados siete, fueron desembarcados por los rusos hace una semana en un pequeño puerto español; también llegaron treinta aviadores rusos como miembros de la Cruz Roja Internacional.»

El encargado de Negocios alemán en la España republicana, Hans Voelkers, afirmó que el barco soviético *Neva* había llegado a Alicante disfrazado como barco de víveres, pero que, según un funcionario del puerto de Alicante, descargó 1.300 cajas que, aunque rotuladas «pescado», contenían fusiles, y más de 4.000 que, rotuladas «carne», contenían municiones.

En un mensaje del ministerio alemán de Asuntos Exteriores, el embajador alemán en Moscú, conde Von der Schulenburg, decía en octubre de 1936 que el Consulado en Odesa había informado de la salida del mercante *Transbalt*, con cargamento de armas recubiertas de víveres y madera con destino a España; añadía que la tripulación del barco se había negado a cargarlo, y fue sustituída en su totalidad por miembros del partido comunista.

En octubre de 1936, el cónsul alemán en Barcelona informó al ministerio alemán de Asuntos Exteriores de la llegada a Cartagena de veinte aviones rusos con tripulantes y mecánicos soviéticos. Añadía el cónsul: «Los rusos han rechazado la ayuda del Gobierno español y colaboración con él, y trabajan aislados en su propio aeropuerto. También han entregado un tanque, cuya velocidad es de 60 kilómetros. Para acelerar su trabajo, los rusos se han traído sus coches. Han rechazado la colaboración con el Gobierno español porque anteriormente comprobaron que no era satisfactoria.»

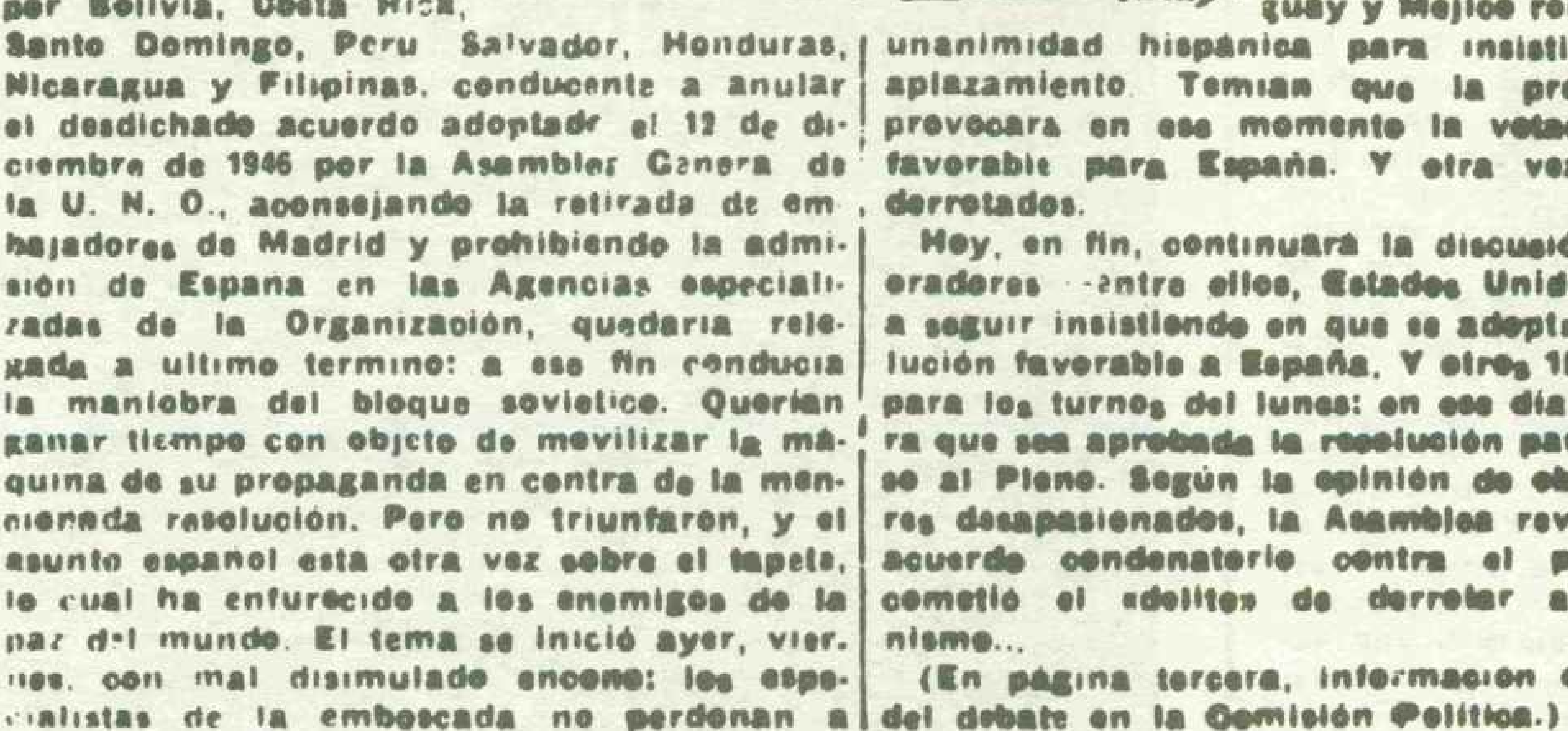
El Consulado alemán en Odesa informó en noviembre de 1936 de la descarga durante casi toda la noche de un barco extranjero, que estuvo muy vigilada, y añade: «Cabe suponer que se descargó oro español y otros efectos de valor. Se cree que se trata de setenta toneladas de oro. La noticia procede de círculos navieros, y, por tanto, puede considerarse cierta.»—*Efe.*

JUSTICIA para ESPAÑA

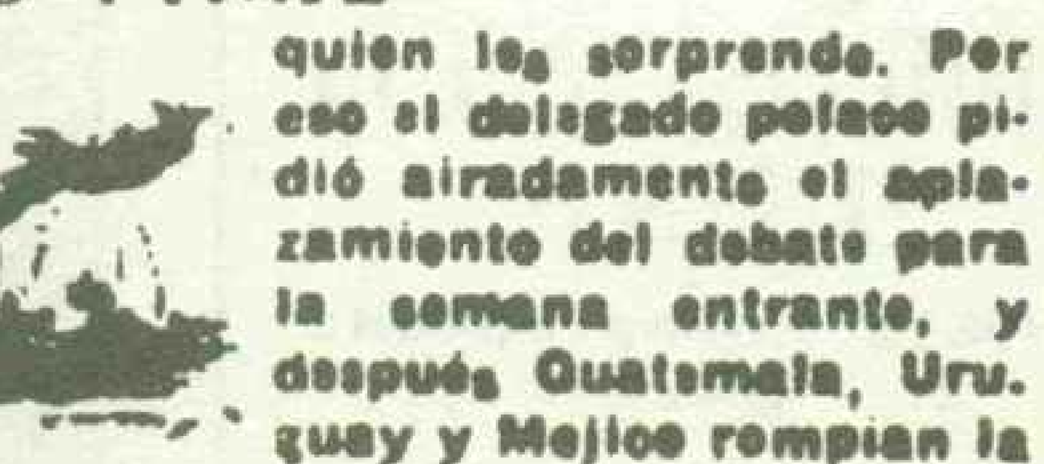


PIDIERON AYER los oradores ante la Comisión Política de la U. N. O.

LAS MANIOBRAS ROJAS NO TUVIERON EFECTO. — LOS OBSERVADORES CREEN EN EL TRIUNFO FINAL



LAKE SUCCESS (Nueva York), 28. (Crónica radiotelegráfica de nuestro corresponsal, Adolfo Echevarría.) — Parecía que la resolución patrocinada por Bolivia, Costa Rica, Santo Domingo, Perú, Salvador, Honduras, Nicaragua y Filipinas, conducente a anular el desdichado acuerdo adoptado el 12 de diciembre de 1946 por la Asamblea General de la U. N. O., aconsejando la retirada de embajadores de Madrid y prohibiendo la admisión de España en las Agencias especializadas de la Organización, quedaría relegada a último término: a ese fin conducía la maniobra del bloque soviético. Querían ganar tiempo con objeto de movilizar la máquina de su propaganda en contra de la mencionada resolución. Pero no triunfaron, y el asunto español está otra vez sobre el tapete, lo cual ha enfurecido a los enemigos de la paz del mundo. El tema se inició ayer, viernes, con mal disimulado encono: los especialistas de la emboscada no perdonan a quien les sorprende. Por eso el delegado polaco pidió airadamente el aplazamiento del debate para la semana entrante, y después Guatemala, Uruguay y Méjico rompían la unanimidad hispánica para insistir en el aplazamiento. Temían que la presidencia provocara en ese momento la votación tan favorable para España. Y otra vez fueron derrotados.



Hoy, en fin, continuará la discusión: cinco oradores —entre ellos, Estados Unidos— van a seguir insistiendo en que se adopte la resolución favorable a España. Y otros 15 quedan para los turnos del lunes: en ese día se espera que sea aprobada la resolución para su paso al Pleno. Según la opinión de observadores desapasionados, la Asamblea revocará el acuerdo condenatorio contra el país que cometió el «delito» de derrotar al comunismo...

(En página tercera, información detallada del debate en la Comisión Política.)

(«*Informaciones*», 28-X-1950.)

«YA ES HORA DE QUE LAS DEMOCRACIAS RECONOZCAN A ESPAÑA»

Francfort 9. El alto comisario francés en Alemania, André François Poncet, ha dicho hoy que cree que España debe ser admitida en la familia de las naciones occidentales. Hizo resaltar que esa opinión es personal y no representa la política oficial del Gobierno francés. «Si la Europa Occidental es democrática, ¿cómo puede dejar fuera a un país como España? Ya es hora de que las democracias reconozcan a España.»

Agregó que ha sostenido esa opinión durante dos o tres años y que es lástima que España no sea miembro de la O.N.U. ni del Consejo de Europa. «Hay esperanzas —prosiguió— de que un día llegue a encontrarse la forma de admitir a España en esas dos organizaciones.»—*Efe.*

(«ABC», 10-X-1950.)

18.000 personas quieren ir a la LUNA

NUEVE HORAS DURARA EL PRIMER VIAJE



Dieciocho mil personas se han inscrito ya en el planetarium de Nueva York —dice nuestro corresponsal— para el viaje a la luna. Parece que el viaje durará nueve horas, si el cohete interplanetario se desplaza a una velocidad de 40.000 kilómetros por hora.

(Agencia «EFE», 10-X-1950.)

8 PAISES HISPANOAMERICANOS pidieron JUSTICIA para ESPAÑA

4 AÑOS después

en la Comisión Política de las Naciones Unidas

Y OTRAS NACIONES SE SUMARON INMEDIATAMENTE A LA PROPUESTA

HABRA UNA GRAN MAYORIA FAVORABLE EN LA VOTACION FINAL. DESPUES, LA PROPUESTA PASARA AL PLENO DE LA ASAMBLEA

LAKE SUCCESS, 28. Ayer comenzó el debate sobre España en la Comisión Política especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ocho naciones hispanoamericanas habían presentado la propuesta para la anulación de las sanciones diplomáticas impuestas en 1946.

El primer orador fue Díaz Ordóñez, delegado dominicano. Expresó que la labor de las Naciones Unidas debe ser en este momento un momento de [illegible] graves inquietudes morales perseguidos por la amenaza de guerra y buscando ansiosamente la paz [illegible] de consolidar a todos los países con un mismo anhelo de paz, concordia y bienestar espiritual. «Las Naciones Unidas se desviarán de sus nobles propósitos esenciales si se empeñan en mantener en el mundo dos clases de naciones: las amparadas y las protegidas, las privilegiadas y las desamparadas.» Y en consecuencia solicitó la resolución favorable a España, imprescindible para la defensa de la civilización occidental.

PERU Como la República Dominicana, el Perú, representado por Fernando Berckemeyer, abogó por la resolución a favor de España. «Es inconcebible e inaceptable la política de doble faz que hemos seguido con el Gobierno español, con una mano le arrebatamos la guerra y con otra le firmábamos acuerdos y tratados comerciales.» Acusó de injusta la resolución del Consejo de Seguridad, en el sentido de que España era un peligro para la paz.

EL SALVADOR Manteniendo el mismo punto de vista, el delegado salvadoreño, Castro, alegó que el choque de intereses políticos que había determinado la resolución contra España estaba perjudicando a la Humanidad, y que los Gobiernos deben tener derecho a disponer de sus relaciones diplomáticas sin intervención extraña.

BOLIVIA «El caso de [illegible] es un acto de tolerancia, el caso de España presenta ahora la oportunidad de poner en práctica esa doctrina de las Naciones Unidas», dijo el delegado boliviano Eduardo Anze, que pidió enérgicamente que se pusiera fin a la recomendación de 1946.

COSTA RICA Dijo [illegible] Costa Rica para la revocación de las sanciones diplomáticas contra España: 1.º El establecimiento y forma de Gobierno son asuntos de jurisdicción interna. 2.º Las recomendaciones de 1946 son contrarias a la Carta y suponen una intervención en la política exterior de los Gobiernos a quienes fueron dirigidas. 3.º Ninguna decisión de la U. N. O. sobre admisión o reconocimiento de algún Estado no debe tener efecto en las relaciones directas entre los países. 4.º El establecimiento de relaciones diplomáticas no implica juicio alguno sobre un Gobierno, y 5.º Debe haber una distinción entre la U. N. O. y sus organismos, por una parte, y los países individuales, por otra.

TURQUIA A las seis y veinticinco de la tarde, hora española, se suspendió la sesión, que volvió a reanudarse a las nueve de la noche. El delegado turco, Nuri Birgi, fue el primer orador de esta segunda parte y se sumó a la propuesta hispanoamericana, prometiendo para ella el voto de su país. «Esto es lo menos que podemos hacer por España; no tengo por qué ensalzar aquí, ni quiero, la gran importancia moral y material del noble pueblo español.» Pidió que la resolución fuera aprobada por unanimidad.

BRASIL Joao Carlos Muniz, del Brasil, pidió también la resolución favorable a España. Recordó que el Brasil ya lo había señalado así en 1946; la U. N. O. limitó en 1946 la soberanía de las naciones, y les impidió cuidar sus intereses.

HONDURAS El delegado de Honduras, Tiburcio Carías, se manifestó en el mismo sentido e hizo resaltar la aportación que podría ofrecer España a los organismos especializados de la U. N. O.

FILIPINAS «En 1946, una mayoría de los Estados miembros se comprometieron a hacer entrega de una importante parte de sus derechos soberanos al dar su voto a la recomendación para retirar los embajadores de Madrid», dijo el delegado filipino, Salvador López, al expresar el deseo de su país de que acabe la situación anómala.

POLONIA El delegado polaco intervino para pedir que el debate fuese aplazado hasta el lunes. Los delegados de Australia y Argentina se opusieron. La propuesta polaca fue puesta a votación y resultó derrotada por 34 votos en contra, seis a favor y seis abstenciones.

HAITI El siguiente orador fue el delegado de Haití, Joseph L. Déjean; prometió el voto de su país a favor de la resolución hispanoamericana, alegando que la resolución de 1946 fue una intervención en los asuntos internos de Estados independientes.

NICARAGUA Igualmente, la Nicaragua, representada por José Ramón Terán, apoyó la propuesta y recordó que la neutralidad española había ayudado al triunfo de los aliados en la guerra.

COLOMBIA El delegado de Colombia, Eliseo Arango, dijo que su país ha considerado la resolución antiespañola de 1946 como un documento incongruente desde el mismo momento en que fue puesto en vigor y pidió la reanudación de relaciones diplomáticas con España como un acto de derecho positivo.

GUATEMALA Con el apoyo de Polonia y Méjico, Guatemala intentó otra vez el aplazamiento del debate hasta el lunes. Se produjo un áspero cambio de palabras entre el delegado guatemalteco y el presidente de la Comisión (Belaunde, del Perú). Puesta a votación la propuesta de aplazamiento, fue derrotada por 31 votos en contra, 10 a favor y 17 abstenciones.

PAKISTAN Resueltamente habló el delegado del Pakistán, sir Mohammed Zafrullah Khan. Apoyó la petición hispanoamericana: «El Gobierno español está demostrando ahora ser más estable de lo que nunca ha sido», dijo. «Todo país tiene libertad completa para adoptar cualquier sistema político, social o económico que su pueblo prefiera. España no ha participado en agresión alguna. El Gobierno español es aceptado por una gran mayoría del pueblo español.» Estas fueron sus principales frases.

(«Informaciones», 29-X-1950.)

EL JEFE DEL ESTADO, ACOMPAÑADO DE SU ESPOSA, LLEGO AYER EN AVION A SIDI IFNI, EN EL AFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA

Los ministros de la Gobernación, Aire, Industria y Comercio y Obras Públicas figuran en su séquito

«NUESTRA AMISTAD—DIJO SU EXCELENCIA ANTE LOS INDIGENAS—ESTA SELLADA CON NUESTRAS SANGRES, QUE CORRIERON JUNTAS»

Visitó el Generalísimo los edificios oficiales creados por la administración española

Cambió palabras de amistad con el jefe espiritual de los pueblos indígenas

Un brote, florido y fragante, de la España eterna

Sidi Ifni, 19. (Crónica de Joaquín Arrarás.) Sidi Ifni vive desde hace unos días en gozosa inquietud. La noticia de la visita de Franco se ha propagado por todo el territorio de nuestra soberanía y más allá de los arenales del desierto. Como feliz anticipo y augurio, ha llovido. No podían soñar los indígenas mejor regalo: la lluvia en una región donde sólo cae cada ocho o diez meses. Ello asegura el pasto para los ganados y las posibilidades de siembra.

No hay bendición ni lotería como ésta para un sahariano.

Afluyen sin cesar caravanas con algarabía de gritos y música, de flautas y panderos, caravanas atraídas por Sidi Ifni, transformado en el más absorbente y mágico espejismo de todo el Africa Occidental.

Para estas gentes sencillas y nobles, Franco es el mensajero superior amigo de la tierra y de las gentes del Islam, que viene a dar testimonio del interés y del cariño de España por estas zonas que pertenecen a su soberanía.

Jamás nuestra Africa Occidental conoció el privilegio de que un Jefe de Estado español la visitara para hacer efectiva y visible con su presencia la realidad de la posesión y de los derechos inherentes a la misma.

Por eso Sidi Ifni tiene hoy una nueva fisonomía y se ve invadido por estas muchedumbres alborozadas y bulliciosas, que alzan un clamor que se eleva recto y fervoroso, hecho de ansiedad y de impaciencia. El clamor del Africa Occidental española, al borde de dos infinitos: el Atlántico y el Sahara.

«Mi mayor satisfacción la veo hoy cumplida», ha dicho Franco, al comenzar su discurso ante la muchedumbre, congregada en la plaza de España de Sidi Ifni.

Ilusión, con ilusión se paga, y los reunidos para escuchar al Caudillo le corresponden con la misma moneda. Cerca de nueve mil bereberes han llegado a Sidi Ifni atraídos por el nombre de Franco; para ello, muchos hubieron de hacer travesías a pie hasta de cincuenta kilómetros; la mayor parte, invirtieron la noche en el camino.

Pero lo que veían y lo que Franco decía les compensaba de penalidades y sacrificios. Ifni, tierra de soberanía española, seguirá su marcha a ritmo creciente, como se desarrolla desde su fundación; el promedio de aumento es de 1.000 habitantes por año; pronto dispondrá de agua abundante y de un puerto pesquero para explotar la inmensa riqueza que el mar le ofrece. Escuelas y hospitales ya los tiene en servicio, y, a punto de florecer, industrias que aumentarán su vitalidad y garantizarán su futuro. Sidi Ifni es un cartel colocado en la costa de Africa Occidental para proclamar la política de realidades del régimen español y que únicamente es posible con un profundo conocimiento e identificación con el alma y el carácter del pueblo africano.

Franco no ha ocultado su gozo y su emoción al ver cumplida su gran ilusión de volver a tierras de Africa, donde vivió los años florecidos de su juventud y sintió la llamada misteriosa de esta tierra, que ha sabido cautivar con fuerza irresistible a tantos soldados, artistas y exploradores.

El cuadro que se ofrecía a sus ojos traía, sin duda, a su memoria, como lo probó con sus palabras, aquellos tiempos de lucha y esfuerzo por tierras del Norte. Todo contribuía a hacer más exacta la evolución, la presencia de las tropas aguerridas, estos magníficos soldados del Grupo de Tiradores de Ifni, que dieron 18.000 voluntarios a nuestra guerra; el cuadro eteroclítico, multicolor, de ifneños, tan semejantes a las gentes del Rif; el clamor de los unos y los gritos, más bien gorjeos, de las moras agolpadas en las terrazas. Africa, otra vez al cabo de catorce años, porque no se puede olvidar que en una ciudad africana: Tetuán, Franco proyectó las primeras batallas de nuestra Cruzada, que fueron decisivas.

Y algo más; en gran parte, el itinerario que ha seguido hoy es el mismo, pero en sentido inverso, que el que realizó el General en las horas iniciales e inciertas del Alzamiento, inciertas para todos menos para el que tenía el corazón y la voluntad inmune al desfallecimiento y a la duda. Las Palmas, Agadir, Casablanca, Tetuán fue el itinerario seguido por aquel inolvidable dragón, rápido co-

mienzo de un periplo que se cerrará en los viajes de estos días, de bien distinta manera. Lo que entonces sólo eran sueños de un alma apasionada por la grandeza de España, hoy se han trocado en realidades que desbordan hasta estos confines, donde por transfusión de sangre y espíritu se vibra y sienten como en la misma España.

Bien significativo es el hecho de que el General Franco haya querido asociar a su esposa a la gran alegría que le procuraba la visita al Africa Occidental española. Por su parte, la esposa sentía viva curiosidad por conocer estos territorios, aunque el viaje implicaba el bautismo del aire con un vuelo demasiado considerable como ensayo; lo soportó bien, y felicitó al piloto, Teodosio Pombo, «el mejor piloto del mundo», le llama Ignacio Ansaldo por la pericia con que condujo la nave.

Cuando el gigantesco pájaro se posó en el aeródromo, sonaron las músicas, aceleraron sus contorsiones los danzantes, prorrumpieron en ensordecedora gritería la gente, atronaron los cañones y cantaron jubilosas las campanitas franciscanas de Santa Cruz. Hasta el aire tenía un susurro optimista y de fiesta. Asomó Franco, ágil, con el rostro curtido de sol y aire sonriente.

España había batido su vuelo a 1.500 kilómetros de sus costas para solemnizar la fundación de Sidi Ifni. Se reproducían consignas modernas de la vieja estampa de la época imperial y ante nuestros ojos se alzaba, florido y fragante, un brote de la España eterna.

(«ABC», 24-X-1950.)

«DIGALE A MI ESPOSA QUE VOY A DAR UNA VUELTA POR AHI», FUE EL RECADO DE FRANCO CUANDO SALIO DE CANARIAS PARA INICIAR EL ALZAMIENTO

Entre aquella partida y este regreso han transcurrido catorce años

Santa Cruz de Tenerife 23. (Crónica de Joaquín Arrarás.) Franco, ya en el automóvil a punto de partir hacia el aeródromo de Gando, en Las Palmas, se dirigió a un ayudante y le indicó: «Dígale a mi esposa que voy a dar una vuelta por ahí.» Eran las dos de la tarde del día 18 de julio de 1936. Franco ha dado la vuelta y se encuentra otra vez en Canarias. Entre la partida y el regreso han transcurrido catorce años. ¡Y qué regreso el suyo, santo Dios!

A las diez de la mañana, desde el avión que nos traía de Villa Cisneros, hemos devisado la Escuadra rumbo a Santa Cruz de Tenerife. Tres cruceros en fila y seis destructores, tres a cada lado, avanzaban en majestuosa formación, dejando una estela rutilante en un mar de seda.

Es difícil expresar la ansiedad con que esperaba a Franco la población toda de la isla de Tenerife. El alcalde me aseguró que no había dormido nadie la noche última en la ciudad ni en el resto de la isla, pues estaba a la espera de esta hora, que marcaba el instante cumbre de una realidad no por dilatada menos segura.

Frente a la Capitanía General han desfilado las fuerzas de la guarnición, y luego, en medio de un estruendo jubiloso, a ratos frenético e irresistible, de gritos, aplausos y músicas, los vecindarios de los pueblos y grupos de danzarines, vestidos con los trajes multicolores y típicos, mientras trenzaban los bailes tradicionales y se elevaban las suspirantes notas de una «folía».

Desde que Franco ha traspuesto los umbrales de Canarias, que ha hecho brotar en su rostro la emoción que aparentaba, su corazón lloraba. Era el retorno tan anhelado a la casa solariega después de un incesante esfuerzo prolongado; catorce años, durante los cuales luchó con las más fieras tormentas en los mares de dentro y de fuera.

Al general García Escámez le dijo al entrar en el edificio: «Tengo deseos de ver mi despacho.» «Lo encontrará mi general, tal y como lo dejó», repuso García Escámez.

Poco después penetraba yo en aquella estancia con quien más íntima y directamente convivió con Franco en los días precursores del Alzamiento. Me refiero al entonces fiscal jurídico militar Martínez Fusé. Sentía mucha curiosidad por visitar estas habitaciones y su despacho de Las Palmas, que fueron, como alguien dijo. la Covadonga de la España actual. Me dijo Martínez Fusé, aparte ligerísimas reformas y algún detalle impropio, como estos ceniceros innecesarios para él, que no fuma. Una biblioteca con un diccionario enciclopédico, un tresillo forrado de cuero, una mesa de pinsapo, madera del país, un retrato del general Weyler y otro del general Gutiérrez, el vencedor de Nelson, que en Tenerife perdió su brazo y dejó su bandera cien veces victoriosa. Mientras con tan ilustre guía contemplaba la estancia histórica, oíamos los ecos de la marea popular, siempre creciente y arrolladora.

Cada vez que penetro aquí, me dice Martínez Fusé, veo al general en aquellos momentos decisivos. Franco, toda su vida esclavo de la disciplina militar,

sentía una vacilación, natural en un espíritu formado en el rígido magisterio castrente, al romper normas siempre respetadas hasta el último momento todo aquel forcejeo íntimo, reflejo exacto de la nobleza de un alma. Los hechos acabarían por imponerse sobre las últimas vacaciones. No quedaba ningún motivo para dudar: había que defender a España de los enemigos del interior y del exterior, como lo previene la ley constitutiva del Ejército.

La apoteosis constante vivida hoy en Santa Cruz de Tenerife atestigua que Franco eligió el camino verdadero; el pueblo de Tenerife le ha acogido no sólo como al Jefe de la nación, sino también con un afecto entrañable y familiar reservado en el fondo del corazón para el hijo que regresa triunfador después de acometer las más arduas empresas, la primera de las cuales fue la liberación de un enemigo ante cuyo poder fatídico turba ahora medio mundo.

Canarias esperaba a Franco. La espera ha sido larga y la impaciencia se ha trocado en satisfacción y gratitud propias de un pueblo supersensible como es el canario.

El Jefe del Estado se propone visitar las siete islas. Del otoño madrileño y de las desilusiones esteparias del Sahara hemos pasado a la tierra de vegetación exuberante en eterna primera. Yo, que me precio de conocer toda la península, ignoraba, para mi desgracia, las islas Afortunadas, y afirmo que todo peninsular con ambiciones turísticas debe considerarse un desheredado de los dioses mientras no se reconcilie con la luz y la belleza de estas provincias españolísimas, pues no en vano la leyenda y la fábula han situado en ellos la fabulosa Atlántida, el Paraíso terrenal, el Jardín de las Hespérides y la mansión de los justos, esforzándose la imaginación por buscar los seres ideales abatidos para poblar una tierra de fascinante hermosura.

(«ABC», 24-X-1950.)

En la Universidad de La Laguna

OFRENDA AL JEFE DEL ESTADO

Por la tarde, Su Excelencia el Jefe del Estado visitó las obras del nuevo edificio de la Universidad de La Laguna, situada a la entrada de la ciudad. Aguardaban la llegada del Caudillo el subsecretario de Educación Popular, el director general de Prensa, el delegado provincial de la Subsecretaria de Educación Popular, el alcalde de la ciudad, el prelado y otras autoridades y representaciones, así como los Claustros de profesores de los distintos establecimiemtos docentes de Tenerife. Frente a la fachada principal del edificio universitario formaron fuerzas de Artillería de la guarnición con bandera y banda, y las Milicias Universitarias. Los alrededores del edificio se hallaban invadidos por un gran gentío, entre el que destacaba una numerosa representación escolar. A la llegada del Generalísimo fue ejecutado el Himno Nacional, y rindieron honores a Su Excelencia las fuerzas de Artillería,que fueron revistadas seguidamente por el Jefe del Estado, acompañado de la primera autoridad militar de Canarias.

El alcalde de la ciudad, D. Narciso de Vera, hizo ofrenda del bastón de mando al Jefe del Estado. Dos señoritas ofrecieron sendos ramos de flores a la esposa del Generalísimo, doña Carmen Polo de Franco, y a la del ministro de la Gobernación. El Caudillo, en compañía de los ministros que con él han hecho el viaje hasta Tenerife, de las primeras autoridades y de las altas personalidades de su séquito, fue cumplimentado en lo alto de la esealinata central de la Universidad por los catedráticos y profesores allí congregados. Seguidamente, el rector magnífico de la Universidad, señor Alcorta Echevarría, pronunció unas elocuentes palabras de salutación al Caudillo y examinó luego el problema de la Universidad desde el punto de vista de servicio hacia la Patria.

(«ABC», 20-X-1950.)



«¿QUE HUBIERA SIDO DEL OCCIDENTE DE EUROPA Y DEL MUNDO EN GENERAL, EN ESTOS MOMENTOS, SIN NUESTRA CRUZADA?»

"Catorce años antes de que el mundo se diese cuenta de la necesidad ya eran los pechos y los brazos españoles los que rompían lanzas en defensa de la fe y de la civilización amenazada"

DISCURSO DEL JEFE DEL ESTADO, PRONUNCIADO DESDE EL BALCON DEL AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Entre aclamaciones de la multitud, Su Excelencia presenció un gran desfile cívico-militar y visitó el Cabildo y las instalaciones militares

Franco, en las islas de Hierro y la Gomera

Las Palmas 26. (Crónica de Joaquín Arrarás.) Otra noche de navegación por el mar de los Atlantes, bruñido y argentado por la luna, para despertar frente a El Hierro —así la llaman los canarios—, la isla más occidental del archipiélago. Ptolomco, en sus cartas, fijó en ella el primer meridiano, que durante siglos fue el primer límite del viejo mundo.

Se alza ante nosotros, como muralla de fortaleza inexpuznable, una montaña de color ocre. En el muro casi cortado a pico, colgadas mejor que sentadas, como palomares, una veintena de casas. Al pie de la isla, una cenefa de escorias volcánicas. Aquí los volcanes expulsaron hace siglos sus entrañas hirvientes.

Durante mucho tiempo, las pequeñas embarcaciones que se acercaban a la ensenada de la isla quedaban amarradas a una estaca, y ésta dio nombre más tarde al puerto, si tal puede llamarse, donde hoy desembarca Franco. ¡Qué asombro el de los terrenos que le aguardaban!

—Vengo —le dijo Franco al presidente del Cabildo— a cumplir un deseo vivamente sentido desde hace tiempo y a examinar los problemas de las islas.

Los problemas fundamentales de El Hierro son: puerto, carreteras y aguas. Sobre todo aguas. Hierro es la isla de la sed. Los pobladores de esta tierra castigada, reseca y asolada, sufren la alucinación producida por ese tormento. El ganado se muere. Las gentes emigran.

La falta de agua obsesiona hasta tal punto...

El inspector general de Obras Públicas de Canarias, señor Díaz de Bedoya, me refiere:

—Yo, en El Hierro, que visito con alguna frecuencia, jamás me atrevo a pedir un vaso de agua. Es que a veces ha fallado incluso para amasar el pan. El herrerero prefiere dar vino; la malvasía, un vino dorado y ardiente, que alcanza el honor de figurar en la mesa de los Reyes de Inglaterra y de ser mencionado por Shakespeare.

Franco, en el recorrido de la isla, ha llegado hasta Jinama, observatorio impar, desde el cual se contempla uno de los más hermosos panoramas de Canarias.

El vecindario de la isla, después de vivir unas horas de emoción, despidió con vítores y lágrimas al Caudillo.

En tres horas de navegación llegamos a Gomera. También esta isla ha pasado la edad de los rigores volcánicos. Más rica y dichosa que su hermanaEl Hierro, porque tiene agua. El agua en Canarias garantiza riqueza y felicidad. Por estotoda la lucha es por su busca y su conquista. El problema de la Gomera consiste en el embalse,

conducción y distribución del agua, que convertiría en feracísimos unos terrenos hoy yermos. Y a continuación, en la mejora de su puerto, para dar salida a sus productos. Sólo la Hermigua exportó el año último ocho millones de kilos de plátanos.

Colón eligió a la Gomera como escala en sus viajes a América. Aquí tomó gente, leña, aguada y provisiones de boca necesarias para continuar hacia su destino. De aquí sacó simientes y ganado para transportarlos a América. Por la Gomera pasaron también Alonso de Ojeda, Américo Vespucio, Hernán Cortés y cien otros descubridores y conquistadores, antes de emprender la travesía para su descomunal aventura.

La capital de la Gomera —San Sebastián—, con con una calle larga de sabor antillano o andaluz y una plaza sombreada por gigantescos laureles—, estaba vestida de fiesta y con rostro de satisfacción y de fiesta también el vecindario, que se consideró afortunado por haber visto y oído al Caudillo.

Las nieblas, y a ratos la lluvia, impidieron algunos actos preparados en La Hermigua, venturoso oasis en el interior de la isla. Sin embargo, Franco pudo contemplar el imponente paisaje de los barrancos, la tierra hendida a hachazos en la hora de los cataclismos geológicos, cuando los genios del horror modelaron la masa terrestre a su capricho.

De un lado a otro de estos barrancos, los hombres se entienden mediante un lenguaje modulado con silbidos, taquigrafía sonora inventada sin duda a impulso de la necesidad. Con tan original modo de expresión pueden comunicarse, salvando la distancia, los abismos.

Todo lo que Gomera tiene de típico, a genuino, de atractivo, ha sido presentado a Franco y ofrecido en generosos obsequios.

Todos sus grandes anhelos e ilusiones han sido expuestos también al Caudillo. Dios haga que Gomera las vea cumplidas.

(«ABC», 27-X-1950.)

SALVADOR DALÍ, otra vez BARCELONA

AUNQUE SIN BASTON NI GUIAS EN SU BIGOTE «POR QUE FUI SACRILEGO Y POR QUE SOY MISTICO», TEMA DE SU CONFERENCIA EN EL ATENEO. — LEERA TAMBIEN UNO DE SUS PRIMEROS CINCO POEMAS TEOLOGICOS

Barcelona, 19. La actualidad barcelonesa se centra sobre Salvador Dalí por sus discurridísimos nuevos decorados del «Tenorio», cuya obra están representando ahora los del María Guerrero de Madrid, y por la conferencia que pronunciara en el Ateneo sobre este tema: «Por qué fue sacrílego y por qué soy místico».

Pocas horas antes de la conferencia hemos abordado a este hombre original. No usa ya aquel bastón de piel de rinoceronte que llevaba como fetiche, ni luce largas guías en su bigote que él mantenía erectas a puro de engrasarlas con aceite de dátil. Me dice:

—Escuche esto, que es más bueno de lo que parece. De todas las enseñanzas preciosas de la morfología, una cosa es cierta: en la Naturaleza, cada forma es producida por un molde incorruptible; es decir, éxtasis.

La modestia —sigue diciendo—, no es mi especialidad; y mi ambición es ilimitada. Lo de ahora consiste en poder incorporar al misticismo español toda la experiencia que acumulé durante mi presencia en los movimientos de vanguardista, siguiendo en estos los pasos de Zurbarán y Valdés Leal.

—Pero, ¿por qué fue sacrílego y por qué es ahora místico?



—Realmente mi conversión era inevitable después de la crisis mística que padecí. El español es, en el fondo, un místico latente. En la conferencia, de fondo filosófico, pero no biográfico, leerá por primera vez uno de los cinco poemas teológicos que he escrito en Port Lligat, titulado así: «Atómica perfección de la Anunciación de la Inmaculada Concepción». Proyectaré también en colores el cuadro de la madona de Port Lligat, que acabo de terminar, y cuya figura es la de mi mujer, Gala. Es una copia del cuadro que enseñé al Papa. He introducido un elemento nuevo, que es el símbolo de la Eucaristía, representado por un pedazo de pan.

Dalí es desconcertante.

(«Informaciones», 20-X-1950.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

Ciento cincuenta aniversario:

Pissarro

Pintor de la libertad y patriarca del impresionismo

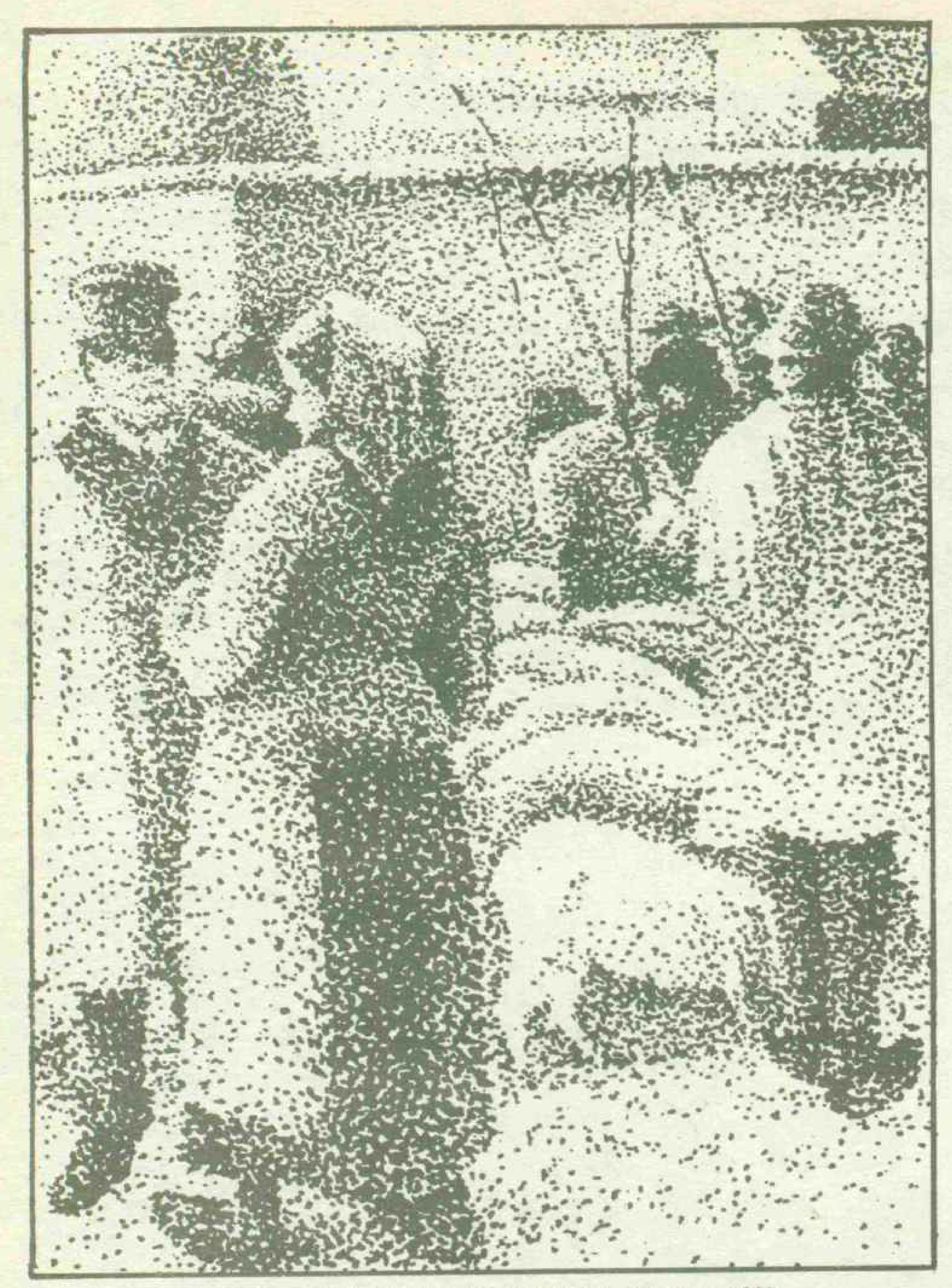
Ramón Sáez

«Pinten lo esencial en el carácter de las cosas, procuren hacerlo como sea posible, sin preocuparse del procedimiento pictórico. No lo hagan según los principios y reglas que lo exigen, pinten lo que ven y sienten. Pinten mucho, con expansión y confianza en sí mismo, sin socavar, conservando la primera impresión. No se intimiden ante la naturaleza, sean decididos, aun corriendo el riesgo de engañarse y cometer errores. Hemos de tener solamente un maestro: la naturaleza. Y con ella debemos consultar siempre».

Camille Pissarro



«Bulevar Montmartre», 1897



«La feria de Saint-Martin: vendedores de cerdos», 1886.

EN abril de 1874, un grupo de jóvenes pintores independientes, entre los que figuraban Pissarro, Monet, Renoir, Sisley, Cézanne, Degas, Guillaumin, Berthe Morisot, constituidos en «sociedad anónima», expusieron en París sus obras al margen del Salón oficial, en el estudio fotográfico de Nadar, instalado en el bulevar de los Capucines. Se preparaba una nueva andadura contra los principios convencionales del arte. París comenzaba a ser una fiesta para los insurgentes del **plein airisme.** ¿Hasta qué punto el bautismo de fuego del romántico Delacroix venía a convertirse en bautismo luminoso del natural? La muestra provoca el consiguiente escándalo y el periodista Leroy, en **Charivari**, llama irrisoriamente «impresionistas» a los expositores, tomando quizá la referencia de un cuadro de Monet titulado: «Impresión: sol naciente». Los expositores aceptaron sin inmutarse el calificativo y la palabra «impresionismo» se afirma con el uso hasta generalizarse en otros países.

El estímulo de pintar se hace norma inmediata. La palabra «impresionismo» avanza con sentido poco preciso. Y, según ciertos autores, cobra significados distintos en el aspecto técnico, estético y filosófico para profundizar cada vez más en las primeras sensaciones. Pero siempre cabe admitir su condición amplia y luminosa donde la libertad se encuentra plenamente representada. Es cierto que al impresionismo espontáneo de los primeros artistas le sucede el impresionismo doctrinal de los críticos. Y como siempre ocurre, la teoría edifica todo un sistema con lo que era en principio un ideal viviente.

Asomados ahora a los barandales del impresionismo a través del aniversario de Pissarro, uno de los pioneros más relevantes del grupo, vemos crecer y desarrollarse todavía esa fidelidad a los orígenes que hizo exclamar a Cézanne en punto a exigencias: «Pissarro es, entre todos los pintores, el que más se acercó a la naturaleza». Y tanto fue así, que era difícil encontrar fuera del pintor antillano un clima tan natural para poder señalar con justeza un movimiento que no solamente renovaba la visión, sino también la sensibilidad moderna, con la cual coincidían casi todos los artistas del grupo.

La generación impresionista, que nació entre 1830 y 1841, consigue exaltar desde los primeros momentos la libertad por los principios del **arte por el arte,** pero contando siempre con el entorno vital. La sincera y apasionada interpretación de la naturaleza, como parte integrante de una aspiración común, se hace notar en las palabras de Burty, crítico favorable de entonces: «En el procedimiento —decía—, reprodu-

cir la amplia luz del aire libre; en el sentimiento, la nitidez de la sensación primigenia». Eso era todo en principio.

Llegados desde distintos puntos geográficos, los futuros maestros del **plein air**, formaban una visión estremecida que hacía correr nuevas brisas por sus cuadros. Hacia 1860 se encuentran en la Academia Suiza de París los jóvenes Pissarro, Cézanne y Guillaumin; mientras en el Atelier Gleyre se nota la presencia de Monet, Renoir, Bazille y Sisley, en disposición de abrir nuevos rumbos a los postulados de Barbizon. ¿Qué pretendían pintar que no hubiese sido pintado? En primer lugar —y eso llegaría después—, el empleo de la forma abierta, la composición del conjunto, la vibración atmosférica, la vitalidad del bosquejo... Pero había algo más que nunca sería los suficientemente ponderado: la sugerencia de dejar las cosas a medio realizar para que la pintura fuese en presencia una selva virgen.

Caen por entonces los pesados cortinones del romanticismo. La representación académica de un tema determinado entre la anécdota y la historia, tanto como las conveciones burguesas, dejan paso al «motivo», donde un árbol, un camino, una choza, un bulevar, se convierten en protagonistas principales del paisaje. La duración del tiempo —en la que Renoir y Monet fueron grandes maestros— rechazan toda extraña sugestión. Así fue como el crítico Duranty describe el fenómeno sobre aquella realidad próxima y casi desconocida: «De intuición en intuición —advierte— han llegado poco a poco a descomponer la luz solar en sus rayos, en sus elementos, y a recomponerla luego en su unidad, por medio de la armonía general de las irisaciones que derraman sus telas». Hay una luz estimulante que alcanza su pleno mediodía durante el año 1877, considerado como el desarrollo más homogéneo y completo del imperialismo.

La guerra francoprusiana dispersó en 1870 el grupo de pintores cuando la técnica del **plein airisme** comenzaba a tomar cierta consistencia. Así fue como Manet, Degas, Renoir y Bazille se incorporaron al frente de batalla, muriendo

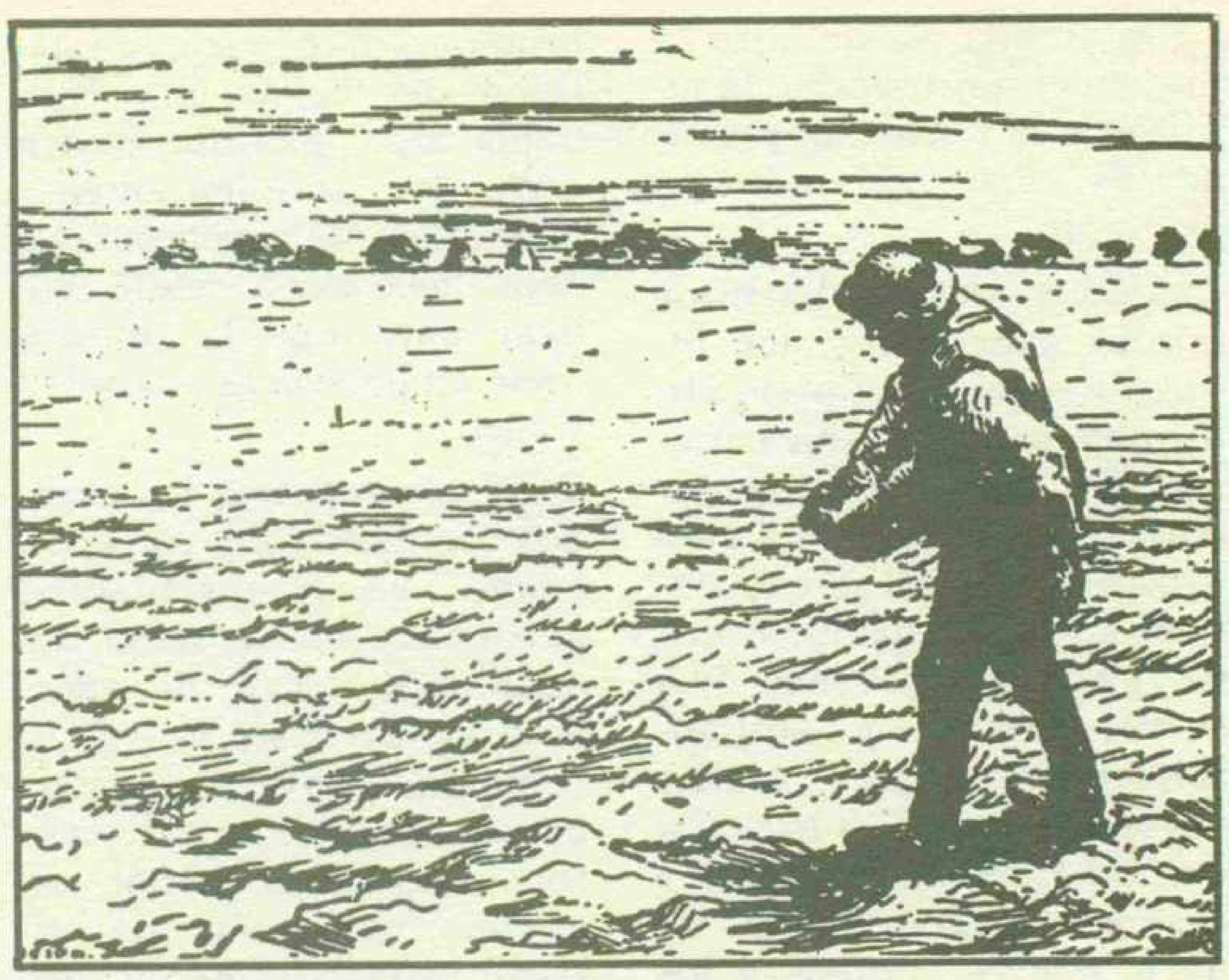


«Entrada al pueblo de Voisins».

el último en el combate de Beau-ne-la-Rolande. Mientras tanto, Monet, Pissarro y Sisley se refugian en Londres, donde Daubigny los pone en contacto con el vendedor de cuadros Durand-Ruel, que será en lo sucesivo mecenas y defensor de la nueva tendencia.

¿QUIEN FUE CAMILLE PISSARRO?

Si consideramos el impresionismo como un **puzzle** de sensaciones, y en todo caso de sensaciones vitales, debemos admitir diversas teorías que parecen flotar den-



«Los trabajos del campo: El Sembrador».

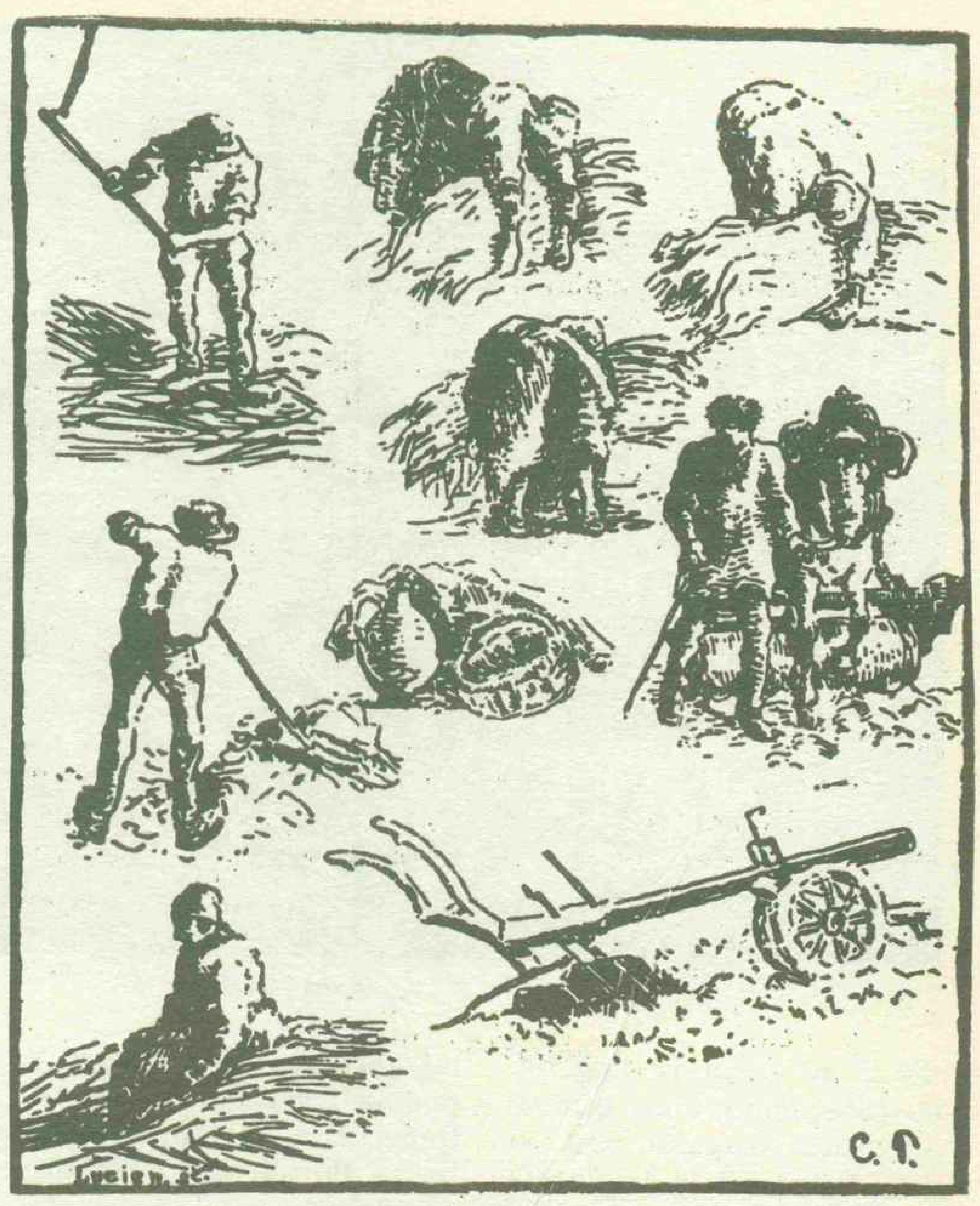
«Los tejados rojos».

tro del ambiente. Disipados los últimos resplandores del romanticismo, aún queda en el fervor de los incondicionales, ese puente de transición que va desde Corot al socialista Courbet, donde los grises y pardos forman todavía una entidad insobornable de vida.

Pero ante esa transición conviene hacer un poco de historia. Las fluctuaciones del modo de pensar y sentir del romanticismo configuran la vida interior ahondado en los sentimientos y melancolía de las gentes. Aun después de Delacroix, Turner y Constable permanecen las líneas dominantes de esa filosofía tentacular. Así, a un período de tendencias marcadamente oscuras y emocionales, sucede otro de aspecto vitalista y disipado. En los últimos cuadros de Corot tienden a esclarecerse esas brumas que apuntan ya a la concreción del modelo, para encontrar en Courbet un realismo de sensaciones profundas con nostalgias románticas.

Y aquí precisamente es donde la historia de Camille Pissarro puede ser representada de manera coherente, tanto por sus múltiples retratos personales como por sus cartas. Palabras pintadas y palabras escritas —cartas entrañables a su hijo Lucien— para expresar todo el carácter del clima social que se transforma a lo largo del siglo, y que está plenamente documentado, más que en sus cuadros, en las fotografías de sus últimos tiempos.

Aquel rostro patriarcal modelado apaciblemente, surcado por rasgos incisivos, es el espejo de una realidad humana que no puede ser traicionada ni falsificada por la literatura convencional. Una vida interior tan intensa, tan equilibrada y tan pródiga, tiene un desarrollo más íntimo que el relacionado con algunos episodios universalmente conocidos por su singularidad ideológica. Entre ellos destaca el sentido ácrata y casi parteísta del arte: el hecho primordial de vivir fuera del tiempo.



«Los trabajos del campo: Campesinos».

Pero los sucesos más importantes en la vida de Pissarro son los que se refieren a la serena vocación del hombre y del artista. La misma construcción «doctrinal» del personaje, como espécimen de amplia visión contemplativa, vuela por encima de cualquier vinculación estética. Y surge ante nosotros la separación total de la sociedad y el mundo burgués, surge la elección radical de la libertad y la propia soledad acompañada del artista, inspirada por un orgullo que llega a ser humano, tal vez demasiado humano.

Y, sin embargo, ¿hasta qué punto recoge la pintura de Pissarro las enseñanzas del pasado? También sobre este particular conviene abrir un paréntesis biográfico. Nace Paul Camille - Jacob Pissarro el 10 de julio de 1830 en Santo Tomás (Pequeñas Antillas por entonces danesas). Su padre, judío francés que dirigía una factoría en la isla, le envía a completar sus estudios en París. El joven,



«Huerta y árboles en flor».

desde su segunda llegada, en 1855, comprende que su auténtica vocación era el arte. Frecuenta la Academia Suiza, donde conoce a Monet en 1859, y dos años después a Cézanne y Guillaumin. El joven Pissarro se adapta fácilmente a la disciplina del ambiente y no parece crear grandes problemas pedagógicos.

En una época fácilmente condicionada, cuando el exotismo era la aventura iniciada en los viajes por mar, viajes que encendieron las páginas de una literatura lanzada hacia lo desconocido, la vida del pintor de las Antillas concita forzosamente el misterio. El hombre de mar era durante el romanticismo, y lo será hasta finales de siglo, esa interrogante imprecisa que mueve los pinceles de Gauguin y se pierde en playas remotas. En tales momentos, la figura de Pissarro en las tertulias de pintores y poetas, corresponde a la esfinge. Era el hombre de barba florida que descubre de pronto su verdadera identidad en el célebre autorretrato de la Galería Tate.

¿Cómo es posible entender a Pissarro de otra manera? El hombre de entonces navegaba hacia islas lejanas como paraísos terrenales que servían en cierto modo de sucedáneos a las ciudades decrépitas. Pero esto pensaban quizá los contertulios de Pissarro, en el Café Guerbois de la Grand'rue des Batignolles, cuando miraban la esfinge solemne del misterioso antillano. Dentro de esa relación humana que supone las tertulias del grupo impresionista, Pissarro representa al gran patriarca, mientras las elocuentes conversaciones de Edouard Manet y sus famosas disputas con Degas, formaron juicios de valor que hoy parecen inmutables. Pissarro mantuvo siempre dentro del grupo un espíritu moderado dispuesto a tomar partido cuando los argumentos resultaban convincentes. El decano del impresionismo, dos años mayor que Manet y con diez más que Monet, era bien acogido en los cafés donde solían reunirse. Dicen que no había pintor o escritor de su círculo que no sintiera estimación por hombre tan tranquilo y de tan suaves maneras. Hijo de padre francés y madre criolla sabía conciliar la bondad innata con la energía necesaria para no suscitar vanos rencores. Aquí cabe la teoría dorsiana donde la norma corrige el desenfreno.

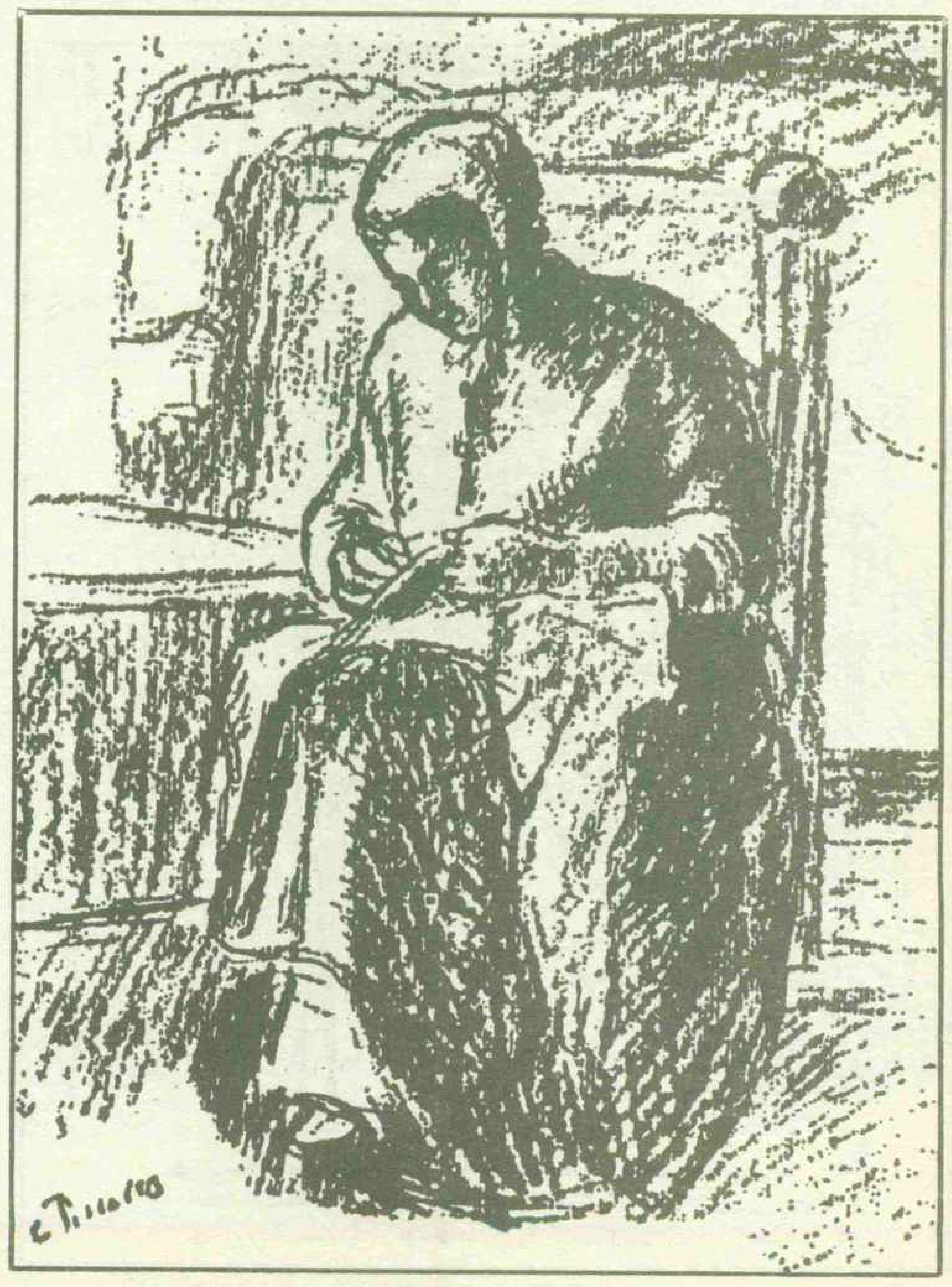
Y, sin embargo, Pissarro era más consciente que sus amigos de los problemas sociales del momento. «Socialista —dice Rewald—,

fuertemente teñido de ideas anarquistas, ateo convencido, Pissarro juzgaba que eran inseparables las luchas artísticas y la acción del artista en la sociedad moderna». Pero esos radicalismos, un tanto pontificales, no guardaban ningún asomo de odio, ya que todo cuanto Pissarro decía tenía un tono fraternal y puramente doctrinario. Así escribía a su hijo Lucien en una de sus cartas admirables: «¡No fiaros de mis juicios! Yo deseo tanto veros prosperar que no oculto mis opiniones; no saquéis de ellas más que lo que resulte conforme con vuestros sentimientos y vuestro modo de entender... Lo que yo temo es que lleguéis a pareceros demasiado a mí... ¡Animo, pues, y al trabajo!». Sobre ese frontis familiar, un tanto escéptico y zumbón, las «Cartas a su hijo Lucien», publicadas en París por primera vez en 1950, revelan un segundo Pissarro más humano y trascendido que el otro Pissarro de sus pinturas.

No podemos negar la maestría del pintor antillano sobre los demás pintores del grupo. «Pissarro era un maestro de tal capacidad —dice Mary Cassat— que hubiera enseñado a dibujar a las piedras». Y sobre esa condición emblemática de su didactismo debemos edificar gran parte de su historia. Pasa como una película todavía fresca y vital el desarrollo artístico de Pissarro dentro de un proceso perfectamente concebido. Mientras en los comienzos de su carrera se hace patente el influjo de Corot y más tarde el de Courbet —no en vano se hacía llamar «el discípulo de Corot» entre sus amistades— mezcla por entonces en los cuadros una concepción poética de la naturaleza con una factura vigorosa de colores sombríos. Y, sin embargo, aquellos lienzos tratados a golpe de espátula, recordaban demasiado los primeros intentos de Cézanne dentro de una factura demasiado primitiva.

Debemos tener en cuenta la capacidad evolutiva de Camille Pissarro. Poco a poco fue aclarando su paleta hasta conseguir una tonalidad sutil y en cierto modo asordada. Eran los grises dominando la capacidad de las formas como si una atmósfera inmutable envolviese la naturaleza. Y llega así con paso lento al año 1865 para eliminar el negro betún, las tierras de Siena, los ocres difusos y mortecinos. Años más tarde, el destierro en Londres y el estudio de los pintores ingleses le revelan definitivamente esa faceta luminosa que conserva durante toda su vida.

Dentro de esa capacidad intensamente lírica que representa la obra de Pissarro en todas sus formas, nace una poderosa intuición hacia el equilibrio esencial de las cosas. El resultado puede contemplarse entre 1870 y 1880, cuando los delirios impresionistas de los demás pintores del grupo se reflejan en sus cuadros. La luz se convierte desde entonces en protagonista principal del motivo pictó-



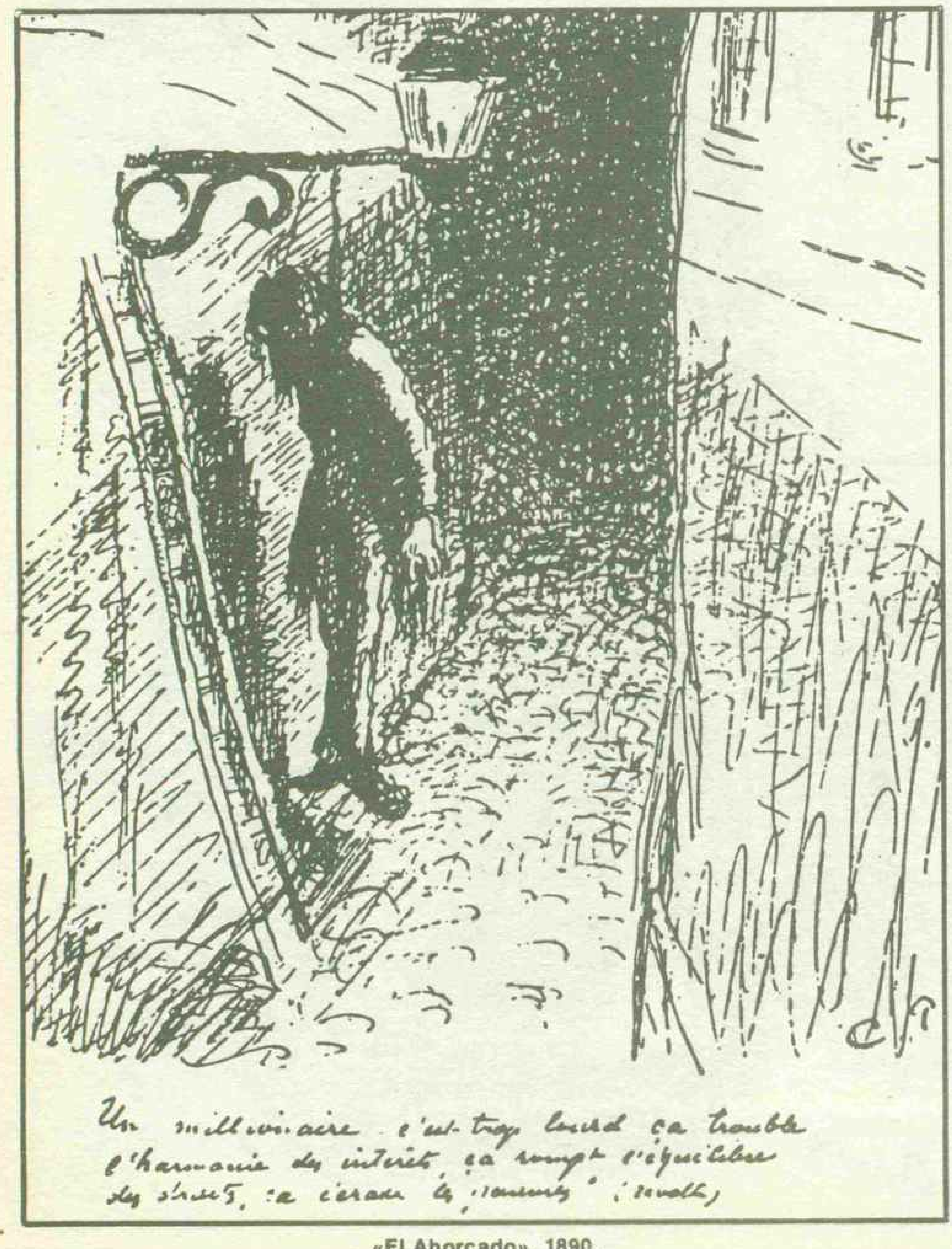
«Campesina cosiendo».

rico. Y los reflejos dorados o argentados penetran libremente en los lienzos. Las extensiones verdes, las frondas encendidas, las mieses doradas y los arroyos transparentes contribuyen a propiciar ese golpe de estado natural que caracteriza al movimiento impresionista.

SUS RELACIONES CON LA GENTE

Mientras el revolucionario Manet, tocado de chistera, levita y pantalón «mastic», soñaba con la Medalla de Oro celosamente guardada por los señores miembros del Salón oficial, Pissarro caminaba por los bulevares de París con su cabeza bíblica erguida, donde el Moisés de Miguel Angel ponía énfasis de esperanzas en la redención del pueblo judío. ¿Quién podía imaginar lo contrario ante aquella venerable cabeza? Todo llegaba a ser un apostolado en las andanzas suburbiales de Camille Pissarro.

Los talleres del pintor, primero en Pontoise y sus contornos, luego en Osny, más tarde en Eragny - sur - Epte, cerca Gisors, donde se instala en 1885, terminan por desplazar su paleta del medio rural a la capital. Y esto se complementa con una pincelada breve —pacientes enseñanzas de Seurat y Signac—, pinceladas en forma de coma apropiadas para reproducir el centelleo atmosférico sin disolver las formas, y expresando en todo caso una derivación transitoria al puntillismo. Así escribirá años después: «Siguiendo estas teorías es imposible seguir fiel a los propios sentimientos y, por consiguiente, interpretar la vida y el movimiento; es imposible permanecer fiel a los efectos instantáneos y maravillosos de la naturaleza; es imposible atribuir al arte carácter individual». Acostumbrada la retina a percibir los más diminutos matices consigue también desarrollar la capacidad del espacio y los volúmenes. Pero aquello tampoco era esencial en la nueva expresión.



«El Ahorcado», 1890.

No fue Pissarro un personaje destacado del impresionismo en ciernes. Su transigencia en aceptar modos y maneras del nuevo estilo le hicieron situarse al margen de los auténticos protagonistas. Pero el crítico Silvestre distinguía en su época la personalidad de tres paisajistas puros: «Monet, el más hábil y atrevido; Sisley, el más armonioso y tímido; Pissarro, el más real e ingenuo». Y mientras tanto Renoir introducía la figura humana bajo la ronda solar del cuadro, sin pasar por la aduana del grupo dedicado especialmente al paisaje. Todos conocían las dificultades económicas de Pissarro, la continua lucha por sostener una casa con seis hijos, la pobreza y casi miseria de su vida. Situación desesperada donde el confitero y casi mecenas Murer, pintor aficionado de domingo, compra sus cuadros por cantidades irrisorias, prefiriendo pagar en pasta de carne como en la maldición de cuaresma.

Pissarro fue el amigo cordial y sincero de todos los desheredados de la fortuna, incluyendo a esos artistas chirles a quien nadie quiere escuchar y aguardar horas perdidas sentados sobre el pretil del puente. Tuvo sin duda Pissarro la imagen del «cristo miserias» que vaga sin rumbo fijo por las ciudades. Así escribe una carta conmovedora al supuesto mecenas Murer, ofreciéndole sus primicias: «Si este lienzo fuera aceptado por usted, con muchísimo gusto se lo vendería, puesto que, como bien sabe, me urge la necesidad de enviar dinero a Pontoise... Tiro por la borda toda mi fortuna, ya que estos cartones son muy queridos para mí». En Pontoise vive su familia con hartas dificultades económicas. Y dentro de esa penuria se incluye la madre del pintor, su esposa y dos hijos menores, ya que Lucien trabaja en una oficina comercial soñando con ser pintor como su padre.



P. Bonnard: El local de Ambroise Vollard, hacia 1895. De izquierda a derecha: Camille Pissarro, Renoir, Vollard, un cliente, Bonnard y Degas.

Y será en Pontoise, precisamente, donde pinte sus mejores cuadros acompañado de Cézanne y conozca años más tarde a Gauguin. Allí se organiza la primera exposición de los impresionistas en ese ambiente febril y un tanto insolado que le impulsa a pintar su autorretrato dentro del estilo cezanniano. La actitud de Pissarro ante la naturaleza fue siempre una actitud de humildad y respeto. ¿Qué consejos podía dar a Cézanne y a Gauguin para aplacar los ardientes deseos de transformar la pintura? Las cartas a su hijo Lucien pueden servir de orientación para intuir los consejos de Pissarro a sus amigos.

El sentir de la época se dirigía inexorablemente en busca de nuevos horizontes. Surgían nuevas maneras y modos distintos de concebir la realidad tal como había sido concebida por algunos escritores. La amistad de Manet con Emile Zola —el hombre de «Yo acuso»— prepara ese tránsito vital para que la realidad fuese comprendida dentro de un cambio absoluto. Pero ese tiempo tarda en llegar y surgen los primeros conflictos y rechiflas del público y crítica. El infatigable Manet, por lo moderno de sus temas y por el escándalo que provoca en el Salón Oficial —dicen que la emperatriz Eugenia tuvo que volver la cabeza ante el cuadro «Almuerzo en el campo»—, donde Manet presenta una mujer desnuda que conversa apaci-

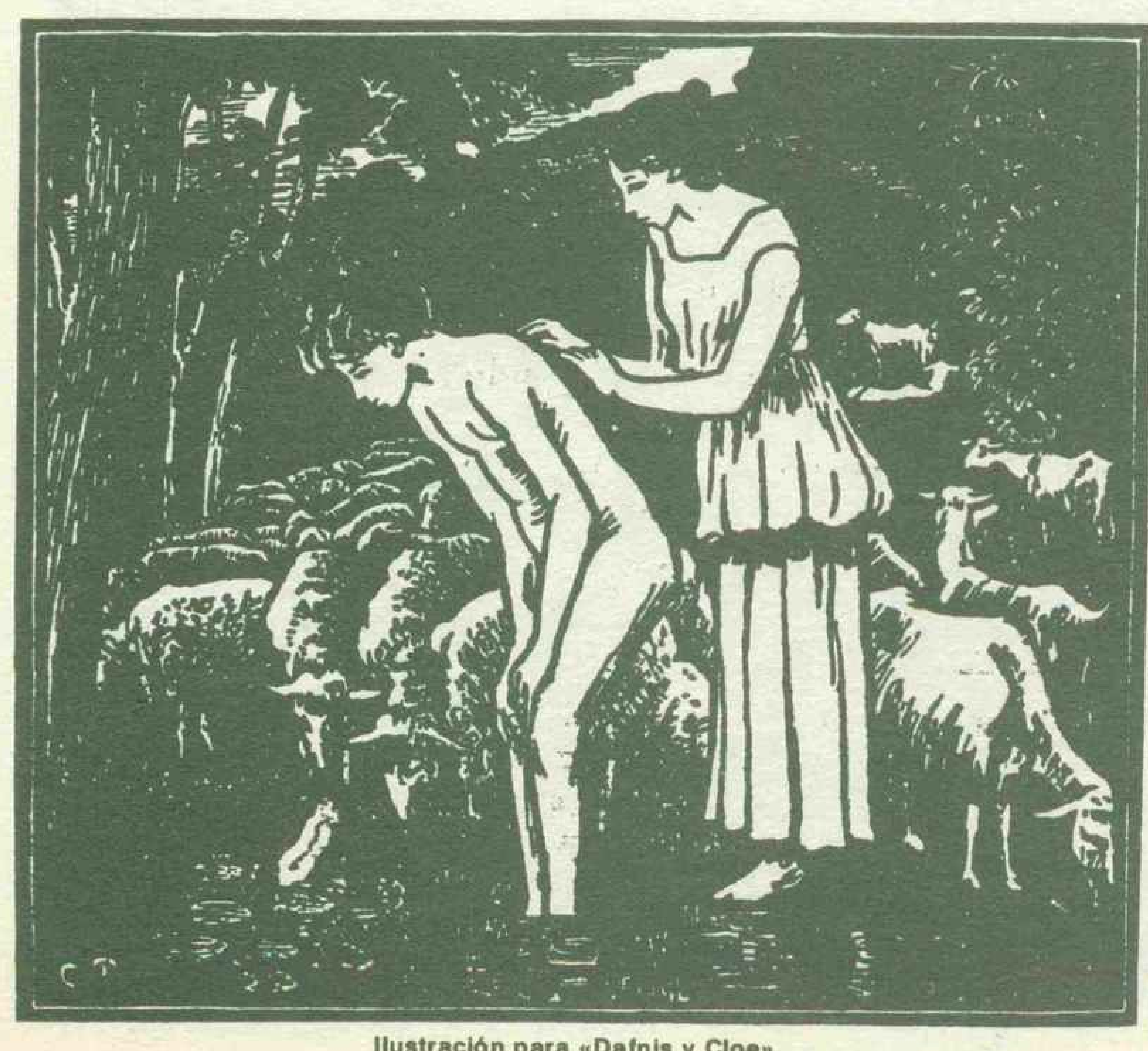
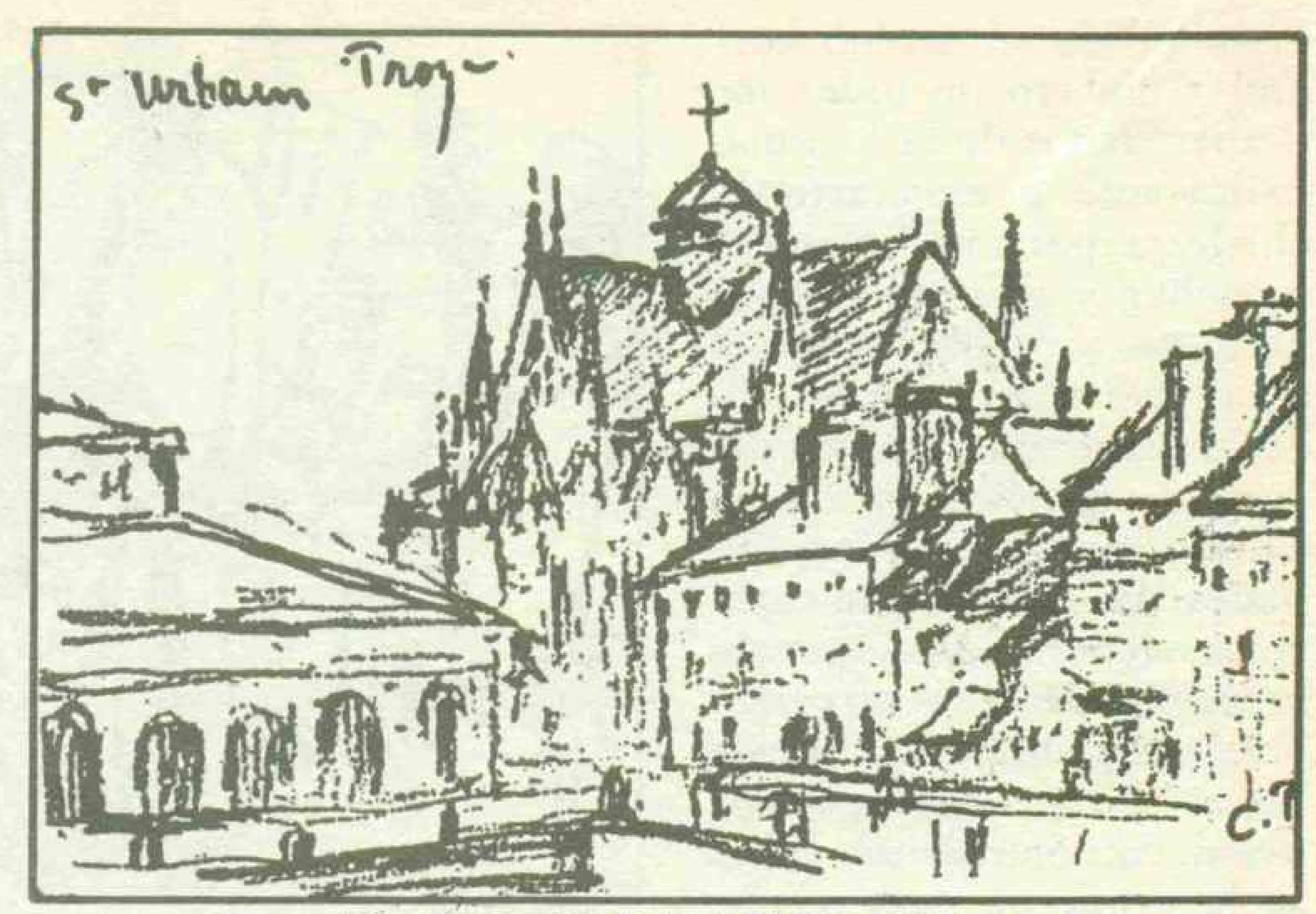


Ilustración para «Dafnis y Cloe».

blemente con dos caballeros vestidos. Nunca fue más patente la desnudez femenina ni más erótica la intención del contraste.

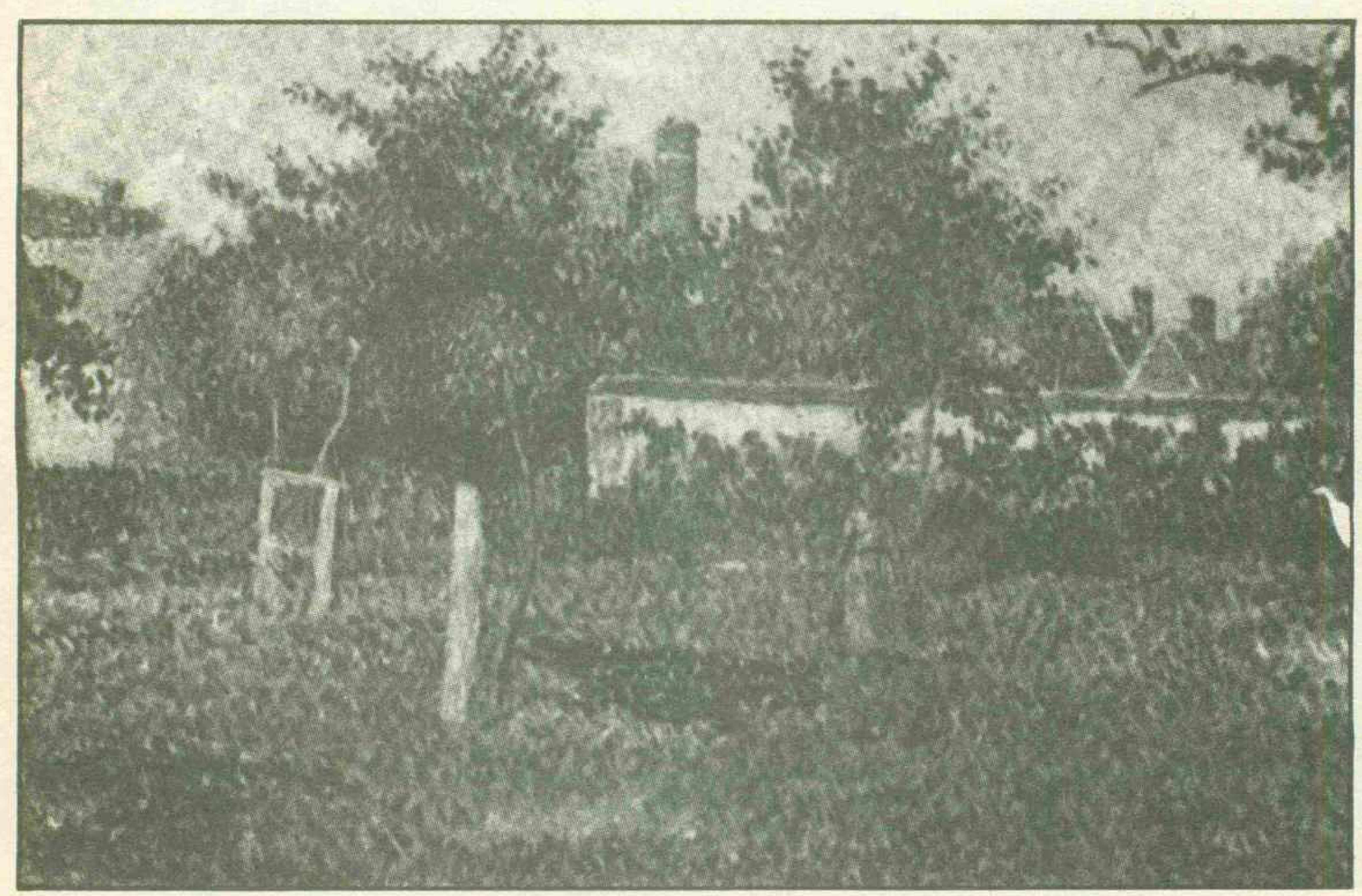
Pero Manet seguía imperturbable entre el dandysmo y la intriga. Todos recuerdan el gesto indiferente de «Olimpia» como una provocación. Tampoco el poeta Mallarmé se equivoca cuando describe el retrato personal de su dilecto amigo: «Su mano —la presión sentida neta y presta— enunciaba en qué misterio la limpidez de la mirada descendía para ordenar, vivaz, profunda y obsesionada por cierto color negro, la obra maestra nueva y francesa». Por lo demás, Manet había dicho ante los cuadros de Velázquez cuando estuvo en Madrid: «No hay sino una cosa verdadera hacer de inmediato lo que se ve». El impresionismo entraba escandalosamente en la Historia



«Retrato de Saint-Urbain, en Troyes», 1898

acompañado de una mujer desnuda. Una mujer que miraba indiferente y confiada al espectador. Se inician los primeros albores de la **belle époque.**

La biografía del impresionismo se entrelaza con la historia de los Salones y, contemporáneamente, con la aventura principal de la pintura moderna. Recogiendo e interpretando a su modo la herencia del realismo de Barbizon intenta liberar la pintura de lo convencional y anecdótico. Con el impresionismo nace un nuevo ritmo de vida; fue, como dijo Matisse, una forma instintiva de obrar y simplificar el oficio del pintor, expresando sólo lo que la vida y la naturaleza deben



«Mujer en un cercado».

a los sentidos: la sensación y la transcripción del ojo a la mano.

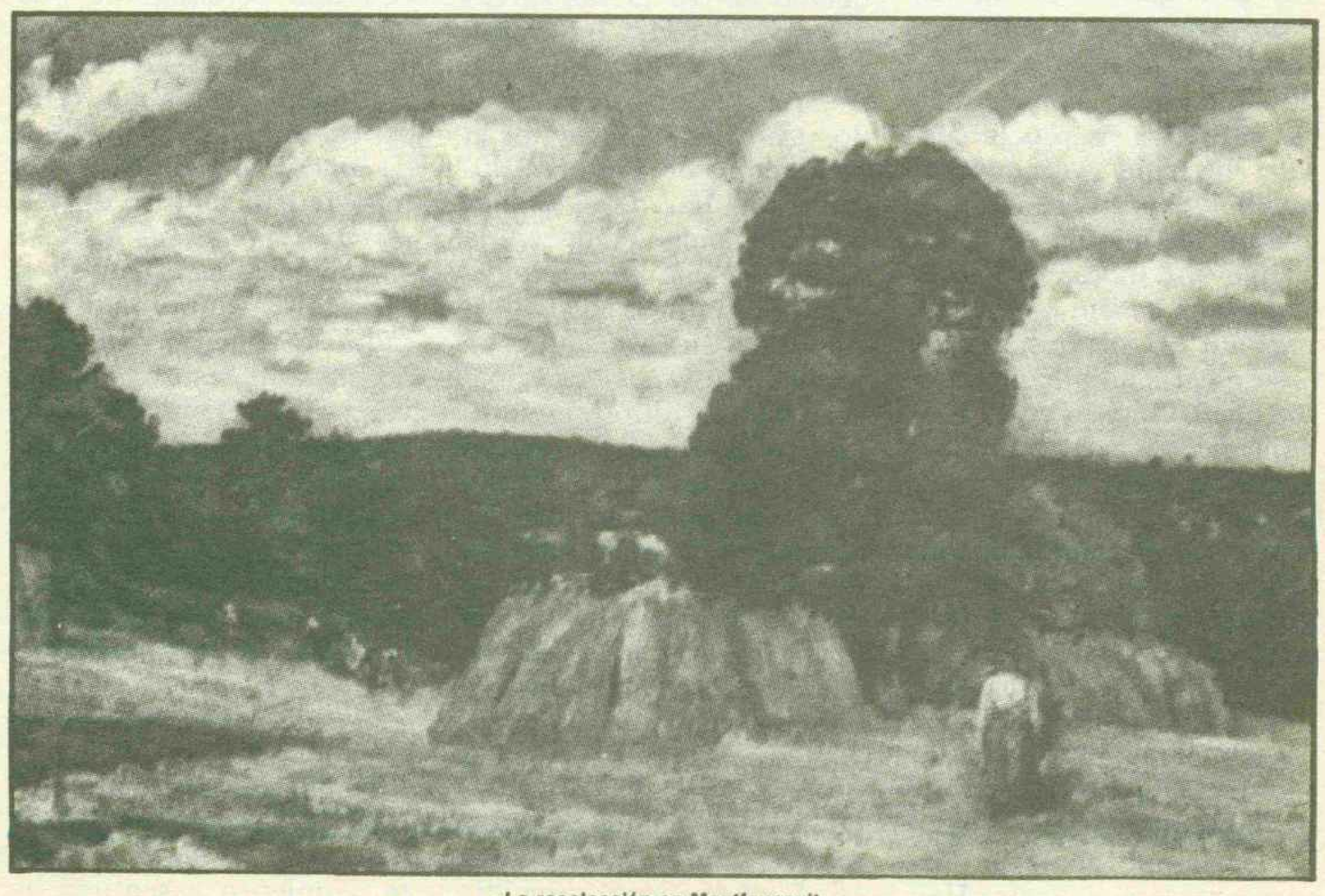
Pero tampoco era exactamente eso. Cuando Manet, en la clausura de su último Salón, recibe las insignias de la Legión de Honor, no puede contenerse y responde a quien le felicita, que ya era demasiado tarde para reparar veinte años de fracasos. En el círculo de los amigos de Manet, considerado por algunos como el padre del impresionismo, se pueden encontrar también los primeros testimonios en torno a Camille Pissarro. Su relación con Manet comenzó tal vez algún tiempo antes de los años sesenta, y sus juicios están documentados generalmente en referencias escritas a sus amigos.

Se ha dicho que en todos los cuadros de Pissarro reina un temperamento pictórico maduro y ferviente, pero bajo el dominio de un juicio profundamente riguroso. Es posible que tras las telas palpitantes de los años setenta, tras las ráfagas impetuosas del pincel, se adivine siempre un mundo lógico con entidad metafísica. Forzoso es reconocer que, incluso los críticos más perspicaces, que se inclinaban a considerar favorablemente la pintura de los impresionistas, la entendían muchas veces de modo sensorial y disperso.

Tanto en «La Côte de Bouf» como en «Tejados rojos» de Pissarro, se precisa una armonía plástica de primer orden poco frecuente en sus cuadros. Arde en el último la púrpura otoñal mientras el sol empapa el aire de reflejos rojizos. Los árboles y la hierba envueltos en esa luz cenital parecen tener una aspiración suprema: retener el tiempo fugitivo. Vibran en sintonía ideal los cadmios, negros y verdes, creando la sensación de un aire vegetal con calidades de acuarium. En ocasiones como ésta, la serenidad y equilibrio del pintor antillano se ahonda en posibilidades de misterio. Crea el espectro real de la naturaleza.

Pero, sin duda, Duranty no veía en su tiempo esa búsqueda apasionada que Pissarro integra en la materia como una segunda realidad del impresionismo inmediato. En cierta ocasión dijo Ortega que la pintura es un trozo de materia puesto a arder. Los cuadros de los impresionistas y los neoimpresionistas, que remaban en el mismo barco, encontraron en ocasiones su momento crucial. Fuera de ese momento, todo puede convertirse en música, según advertía Eugenio d'Ors.

Siempre conviene situar a Pissarro en un medio social adecuado. Hacia 1870, cuando el pintor decide abandonar Francia ante el



«La recolección en Montfoucault».

acoso de los ejércitos prusianos, la revolución era gestada por los relojeros de la Jura o por el dinamismo personal de Bakunin. Pero fue la ciudad de París, destruida en parte por el ejército invasor, la que dio el modelo de cómo podría ser una revolución anarquista dentro de una gran urbe. Es cierto que la Comuna, establecida en marzo de 1871 contra el Gobierno francés, no fue ni controlada ni planeada por los anarquistas, aunque los anarquistas fueron sus más ardientes defensores.

En las calles de París, la clase obrera, hombres y mujeres, habían organizado su propia sociedad bajo un grado de idealismo moral que trasciende a otros países. Camille Pissarro, hombre de ideas extremas y grandes penurias, vive desde Londres esa vicisitud histórica, con la ilusión del artista que trata de participar de algún modo en los problemas de su tiempo.

Desde los días románticos de Delacroix, convertidos en revueltas y proclamas, «La libertad guiando al pueblo», aparte de ser un cuadro estimulante, venía siendo una utopía difícil de alcanzar. Y, sin embargo, nace en los medios artísticos de París un hilo conductor que comienza en Proudhon, pasa por Jaures y termina en Gustavo Courbet. El nexo de unión de los artistas era un antagonismo radical a toda situación regulada por imposición, coacción o sistema opresivo. Aquello era en realidad una colección de emociones, ideas y actos sugestivos, un mosaico, en fin, de piezas brillantemente coloreadas.

En el verano de 1871, Pissarro regresa a París. Han dejado de tronar las salvas de los cuarteles. Los cadáveres de los comuneros hace tiempo que fueron enterrados. Courbet, dirigente de la Federación de Pintores durante los días de la Comuna, está encarcelado en la prisión de Sainte - Pelagie. Vuelve el pintor a Louveciennes, a su casa saqueada por los prusianos, y permanece sumido durante cierto tiempo en dudas y recuerdos. ¿Qué nuevas decepciones le prepara la vida? La función de vivir no tiene alternativas y nadie elige su destino. Pronto vuelve a salir hacia París. Si en los meses de exilio en Inglaterra había encontrado un renovado interés por los paisajes brumosos y las vistas de los puertos arbolados de nostalgias, su estancia otra vez en Louveciennes coincidía con una voluntad de búsqueda apasionada, conducida con solidaria constancia. Puede fecharse durante ese tiempo la formulación de un nuevo y diferente camino en la pintura de Pissarro. Y si en sus encuentros con Manet, Renoir y Moret no siempre había estado de acuerdo con ellos, no obstante, estuvo muchas veces interesado en experiencias análogas. No había tampoco por qué remover la pintura hasta sus cimientos, sólo había que ponerse de acuerdo para conseguir efectos esenciales en la profundidad de la atmósfera.



«Retrato de Paul Cézanne», 1874.

LLEGA LA ESTABILIDAD

Al aclarar Pissarro la paleta, comienza a sentirse in-

satisfecho con esa factura, demasiado rugosa a su juicio, que produce el divisionismo. Y trata de conciliar durante algunos años las teorías estrictas de Seurat con su propio temperamento poético. Pero todo fue en vano. Por aquellas fechas los temas del impresionismo cambian de tercio. Intentan reflejar nuevas facetas de una realidad difusa. El ambiente festivo e inquieto de las grandes ciudades, las estaciones de ferrocarril, los cafés, la vida renovada de los espectáculos públicos, el tráfico incesante de plazas y paseos, con sus colas apresuradas para coger el ómnibus, forman los temas predilectos de sus cuadros.

Sin prisa y sin pausa, como un astro —diría Goethe—, el impresionismo va tomando posiciones. Han desaparecido casi todos los pintores del grupo de Barbizon. Mueren artistas trascendentales que hicieron época, como Courbet y Daumier, y en el año 1883 fallece Edouard Manet, escribiendo poco antes a uno de sus críticos: «No me desagradaría poder leer, finalmente, mientras estoy vivo, el artículo extraordinario que me dedicará apenas haya muerto». Incluso en ese período de tiempo, los impresionistas no llegan a alcanzar en vida la plenitud del éxito que logran en la posteridad.

Desde entonces Camille Pissarro se convierte en una especie de «cameraman» del impresionismo. En febrero del año 1897 escribe a su hijo Lucien: «Me detuve en una espaciosa habitación del Gran Hotel de Rusia en la rue Drouot, número 1, de donde se puede observar toda la crujía de los bulevares casi hasta la puerta de Saint - Denis, en todo caso hasta el bulevar Bonne - Nouvelle». Y desde allí pinta el conocido paisaje del Ermitage, «El Boulevard Montmartre», con otros encuadres totales que anuncian el cinematógrafo.

Desde entonces Pissarro busca nuevos encuadres, observa la ciudad a vista de pájaro, hace girar el pincel sobre los tejados como una enorme **jirafa** sobre el plató. Más tarde traspasa el caballete al Hotel Louvre, enclavado en la rue de Rivoli, y comienza a vivir una segunda dimensión por separado: la diversidad del enfoque. Desde las ventanas del hotel se extiende un panorama desconocido para los demás pintores. Abajo aparece la plaza del Teatro Francés; detrás de ella la Avenida de la Opera; a la izquierda la perspectiva de la rue de San Honorio. Uno de los cuadros pintados desde el Hotel Louvre, donde se presiente el rumor de las multitudes, pertenece a la colección del Museo Pushkin de Moscú. Son encuadres audaces, en rivalidad tal vez con los paisajes abstractos de su compañero Monet.

El significado de Pissarro en el arte, en la historia del impresionismo francés, mantiene una pluralidad técnica aventajada, aunque le falte brillantez y la calidad de sus grisallas se encuentre deteriorada en algunas ocasiones. Camille Pissarro, que variaba en su juventud constantemente los temas, en la vejez repite una y otra vez las vistas de París como una obsesión. No pondera sus pinturas recordando los días felices de Pontoise: «Yo no estoy satisfecho de mis cosas. Trabajo poco. Lucho con la vejez». Y, por otra parte, comienza a perder la vista de manera alarmante. El pintor entra en largo período de decepciones. Así escribe: «...No sin pena y con encarnizada labor por recuperar lo perdido y no perder lo aprendido».

En cualquier caso, Camille Pissarro consagra los últimos años de su vida en la búsqueda de una nueva libertad de expresión. Paisajista ante todo, pinta también algunos retratos, naturalezas muertas, aguafuertes, puntas secas y litografías. El juicio siempre difícil de su amigo Gauguin le otorga, sin embargo, su mejor veredicto: «Si se examina —dice— la producción de Pissarro en su conjunto se ve en ella, pese a las fluctuaciones, no sólo una firmísima voluntad artística jamás desmentida, sino también un arte esencialmente intuitivo de noble casta... Fue uno de mis maestros y yo no reniego de él». Una simplificación formal atribuye a la pintura impresionista cierta fragancia vital. En el actual aniversario de Pissarro, quizá el tiempo le otorgue esa profunda dimensión, que supo ganarse a lo largo de su vida por los caminos de Francia. ■ **R. S.**



«Retrato de Camille-Jacob Pissarro», por su hijo Lucien.

En memoria de Juan Larr

Eduardo Haro Ibars

MURIO Juan Larrea en Córdoba (Argentina), el día 9 de julio de este año, y la mayor parte de sus lectores y admiradores no nos enteramos hasta dos meses después, cuando «El País» le dedicó una página entera. Muerte discreta que correspondió a una vida igualmente discreta y digna, la vida y la muerte de un poeta «raro y olvidado», vibrante y brillante en sus textos, que contribuyó con mucho a despertar el fulgor sorprendente que caracteriza a la mejor poesía de anteguerra en España. Poeta de vanguardia en los primeros años de su carrera; después, místico alucinado, encaramado en las alturas del Machu Pichu, centro del mundo solar; lúcido comentarista —e impulsor, en cierto modo, de su creación— del «Guernica», de Picasso; contrincante ocasional de Pablo Neruda; siempre, adorador de la poesía de César Vallejo, su amigo de París, a quien luego supo explicar con mareante claridad. Todo esto, y más cosas —arqueólogo, buceador de la antigüedad americana precolombina— fue Juan Larrea, poeta bastante olvidado hoy en día, al menos en su patria.

LA vanguardia literaria española de este siglo se caracteriza por la brillante mediocridad de su productor: los poetas y narradores españoles incluidos, de forma tácita o explícita, en movimientos de vanguardia, gastaron su tinta en salvas y procedieron como sus admirados chinos —el orientalismo estaba muy bien visto a principios de siglo; fue la herencia, el lastre modernista— usando la pólvora que otros, en otras latitudes, habían inventado para fines bélicos, para fabricar espléndidos cohetes que estallaban sin dejar más que estelas en el aire.

Este fenómeno, el de poco valor de los movimientos vanguardistas en literatura —y no en pintura, por ejemplo, donde el español crea y construye sin cesar— viene de antiguo. Es posible que los últimos descubrimientos válidos en ese terreno acontecieran en el Siglo de Oro: la introducción del soneto «a la itálica manera» —forma aristocrática del poema—, la novela, inventada por Cervantes, y esa ambigua forma de narrativa, a caballo entre la poesía, el teatro y la novela, que es «La Celestina». Después, toda inventiva parece llegar tarde, perderse. Ya nuestro Romanticismo es raro, tardío y carente de frutos de auténtico valor; nuestro modernismo, visto desde hoy, no pasa de ser cursilería, graciosa, en el mejor de los casos. Y así, los movimientos vanguardistas de principios de siglo, pese a la valía individual de quienes los integran, son juegos de salón, charadas para un día de lluvia. Ultraísmo, creacionismo, etc., son sombras, reflejos sin sustancia de lo que al mismo tiempo está sucediendo en Europa. Les falta la combatividad de **Dada,** dispuesto a acabar con la literatura y, a través de ella, con los cimientos mismos del pensamiento burgués; la militancia activa del Futurismo, comprometido siempre con la realidad social, que se vuelve fascista en Italia, bolchevique en Rusia, pero que está siempre dispuesto a ser motor de cambio, transformador del mundo. En resumen: las vanguardias españolas nunca dejaron de ser **burguesas.** Ni siquiera el fascismo literario —el fascismo de, por ejemplo, Giménez Caballero— tuvo aquí el tono vibrante y la fuerza de arrastre que adquirió en Italia.

Ha habido, sin embargo, escritores de verbo poderoso, original y limpio, entre quienes podemos citar al chileno Huidobro y a Gerardo Diego, que inventaron el jueguecito del «creacionismo», como quien se saca una paloma de un sombrero; a Ramón Gómez de la Serna, estudioso de los «Ismos» y creador, claro está, del «ramonismo». Frívolo, circense y disparatado pequeño gran escritor, cuya misma fisionomía destinaba a inventar esa cosa tan japonesa que es la greguería. Y, desde luego, el poeta que ahora nos ocupa con su muerte: Juan Larrea.

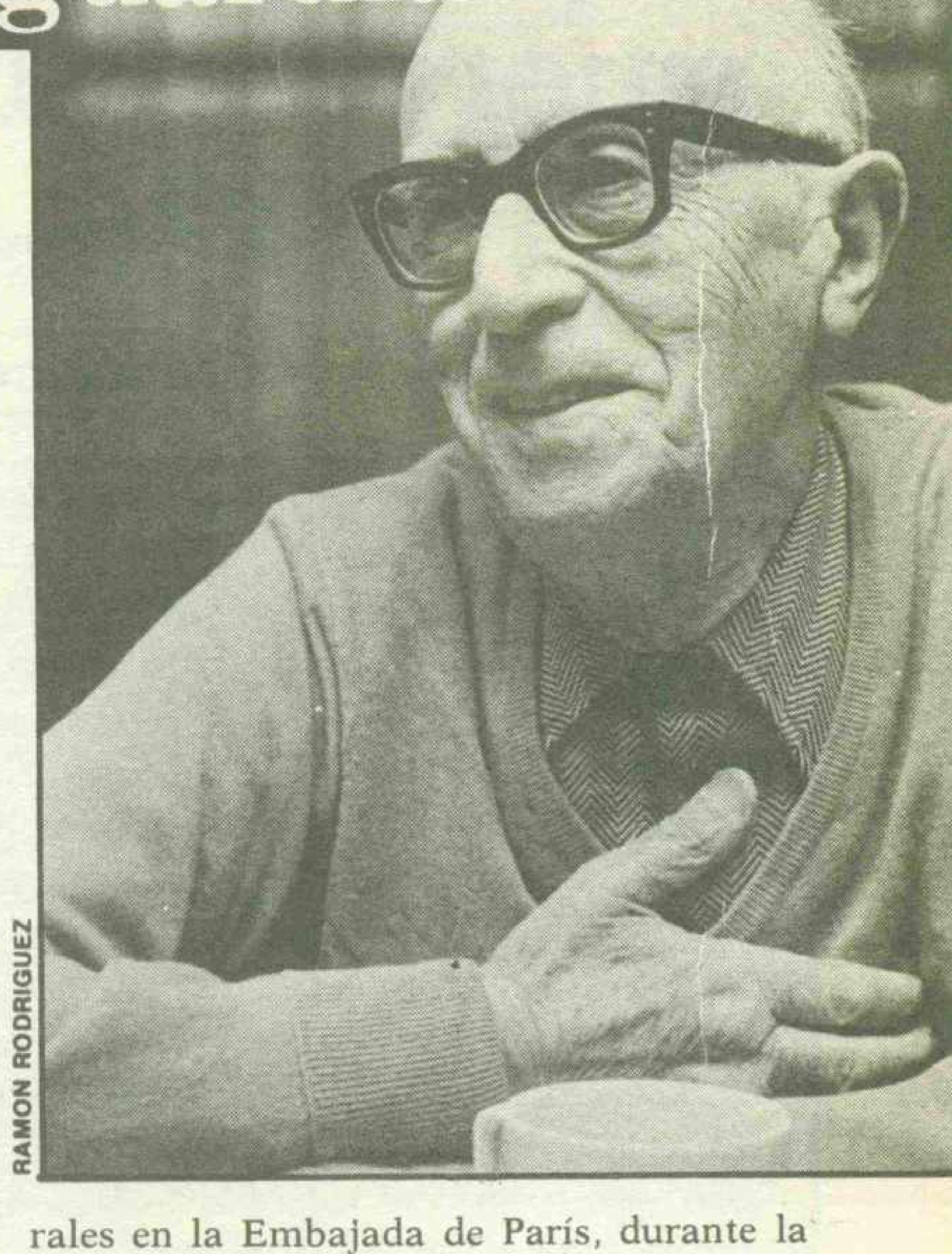
A Juan Larrea se le ha leído aquí poco y tarde —tuvimos que esperar a 1970 para que apareciera «Versión Celeste», primera edición completa de su poesía—, y es una verdadera pena, porque gustaría mucho a muchos que ni siquiera lo conocen. Y es que la obra de Larrea ha tenido que soportar una interdicción doble: en primer lugar —y esto es elemento trágico común a muchos, casi me atrevería a decir que a todos los intelectuales de valía y de valor personal de su generación—, estuvo, la manera activa, en el bando de quienes perdieron la Guerra Civil; el exilio y la censura franquista, gran castra-

ea, poeta de vanguardia

dora, borró a Larrea, del mismo modo que borró a Luis Cernuda. Pero, además —y esto es ya mucho más peculiar y propio—, Larrea fue el único poeta surrealista español de importancia. Con el surrealismo español ocurrió algo parecido a lo que pasó con los demás movimientos europeos de vanguardia: nacido oficialmente en París, en 1924, aunque llevase manifestándose como fantasma prenatal desde el Romanticismo, tuvo su manifiesta influencia en los jóvenes poetas del 27. Pero fue una influencia exotérica, limitada a la forma: imagen sorprendente, metáfora de disparatada audacia, onirismo... Pero no se puede hablar, sin embargo, de un auténtico surrealismo español, si no es entre los pintores —Dalí, Oscar Domínguez— o en el cineasta y escritor Buñuel. La «poesía pura» y las nefastas teorías orteguianas sobre la «deshumanización del arte» secaron el ímpetu surrealista —humanísimo y nada «puro»— en la joven poesía española. Larrea, tan raro, fue otra cosa. Nacido en Bilbao, en 1895, inició su andadura poética en 1918 con Huidobro y Diego, en la ya extraña vía del creacionismo. Pronto se trasladó a París, donde estuvo en contacto con los precursores y primeras voces del surrealismo naciente, Tristán Tzara entre ellos. Y ya en 1926, junto con César Vallejo, fundó la revista **«Favorables - París - Poemas»**. El impacto del surrealismo está presente en toda su obra poética, no sólo de forma cultural, sino vital. Escribió parte de su obra en francés, traducida luego al castellano en «Versión Celeste»; y es que el francés, idioma plástico y maleable, se presta a la alquimia verbal surrealista mucho más que el castellano, que es épico y escueto en su decir, verdadera lengua de periodismo y romancero.

Por sus características personales, no se podría, en rigor, incluir a Larrea dentro de la «generación del 27». Figura, sin embargo, en la antología publicada por Gerardo Diego en 1931, donde se hallan todos los componentes de ese grupo. Y es muy probable que el toque francés, surrealista, de ese poeta bilbaíno, influyese fuertemente en los jóvenes poetas de entonces.

Juan Larrea fue partidario siempre de la causa de la libertad, y trabajó para ella desde su puesto de encargado de relaciones culturales en la Embajada de París, durante la guerra. Desde ese puesto precisamente, y junto a José Bergamín, encargó a Picasso la realización de un mural para la Exposición Internacional de París de 1938: de ahí salió el «Guernica», obra picassiana y goyesca a la vez, que muestra con intenso dramatismo la barbarie bélica. Tras la guerra, en 1939, emigró a México, donde contribuyó a la creación de las revistas «España Peregrina» y luego de los «Cuadernos Americanos», donde se recogían las voces de los españoles en el exilio. Después, se lanzó a cultivar su vena ensayística, extraña y originalísima, llena de misticismo, de añoranzas de San Juan de la Cruz, de esoterismo y simbolismo incaicos, que no se contradecían en absoluto con el surrealismo inicial que lo informaba, sino que lo completaban, dándole una curiosa dimensión hispánica. En 1956 fijó su residencia la Córdoba argentina, donde ahora ha muerto calladamente, dedicándose a la docencia y a la arqueología. Quizás su voz no sea la más importante ni la más rica en el coro de los poetas de preguerra. Desde luego, es la más original. Quizá su muerte sirva para rescatarla del olvido. ■ **E. H. I.**


RAMON RODRIGUEZ

La poesía burlesca de la guerra civil española: 1936-1939

Francisco Caudet


LA burla, en su vertiente caricaturesca o satírica, fue un motivo dominante en la poesía de la guerra civil. La función de esta poesía era divertir, pero lo que se perseguía era denunciar las fallas ideológicas y morales del enemigo. La burla contenía una gran dosis de adoctrinamiento político. El enemigo era descrito con adjetivos que no admitían matices ni sutilezas. La poesía era, por tanto, un instrumento o vehículo de comunicación. Ahora, esta comunicación era vertical: imponía un discurso y unas claves. La guerra había simplificado su propia existencia. Importaba, sobre todo, identificar al enemigo y destruirlo. Cuanto más simplemente fuera esbozada la figura del enemigo, mejores posibilidades de destruirlo habría. La poesía, en los años de la guerra civil, era un medio de comunicación de masas. En consecuencia, se empleó con tales fines. Pero el interrogante que habrá de tratarse aquí es si la poesía, sin prejuicio propio, podía desempeñar ese papel.

ANTES de tocar este último extremo, sobre el que volveremos al final, digamos que los dos bandos contendientes escribieron poesía burlesca. El bando republicano lo hizo de forma más constante y extensa. La gran mayoría de poetas estaban luchando al lado de la República y, además, hubo una continua y espontánea participación de poetas incipientes, que mandaron una cantidad exorbitante de contribuciones poéticas (1). Por todo ello, nos centraremos en la poesía republicana, aunque también mencionaremos la rebelde.

La poesía burlesca había tenido cierto relieve en los años finales del reinado de Alfonso XIII, años en que la monarquía hubo de apelar al General Primo de Rivera para mantenerse en el trono. Un joven universitario, José Antonio Balbontín, es el autor del poema burlesco más representativo de esa etapa. En el periódico **La Nación**, de Madrid, órgano del propio Gobierno de Primo de Rivera, publicó un soneto en apariencia laudatorio, pero que contenía una tremenda burla y un insulto. El soneto iba dedicado a Primo de Rivera y decía:

Paladín de la patria redimida,
Recio soldado que pelea y canta,
Ira de Dios, que cuando azota es santa,
Místico rayo, que al matar es vida.
Otra es España a tu virtud rendida;
Ella es feliz bajo tu noble planta;
Sólo el hampón, que en odios se amamanta,
Blasfema ante tu frente esclarecida;
Otro es el mundo ante la España nueva;
Rencores viejos de la edad medieva
Rompió tu lanza, que a los viles trunca.
Ahora está en paz tu grey bajo el amado
Chorro de luz de tu inmortal cayado.
Oh, pastor santo, ¡no nos dejes nunca!

(1) *Serge Salaün dice haber localizado «entre 15 a 20.000 composiciones que corresponden aproximadamente a unos 5.000 autores», en «La expresión poética durante la guerra civil de España», en el libro colectivo de Marc Hanrez,* **Los escritores y la guerra de España** *(Barcelona, Monte Avila, 1977), p. 144.*


EXTERMINADOR

El soneto es un ejemplo estupendo de la burla **fina**, pues cuando se escribió España estaba dividida y la mayoría de los españoles querían que Primo de Rivera dejara el poder. Pero **La Nación**, periódico de Primo de Rivera, sacó el soneto en sus páginas porque creía en la autenticidad de lo dicho allí. La burla estribó en lo que se decía entre líneas, es decir, que se había de entender lo contrario de lo afirmado en los versos. Pero el escándalo fue todavía mayor porque en **La Nación** no se habían dado cuenta de que el soneto llevaba el acróstico:

PRIMO ES BORRACHO



José Antonio Balbotín —en la foto— ridiculizó al Dictador y, en la medida de lo posible, contribuyó a desmoronar su Gobierno.

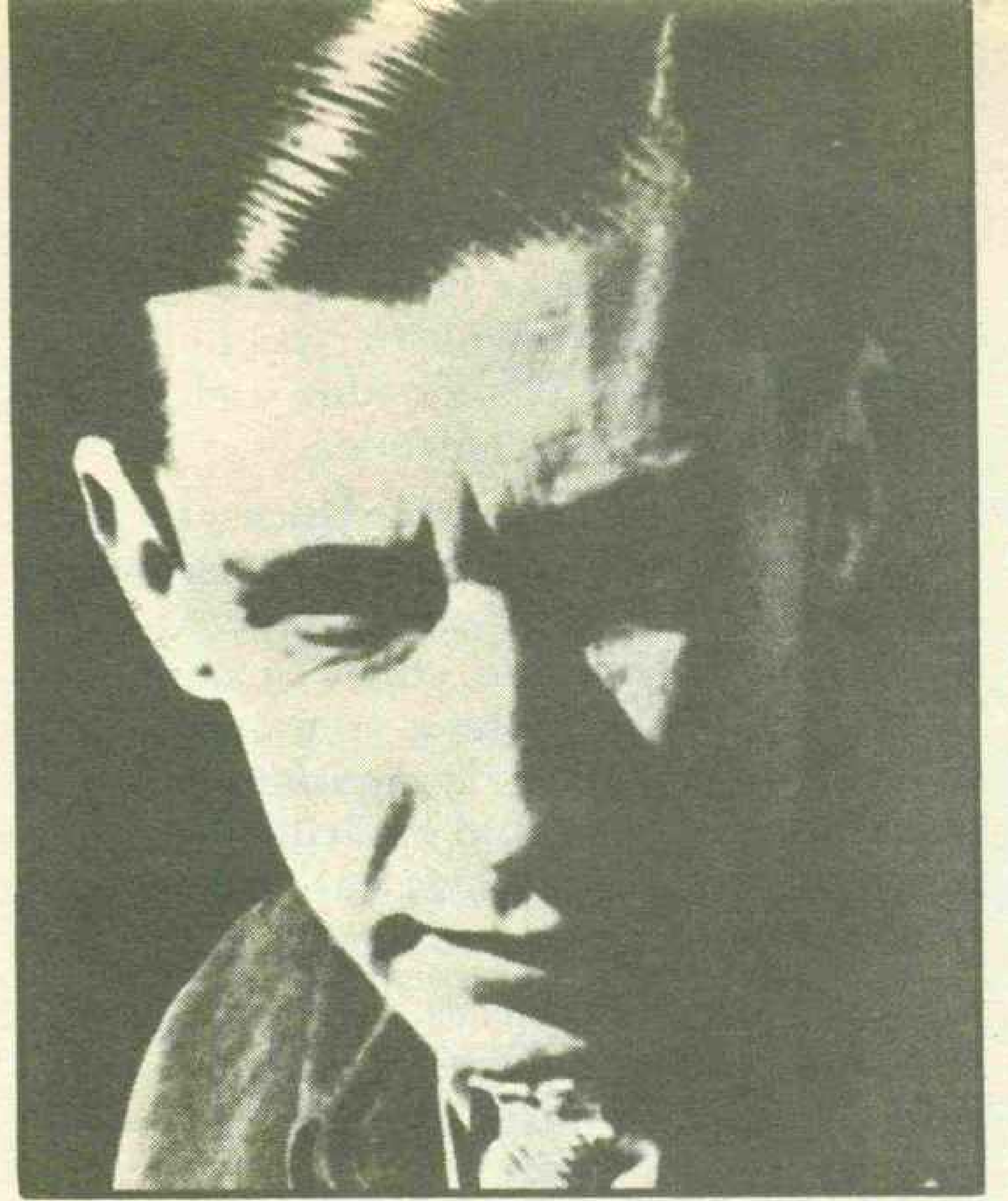
José Antonio Balbontín ridiculizó al Dictador y, en la medida de lo posible, contribuyó a desmoronar su Gobierno (2). Este soneto es un ejemplo, entre otros muchos posibles, de que la poesía había empezado a ser un arma de combate (3). Pero había aún cierta sutileza, un grado de finura. Na-

---

(2) *Sobre este poema y su impacto en el movimiento de oposición a Primo de Rivera, cf. J. López-Rey,* **Los estudiantes frente a la Dictadura** *(Madrid, Javier Morata Editor, 1930),* **passim.**

(3) *Para otros antecedentes de poesía comprometida anterior a la guerra, véanse los capítulos primeros de J. Lechner,* **El compromiso en la poesía española del siglo XX** *(Leiden, Universitaire Pers., 1968),* **passim.**

«Ahora está en paz tu grey bajo el amado / chorro de luz de tu inmortal cayado. / Oh, pastor santo, ¡no nos dejes nunca!». (El general Primo de Rivera, inaugurando una exposición de pintura en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en noviembre de 1929).



José Bergamín en la década de los treinta.



El general Mola, en su etapa como Director General de Seguridad, durante la Dictadura de Primo de Rivera.

turalmente, detrás de ello existía la intención de combatir al enemigo.

La guerra civil supuso para esta poesía burlesca una continuidad. Sin embargo, la beligerancia requería que la poesía fuera más directa. Además, si se debía rediculizar al enemigo, tenía que hacerse teniendo como meta principal su desmitificación para, así, poder ser combatido mejor. La poesía habría de ayudar a desbaratar cualquier aureola que existiera en torno al enemigo. Poco antes de estallar la guerra, el cartelista Francisco Carreño hizo estas observaciones en la revista **Nueva Cultura** de Valencia:

... la caricatura política, la caricatura revolucionaria, y aún la costumbrista muchas veces, tiene por objeto expresar, ya simbólicamente (símbolo popular), ya de otra forma, la gran verdad de las cosas, procurando que nada falte ni sobre en la expresión de esa verdad, y la risa que la caricatura provoca en las multitudes no es producto de lo absurdo de su representación, de su falta de lógica, sino por lo que descubre y pone al desnudo: la realidad de las cosas más «serias» y de mayor apariencia, y lo risible brota del dibujo en la medida como aclara al mismo tiempo los gestos afectados... Es decir, que la caricatura revolucionaria muestra en la mayoría de los casos una doble realidad simultánea: «lo que quieren» las clases dirigentes de la sociedad que sean los hombres y las cosas a los ojos del vulgo, y lo que éstos son en realidad... (4).

Este texto de Francisco Carreño tiene la virtud de ilustrar la función que debía desempeñar la poesía burlesca en la guerra. Cuando Carreño habla de «la gran verdad de las cosas», olvida subrayar que se refiere a la «verdad» desde una perspectiva partidista. Es precisamente el perspectivismo de cada bando contendiente lo que da **comicidad** a las burlas. Es difícil de imaginar que los poemas contra Franco hicieran gracia a los soldados rebeldes. Los ataques rebeldes contra los gobernantes republicanos tampoco harían reír a las tropas leales.

Tras todos estos prolegómenos, tal vez deberíamos detenernos ya en algunos de los poemas burlescos de la guerra. Lo que interesa ahora es analizar sucintamente esa poesía, sirviéndonos de nuestra propia perspectiva, del distanciamiento históricotemporal-afectivo en que idealmente estamos hoy situados.

Los generales rebeldes fueron las víctimas propiciatorias, por así decirlo, de las burlas. Siguiendo la tesis de Francisco Carreño, importaba a los poetas desmitificar a esas figuras que estaban al frente del ejército enemigo.

De Franco dirá, entre otras cosas, José Bergamín:

(4) *«El arte de tendencia y la caricatura»,* **Nueva Cultura** *(marzo-abril, 1936), p. 14.*



Rafael Alberti, al comenzar la Guerra Civil española.

Si tu nombre fuera Franco,
se te saldría a la cara,
encendiéndola de sangre,
si tu sangre fuera franca.
Tu nombre fuera vergüenza
si a tu rostro se asomara,
proclamando por la sangre
la traición que la engendraba:
que la sangre has traicionado
desmintiéndola de clara (5).

Bergamín continúa a lo largo del romance con los dobles significados del apellido del general para acabar con la invectiva:

¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Tu nombre es como bandera
que tu deshonra proclama.
Si la traición criminal
en ti franqueza se llama,
tu nombre es hoy la vergüenza
mayor que ha tenido España. (p. 117).

Recordemos que éste, como los otros romances escritos durante la guerra, eran leídos por las radios y los altavoces de los diversos frentes de combate. Además, había un cuerpo de recitadores o juglares que iban por los regimientos recitando romances. El impacto que debían tener algunos romances en los soldados es díficil de calibrar, pero que tenían un efecto es innegable. Yo he conocido a muchos excombatientes que se sabían de memoria gran cantidad de romances.

El mismo José Bergamín dedicó un poema, con una técnica parecida, al general Mola. El romance se titulaba «El mumo Mola»:

El hijo de la gran Mula
por Mola vino a las malas. (p. 113).

(5) Francisco Caudet, **Romancero de la guerra civil** *(Madrid, Ediciones de la Torre, 1978), p. 117. La página que damos en el texto, al final de los romances que vamos citando en adelante, remiten esta colección de romances.*

Es de suponer que el recitador tras decir «El hijo de la gran...» haría una pausa. Los soldados imaginarían entre risas la palabra «puta». El poeta, el recitador y el público estarían bien compenetrados.

Antonio aparicio, en el romance «Lidia de Mola en Madrid», compara al general Mola con un toro que estoreado y muerto por el pueblo madrileño que, como es sabido, estuvo sitiado por Mola a comienzos de la guerra. El romance de Aparicio fue muy celebrado por el pueblo madrileño en aquellas fechas trágicas y heroicas. Damos aquí un fragmento de ese romance:

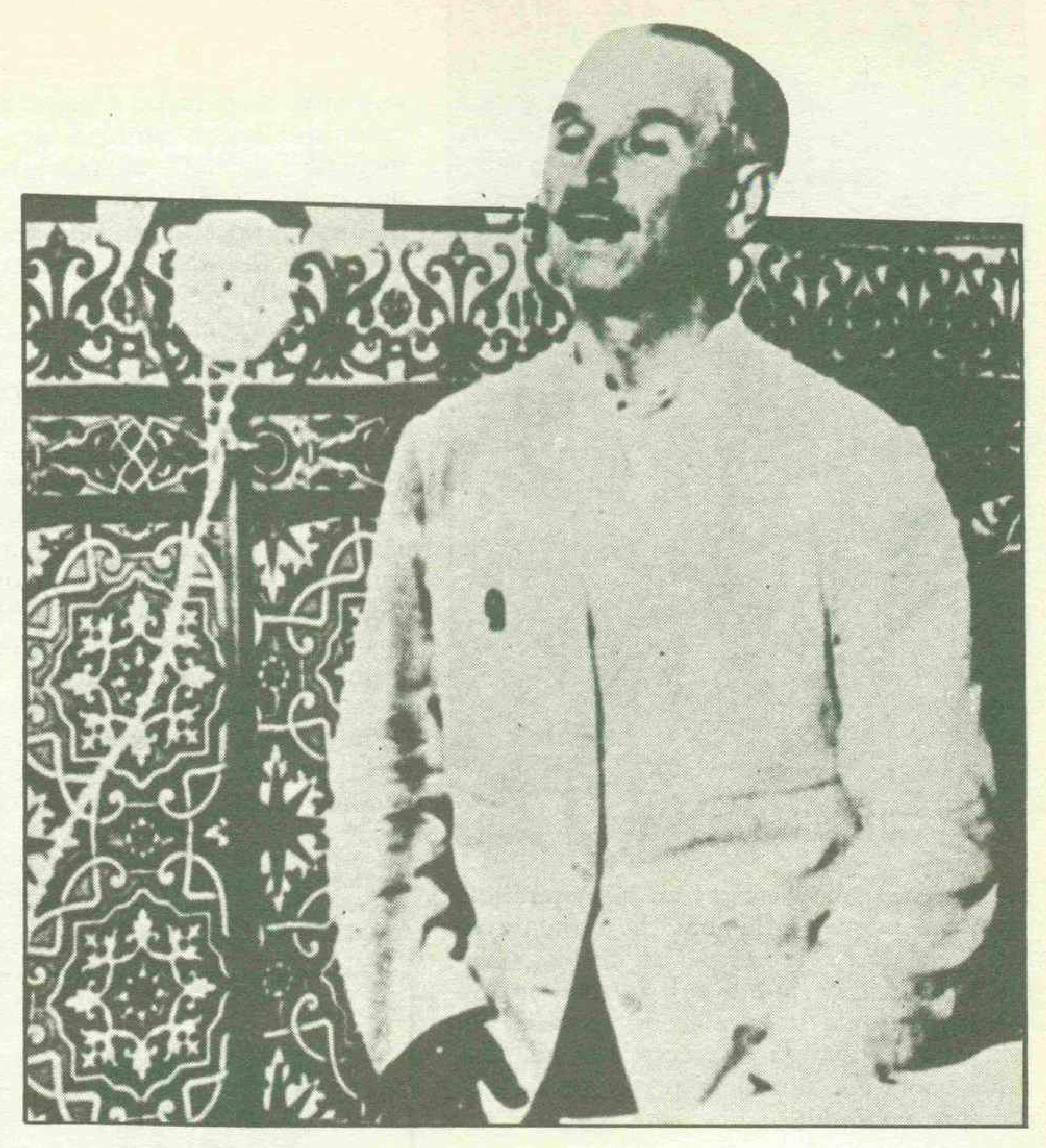
Embiste, Mola, si puedes,
si es que aún te quedan fuerzas,
desde el morrillo hasta el rabo
para moverte siquiera.
Embiste como quien eres,
hijo de buey de carreta,
de vaca de mala leche,
no de vaca de dehesa. (p. 114).

Rafael Alberti, autor de un puñado significativo de romances burlescos, hizo la siguiente burla-caricatura de uno de los discursos radiofónicos del general Queipo de Llano, que tenía fama de borrachín. Alberti hace referencia a ciudades conocidas por sus caldos:

¡Radio Sevilla! —Señores:
aquí un salvador de España.
¡Viva el vino, viva el vómito!
Esta noche tomo Málaga;
el lunes tomé Jerez;
martes Montilla y Cazalla;
miércoles, Chinchón, y el jueves,
borracho y por la mañana
todas las caballerizas
de Madrid, todas las cuadras,
mullendo los cagajones,
me darán su blanda cama. (p. 119).

Otras víctimas favoritas de los poetas republicanos son el clero, los ricos y los falangistas. Así eran identificados los enemigos de la República. Nunca se individualizan los enemigos, sino que se describen de forma impersonal. Lo que urgía era identificar las clases sociales enemigas. El conjunto de esas clases sociales-militares, clero, ricos, etc., representaban en su conjunto el Mal, que se debía extirpar violentamente. Detrás de la burla hay que ver, por tanto, esa finalidad doctrinaria, exhortativa y combativa.

En un romance se hace una caricatura de un señorito y de su madre, rica y beata. El



«¡Radio Sevilla! —Señores: / aquí un salvador de España. / ¡Viva el vino, viva el vómito! / Esta noche tomo Málaga»... (El general Queipo de Llano, durante una de sus alocuciones radiofónicas desde Radio Sevilla).

clero es acusado en este romance de cómplice:

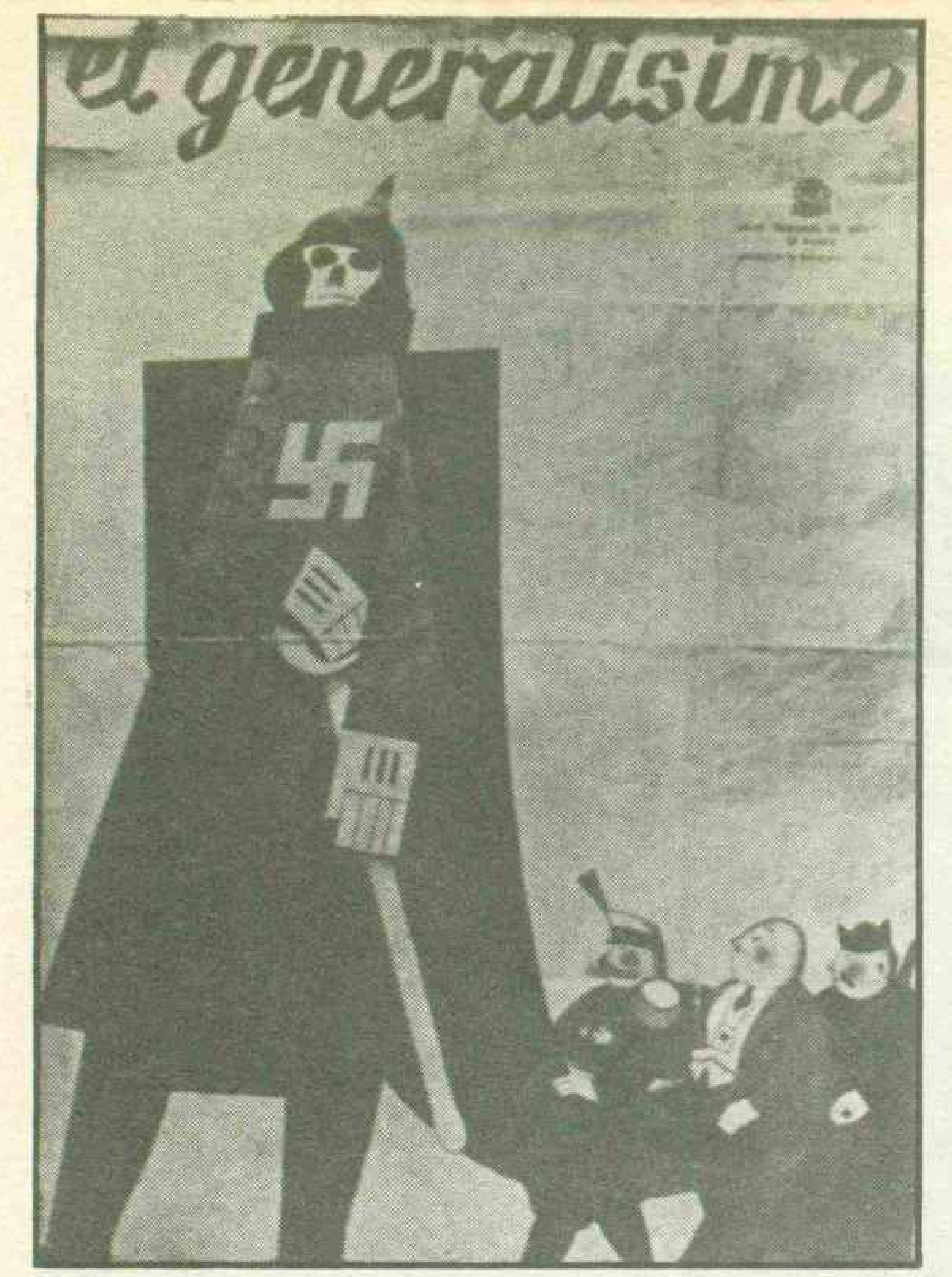
Barbilindo, curvirostro,
amariconado y necio,
rizándose las pestañas
con humaradas de incienso,
entra el pollito fascista
en la iglesia y el convento
con plácidos dientes fuera
y el bigotito hacia dentro,
la corbata ensortijada
y el sombrerito de queso.
Su mamá que le acompaña,
sacado se ha sus dos pechos:
¡Por éstos que son redondos
robustos pechos que tengo;
por éstos que te han criado,
tienes que ser caballero,
pirata como tu tío,
banquero como tu abuelo...
¡Anda, afíliate al fascismo,
a defender tu dinero,
tu rostro de barbilindo
y tus ideas de necio! (p. 109).

En la iglesia, sale un obispo a saludarles y, de acuerdo con el monólogo de la madre, argumenta:

—Venid conmigo, hijos míos...
Fuerte cordera, a tu hijo
hay que armarle caballero,
y hablaremos del fascismo...

Los poetas rebeldes dedicaron menos atención a la burla, pues se dedicaron más a la invención de unos mitos imperiales (6). Por otra parte, su producción poética es de menor cantidad. Solamente publicaron poesía en contadas revistas, como **Jerarquía,** y se editaron tan sólo unos sesenta libros de poemas. Pero en los casos en que se escribieron poemas burlescos, las víctimas fueron los políticos republicanos. Y más que burla había una repetición de motes y libelos sobre las varias parsonalidades políti-

(6) Cf. mi estudio preliminar a la antología **Poesía fascista española 1936-1939** *(Madrid, Ediciones de la Torre, 1979),* **passim.**



«Si la traición criminal / en ti franqueza se llama, / tu nombre es hoy la vergüenza / mayor que ha tenido España»...

cas que ocupaban cargos en la República. Aquí los poetas reflejaban igualmente la ideología de su gobierno. Es de todos sabido que Franco había culpado siempre a los políticos de los males de España. Su fobia fue traducida en verso por un anónimo poeta que también en romance escribió, por ejemplo:

Azaña, como Negrín,
son esclavos de Stalin.

A Pasionaria se imputa
que es una grandísima bruta.

Aguirre el chocolatero
(menos seso que un jilguero).
Y Portela el masonazo
¡Ah canalla! ¡Ah ladronazo!

Casares es un cretino
con instintos de asesino.

¡Y pensar que ha estado España
en manos de esta calaña! (7).

La poesía burlesca de la guerra estuvo falta, en los dos bandos por igual, de ironía y sutileza. Fue, en su conjunto, demasiado obvia, directa e intencional. La urgencia con que los poetas creyeron que debían atender los imperativos de la guerra, disculpa en parte estas fallas. Como sea, la cosa es que al cabo de unos meses de iniciada la lucha, muchos de los poetas combatientes empezaron a darse cuenta de que había que hacer también otra poesía (8). A mediados de 1937, hasta abandonaron casi por completo el romance.

El tipo de poesía que venimos discutiendo aquí representaba una negación de la verdadera naturaleza del arte. Se daba por descontado, incluso desde poco antes de la guerra, que el arte no podía seguir siendo algo gratuito, pero no por ello debía perder, lo que muchos entendieron con claridad durante la guerra, su autonomía (9).

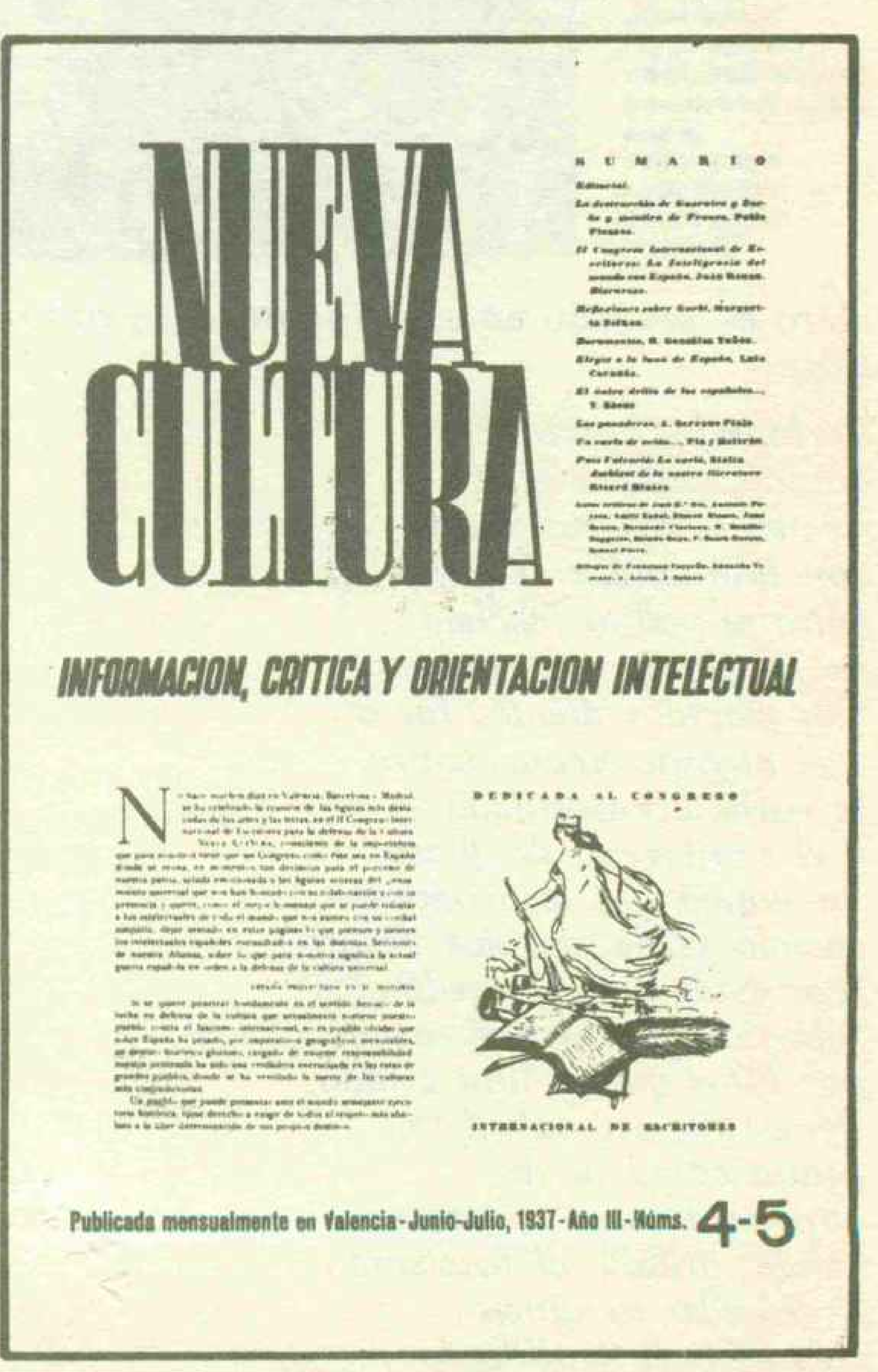
Así, al considerar la poesía burlesca de la guerra, de la que hemos visto aquí varios ejemplos, tenemos que señalar también cómo los poetas llegaron a tomar no solamente conciencia de los problemas políticos y sociales de España, sino también de los problemas propios del arte.

De no plantear de esta manera la cuestión de la poesía burlesca, se cae en un anecdotario de insultos y procacidades que no conduce a ninguna parte. ■ **F. C.**

(7) Ibid., p. 24.

(8) A esa poesía se la ha dado en llamar «reflexiva».

(9) Discuto este extremo con mucho detalle en mi introducción al libro de Arturo Serrano Plaja, **El hombre y el trabajo** *(Madrid, Ediciones de la Torre, 1978).*



Portada de la revista «Nueva Cultura», correspondiente a los meses de junio-julio de 1937.

LA EDUCACION: HISTORIA Y CONFLICTO

LA obra de Manuel de Puelles Benítez (1), que aquí comentamos, resulta algo más que un balance o panorama de las distintas etapas seguidas por el tema de la educación en España; se convierte, en rigor, en profundo diagnóstico acerca de la situación en que se ha encontrado el proceso educativo español a través de las épocas, con un lúcido análisis de sus problemas de mayor importancia. El título del libro resulta, entonces sobrepasado con frecuencia, para beneficio del lector. A vía de ejemplo, el examen de las relaciones entre educación e ideología lleva, inexcusablemente, a un estudio de la evolución de la universidad en nuestro país. Cierto que todo esto no es casual; inmerso en un proceso de cambio en el que la sociedad participa activamente, el hombre mira hacia el pasado para encontrar respuesta a los problemas del presente. Y el presente que vivimos contiene, precisamente, importantes dilemas que exigen soluciones profundas y duraderas. El trabajo se abre, justamente, con estas palabras: «El objeto de la presente investigación responde a una necesidad, la de obtener respuesta a una serie de preguntas inquietantes». Y prosigue más adelante: «El estado de la educación preocupó a nuestros ilustrados y preocupa también a los españoles del último cuarto del siglo XX. Como los ilustrados de ayer, seguimos pensando hoy que la educación y la cultura son la base del progreso material y moral de un pueblo. Entonces, una pregunta imperiosa se nos hace presente: ¿Qué le ha sucedido a la educación en España para que después de doscientos años sigamos viviendo la educación como problema?»

El libro contiene una parte introductoria, que analiza el despertar de una conciencia activa ante el problema educativo; una actitud reformista, cuyas propuestas de mayor importancia se encuentran en las obras de los ilustrados españoles. Este pensamiento reformador enfrentó, asimismo, una fuerte corriente reaccionaria que proclamaba su adhesión al tradicionalismo español para argumentar contra aquellos a quienes tildaba de extranjerizantes, aduciendo que los ilustrados importaban sus ideas de fuentes extranjeras. Pero estos opositores, según modernas investigaciones, dice Millán de Puelles, importaron sus ideas desde el reaccionarismo europeo, apoyándose, sobre todo, en el pensamiento reaccionario francés del período: «Por qué no acuden al pensamiento español de los siglos XVI y XVII? Sin duda, porque en nuestra auténtica tradición del Siglo de Oro no existen argumentos para defender su tesis de absolutismo extremado».

El resto de la obra se encuentra dividido en tres partes: 1) La Constitución del sistema educativo liberal; 2) Consolidación y crisis del sistema educativo liberal: 3) Del nacional - catolicismo a la ley general de Educación. La primera y la segunda parte constituyen el núcleo de la obra —unas trescientas páginas—, justificadamente, sin duda, puesto que es el período en el cual se definirán las dos corrientes mayores: progresista y conservadora, que se enfrentarán en el campo de los problemas educativos a lo largo de la historia de España contemporánea. Unas conclusiones y un apéndice documental cierran el volumen, que forma, en su totalidad, una valiosa aportación.

Señalábamos antes que el siglo-XIX encierra todos los elementos para la gestación de las conflictivas corrientes que conocerá el ámbito español de la educación. Y estos elementos, por cierto, encuentran su raíz en el entorno histórico donde se desarrolla el tema de la enseñanza. Por consiguiente, el autor traza con claridad las grandes líneas del momento histórico en el cual se desarrollan los debates más significativos, o se adoptan las decisiones más importantes que afectan a la educación. ¿Cuáles son los fundamentos del pensamiento liberal hacia el problema educativo a comienzos del siglo-XIX? Algo tiene de común con la visión que del mismo tenían los ilustrados, hecho que se ha subrayado con frecuencia. Pero, agrega el autor, existen diferencias sustanciales también. Es cierto que son visibles, entre otras, sus coincidencias respecto del tema de la decadencia española y de la educación popular. No obstante, los liberales de Cádiz se proponen la transformación de la sociedad, pensamiento ajeno a los ilustrados, y esa mutación histórica diseñada por la ideología liberal exige cambios algo más profundos para combatir males que hunden sus raíces en la estructura social. «Desde luego ha sido el mal gobierno el culpable de tantos desaciertos, pero no tanto por culpa de los hombres como del régimen en que éstos gobernaban. La decadencia tiene, pues, una causa política y, por ello, la reforma para superarla será necesariamente política».

Esta nueva sociedad civil será la que emergerá del pasaje de la sociedad estamental a la sociedad de clases. La palabra felicidad se car-

(1) *Manuel de Puelles Benítez,* **Educación e ideología en la España contemporánea (1767-1975),** *Barcelona, Labor, 1980.*

Manuel de Puelles Benítez

Educación e ideología en la España contemporánea

El antiguo régimen • El sistema liberal • Moderados y progresistas • Encrucijada de la Restauración • El modelo de la II República • Del nacional-catolicismo a la ley general de Educación • La Constitución de 1978

POLITEIA

gará ahora de un sentido nuevo, teñido con un matiz material; en este nuevo orden social es posible la movilidad entre una clase y otra en función de la riqueza, y del esfuerzo individual. Pero ello exige también la igualdad, para hacer posible el libre juego de las capacidades. «La desigualdad cultural atenta contra la libertad, pues no es libre el que por ignorancia coloca su destino en manos de otro. La libertad es hija de la igualdad, y la igualdad sólo es posible por la educación». Este es, pues, el fundamento de la naciente democracia del siglo XIX español. Y a la educación dedicarán buena parte de sus esfuerzos, así como entenderán que la libertad de imprenta contribuye a la formación del espíritu de participación en la cosa pública. Sería demasiado prolijo seguir el desarrollo de las distintas partes de este importante trabajo, en el curso del cual se analizan las matizaciones que se suceden en el pensamiento liberal sobre el tema de la educación —al igual que en el sector reaccionario de la sociedad—, a medida que transcurre el siglo, así como los cambios habidos en el sector de la enseñanza por los sucesivos cambios de gobierno de manos de progresistas a moderados, o conservadores, hasta llegar al período de la Restauración. Los proyectos de ley puestos en vigencia; el surgimiento del problema de la libertad de enseñanza; los debates que el mismo produjo; la polémica sobre la implantación de una enseñanza laica; la centralización administrativa universitaria; la penetración del krausismo en el ámbito de la enseñanza universitaria; la emergencia de la «cuestión universitaria», y otros más, son desarrollados en los densos y, a la vez, sugerentes capítulos de esta obra. En la tercera parte se aborda el problema educativo durante el período del franquismo, hasta la aprobación de la ley Villar.

La educación ha estado sometida, durante este largo período de doscientos años, a los vaivenes del cambio de ideología en el poder, sobre todo a partir de los comienzos del siglo XIX. Y Puelles Benítez demuestra que existe un conflicto generado por la pugna entre las dos corrientes ya señaladas, conservadora y progresista, cada una de las cuales se matiza, radicalizándose, en instancias históricas extremas. Ciertamente, la segunda de ellas es la que se encuentra signada por lo nuevos tiempos, y mira hacia el futuro: «En todo caso, lo que caracteriza a la tradición «progresista», por lo que a nosotros nos interesa, es esa fe en la educación para todos, la idea de que la democracia necesita de la educación de todos, de que la democracia puede y debe enseñarse. Esta concepción late en el informe Quintana de 1813, inspira una gran parte del reglamento de 1821, reaparece en el sexenio revolucionario con los decretos de Ruiz Zorrilla, está de algún modo presente en la Reforma de Romanones, vive la ilusión de realizarse en la II República y reaparece, una vez más, en los actuales momentos de cambio».

El esfuerzo de síntesis ha sido considerable y no han sido escasos los problemas que el autor ha debido superar; entre ellos, como él mismo anota, la exigua producción monográfica sobre cuestión tan importante. El resultado, en definitiva, ofrece al lector un trabajo que encierra un panorama claro, accesible, pero conteniendo valiosas reflexiones, para repensar profundidad en un tema que afecta a tantos millones de españoles. □

NELSON MARTINEZ DIAZ.

LAS MUERTES DEL «CHE» GUEVARA

EL uso del sustantivo «muertes» en plural se aclara del siguiente modo: «Hago alusión a las muertes» de Ernesto «Che» Guevara (1) porque, si bien es cierto que física, «legalmente» murió en los locales de una escuelita rural de Bolivia, en su periplo revolucionario Guevara murió poco a poco a partir del mes de junio de 1959 (cuando, solamente unos meses después de la toma del poder en Cuba, se ve marginado y enviado al extranjero como «embajador extraordinario»)» (pág. 11). Se señalan las distintas ocasiones en las que las divergencias se agudizan hasta ser definitivas: la intervención en el Congreso de la Juventud Cubana (julio 1960); el choque con el gobierno soviético desde el Ministerio de Industria (1961-62); las diferencias con los ORI (de los que surgió el actual PCC); en 1963-64, en el Seminario Afroasiático y Conferencia de la OSPAA, enfrentamiento con la URSS por causa de la teoría de la coexistencia pacífica; en 1965 recibe las críticas públicas de Raúl Castro y luego de Fidel (en el mismo año renuncia a todos sus cargos y abandona su patria adoptiva; obligado a dejar a sus camaradas del Congo es «repatriado» a Cuba a finales del 65; no se le permite asistir a la I Conferencia Tricontinental en la que se impone la teoría de la coexistencia pacífica que para muchos intérpretes implica el abandono de la lucha armada en tanto axioma; a su llegada a Bolivia debe enfrentar los ataques de la URSS y del PC boliviano.

---

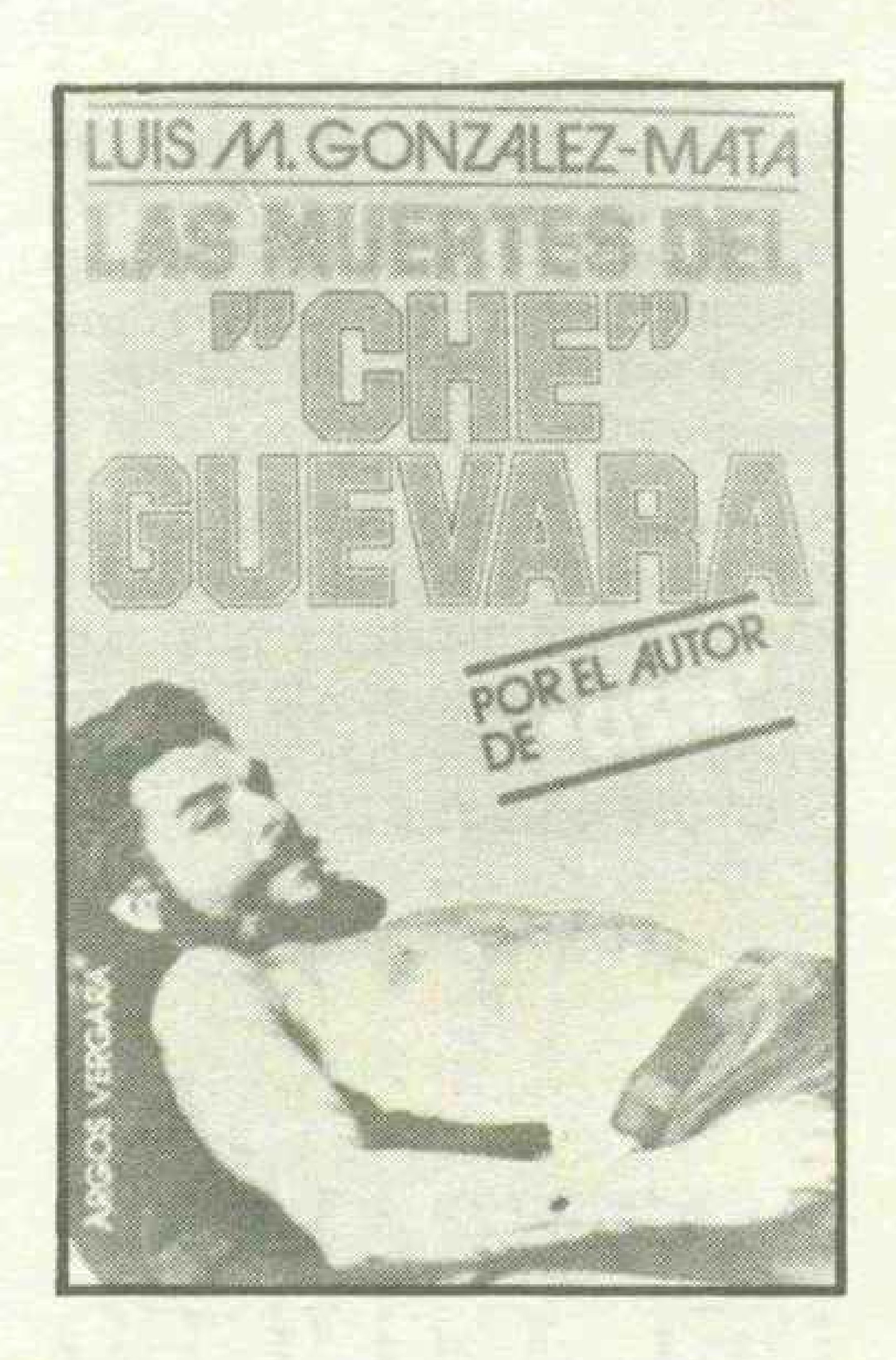
(1) González-Mata, Luis M., **«Las muertes del "Che" Guevara»,** *Edit. Argos Vergara, Barcelona, 1980. Del mismo autor y con datos complementarios, ver, de la misma editorial,* **«Terrorismo internacional»** *y* **«Cisne: Yo fui espía de Franco».**

Sostiene González-Mata que esta biografía tiene su razón de ser en que las otras existentes presentan «imperdonables» posturas partidistas o ignoran importantes etapas de la trayectoria del «Che» (su participación en el Congo, sus viajes clandestinos). Todo ello justifica este texto que pretende destruir mitos, que se basa en la relación directa y amistosa del autor con el revolucionario hispanoamericano.

El «Che» Guevara consideraba que las nuevas luchas por la revolución debían ser no sólo apoyadas, sino costeadas, si fuera necesario, por los países socialistas y que si éstos pretendían «beneficios mutuos», esta postura era inadecuada. «¿Cómo puede significar beneficio mutuo vender a precios del mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados, y comprar a precios de mercado mundial las maquinarias producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente?» (pág. 27). Si el bloque socialista ganara con las revoluciones, entonces sería cómplice de la explotación capitalista. De ahí su teoría de que «las armas no pueden ser mercancías..., deben entregarse sin costo alguno». Criticó las posturas de la URSS, con las que Cuba se fue identificando progresivamente y, por el contrario, admiró la política exterior de la China de Mao. Además, acusó de idealistas a los partidarios de la vía pacífica (como ejemplo de fracaso de esta postura, y del riesgo al que se somete a un pueblo por la ausencia defensiva armada, tanto interna como del exterior, tal vez corresponda recordar el proceso de gobierno, sin poder, de la Unión Popular en Chile). «El "Che" perderá sus últimas esperanzas en 1964 cuando la Conferencia de los Partidos Comunistas Latinoamericanos adopte completamente la tesis soviética sobre la coexistencia pacífica entre los Estados» (pág. 50). Esta postura produjo escisiones en casi todos los partidos; amplios sectores se pronunciaron por la lucha armada, también Guevara.

En lo referente al aspecto económico, el «Che» decía que «nacionalizar no es socializar...». No confundía capitalismo de estado con socialismo. Creía que sobre todo debía nacionalizarse la agricultura y simultáneamente proceder a la industrialización «racional, planificada y regional», con el objetivo de que la economía nacional fuera lo más independiente posible.

Sobre el culto a la personalidad y siempre según las ideas de González-Mata, el «Che» sostenía que «un dirigente capaz de demostrar que es indispensable, sólo podrá hacerlo en detrimento del futuro de su país»... «Fidel, en el



caso de Cuba, dio a la revolución el impulso de los primeros años... Tras él se creó un grupo de revolucionarios responsables... Cualquiera del grupo dirigente debe ser capaz de sistituir completamente al líder» (pág. 62). En el texto no se aclara si esta crítica indudablemente justa, la hacía extensible a la persona de Mao, más allá de la admiración que despertaba su política.

La parte original de la obra es aquélla en que analiza el período que va de abril a diciembre de 1965, que corresponde a la etapa africana..., «¿por qué inventar lo que ignoran y silenciar lo que saben? Simplemente, lector amigo, porque su ignorancia en cuanto al viaje de Ernesto «Che» Guevara **significa simplemente que tal viaje se proyectó y realizó sin ayuda ni intervención oficial cubana...** y contar lo que saben sería **desacreditarse»** (pág. 86). El «Che» salió de Cuba y llegó al Congo por sus contactos personales, «no oficiales». La repatriación se efectuó «manu militari», ya que su actividad molestaba a Estados Unidos y a Europa, pero también a Rusia.

Guevara eligió el Congo después de un minucioso estudio, y no caprichosamente, como han pretendido sus detractores. «En Africa, la unificación podría realizarse más fácilmente y de Africa podía partir la experiencia capaz de lograr la unificación de la América Latina» (pág. 104). En el continente africano sufrió situaciones ingratas y penosas a las que se sumó la lectura de una carta suya (que González-Mata califica como falsa) por parte de Fidel, a principios del mes de octubre durante la presentación del Comité Central del PCC. Presiones de todo tipo hicieron que un comando se llevara «arrestado» al «Che» a Cuba. Se criticó su postura como fundamentada en puntos de vista fragmentarios y sobre todo influenciada por sus tareas inmediatas con lo que no percibía la auténtica dimensión del problema global. El Congo sólo era una pieza en la lucha contra el imperialismo que debía ser movida, no en razón de su situación interna, sino de todo el contexto.

Como última tentativa propuso un plan de acción para que se presentara a la Conferencia Tricontinental. Si bien no se le permitió asistir, en síntesis su proyecto concebía que: una guerrilla nacional no era «viable», debía realizarse en varios países, la tentativa de acceso al poder por la vía pacífica era visualizada como utópica y arriesgada; la fascistización de los gobiernos del continente y la represión impuesta por ellos, hacían imposible responder a su violencia de otra manera que no fuera con la violencia revolucionaria; la alianza revolucionaria debía estar constituida por el campesinado, los obreros, la pequeña burguesía y los estudiantes.

El «Che» pretendía establecer una base en el sur de América Latina, en un lugar en el que confluyeran varias fronteras, en una región ais-

lada. Sería un centro de formación multirregional más que una guerrilla para la toma inmediata del poder. Eligió Bolivia por sus fronteras con Brasil, Chile, Argentina, Paraguay (otro foco debía crearse en Venezuela). Todas las organizaciones revolucionarias que apoyaran el plan enviarían militantes a este campamento.

En Bolivia, careció de la ayuda del PC boliviano (pro-soviético) y del de Cuba; las actitudes de todos los PC de Hispanoamérica fueron más o menos similares. El PCB se basó en «la ausencia de condiciones objetivas prerrevolucionarias». Gonzáles-Mata critica la actitud de Fidel y afirma: «Como Stalin otrora respecto a la URSS, Castro considera que las revoluciones en Latinoamérica tenían como primordial misión la de solidarizarse y ayudar activamente a la revolución cubana» (pág. 155). La tesis que se sostiene en la obra, es que el «Che» fracasó no sólo por que fue abandonado a su suerte, sino porque sus amigos lo habían engañado, **«presentándole las cosas en forma diferente»** (página 175). Al parecer, los servicios secretos occidentales conocían la presencia de Guevara en Bolivia; distintas hipótesis indican que el plan de destrucción fue elaborado por Rusia o por Cuba. «Cualquiera de ambas hipótesis, de confirmarse da escalofríos» (pág. 180). Otras versiones han planteado el idealismo del «Che», su temeridad, etc. El autor quiere demostrar que como gran estratega y político no fracasó, sino que fue traicionado. Si esta interpretación es adecuada, no se explica cómo después de tantos años de oposición, enfrentamientos, marginación de sus ideas y personas, el «Che» creyó en la ayuda capital que precedería de Castro, para realizar su proyecto; menos se entiende aún que esperara la solidaridad del PCB, prosoviético. ¿No fue éste un error fundamental? Lo que se quiere demostrar sólo queda claro en parte. Es evidente que González-Mata no se identifica con el PCC, que juzga severamente la política soviética con múltiples razones, pero en su deseo de desacralizar «mitos», erige el de «Cristo revolucionario», héroe modélico, absolutamente lúcido, valiente, realista pero desaprovechado. La persona del «Che» es tan compleja que merece ser estudiada en sus limitaciones históricas y en sus grandezas dialécticas. Su generosidad, su entrega, su heroísmo, las palabras dirigidas a sus hijos: «Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa, y seguro ha sido leal a sus convicciones» (pág. 223), son prueba cabal de su integridad. Una de sus frases sirve a modo de síntesis representativa de su modelo de sociedad: «El hombre en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; al usar del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor (...), el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía - hombre cesa de existir y se instala un sistema social que otorga una cuota por cumplimiento del deber social» (pág. 234).

La obra es interesante por la cantidad de datos inéditos que presenta, las interpretaciones que conlleva y la perspectiva crítica que exige para ser leída. □ **MARIA VICTORIA REYZABAL**

LA NATURALEZA DEL ANTIGUO REGIMEN ESPAÑOL Y SU POSTERIOR CAIDA

EL profesor Miguel Artola se ha distinguido por sus profundos y documentados estudios sobre la naturaleza del Antiguo Régimen español, que explican su posterior caída y el emerger de la burguesía a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Su aportación más reciente, brillante y profunda, es **«Antiguo Régimen y Revolución Liberal»** (*Editorial Ariel, Barcelona, 1979, 318 págs.*). La caracterización del Antiguo Régimen, a que se dedica la primera parte del libro, destaca —tras un profundo e impecable análisis— el decisivo peso de la agricultura en la economía y ofrece un modelo de relaciones capitalistas, según el cual terratenientes rentistas, labradores y jornaleros controlan los medios de producción y coordinan su utilización a través de fórmulas puramente contractuales. A partir de este punto, se ofrece una descripción de la naturaleza e importancia de los conflictos sociales que tal situación provoca.

Y ciñéndonos a las innumerables sugerencias que aporta esta primera parte del texto, vamos a enunciar varios aspectos de las causas que provocaron la caída del Antiguo Régimen español, contrastándolas con las teorías de otros autores que, aunque pueda parecer que muestran ciertas contradicciones, en el fondo vienen a confirmar las hipótesis de trabajo del profesor Artola.

En 1803-1804 se dio una mala cosecha de cereales en Castilla. Y, producto de ella, un hambre atroz asoló al viejo solar castellano. En auella época, 1804, la fanega castellana de trigo costaba en Medina de Rioseco 155 reales de vellón, a diferencia de los 32,5 que costaba once años antes, 1793 (1).

Aquel mismo año de 1804, la periferia no sufría ningún tipo de hambre. Por el puerto de Barcelona llegaban los buques llenos de grano procedentes del Mar Negro, del Báltico, de Túnez y de Filadelfia, y los precios del trigo en la capital catalana tendían a la baja (2).

¿A qué se debe, pues, esta enorme diferencia en los precios de un producto tan vital, como es el trigo, para la subsistencia y alimentación de los españoles, en dos regiones de un mismo país?

La respuesta hay que hallarla en las estructuras casi feudales de la economía española del Antiguo

---

(1) Moreau de Jonnes: **«Estadística de España».** *Barcelona, 1835, pág. 142.*

(2) Estos precios proceden de Josep Fontana: **«Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX».** *Barcelona, 1973, pág. 25 y sig.*

Régimen. No existía un mercado nacional bien organizado y los recursos naturales del país se perdían en algunas regiones por la falta de una red de distribución comercial, mientras otras carecían de ellos y sufrían hambres catastróficas. Circulación y producción eran dos conceptos desconocidos por la Administración borbónica.

El problema del rendimiento de la tierra era secular: mientras la nobleza terrateniente y la Iglesia poseían grandes extensiones sin cultivar o en deficiente estado de explotación, la población rural padecía epidemias crónicas producidas por el hambre también secular. Incluso entre sectores de la propia Iglesia, las desigualdades eran patentes: **la opulencia que gozaban los conventos contrastaba con la mísera situación de los párrocos de los pueblos, expoliados** —como hicieron notar Campomanes y Jovellanos repetidamente— por los regulares y por las curias episcopales.

El profesor Pierre Vilar ha realizado una valoración de la participación del clero en la riqueza de las provincias de Castilla a mediados del siglo XVIII, partiendo de las cifras del catastro de Ensenada: «Las tierras del clero producen aproximadamente la cuarta parte de los ingresos brutos de la agricultura; sus rebaños, la décima parte de los de la ganadería; el clero recibe casi las tres cuartas partes de las rentas hipotecarias y casi la mitad de los ingresos inmobiliarios y señoriales, entre ellos una cuarta parte de los alquileres urbanos (...). Se puede creer que el clero percibe en España entre un sexto y un quinto de los ingresos globales» (3). En casas, rentas y derechos, la Iglesia retenía 135.000.000 de reales frente a los 170.000.000 de los laicos. El clero era, sin embargo, menos numeroso que la nobleza: 170.000 personas, es decir, un 2 por 100 del total de la población. Sumando las rentas de Castilla, unos 2.650.000.000 de reales, cerca de la octava parte (346.000.000) pertenecía a la Iglesia. Hay que tener en cuenta, además, que ni las primicias ni los diezmos estaban incluidos en estas cifras. Hacia 1750, los diezmos castellanos ascendían a 600.000.000 de reales, de los cuales 400.000.000 pasaban a la Iglesia. Y las tres cuartas partes de los censos de Castilla los poseían también la Iglesia.

Pero antes de aventurar ninguna hipótesis, será necesario ver a quién pertenecía la tierra. En otras palabras, hay que conocer las clases y distribución de la propiedad agraria a mediados del siglo XVIII. Para ello nos valdremos de los más recientes resultados de la investigación histórica realizada, entre otros, por Domínguez Ortiz y Herr, y que Vicens Vives ha recopilado (4).

Según la investigación citada, el régimen de propiedad se dividía en cinco clases diferentes de propietarios: la Corona, la Iglesia, el Municipio, la nobleza y los pequeños propietarios particulares.

El patrimonio real conservaba gran parte de sus dominios particulares, pero, en cambio, había cedido en beneficio de la clase aristocrática muchos de sus antiguos derechos jurisdiccionales sobre las tierras de particulares. Es decir, que una parte de las tierras de **realengo** se hallaba convertida en tierras de señorío lego o eclesiástico. La transferencia es importante porque señaló un evidente debilitamiento del poder monárquico: predominaban, en efecto, en su patrimonio privado las montañas improductivas y los llanos de pobre calidad.

Ya hemos visto anteriormente la situación de la Iglesia. Sólo hay que añadir que ejercía su jurisdicción en territorio castellano - leonés, es decir: señorío eclesiástico, sobre 2.592 localidades, según el censo de 1797. Esta cifra representa la doceava parte del territorio nacional, proporción que en algunos puntos, como Galicia (1.423 localidades de señorío eclesiástico) y la Mancha (61), se elevaba a más de la mitad.

Las tierras comunes o concejiles, es decir, pertenecientes al Municipio, eran más extensas que las de

ARIEL HISTORIA

Miguel Artola Antiguo Régimen y revolución liberal

la Corona y las de la Iglesia. Estas tierras, que tenían su origen en concesiones reales durante la Reconquista, solían consistir en bosques o en terrenos áridos (montes y baldíos), situados más allá de las posesiones particulares de los habitantes de la localidad. Siguiendo a Vicens Vives, su utilización adoptó dos formas: hubo tierras de «aprovechamiento común» por parte de la localidad, que atendía de esta forma a los intereses del grupo, y tierras de «propios», que, siendo del común, eran arredadas a un titular individual. Junto con los arbitrios (el producto de las tasas locales) los propios sustentaban en el siglo XVIII la carga más importante de muchos pueblos. En esta época las tierras concejiles formaban todavía el lote más importante de la propiedad española amortizada.

La nobleza era la titular de patrimonios particulares, generalmente vinculados en forma de «mayorazgos», y de derechos jurisdiccionales sobre tierras de otros (señoríos legos). Ya se ha referido anteriormente Vicens Vives a la ampliación de estos señoríos a costa de la Corona. El resultado fue que en 1797 un total de 17 ciudades y un tercio (5.300 en cifras absolutas, sin contar Aragón) de todas las villas y lugares de España formaba parte de señoríos legos. Igual que el señor eclesiástico, el lego intervenía en el nombramiento de las autorida-

(3) *Pierre Vilar:* **«Estructures de la societat espanyola cap al 1750. Algunes lliçons del cadastre d'Ensenada».** *Recerques, I (1970), págs. 9-32.*

(4) *Jaume Vicens Vives:* **«Historia Económica de España».** *Novena edición. Barcelona, 1972, pág. 463 y sig.*

des locales, percibía una pequeña parte de las cosechas (diezmos y primicias), algunos impuestos en dinero, ejercía diversos monopolios (caza y pesca, molino y horno, etc.) y sacaba, en definitiva, sus mejores rentas de estos derechos feudales.

Y con referencia a la quinta clase, la de los pequeños propietarios particulares, el censo de 1797 nos dice que los campesinos dueños de su tierras sumaban 364.000 y representaban el 22 por 100 de todos los cultivadores del suelo. Vicens Vives señala significativamente que si la cifra ya es restringida de por sí, aún debe añadirse que muchos de estos labradores propietarios pertenecían a un señorío lego o eclesiástico, con todas las restricciones inherentes.

Para resumir, y siguiendo el citado censo de 1797, la propiedad rústica en España se puede estimar muy aproximadamente que se repartía así: clero, 9,09 millones de fanegas; nobleza, 28,3; otros, 17,5 (fanega: 0,64 hectáreas).

Junto a estas situaciones crónicas hay que añadir la catastrófica situación de la Hacienda a principios de siglo y la pérdida paulatina de los mercados coloniales. Era natural, pues, que este cóctel explosivo estallara irremediablemente a la primera oportunidad. El entramado del Antiguo Régimen se resquebrajaba y hacía aguas por todas partes. El despotismo ilustrado había tocado techo durante el reinado de Carlos IV bajo la dirección de Godoy, el valido de turno. Estamos ya en un período crucial de nuestra historia. La invasión de 1808 de las tropas de Napoleón, la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII y la imposición de las ideas de los afrancesados en un régimen extranjero, fue la espoleta que propició la enorme sacudida en toda la nación que produjo, como muy bien ha bautizado Josep Fontana, la quiebra de la monarquía absoluta y la crisis del Antiguo Régimen, con su posterior e irreversible hundimiento. □ **JOSEP CARLES CLEMENTE**

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Sabino Delgado

Los Guerrilleros de 1808



Combate en la madrileña Puerta del Sol, entre patriotas y tropas francesas, en mayo de 1808. *(Grabado del siglo XIX).*

EN ESTE NUMERO DE



**Alfonso González Calero
y Federico R. Portilla**

Luis
Romero:

Desmitificación
de la
República

Alegoría de la República. (Cartel original de Pradilla. 1931).